EN EL PAÍS DE LOS ETERNOS HIELOS

Segundo Llorente S.J.

SEGUNDO LLORENTE S.J.

EN EL PAÍS DE LOS ETERNOS HIELOS

ALASKA BOREAL

ÍNDICE

APARICION DE ALASKA EN LA HISTORIA.....5
LA TRAVESÍA.....21
HACIA EL CAUDALOSO YUKÓN.....32
HACIA EL ESTRECHO DE BERING.....41
UNA SEMANA ENTRE ESQUIMALES.....52
ARRIBANDO A LA TIERRA DE PROMISIÓN.....63
EL COLEGIO DE HOLY CROSS.....74
A TRAVES DE LA TUNDRA.....84
PERIPECIAS DE CUARESMA.....95
EL VERANO EN LAS RIBERAS DEL YUKON.....112
KING ISLAND O UNA ISLA SINGULAR.....121
LA CORRESPONDENCIA EN ALASKA.....130
LA VIDA DIARIA DEL MISIONERO.....138
CORRERÍAS NAVIDEÑAS.....159
SUBIENDO POR EL YUKON.....172
POR TIERRA Y AIRE.....184
RASGOS DEL CARÁCTER ESQUIMAL.....201
REFLEXIONES Y CONCLUSIÓN.....222

NOTA DEL EDITOR

En este libro, escrito en medio de esos eternos hielos y fríos, el P. Llorente nos muestra, sin decirlo explícitamente, con su estilo fácil y atrayente, la grandiosidad de las misiones católicas, pues vemos cómo un hombre, que ha abandonado su patria y familia, para ir a vivir en un país lleno de soledad y de fatigas, conserva un espíritu tan comunicativo y alegre. Ciertamente, si la salvación de las almas no fuese obra divina, y si Dios mismo no llamase y sostuviese a los misioneros, las páginas de este libro serian inexplicables.

P. Segundo Llorente S.J.

CAPÍTULO PRIMERO

APARICION DE ALASKA EN LA HISTORIA

1. España en la contienda por Alaska. — 2. Los albores de la fe. — 3. Primera sangre. — 4. El apetito del P. Robaut. —5. La semilla de Holy Cross. —6. El palacio de Tununa: la atalaya de AkuluraK. — 7. Espejismos. — 8. Los aventureros del dólar. — 9. Los sembradores.

La península de Alaska limita al Norte con el océano glacial Ártico, al Sur con el Pacífico, al Este con el Canadá y al Oeste con el Estrecho de Bering.

Los misterios encerrados en este país legendario no fueron revelados hasta el año 1728 en que el navegante Vito Bering —danés al servicio de Rusia— descubrió el Estrecho de su nombre y tomó posesión de la isla de San Lorenzo.

Las flotas rusas que en los años sucesivos exploraban las costas alaskanas tuvieron encuentros desagradables con fragatas inglesas que Albión enviaba periódicamente a reconocer los posibles límites del Canadá, y con flotillas españolas que los virreyes de Méjico aparejaban con el fin de extender los dominios españoles al Norte del río Columbia.

Dos de los puertos principales del Sur de Alaska llevan los nombres de Valdés y Córdoba, hay dos islas con los nombres de Aristazábal y Revillagigedo y, no lejos de la bahía de Bucareli, está la aldea Bellabella. A mi paso por Valdés pude ver en el museo de antigüedades un arcabuz de los castizos de España.

Pero Inglaterra estaba preocupada con las turbulencias de la India y las enemistades de Francia, a quien pretendía arrebatar el dominio definitivo en las colonias norteamericanas con la toma de Montreal. España tampoco creyó que merecía la pena reñir por el

ensanche de colonias de límites desconocidos, y el producto de estos dos factores fue dejar a Rusia dueña de la situación en las costas alaskanas.

Rusia colonizó a la península cívica y religiosamente. Aun se habla más ruso que inglés en las regiones relativamente populosas de Kodiak y Seldovia, y a lo largo del Yukón se ven, medio arruinadas, iglesias amplísimas, testigos mudos del acendrado celo de los misioneros rusos ortodoxos que catequizaron a los abuelos de los actuales eskimales amparados por zares que ignoraban los nombres de Lenin y Stalin.

El 20 de Mayo de 1867 Rusia vendió a los Estados Unidos la colonia por la cifra irrisoria de 7.200.000 dólares. Alaska entonces tenía aproximadamente 62.000 habitantes.

Para evitar disturbios de fronteras con el Canadá, los Gobiernos inglés y yanqui nombraron amistosamente una comisión de peritos que trazaron una línea imaginaria, al Oeste de la cual se extiende Alaska con un área superior tres veces a la de España. La población actual se calcula en 50.000 habitantes, de los cuales sólo una tercera parte son indígenas.

2. Si del terreno, político pasamos al religioso, nos encontramos con que el primer sacerdote católico que penetró en Alaska fue el P. Seguín, O.M.I., quien en 1862, se internó hasta el Fuerte Yukón en el Círculo Polar.

Las relaciones escasas que de entonces se conservan nos hablan de fenómenos sobrenaturales ocurridos en el Fuerte durante la estancia de dicho Padre. El demonio era príncipe de la región y se exacerbó con la presencia del misionero católico que entronizaba en sus reales a Jesús Sacramentado. Naturalmente la luz disipó las tinieblas: los posesos fueron desapareciendo, y el Evangelio se fue abriendo camino poco a poco.

Al P. Seguín le siguieron otros Oblatos que ensanchaban palmo a palmo los dominios de la Cruz, creyendo que Alaska era una continuación de sus Misiones del Mackenzie, pero se enteraron de que estaba bajo la jurisdicción del Obispo de Victoria en Vancouver y abandonaron el campo volviéndose a sus heroicas Misiones.

En 1877 gobernaba la diócesis de Victoria el ilustrísimo señor don Carlos Juan Seghers, natural de Gante en Bélgica. Este celoso prelado, acompañado de un clérigo, quiso visitar su diócesis de Alaska y llegó al puerto de San Miguel a fines del verano cuando los vaporcitos, por temor al hielo que se avecinaba, habían dado por terminada la tarea veraniega, a lo largo del Yukón y eran arrastrados tierra adentro, pues durante el invierno los ríos son verdaderas carreteras asfaltadas de hielo macizó. Ansioso de entrar en el Yukón y penetrar en el corazón de la población indígena, averiguó que había un atajo que los llevaría al Yukón en menos de dos semanas. Este atajo era el riachuelo Unalaklik, por el que remaron penosamente más de dos semanas en una miserable canoa. Llegaron a las fuentes del Unalaklik y se encontraron solos en unas llanuras salpicadas de cerros nunca imaginados. Las provisiones se les habían terminado. Afortunadamente llevaban una escopeta y mataron varios cuervos, que les seguían volando en círculos cerrados cada ven más bajos. Al cabo de una semana de vida errante con las maletas al hombro, llegaron a las márgenes del Yukón, a corta distancia de Kaltag, donde tuvieron la suerte de hallar una barca que los llevó a Nulato, la población entonces más floreciente en todo el Yukón, verdadero emporio donde los blancos adquirían al por mayor las renombradas pieles alaskanas, que los indios trocaban por chucherías y utensilios domésticos de que carecían. Aquí, en una choza que le sirvió de palacio episcopal y de catedral, pasó el señor Obispo los crudos meses de invierno, ganándose las simpatías de los naturales, a quienes prometió volver al año siguiente con refuerzos que le permitieran establecerse entre ellos definitivamente.

Al volver a Victoria encontró en la mesa del despacho una carta de S. S. León XIII, en la que le nombraba Arzobispo del territorio de Oregón en los Estados Unidos. Un viaje a Roma y otras dificultades originadas por la deficiencia de comunicaciones y el necesario reclutamiento de misioneros, retardaron su vuelta a Nulato nada menos que nueve años. El Papa le admitió la renuncia de la sede de Oregón y le permitió volver a la de Victoria.

3. En el verano de 1886 se embarcó de nuevo para Alaska con los jesuitas PP. Tosi y Robaut.

Después de una semana de viaje por las costas canadienses, desembarcaron en Chilkoot y se internaron en busca de los afluentes del Yukón, pasando por verdaderos laberintos de cañadas, despeñaderos, glaciares, lagos y ríos de curso desconocido, guiados por indios mentecatos que les abandonaron en escampado.

Las privaciones que pasaron entonces les parecieron a ellos mismos tan increíbles que, años más tarde, el P. Robaut rehusaba descender a detalles cuando conversaba de sobremesa con los Padres recién llegados a la Misión. Bástenos saber que viajaron unos 1.000 Km. remando por ríos de cascadas vertiginosas que hacían añicos las balsas pacientemente por ellos fabricadas para transportar la impedimenta. Antes de entrar en el lago Bennett tuvieron que hacer alto por espacio de un mes para construir una barca de alguna solidez, encaneciéndose las manos con el manejo constante de la sierra, el hacha, el martillo y la garlopa.

Les ayudaba un tal Fuller que acompañaba al Arzobispo en calidad de criado. Al llegar al puerto fluvial de Harper dejó el Arzobispo a los dos Padres con encargo de que se le juntasen en Nulato al apuntar el verano, y él, acompañado de Fuller y de dos guías indios, se apresuró a remar hasta Nulato antes de que se helase el Yukón; pero, por mucho que se apresuró, llegó tarde. El río arrastraba bloques de hielo cada vez mayores, y la pequeña caravana se vio forzada a salir a tierra y aguardar en una descartalada choza hasta que el río estuviese cubierto de una gruesa capa de hielo que le permitiese viajar en el clásico trineo. Estas dilaciones forzadas, la escasez de alimentos, la soledad, el silencio de cementerio de la región, el frío intenso, etc., etc., trastornaron el ya semitrastornado cerebro de Fuller.

Este degenerado, como se averiguó más tarde, había cometido un homicidio en el Canadá y eludió las pesquisas de la policía internándose en los Estados Unidos y cambiando de nombre. El P. Tosi durante el viaje notó en él señales de un carácter extravagante rayano en maniático, y propuso al Arzobispo que lo despidiese; pero el devoto prelado creyó que a fuerza de favores y delicadezas le lograría reducir y que en adelante podría prestar buenos servicios en la Misión.

Por desgracia no salió buen profeta. Al amanecer del 28 de Noviembre (1886) Fuller se echó el rifle a la cara y despertó al Arzobispo que dormía en el suelo envuelto en pieles del país. Apenas abrió los ojos, se incorporó y empezó la señal de la cruz, pero no la terminó. Fuller disparó a quemarropa y el prelado cayó en un charco de sangre. Los indios, aturdidos por la explosión y la sangre, quitaron a Fuller el rifle y huyeron a Nulato, donde dieron noticia de lo sucedido. Poco después llegó Fuller. Los indios quisieron matarlo, pero le salvó un traficante blanco que les prometió entregarlo a la justicia. Uno días más tarde fueron por el cadáver del prelado y hallaron que tenía las manos roídas, tal vez por las ratas acuáticas o tal vez por las zorras o nutrias que merodean aquellos contornos. El cadáver fue llevado a St. Michael y de allí a Victoria, donde yace sepultado.

Fuller fue preso al año siguiente y llevado a los Estados Unidos, donde le oyeron decir repetidas veces:

—¡Qué lástima que me hayan apresado; ya no podré matar a los dos Padres Jesuitas!

Loco y todo fue condenado al presidio de la isla de Mc Neill, junto a Seattle.

Aquel distrito de Nulato parecía ser objeto de alguna maldición misteriosa. En 1851 los indios de la región se sublevaron contra los blancos y los asesinaron a todos sin excepción.

Más tarde el P. Ragaru trabajaba con fervor y celo en su evangelización y se esforzaba en vano por convencer a un indio polígamo que despidiese a sus concubinas. El indio se malhumoró una noche y fue a buscar al Padre que dormía pacíficamente en su casita, y, apenas abrió el Padre la puerta, el indio se puso con toda tranquilidad a meter una bala en el rifle para asesinarlo. El Padre le arrancó el rifle con la izquierda y le dio luego con la derecha un manotazo tal que el pobre hombre cayó tendido cuan largo era. Luego se vengó gastando unas cuantas horas pidiendo a voz en cuello que le devolviese el rifle para poner por obra el asesinato. Al amanecer los indios fieles se enteraron y quisieron ahorcarlo, pero el Padre interpuso su valimiento y el indio escapó con vida.

Otro indio polígamo en semejantes circunstancias se fue al P. Judge con un puñal; pero, mientras el Padre se defendía con una silla, el H. Giordano fue por detrás y desarmo al infeliz alaskano.

4. Cuando los PP. Tosi y Robaut se enteraron de lo acaecido al Arzobispo, se vieron solos como ovejas sin pastor, y consultando el caso, decidieron que el P. Tosi volviera a los Estados Unidos para reclutar misioneros y establecer en Alaska una Misión en toda regla. El P. Rebaut quedó solo un año entero. Las amarguras que debió devorar nunca se las reveló a nadie.

Al año siguiente volvió el P. Tosí con el P. Ragaru y el H. Giordano e inmediatamente abrieron tres puestos de Misión: Nulato, Anvik y Nukloroyet. El P. Tosi tenía por todo capital ochenta dólares. De ellos el P. Ragaru tomó veinte y se fue con ellos a Nukloroyet; el P. Robaut tomó otros veinte para él y para el Hermano y fijo su residencia en Anvik; el P. Tosi, Superior de la Misión se quedó con cuarenta y se estableció en Nulato.

En Anvik el P. Robaut cayó enfermo a primeros do diciembre con una fiebre tifoidea, que le puso a las puertas de la muerte. En todo el mes no pudo probar bocado y deliraba tan extravagantemente, que el pobre Hermano llegó a tener miedo por las noches. Estaban solos; no conocían a los indios ni sabían su lengua y el Hermano tampoco sabía inglés, la lengua del único traficante blanco que allí vivía. La víspera de Año Nuevo el Padre revivió algún tanto, lo suficiente para hacerse cargo de lo grave que estaba. Llamó al Hermano junto a sí y le dijo en italiano:

—Hermano, no creo que llegue a ver el año nuevo. Yo me muero. Tome el hacha y un martillo y hágame un ataúd de las tablas del barco viejo en que vinimos. Usted rece y viva como pueda en esta aldea hasta la primavera. Entonces le ruego que alquile un trineo y lleve mi cadáver a Nulato y le entierre en el lugar en que Fuller mató al Arzobispo.

Cuando el Hermano oyó esto, rompió a llorar y de rodillas empezó a orar por la salud del Padre con tanto fervor como sencillez. Al día siguiente el Padre se sintió mejor y pidió algo de comer. El Hermano comenzó a guisar lo que halló en la choza y —según me lo contó él mismo— el Padre comía tanto y tan de prisa que no daba abasto una sartén. Mientras convalecía, el Padre daba un paseíto todas las tardes.

Una noche el Hermano se cansó de esperar por él y, temiendo algo grave, se caló las raquetas y con dos indios se dirigió en su busca. Corría una brisa maligna que lo helaba todo. Los indios y el Hermano daban voces acá y allá y encendían cerillas en todas las direcciones, hasta que oyeron una voz en lo más intrincado del matorral. Allí encontraron al P. Robaut todo aterido, que los abrazó de consuelo por haberle salvado la vida. Había perdido la dirección hasta que se rindió y se internó entre unos arbustos para hacer un acto de contrición y morir en la paz del Señor.

Ignoraba entonces el Padre que había de vivir cuarenta y cinco años más en Alaska y que iba a ser el único misionero que ha dominado la lengua indígena con perfección inimitable.

5. En 1888 llegó el P. Genna con un Hermano y tres Madres Ursulinas. El barco que les traía sufrió averías en as costas de Unalaska y los pasajeros se vieron forzados a esperar un mes en aquellas costas inhospitalarias. El P. Genna discurrió un medio por demás original con que pasaron el mes entretenidísimos. Clavaron unas tiendas le lona junto a la playa, y el Padre les dio un mes de ejercicios espirituales según la mente de San Ignacio.

Mientras los viajeros hacían el inesperado mes de ejercicios, el H. Giordano con algunos indígenas se apresuraba a edificar dos casetas de madera que fueron el comienzo de la escuela de Holy Cross. ¿Quién les iba a decir entonces que aquellas dos casetas se habían de convertir en el centro docente más renombrado de todo el interior de Alaska?

Cuando años más tarde se descubrió oro en Klondike, el río Yukón se veía surcado de innumerables barcos, que transportaban mineros a millares y mineral fuera de todo cálculo. Holy Cross tenía 200 niños y niñas en la escuela con edificios sumamente decentes, más un jardín que en él verano lo mismo daba flores que papas y berzas sin cuento. Más aún, en las lomas de las colinas media docena de vacas lecheras que se presentaban al viajero como una aparición o un sueño. Los barcos anclaban a la orilla y los pasajeros invadían los terrenos de la Misión. El Padre Superior les daba un vaso de leche fresca y una ensalada de lechugas, y el capitán agradecido dejaba como por descuido sacos de harina, carne por arrobas, azúcar, ropa y cuanto llevaba de repuesto a bordo.

Pero estos días dorados no los vieron los que levantaban a toda prisa las casetas arriba mencionadas.

Por fin terminaron el mes de Ejercicios los viajeros y, el barco reanudó la marcha hacia el Norte.

Los nombres de aquellas tres Madres fundadoras merecen ser perpetuados en letras de bronce. Eran Sor María Estefanía, Sor María Paulina y Sor María José de Calasanz. Desembarcaron en Holy Croas una mañana mientras el P. Robaut decía Misa. El Padre las puso de buen humor con este saludo:

—¡Qué chasco; yo que había cargado la carabina hace una semana para recibirlas con una salva... y ustedes llegan mientras decía Misa!

Después de inquirir si tenían buenos dientes para arremeter con el salmón ahumado, las introdujo en una de las casetas, que por el mero hecho quedó convertida en el primer convento de Alaska. Dejamos a la consideración del lector las privaciones por las que tuvieron que pasar el primer año las tres expedicionarias en aquel convento.

En 1889 llegaron los PP. Treca y Musset con un Hermano. El P. Tosi les envió a reconocer la costa eskimal al Sur del Estrecho de Bering y fijaron su residencia en Tununa, la aldea principal de la isla de Nelson. La estancia de esta terna en aquella isla merece párrafo a parte.

6. Con maderos raquíticos, que las olas amontonaban en una playa lodosa, levantaron una choza de quince pies de larga por doce de ancha y "diez maderos de alta", usando la frase del Padre Treca. De argamasa para pegar los maderos, usaron musgo y lodo, y luego cubrieron toda la choza con un revoque espeso de barro mezclado con maleza hasta que quedó herméticamente cerrada por los cuatro costados.

¿Y la ventana? No tenían vidrio ni sabían que las tripas de foca secas y estiradas dan paso a la luz. A fuerza de discurrir dio el P. Treca con la solución. De la máquina fotográfica que llevaba tomó ocho películas; las rayó con agua caliente; las pegó como pudo, y con ellas hizo la claraboya más original que jamás se ha imaginado.

Con las latas de gasolina superpuestas y dos tablones toscos hicieron un altar en uno de los ángulos. En otro ángulo instalaron una cocinilla que también hacía de estufa. Entre los otros dos ángulos tendían por la noche las pieles en que dormían, y el resto del suelo estaba ocupado por cajas de conservas, latas con peces que los indígenas les regalaban, tres cajones para sentarse, etc., y de las paredes colgaban botas de nieve, pieles, un rifle y algunos utensilios de albañilería.

Al principio los esquimales cobraron tal pánico a la vista de los tres blancos que no había manera de acercarse a ellos. Luego se fueron acostumbrando, pero siempre se mostraban recelosos y sumamente reservados. Cuando a veces se reunían varios hombres para empezar el estudio de la lengua, apenas pronunciaba el Padre una palabra indígena, soltaban todos una carcajada soez, guiñándose y dándose con el codo, asombrados ante la idiotez del blanco.

Leí —no recuerdo dónde— que mientras más bárbara y más atrasada es una raza, más orgullo tiene y con más desprecio mira a los de raza diferente.

Mientras menos se viaja, con más ignorancia se aferra uno a la idea de que no hay en el mundo arte arquitectónico como el de las tapias del pueblo natal.

Un esquimalito de catorce años me llama en una ocasión *torpe* porque no pronuncié bien la palabra *allaerchstkamnik*.

Apenas se instalaron los Padres, comenzó a nevar y se vieron de golpe en las garras del invierno. Un viento huracanado, que a veces no amainaba en una semana, barrió tal cantidad de nieve sobre la choza que ésta más parecía un montón de nieve que otra cosa. Hubo horas y días y meses muy amargos. Los Padres no tenían libros y era peligroso salir a buscar leña para calentarse.

En estos encierros largos y forzados es donde resaltan las peculiaridades del carácter. ¡Ay del que tenga tendencia a proveerse de todo, o a ver la vida desde un punto de vista malhumorado y pesimista!

Nuestra terna de Tununa se entretenía poniendo nombres a la choza. Esta fue ascendiendo en este orden: tugurio, choza, casa, domicilio, pórtico, mansión y palacio.

Cuando llegó la primavera, los Padres recorrieron la isla, y a fines del verano habían escrito en el Registro “parroquial” 138 bautismos, de los que 36 eran adultos; centenares de comuniones y un matrimonio.

El P. Musset fue sustituido al año siguiente por el célebre P. Barnum convertido del protestantismo. Se hicieron mejoras a la choza, y ésta ascendió al rango de Casa de Tercera Probación[1], pues en ella la hizo el P. Barnum bajo la tutela del P. Treca.

Dos Padres y un Hermano para 200 esquimales, que pasaban la vida en el mar a caza de focas, pareció demasiado derroche de personal.

Al año siguiente se despidieron de Tununa y, en una gasolinera, emprendieron la tarea de buscar un sitio céntrico donde pudieren edificar una escuela-orfanatorio que fuese como el fermento de la región. Al cabo de tres meses de vida errante por el Delta del Yukón fijaron las tiendas en las márgenes del Kanelik. Cuando en Junio del año siguiente vino el deshielo, la inundación fue tal que se dieron por dichosos al escapar incólumes.

Nuevas pesquisas por ríos y riachuelos dieron por resultado la fundación de una escuela en las márgenes del Akurulak que tiene orillas altas y secas. Durante el deshielo, cuando toda la llanura es un verdadero mar, la casa de Akulurak se yergue a manera de atalaya entre yerbazales húmedos, pero no inundados. El P. Treca obtuvo cuatro Madres Ursulinas y se abrió oficialmente la escuela, que ha venido educando esquimales por espacio de cuarenta años.

El P. Barnum se dio exclusivamente al estudio de la lengua, y compuso un libro que, sin ser propiamente ni gramática ni diccionario, pasa por las dos cosas, y, por usar una ortografía peregrina con aglomeración de consonantes y una variedad abigarradísima de signos convencionales, su estudio resulta árido y penoso y de muy escaso provecho.

Ya se excusa el P. Barnum en el prólogo alegando las dificultades sin cuento que le salieron al paso en su tarea de coleccionar palabras y giros; y, como previendo que su libro no iba a satisfacer a muchos, terminó así la introducción: *Feci quod potui; faciant*

[1] Tercera Probación se llama al segundo noviciado que hacen los Jesuitas luego de terminar sus estudios

majora potentes. Es decir: "Hice lo que pude; el que pueda hacerlo mejor, que lo haga".

7. En 1894 Alaska dejó de estar bajo la jurisdicción del Obispo de Victoria y pasó a la categoría de Prefectura Apostólica. Su primer Prefecto fue el P. Pascual Tosi, nombrado por León XIII en una de las visitas que el Padre hizo a Europa en busca de operarios. El nombre de este Padre providencial se conserva en los anales de Alaska con veneración sacrosanta. Diez años le bastaron para recorrer palmo a palmo los cuatro puntos cardinales de la península y establecer puestos de Misión en sitios céntricos, que arrebató a los protestantes con una gracia y sagacidad admirables.

No he leído ni oído que blanco alguno haya recorrido jamás en trineo distancias semejantes a las que él cubrió yendo de Nulato a Akulurak y volviendo por St. Michael y el atajo de Kaltag; distancia que raya en 3.000 Km. aproximadamente.

Con sus dotes de gobierno extraordinarias, sus habilidades de procurador poco comunes, al cabo de diez años dejó residencias y escuelas en los puntos más estratégicos del Yukón, con un vapor de 12.000 dólares para proveerles durante el verano y con un depósito de 25.000 dólares en metálico para seguir levantando iglesias y abriendo puestos nuevos bien dotados.

Afabilísimo con los Hermanos Coadjutores que le querían como a un padre, querido y respetado de todos, sucumbió al fin víctima de tantas fatigas y penalidades. Su salud empezó a declinar desde que en un viaje por la costa helada del Estrecho de Bering tuvo la sensación de ser arrastrado mar adentro en un bloque gigantesco de varios kilómetros cuadrados. En aquel viaje se vio desorientado por los espejismos tan frecuentes en Alaska por la primavera. Bosques nuevos y montañas nunca vistas surgen a la vista del caminante inexperto. Los tales bosques son matas de yerba y las montañas son sacos de peces que dejó la víspera junto al arroyo un esquimal solitario.

Cuando le llamaron desde los Estados Unidos, el Padre Tosi sintió tanto dejar Alaska que llamó al H. Giordano y le dijo:

—Hermano, usted sabe lo mucho que he hecho por la Misión y cómo he envejecido a poder de sudores y ayunos forzosos. Y

ahora, cuando esperaba morir aquí tranquilamente, la santa obediencia me niega este consuelo —y rompió a llorar como un niño.

Al dejar a St. Michael y subir al barco que le había de llevar al Sur, el capitán del Fuerte ordenó que se le despidiese con una salva de sesenta cañonazos, que fueron respondidos a bordo por el capitán que le llevaba. Al llegar a Juneau, capital de Alaska, el P. Tosi desembarcó y poco después, el 14 de Enero de 1898, moría como buen soldado del Rey del cielo. Ese mismo día las Hermanas de Holy Cross oyeron llamar a la puerta. Salió una a ver quién llamaba y vio al P. Tosi que volvía las espaldas y desapareció misteriosamente. Evidentemente el Padre tenía el corazón en el Yukón y quiso despedirse de él antes de remontarse a las regiones de la gloria.

Al P. Tosi le sucedió en la Prefactura el P. René, que dimitió seis años más tarde por no avenirse Alaska con su constitución orgánica. Había concebido el proyecto de llevar Padres Trapenses que con sus oraciones y penitencias ayudasen en la conversión de los esquimales, y hasta se tenía ya marcado el terreno donde se había de levantar una Trapa; pero fue tal el cúmulo de obstáculos, que se vio obligado a desistir.

8. Por entonces se descubrió oro en diversas partes Alaska, y el brillo mágico del precioso metal deslumbró a millares de blancos, que zarparon para el Yukón desde los más apartados puntos del globo. Con nuevos refuerzos misioneros se pudo atender a las necesidades espirituales de estos aventureros del dólar sin abandonar por ello a los indígenas.

En la zona Oeste, con Nome por capital, trabajaron los Padres Lafortune y Van der Pol, reforzados en 1906 por el P. Bernard.

En la zona central —Fairbanks, Eagle, Nenana, Cicle— trabajó con brío el P. Monroe, célebre con su industria y habilidad en la erección de iglesias y residencias.

En Dawson —hoy dominio del Canadá— se granjeó las simpatías de católicos y protestantes el P. Judge. Este Padre dejó un olor suavísimo de santidad que aún perdura en toda la zona Nordeste del territorio del Yukón.

Pasó los primeros años en el distrito de Nulato, cuya lengua llegó a entender medianamente. Siempre con la sonrisa en los

labios, el buen Padre iba y venía lo mismo en barca que en trineo y no había aldea que no visitase por más que arreciase la tormenta o escaseasen las provisiones. Los indios le querían en extremo y él se había compenetrado con ellos hasta lo increíble.

Cuando más afanado estaba en su evangelización, recibió una carta del P. Tosi que le atravesó el corazón como una espada de dos filos. En Dawson los mineros eran millares y no tenían misionero. Es cierto que Dawson estaba a 1.500 Km. de Nulato, pero el Padre debía atender a la voz de la obediencia y dejar a sus amados indios y partir al punto a aquella tierra extraña donde le esperaba gente extraña y costumbres aún más extrañas. Secadas con el pañuelo varias avenidas de lágrimas y después de repetir cien veces el "Hágase, Señor tu voluntad", partió para Dawson, donde levantó una caseta espaciosa que hacía a la vez de vivienda y de capilla.

Su aparición cambio en seguida los derroteros de aquel campo minero. Con limosnas que llovían torrencialmente, levantó el Padre un hospital a la moderna y una iglesia capaz con una habitación para él, más otro edificio para ocho Hermanas de la Caridad que se encargaron del hospital. Docenas de infelices mineros, medio reventados por las fatigas de tantas marchas forzadas por parajes asperísimos, morían en aquel hospital ayudados en sus últimos momentos por el P. Judge.

Hubo meses enteros en que el P. Judge no pudo dormir más que a ratos y sobre el suelo por estar todas las camas ocupadas. Los mineros le empezaron a mirar con una especie de veneración sobrenatural. Un catarro maligno que atacó a los mineros le atacó también a él y, por estar las camas ocupadas, se acostó en el suelo, donde murió abrasado por la fiebre.

Aquel mismo día en Nulato su sucesor el P. Yetté que volvía de una excursión le vio a diez pasos de los perros al subir un montículo de nieve. Apretó el paso el Padre esperando verle de nuevo al doblar la cima, pero el Padre Judge había desaparecido.

Cuando llegó la noticia de su muerte, el P. Yetté halló que coincidía con el punto y hora en que se le había aparecido.

No sabemos a qué se debe, pero es el caso que fenómenos sobrenaturales de este género son muy comunes en Alaska.

Cuando el P. Keyes estaba en el lecho de muerte en Mt. Village los indios vieron arcos concéntricos de luz que circundaban el tejado. Puede alucinarse un indio, pero no todos los indios.

Asimismo un Hermano que tuvo que hacer noche en una choza abandonada, no pudo dormir en ella. Cuantas veces se metía en el saco de dormir, otras tantas le sacaban unas manos misteriosas que no pudo ver. Por lo visto en semejantes casos se erizan los cabellos y corren por la espina dorsal unas corrientes eléctricas curiosísimas.

Volviendo a nuestro relato histórico decimos que en Nulato y Ruby los PP. Yetté y Lucchesi, y en Skagway el P. Turnell, lucharon valientemente en pro de la causa católica, siendo universalmente queridos y venerados.

Al P. René le sucedió en la Prefectura el P. Crimont que en 1917 fue consagrado Obispo de Ammedera y primer Vicario Apostólico de Alaska. Aún vive, y, a pesar de sus ochenta años, no deja pasar un verano sin visitar los cuatro ángulos de esta Misión sin límites.

9. En la actualidad trabajan en Alaska 20 Padres y 10 Hermanos que continúan felizmente la obra empezada a fines de siglo por hombres meritísimos que dejaron sillas profesoriales, rectorados y hasta capelos, y se sepultaron en esta Misión peregrina donde la nieve de Octubre no se derrite hasta Mayo, y donde el sol de Navidad dura dos horas y el de San Pedro veintidós.

Es aquí voz común que 20 Padres son lo justo; más estarían ociosos, y menos no bastarían. La Misión está cargo de los Jesuitas, porque ninguna otra Familia Religiosa pudo aceptarla.

Es una Misión sin porvenir. Ni Colegios, ni Seminarios, ni conversiones en masa, ni reuniones considerables de gente hay ni habrá jamás en Alaska. El misionero tiene que visitar una docena de aldehuelas que componen tugurios malolientes, y ahí se terminó su apostolado. Tiene que pasarse en casa meses enteros leyendo libros, sin que tenga a tiro más de media docena de familias hambrientas y sin ideales.

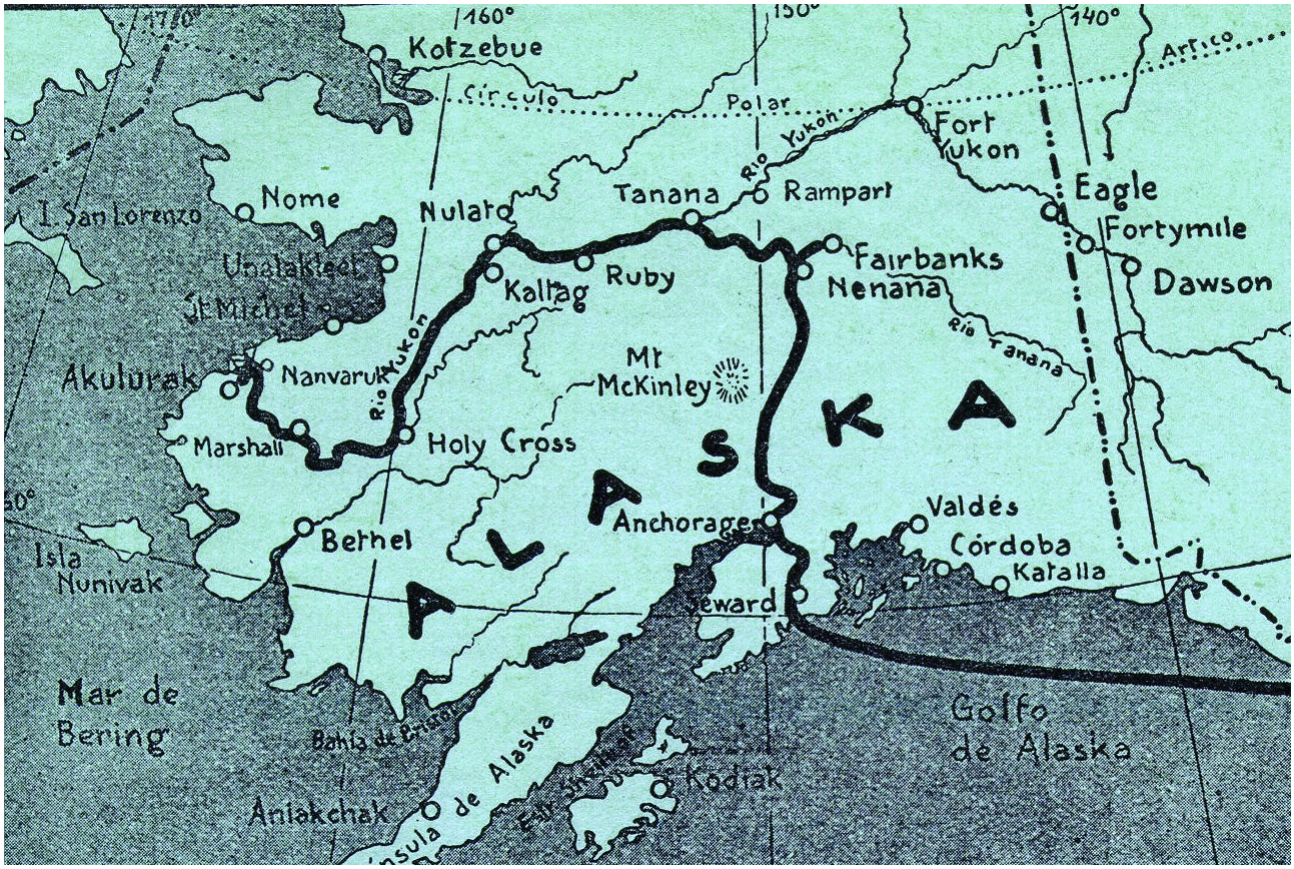
Para un sacerdote, que empleó la primavera de vida formándose en Filosofía y Teología, el contraste es aplanador.

Como en China, la India, África y el Japón los paganos se cuentan por cientos de millones... parece que a la mayor gloria de Dios pide trabajar donde el fruto alcance a millones en vez de estrellarse en docenas y medias docenas.

Pero la Santa Sede quiere una Misión en Alaska, y Jesuitas —en virtud del celebérrimo cuarto voto— obedecen al Vicario de Cristo, glorificando así a Dios con la obediencia y el sacrificio. Y Dios se complace en esta obediencia y bendice a los misioneros. Estos se enamoran de la Misión tan locamente que piden a Dios morir y ser enterrados en este rincón del globo al que voluntariamente se desterraron porque Dios así se lo inspiraba.

Pudiera nombrar Padres ancianísimos que no quieren oír de volver al mundo civilizado. Aquí han vivido y aquí quieren morir.

—En el mundo civilizado —dicen socarronamente— mucho ruido.


Kotzebue
Círculo
Polar
Ártico
Río Yukon
Fort Yukon
Eagle
Fortymile
Dawson
Nome
Nulato
Tanana
Rampart
I. San Lorenzo
Unalakleet
St Michael
Kaltag
Ruby
Fairbanks
Nenana
Río Tanana
Akulurak
Nanvarak
Río Yukon
Mt McKinley
Marshall
Holy Cross
ALASKA
Anchorage
Valdés
Córdoba
Kataila
Bethel
Isla Nunivak
Seward
Mar de Bering
Golfo de Alaska
Bahía de Prince
Península de Alaska
Aniakchak
Kodiak

ALASKA
ARCTIC OCEAN
Barrow
Kaktovik
Deadhorse
CHUKCHI SEA
Brooks Range
Northwest Territories
RUSSIA
Gates of the Arctic National Park
Fort Yukon
Yukon Territory
Bering Strait
Yukon River
Fairbanks
St Lawrence Island
Norton Sound
CANADA
Denali National Park
Wrangell-St Elias National Park
Valdez
British Columbia
Nunivak Island
Bethel
Anchorage
Juneau
Kenai Peninsula
Glacier Bay National Park
Petersburg
Kuskokwim Bay
Iliamna Lake
Sitka
Pribilof Islands
Bristol Bay
Kodiak
Gulf of Alaska
Ketchikan
Kodiak Island
BERING SEA
Cold Bay
Chignik
Queen Charlotte Islands
Fox Islands
Unalaska
PACIFIC OCEAN
0 200 km
0 120 miles

CAPÍTULO SEGUNDO

LA TRAVESÍA

1. ¿Por dónde se va a Alaska? — 2. Ketchicán. — 3. La capital, Juneau, Wrangel. — 4. Ante el imponente glaciar. — 5. Hacia el corazón de Alaska. — 6. Fairbanks: la ciudad del oro. — 7. La Universidad de Alaska.

Antes de entrar en el corazón de Alaska para descorrer el velo de los misterios en él encerrados, será bien iluminar con datos frescos y auténticos el camino que nos lleva a ese interior legendario. ¿Por dónde se va a Alaska? ¿Cómo se entra en ella? ¿Qué novedades le salen al paso al que se aventura a penetrar en el interior de este remoto país? He aquí las preguntas en cuya respuesta nos vamos a ocupar. En el primer capítulo hicimos un resumen histórico de la Misión. En los capítulos sucesivos narraremos a manera de *Diario* lo que hemos visto y palpado en nuestro ir y venir por estas latitudes en contacto siempre con los esquimales de las riberas del Yukón y con los habitantes de la tundra inexplorada.

En seis días los barcos de la "Compañía Naviera Alaskana" —barcos de 6.000 toneladas— hacen la travesía Seattle-Seward. Seattle es el puerto más norteño al Oeste de los Estado Unidos, y Seward es una aldehuela en la costa Sur de Alaska. El trayecto es de los pintorescos si los hay.

El primer día, se va por el estrecho que forma la Isla de Vancouver y la costa canadiense, ambas pobladas de árboles, con el mar como una balsa de aceite.

El segundo también se va por estrechos angostísimos, bordeando islotes, con la Costa canadiense siempre a la derecha y el mar en una paz octaviana alterada únicamente por alguna que

otra ballena que sale a hacer piruetas a la superficie, o por focas nadadoras que alcanzan al barco y le dejan a media legua.

2. El tercer día se llega a Ketchicán, la primera ciudad de Alaska. Tiene 4.000 habitantes, y las dos terceras partes de las casas —todas de madera— están levantadas sobre plataformas de tablones sostenidas por maderos clavados en el mar. Entre los dos barrios —el indio y el blanco— está la iglesia y casa de los Padres Jesuitas, y junto a la iglesia se levanta uno de los edificios más respetables de la población. Es el hospital, propiedad de las Hermanas de la Caridad. A la sazón hay seis, que atienden con esmero lo mismo a indios que a blancos, a católicos lo mismo que a protestantes o ateos, pues su hospital es el único y a él van a parar todos los enfermos.

No olvidaré el recibimiento que me hicieron. Sus preguntas y la manera de comentar mis respuestas me hicieron pasar el rato más delicioso de mi vida.

—Conque ¿de España, eh? ¡Ay qué lejos! ¿Estuvo usted en los Pirineos? ¿Dónde está León? ¿En las Vacongadas? ¿Ha visto corridas de toros? ¡Pobres toros! ¿Es cierto que los matan delante de la gente? ¿Y no gritan las señoras? Las señoras no irán a los toros; ¿van?

Y así sucesivamente.

Como recuerdo de la visita me hicieron cargar con un mazapán, que yo llevé al barco, dudando seriamente sobre la veracidad de los cuentos que había leído acerca le la aspereza sin igual de la vida en Alaska.

3. Al cuarto día se llega a Juneau, capital de Alaska, ciudad de 5.000 habitantes, centro minero de importancia y con bosques multiseculares en las afueras, que proveen de material a los aserraderos y ebanisterías

En Juneau reside el Vicario Apostólico, reverendísimo señor don Rafael Crimont, S. J., que acaba de celebrar el sexagésimo aniversario de su entrada en la Compañía de Jesús. Es por demás grato escucharle las tres horas que para allí el barco.

—Yo —dice— soy un árbol seco a punto de venir al suelo, pero caigo sin pena al ver que a mi lado brotan retoños que han de continuar esparciendo verdor y lozanía por estas desoladas regio-

nes. Tres misioneros nos han venido a reforzar este año. Me dan ganas de entonar el *Nunc dimittis*.

Monseñor Crimont nació en Amiens el año 1858 y cursó los estudios de Latín y Humanidades en la Escuela Apostólica de su ciudad natal. A los dieciocho años fue admitido en el Noviciado de St. Acheul, y después de hechos los votos enfermó, de suerte que los Superiores creyeron no podría completar los estudios de la Compañía. Afortunadamente para el H. Crimont pasó por el Colegio el entonces Don Bosco, hoy santo canonizado. El H. Crimont le ayudó la Misa dos veces. Al terminar la segunda ya en la sacristía, le pidió nuestro estudiante que le obtuviese del cielo la gracia de ser misionero. Don Bosco posó blandamente la mano sobre la cabeza del joven jesuita, le miró de hito en hito, y le alentó con esta profecía

—Sí, hijo mío, tu llegarás a ser un gran misionero.

La profecía se cumplió y se está cumpliendo. Monseñor Crimont es casi octogenario y ha sido misionero por espacio de cuarenta y dos años.

No hay en Alaska río que no haya él atravesado, ni monte que no haya rodeado, ni llanura que no haya cruzado. Viaja en canoa, en trineo, en aeroplano, en raqueta, en barcos fluviales, en todo; por eso son tan de agradecer las instrucciones que da sobre la manera de habérselas con las múltiples contingencias que a uno le aguardan.

A pocas horas de Ketchicán está Wrangel, donde pude conversar con el octogenario P. Monroe, S. J., que ya era célebre en Alaska allá por los años de 1890. Jiras y correrías por los cuatro puntos cardinales de la Misión en trineo y en canoa, en patines y raquetas, nos han legado un P. Monroe encorvado y arrugado, sin dientes, curtido y encallecido, acreedor como San Pedro de Alcántara a la célebre frase teresiana: "Parece hecho de raíces de árboles". Pero, encorvado y todo, me enseñó su casa e iglesia, enclavada en un jardín que él cultiva con esmero, y me llevó a ver los yacimientos pesqueros donde almacenan barcos de salmón, tantos en número que embalar tres millones de cajas pesaditas no se considera un año extraordinariamente bueno. Allí hay salmones de todos los tamaños, desde 7 libras hasta 60.

El quinto día es el más temido por todos los pasajeros. El barco tira una diagonal por el Golfo de Alaska y los cocineros no guisan más que la mitad o un tercio de la ración ordinaria, pues saben por experiencia que una gran parte de la tripulación se marea lo suficiente para no bajar al comedor.

4. El último día se da una sorpresa la tripulación. El barco se mete por unas cañadas entre montañas de nevadas cimas y entra en una bahía sin salida. El termómetro de repente empieza a bajar con tal velocidad que parece que al mercurio le ha entrado miedo y quiere esconderse en la ampollita.

De pronto se ve un monte de hielo macizo, o sea el glaciar Columbia. El barco se acerca cauteloso, y por fin se para a corta distancia. Las sirenas rugen tremebundas; el glaciar repite los ecos; las paredes batidas por las olas y por la vibración del sonido se rajan con el retumbar de los truenos de verano, y columnas gigantescas de hielo se desploman sobre el agua y alteran la marea.

Así se originan esos bloques de hielo flotante, inmensos como colinas, que merodean los mares norteños con evidente peligro para la navegación, como se demostró en el tristemente célebre *Titanic*.

Ante el glaciar Columbia los pasajeros tiritan como si tuvieran el baile de San Vito, pero el paisaje es demasiado bello y emocionante para abandonar la cubierta.

Por fin se llega a Seward, término del viaje marítimo. También aquí tienen los Jesuitas casa e iglesia, no sólo para la población —que apenas si pasa de 400 habitantes— sino también para otras estaciones limítrofes que se visitan desde aquí.

En Seward no hay más que blancos que viven del tráfico del puerto. Este puerto es el lazo de unión entre el interior de Alaska y el mundo civilizado.

Cuando en 1914 las minas de oro prometían convertir Alaska en una verdadera Jauja, el Gobierno yanqui abrió un ferrocarril hasta Fairbanks, a 860 kilómetros de Seward, en el centro de Alaska. Las minas vinieron a menos y el tren —aunque va sobreviviendo— no recorre el trayecto más que una vez a la semana.

En este tren tuve el honor de sentarme dos días cabales. Digo el honor, porque aunque al fin del viaje queda uno más molido que Don Quijote en la aventura dé los yangüeses, la novedad del panorama paga con creces el molimiento.

Como el barco llega un día antes de la llegada del tren, tuve que matar ese día en Seward lo más distraídamente que pude. El misionero estaba ausente. Tomé posesión de la casa, tecleé al azar en el harmonium y recé pausadamente el Breviario. Después de silbar y tararear, con las manos en los bolsillos, mirando a las paredes, recordé que había prometido cartas a ciertos amigos y me senté a escribirlas, hasta que se me helaron los pies: Salí a dar una vuelta, pero el pueblo era tan pequeño que a la media hora tuve que volverme a contemplar las paredes de la casa-misión.

El tren llegaría a las siete de la mañana siguiente y saldría a toda prisa. Me acosté aburrido al ponerse el sol y, cuando ya quería dormirme, la sirena del barco anunció que dentro de media hora volvería éste a desandar el camino en dirección a los Estados Unidos. Es decir, el barco se volvía y me dejaba a mí en aquel puebluco esperando un tren que me había de llevar al Yukón, donde otro barco me llevaría por el corazón de Alaska camino de Siberia.

¡Adiós todo lo conocido! Cuando al cabo de media hora salía majestuosamente el barco, yo me vi solo en una habitación oscura con cuatro maletas junto a la cama y docenas de perros que aullaban a veinte pasos de mi ventana.

La santa Misa, que dije solo al amanecer, me infundió alientos y me llenó de valor. Con éste recobré el buen humor.

Poco después de salir el sol, me encontraba sentado junto a la ventanilla del tren dispuesto a no dejar pasar un milímetro de paisaje sin posar en él los ojos ávidos de vistas alaskanas.

5. A 5 Km. de Seward se comienza la ascensión de unos montes elevadísimos. La pobre locomotora —de hechura antediluviana— gruñe y forcejea y, a paso de buey, va subiendo a unas alturas considerables.

Vienen luego cadenas y más cadenas de cordilleras. Por fortuna ese día hizo sol y pudimos admirar las nieves perpetuas en cumbres inaccesibles. Las laderas estaban cubiertas de árboles, y

los valles estaban tapizados de yerba silvestre, maleza y arbustos raquíticos.

Antes de llegar a las llanuras centrales, pasamos por una región volcánica, que fue la que más llamó la atención de la docena de pasajeros que íbamos ese día. A corta distancia unos de otros se yerguen enhiestos conos más perfectos que el geómetra más habilidoso puede fabricar. Volcanes extinguidos desde tiempo inmemorial, estos conos se pierden entre las nubes coronados de nieve. Se aprecia en ellos perfectamente la línea horizontal donde termina la vida vegetal, luego el círculo rocoso y estéril, y al fin la nieve apelmazada de la que se desprenden acá y allá arroyuelos que bajan rompiéndose entre piedras y cascadas y fertilizan los valles solitarios. Con frecuencia, entre cono y cono, se ve un glaciar, que añade variedad y belleza al ya encantador panorama.

Lo que más me extraña es la soledad del ambiente. Los pasajeros parecemos pasmados y hablamos en voz baja y con intimidad, como si estuviéramos solos en alta mar. En las primeras siete horas de marcha no vimos arriba de veinte personas.

De vez en cuando topábamos en la vía con un vagón destartalado donde vivían cuatro o seis hombres barbudos y desmelenados. Los tales vagones tienen los honores de estaciones y el tren acorta la marcha al llegar a ellos, les tira un par de cajas de conservas y un fajo de cartas y revistas y acelera la marcha camino de la próxima estación.

Esos obreros son empleados del Gobierno para reparar desperfectos en la vía. Es curioso verles cazar al vuelo el fajo de cartas —como un perro un pedazo de pan—, repartirlas tumultuosamente, rasgar el sobre y abismarse en la lectura moviendo la cabeza y dibujando sonrisas..., porque no hay nada tan placentero en Alaska como recibir una carta.

Detrás de aquellos conos, entre aquellas cordilleras, no se sabe lo que hay. Desde el día de la Creación hasta hoy, aquella naturaleza virgen y bravía da gloria a Dios a su modo, sola y sin testigos, y es de creer que seguirá envuelta en los pliegues de la soledad y del misterio hasta el día del Juicio.

Al escurrirse el tren como culebra por entre aquellas laderas mayestáticas, va paulatinamente dejando la llamada Alaska Austral

para internarse en la verdadera Alaska, la Alaska que todos tenemos en nuestra fantasía, Alaska Boreal.

Pasada Anchorage, población importante por residir en ella casi todos los empleados en barcos fluviales, aviación y vía férrea, entramos en unas llanuras verdes y encenagadas, tan planas y monótonas, que allí no hay más límite que el horizonte, infinito como el océano. Uno de los pasajeros se me acerca y me pregunta si me agradaría charlar. Precisamente era eso lo que yo estaba echando de menos. Sentados frente a frente junto a la ventanilla, dejamos correr las horas en una conversación amistosa, mientras él encendía puros con la colilla de los que agonizaban.

Era un señor serio, inspector general de todas las escuelas del Gobierno en Alaska, con el emblema de masón en la solapa. Masón y todo, no pudo haber estado más cariñoso conmigo.

He notado gran diferencia entre el masón español —cerril e incendiario— y el masón norteamericano, que lo suele ser por motivos comerciales, sin comprender la intolerancia de sus cofrades de allende los mares.

Al atardecer divisamos unos picachos blancos perdidos en las nubes y, a medida que nos acercábamos, se dibujaban con más precisión los contornos del formidable McKinley, el pico más elevado en toda Norteamérica. A la puesta del sol llegamos a un recodo donde se le ve perfectamente.

El conductor se me acerca y me propone nada menos que mandar parar el tren si quiero bajarme y enfocar aquella mole nevada con los prismáticos. (Es de saber que en los trenes yanquis hay un personaje llamado conductor, que es a la vez interventor y jefe responsable; algo así como el capitán del buque.)

Le miré atónito, pero él insistió en que no era molestia, que su deber era hacer grata la travesía a los pasajeros; que en España no tendríamos un monte como aquél y que, ya que se me ofrecía la ocasión, lo mejor era aprovecharla. Insistí en que no quería leyes de excepción para mí, a lo que replicó que allí no había más ley que el gusto de los pasajeros. Total, que dio unas pitadas y el tren paró en seco. Bajó conmigo, y mientras yo enfocaba acá y allá, él me explicaba la altura de los diversos picos, y cómo en el otoño aquellas estribaciones se poblaban de renos, alces, caribúes y

cabras monteses. Bajaron también algunos pasajeros, otros se contentaron con mirar desde sus respectivas ventanillas.

El conductor, que no era católico, no se cuidaba de los demás por atenderme a mí que llevaba cuello romano, el distintivo del sacerdote católico en este país. Gustaba de charlar conmigo cuando se marchaba de mi asiento el masón y escuchaba con suma atención las explicaciones que yo le daba sobre la razón de ser del sacerdocio católico.

A la puesta del sol llegamos al Hotel Curry, donde para el tren, a fin de que los pasajeros puedan pernoctar en él con toda comodidad. Es un hotel que levantó allí el Gobierno para este fin.

En mi cuarto había una consola con adornos de muy buen gusto. La convertí en altar, y al amanecer dije en voz baja la santa Misa, mientras de las habitaciones próximas surgían ronquidos mitad graciosos, mitad desesperantes.

Cuando a las cinco en punto sonó el timbre de los pasajeros, ya estaba yo lavado y peinado, con las maletas a la puerta, ocupado interiormente en dar gracias a Dios por haber puesto toda su sabiduría al servicio de su bondad, y haber hallado manera de alimentar con su Cuerpo y con su Sangre a sus criaturas sin obstáculos de circunstancias difíciles y apuradas. ¿Se habría dicho jamás una Misa en aquel hotel?

6. Todo aquel día cruzó el tren llanuras aplanadoras, alteradas únicamente por cerros y colinas de arbolado pobrísimo, hasta que a eso de media tarde llegamos a Fairbanks, fin de la línea y la población más importante de Alaska Boreal. Me esperaba el Padre Luis Eline, S. J., que lleva doce años en aquella Residencia.

Cuando uno se cree que está perdido en el fin del mundo, es por demás consolador recibir un apretón de manos de un hermano afable que ansía recibir noticias del exterior.

El P. Eline me enseña orgulloso el jardín: nabos regordetes, buenas remolachas, lechugas y las berzas más cogolludas que he visto. Las prosaicas papas estaban circundadas por damasquinas, margaritas y dalias. A mis comentarios de sorpresa responde el Padre que Fairbanks, desde mayo hasta septiembre, no tiene que envidiar en clima ni a Madrid.

Dentro de la cerca del jardín se alza el hospital católico, único hospital en 350 Km. a la redonda. Lo dirigen nueve Hermanas de la Providencia, canadienses, algunas de las cuales llevan en Alaska la friolera de veintiocho años.

Como el barco, que me ha de llevar río abajo, no ha de salir hasta dentro de una semana, tengo una oportunidad excelente para recoger datos sobre la vida y costumbres de estas gentes.

Las minas de oro de Fairbanks son las únicas que siguen dando con relativa generosidad el precioso metal.

Los blancos lo han acaparado todo, han arrinconado a la escasa población indígena y han dado a estos alrededores un aspecto de civilización que sorprende a los recién llegados. Hay más de cien automóviles.

Dos días antes de llegar yo, se rifó uno. El P. Eline había comprado un número por un dólar, había encomendado la cifra a las oraciones de las monjas y tuvo la buena suerte de que le tocara. En ese auto me llevó un buen señor a las afueras diversas veces.

Un día visitamos los yacimientos auríferos y pude ver cómo lavaban con mangas de aguas pirámides de mineral; cómo una máquina-tractor gigantesca tragaba el mineral, lo zarandeaba, lo echaba a remojo, lo impelía por un plano inclinado acanalado; cómo los canales quedaban llenos de polvo de oro mientras la tierra y piedrecitas salían al exterior; cómo aquel polvo granular era recogido con escrupulosidad, y cómo le daban escolta dos vigilantes con el rifle al hombro.

Otro día fui invitado a presenciar el proceso de de derretirlo, separar la escoria y recogerlo en ladrillos tan pesados que, porque levanté uno a la altura de la frente, logré de forzudo. También aquí, estábamos guardados por rifles y revólveres. La entrada es por invitación, y ésta tiene que ser aprobada por tres personajes.

7. Una tarde, muy fría por cierto, visitamos el Colegio de Alaska, que acababa de ser convertido en Universidad. Me llevé las manos a la cabeza cuando oí que había Universidad de Alaska.

Las familias de blancos pudientes se pusieron de acuerdo e hicieron tanta presión al Gobierno que éste accedió a levantar unos edificios decentes con aulas, pupitres y laboratorios. Este año se

matricularon unos 200 estudiantes de ambos sexos y allí adquieren el título de Ingeniero y estudian preparatoria en Medicina y Leyes.

La Universidad está en una colina a 20 Km. de Fairbanks, y los estudiantes van y vienen en autobuses. De ese modo pueden instruirse los blancos de Alaska sin verse obligados a ir a los Estados Unidos.

También el Hospital entretuvo mis ocios. Es tan exquisito el trato que dan estas Hermanas a los enfermos, que vienen a él de distancias increíbles; y es tanto lo que aprecian ellos ese trato, que han facilitado a la Madre Superiora dinero suficiente para ensanchar el edificio y proveerle de material moderno, a pesar de que los clientes católicos son en minoría,

Allí una enferma luterana quiere probarme con la Biblia en la mano, que Lutero está sentado a la diestra de Dios Padre, y se enfurece al oírme repetir lo que a una respuesta parecida replicó un católico de Boston.

—Si —dijo— allí estará sentado; pero si yo tuviera que cenar con él esta noche, exigiría una cuchara de un metro de larga.

Insisto en que la vida de ultratumba nos es desconocida en casos particulares, y la vieja sonríe de nuevo.

Luego me enteré de que el Gobierno había prometido una pensión a modo de jubileo a la tal vieja por los muchos años que había trabajado con fidelidad en no sé qué oficinas públicas; pero ella la había rehusado porque se le exigía llenar un encasillado en el que tenía que poner la edad. A juzgar por las arrugas y el pelo, yo le echaría unos setenta y dos años. Quevedo la hubiera llamado “mamotreto de siglos”.

Un viejo paralítico, que lleva cincuenta y ocho años en Alaska, se entusiasma recordándome proezas de su juventud y malparando el sesgo de los tiempos presentes:

—¡Ah, cuando yo vine!... ¡Entonces, entonces! Entonces todo eran osos y lobos y renos y esquimales. Ahora todo esto se lo está llevando la trampa. En vez de rifles y piquetas no se ven más que periódicos y aeroplanos y señoritos con corbata. Un día que me perdí en una borrasca de nieve, me salió un oso. Apreté el gatillo, pero la pólvora estaba húmeda y no disparó. Y el oso... pues se me venía. ¿Cree usted que yo me acobardé? ¡Ca! Avanzo, agarro el

rifle por el cañón y a culatazos le destrocé el cráneo. ¡Bueno era yo entonces para acobardarme; desarmaba yo a un par de vigilantes!

En un cuarto hay dos enfermos recién operados. Los dos estuvieron en la guerra hispano-yanqui del 98. El que estuvo en Cuba es prudente y alaba a los soldados españoles por su bravura y resistencia ante fuerzas superiores. El que estuvo en Filipinas se relame describiéndome detalladamente la batalla de Cavite, como si yo fuera noruego o japonés y no me importara un bledo España. Cuando ellos terminaron con sus aventuras, empiezo yo con las mías y les entretengo hablándoles de la transformación que sufrió el mundo con la venida de Jesucristo.

Llegó el domingo y pude ver en Misa unas 120 personas con cerca de 30 comuniones.

Así se me pasó la semana en Fairbanks. Estábamos a mediados de septiembre. El último día noté que las flores estaban todas marchitas y la yerba estaba doblegada por la escarcha.

Al despedirme del P. Eline para ir a tomar el barco fluvial, me hizo esta observación:

—No diga usted a nadie que ha estado en Alaska. Ni Seward ni Anchorage ni Fairbanks son Alaska. Aquí tenemos tren y teléfonos y automóviles y un campo de aviación modelo. Aquí, el que tenga dinero, puede adquirir todo lo que se vende en Nueva York. La verdadera Alaska la va a ver usted a las veinticuatro horas de salir de Fairbanks, y, mientras más al Oeste camine usted, más palpará la realidad de lo típico de Alaska.

El P. Eline no se equivocó. En tres semanas de viaje hacia el Oeste pude convencerme de que, en efecto, la verdadera Alaska se encuentra en las orillas del caudaloso Yukón, y todavía más en las planicies de su desembocadura, donde habita el esquimal de pura cepa con sus costumbres tradicionales.

CAPITULO TERCERO

HACIA EL CAUDALOSO YUKÓN

1. De Fairbanks a Nenuna. — 2. ¡Vaya parroquianos! — 3. A lomo del Tanana. — 4. Con un pájaro de cuenta. — 5. El Yukón.

El 19 de septiembre salí de Fairbanks en tren, camino de Nenana, donde, según la *Guía de pasajeros*, encontraría anclado el vaporcito que me había de llevar 1.200 kilómetros en dirección a Siberia.

Llegué a Nenana poco después del mediodía y halle que el tal vaporcito había sufrido averías y no llegaría "hasta dentro de unos días". ¿Cuántos? Nadie lo sabía a punto fijo.

Con las maletas a mis pies, forrado de pies a cabeza para defenderme del frío, en pie delante de un grupo de indios sucios y harapientos, la mirada indecisa y meditabunda..., debí aparecer entonces como la estatua del fracaso.

Nenana tuvo 1.500 habitantes hace años, cuando sus minas de oro estaban florecientes. Pero el oro se agotó, y los mineros blancos se desperdigaron, y la ciudad quedó tan desmantelada que hoy es un montón de ruinas y escombros. Junto a la estación hay un par de tabernas; luego se abre una callejuela con unas tienducas, y acá y allá, entre arbustos y maleza, se ven casas miserables y mestizos en amigable convivencia con algunos que echaron raíces en este suelo.

Creyendo que Nenana continuaría siendo lo que era, Padre Monroe, S. J., levantó allí una capilla y una casita para el misionero.

Un indio más despabilado me puso al corriente de todo, y en un cuarto de hora di con el blanco que guardaba llave de nuestra casa. Se alegró de verme y me prometió llevar a Misa a las ocho del día siguiente a todos los católicos de la población.

Esto me alegró mucho y me dirigí a la casa. ¡Cómo la encontré! Un reloj parado, y detrás un calendario que marcaba diciembre 20, 1922. Unas telarañas como paraguas, las cortinas hechas jirones, ropa de cama en cajas carcomidas, sillas y una estufa fría como el hielo.

La capilla silenciosa, sin imágenes, sin lámpara, con bancos empolvados y con un reclinatorio hecho de arte que se podía convertir en confesionario. Junto a la puerta había un termómetro que marcaba 4° bajo cero. ¡Y era septiembre, y a las tres de la tarde!

La soledad del lugar pugnaba por abrumarme, pero yo canturreaba como quien no se da por aludido. Por los resquicios de las ventanas se colaba un viento que calaba hasta los huesos.

Abriendo puertas y huroneándolo todo, di con una escalerilla que llevaba al sótano, donde había hacinados troncos de árboles con una hacha sobre ellos. Este hallazgo me salvó la vida.

Quité la ropa decente que llevaba, me puse otra más burda y empecé a rachar troncos y amontonar astillas, como si ese hubiera sido siempre mi oficio. Afuera, en la calle, se helaban los charcos y yo estaba sudando. Luego comenzó a chisporrotear la estufa, lo que me permitió sentarme a rezar el Breviario tranquilamente.

Al anochecer fui a cenar a una taberna, donde me sentaron junto a tres hombrachones que devoraban como mastines, escupían por el colmillo y hablaban de dinero. En la mesa había un tarro con este letrero: *Aceitunas andaluzas*. Las miré con una ternura exagerada mientras pensaba para mis adentros: ¿será posible que sean éstas aquellas aceitunas que yo vi acarrear en la vega de Granada, las que colgaban de aquellos olivos espesos bajo los cuales me senté cien veces a reposar en mis caminatas a Sierra Elvira? Y sin más, ordené que me sirvieran una docena. Aquellas aceitunas eran paisanas mías y estaba seguro que preferían las comiese yo en vez de aquellos extranjeros.

De vuelta a casa, y a la luz de una vela, extendí sobre un catre todas las mantas que hallé y me puse a discutir en serio si sería mejor acostarme a las siete o a las siete y media. Los psicólogos sabrán el porqué de discusión tan trivial.

¡Qué soledad aquella tan corrosiva y deprimente y qué ansías de comunicarme con alguien!

El que se crea que la presencia de Dios basta y sobra en esos casos, recuerde que el Señor "se arrancó de sus discípulos" en el Huerto de los Olivos y volvía repetidas veces a visitarlos.

Cuando la soledad es aplanadora, el mejor lenitivo es una charlecita con un par de chistes.

Para colmo de sorpresas, ya acostado, oí los lamentos más lastimeros, como si estuvieran martirizando a toda la Legión Tebea. Me encomendé a Dios y logré quedarme dormido. Luego me enteré que los tales lamentos eran los aullidos ordinarios de los perros de trineo. Los perros de Alaska no ladran; aúllan a manera de quejidos prolongados, como hacen los lobos en el bosque.

2. Por la mañana arreglé el altar y las vestiduras, y desempolvé dos o tres bancos. ¿Vendrán muchos a Misa? Me pregunté. Vamos a desempolvarlos todos, no sea que llenen la capilla.

Ya son las ocho; ya debían ir llegando. Las nueve. Vamos a irnos revistiendo despacio. Los pobrecitos..., ¡con el termómetro bajo cero! Empecé la Misa y la terminé solito, rodeado de legiones de Ángeles que la oyeron extasiados. Mientras recitaba de memoria el último Evangelio, vi en la pared una estampa de San Francisco Javier bautizando hileras interminables de indios...

Después de desayunar en la consabida taberna, me entrevisté con el católico que me había dado tan buenas promesas. Estaba en la cama con un dolor general que no le permitía tenerse en pie, aunque devoraba cigarros, uno tras otro. Me dio la dirección aproximada de los demás católicos y salí a visitarlos.

Primera visita: Una solterona de cuarenta y cinco años, austríaca de nacimiento. Hoy no ha podido ir; mañana irá aunque le pongan lanzas a los pechos.

Segunda visita: Un solterón de cincuenta y dos años, irlandés. Está en la calle arreglando un alambrado. Dice que la religión es cosa del corazón; que él está bien con Dios, y que la Misa no es necesaria. Le invito a ir a mi casa a charlar despacio junto a la estufa; pero él huele la pólvora y se excusa.

Tercera visita: Un matrimonio con hijos. El blanco, ella india. No van a Misa porque no dan dinero por ir. Si quiero, me mandarán

dos niños que están en la escuela. Doy a los nenes unos bombones, los llamo guapos y buenos mozos y...

Cuarta visita: Una madre joven, hija de chino e india. Su padre es budista, pero su madre fue bautizada por el P. Monroe y ella es católica, y promete ir mañana a Misa. Unos bombones a la niña, que se esconde detrás de las faldas de su madre, y...

Quinta visita: Una mestiza con dos criaturas. El marido se esfumó recién casados. Quiere casarse si encuentra con quién, y promete ir mañana a Misa.

Y aquí se acabaron las visitas, pues éstas son las únicas familias llamadas católicas. De Pascuas a Reyes pasa por aquí un misionero, camino de su distrito, y visita o no visita a estas ovejuelas. No es extraño que esto esté como está.

Estuve en Nenana seis días. Un día llegué a reunir a once personas en Misa. Los demás días, seis u ocho. Antes de empezar la Misa les reunía delante de la estufa y les echaba una platiquita y les hablaba de Jesucristo. Todo era nuevo para aquellas cabezas. Por lo menos ya saben cómo se hace un acto de contrición, para cuando les llegue la última hora.

Se ensanchaba el corazón al pedir a Dios por la salvación de esta pobre gente. Dios quiere que le pidamos eso, y así lo da El a sentir.

Para entretener mis ocios me puse un día a guisar. Hallé en un tarro arroz antediluviano. También había tarros con sal, azúcar, pimienta y una salsa odorífera desconocida. Hice una mezcolanza de todo ello y aguardé hasta que hirvió lo suficiente. Salió un mejunje indefinible, pero tomé una buena ración, con la cual di por terminada la cena.

3. Por fin una noche llegó el vapor. Un par de sirenazos nos reunieron a todos en su derredor a la orilla del río. Saldrá tan pronto como carguen las 600 toneladas de mercancía que hay allí almacenadas para las diversas poblaciones a lo largo del río en una distancia de 1.200 kilómetros.

Yo llevo un altar portátil y tomo posesión de un camarote muy bajo con dos camas, una sobre otra. Como no hay otro acomodo, armo el altar sobre la cama superior, veo que tiene todas las garantías de seguridad posibles, y me río como un nene con

zapatos nuevos, pues ya estoy —como quien dice— asegurado contra incendios y en marcha, camino de mi distrito, que me espera allá sabe Dios dónde.

Sale el vapor a media noche con un cargamento respetable y media docena de pasajeros. Navegamos agua abajo por el río Tanana, que desemboca en el Yukón. Es un río ancho y raso, con el agua más lodosa que he visto en mi vida. Las orillas están barridas por crecidas imponentes, y a cierta distancia se ven llanuras interminables pobladas de árboles raquíticos.

Va conmigo un matrimonio de veinticuatro horas. El es pastor episcopaliano; ella también es episcopaliana. Van a cuidar de la Misión que tiene la secta en Tanana. Son personas muy afables y sinceras, convencidas de que el catolicismo y el protestantismo son dos caminos que convergen igualmente en la puerta del cielo.

Yo, por ser español, miro todo lo protestante con entrecejo fruncido. Sin embargo, confieso a boca llena que esta pareja no tenía de protestante más que el nombre. En su corazón eran dos almas buenas que se sacrificaban por el prójimo y que creían dar gloria a Dios salvándole almas.

Tienen los episcopalianos una media docena de capillas evangélicas en esta sección central. Como los pastores están casados, no son muchas las conquistas que hacen. Pero reúnen un par de docenas de indios en cada capilla y allí cantan himnos y escuchan un sermón sobo aquello de la Biblia: "En el cielo hay muchas moradas"; es decir, moradas para los protestantes, para los judíos, para los católicos, para todos los que creen que Jesús es bueno y nos redimió del pecado y de la muerte eterna. Luego el pastor aconseja no emborracharse, no mentir, no darse al juego... y hasta el domingo.

Ese tal pastor está convencido de que Jesucristo le tuvo presente en la memoria cuando dijo: "Rogad al Señor á mies que envíe operarios a su viña".

Los tres días que navegamos sobre el río Tanana fueron de una monotonía abrumadora. El termómetro rondo al 0º, una brisa que calaba hasta los huesos, y, cuando se aventuraba uno a dar unas vueltas sobre cubierta para estirar las piernas, que llevaban

seis horas encasilladas en la butaca, no se veía más que una planicie ondulada, un páramo sin fin.

Por fortuna iba en el vapor un minero que me proporcionó muchas horas de verdadero recreo. Le invité a charlar en mi camarote y aceptó entusiasmado, pues se pasaba las horas muertas en la cubierta desafiando al frío, solo y con la mirada perdida en el infinito.

4. —¿Lleva usted mucho tiempo en Alaska? —le pregunté.

—Mucho antes de que usted naciera ya era yo pájaro de cuenta por aquí. El mes que viene cumplo cincuenta y seis años en Alaska. Tengo setenta y seis. Vine a los veinte.

—¿Setenta y seis años? Pues representa usted unos cincuenta y cinco. ¡Palabra!... Y ¿a qué se dedica usted?

—Yo lo he probado todo. Estuve en las minas de oro de Nome allá por el 98. ¡Qué días aquellos! Allí estábamos de veinte nacionalidades. Al principio hubo un poco de alboroto. Pero nos reunimos en consejo y convinimos en que no se había de preguntar a nadie ni por el nombre, ni por la patria, ni por la religión, ni si estaba casado o soltero. Luego, después de un debate acalorado, convinimos en que el que robase un céntimo tenía que salir del territorio en el término de veinticuatro horas. Si no tenía dinero, le pagaríamos el viaje. Si rehusaba salir, o, si después de salir, volvía, le ahorcaríamos sin preguntarle siquiera por qué había vuelto. ¿Le parece a usted esto duro? Pues no había otro remedio.

Éramos 15.000 mineros amontonados sin orden ni concierto, sin policías, sin autoridad que representase a Washington. Y créame, todo salía a pedir de boca. Jamás se cerraba una puerta. Sobre las mesas teníamos torres de pepitas de oro y pedruscos de mineral saturados de oro puro. Después de refinarlo juntábamos hasta 10.000 dólares..., y allí estaban en pilas por los rincones, sobre la cama, en las sillas en cualquier sitio. Acordamos más.

Acordamos que jamás se había de negar hospitalidad a nadie. Si entraba uno en tu casa, tenías que darle un vaso de vino y echar un par de paletas más de carbón en la estufa para que se calentase pronto y bien. Teníamos acá y allá chozas de común con una estufa modelo; y todos teníamos que contribuir con carbón o leña.

El que se sintiese arreciar, no tenía más que ir a una de ellas y armar una fogata. El domingo descansábamos.

Todas las religiones estaban allí representadas con capillas y misioneros. Un pastor luterano para los escandinavos, que eran mayoría; un episcopaliano para los yanquis; un ortodoxo para los rusos; un jesuita para los católicos, y, los que no teníamos religión, pasábamos la mañana en la taberna. ¡Qué lástima que se agotasen aquellas minas! Y como aquéllas había una docena en Alaska por aquel entonces.

—¿Y qué hicieron ustedes de aquel dinero? —dije interrumpiéndole.

Pues verdaderas locuras. Nos bañábamos en champagne, hacíamos cigarros con billetes de banco, la borrachera estaba al día, encargábamos a los Estados Unidos unas ropas y unos alimentos que ya los hubiera querido el Preste Juan de las Indias, enviábamos bastante a las familias, jugábamos el resto, y cuando media docena de cucos, que se hicieron millonarios cambalacheando, volvieron a sus tierras y las minas comenzaron a escasear, nos vimos poco menos que en la calle.

Así y todo, yo nunca quise volver a los Estados Unidos. Después de saborear esta libertad de Alaska, no se hace uno a vivir en otro sitio. Son centenares los que vuelven hastiados de la vida artificial que se vive hoy día en el mundo. Todo es ruido, aglomeraciones de gente en las ciudades, policías, leyes, pedir la cédula personal al volver de cada esquina y papelones en las plazas con los *Ordeno y Mando* de rúbrica.

Aquí no. Aquí va usted en trineo dos semanas y no topa usted arriba de 200 personas. Si le invitan a comer, agarra al salmón por las agallas con una mano y por la cola con la otra, y los dientes hacen su oficio, sin melindres de tenedores ni cubiertos que son la carabina de Ambrosio, porque con ellos se deja junto a los huesos más que lo que se come. Aquí no hay tradiciones ni etiquetas ni modas. Cada uno hace lo que se le antoja, como se le antoja y cuando se le antoja. Eso sí; el que moleste al prójimo, que se prepare, porque le vuelan la tapa de los sesos en un santiamén.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en Alaska?

—Llevo veintidós días —le respondí.

—¡Santos cielos!, es usted un verdadero *chichao*. Aquí llamamos *chichaos* a los recién venidos. Es palabra india y designa a los extranjeros que el primer año están aquí como aturdidos, mirando la nieve y las auroras boreales con unos ojazos como los pajueranos de pueblo cuando van a una ciudad y se paran ante los escaparates. Los que están aquí un año pasan a la categoría *saordós*; algo así cómo civitatenses. El año que viene usted saordó.

5. En conversaciones de este género nos entreteníamos horas y más horas.

Por fin desembarcamos en el Yukón. Como los dos ríos por separado son navegables, al juntarse forman un verdadero mar de agua. Se juntan en Tanana, pueblecito de 300 almas.

El vapor paró unas horas a descargar mercancía; horas que aproveché para visitar nuestra iglesia y casa del misionero. Éste no estaba allí; había salido hacía un mes y no volvería hasta la primavera, pues están a su cargo media docena de pueblos sumamente distantes entre sí, y él reparte los doce meses del año lo más caritativamente que puede.

La Residencia de Tanana es capaz de satisfacer las ansias de soledad y pobreza de un San Francisco de Asís. Una capilla de madera con bancos toscos y un harmonium; una habitación detrás de ella, con un banco ancho atestado de mantas y una cocinilla con una bolsa de carbón en un rincón. Entre el banco y la pared hay una ventana donde se sienta el misionero a leer y escribir.

Recordando mis días en Nenana me dije:

—¿Serán así todas las casas nuestras de Alaska? ¡Pobres misioneros!, ¡qué cosas verán los Ángeles de la Guarda!

A dos días de Tanana está Ruby, pueblecito pintoresco por su situación en una loma repleta de arbustos, pero de casas pobrísimas, todas de madera. Creo no exagerar si digo que Ruby tiene más perros que personas.

También aquí tienen los Jesuitas casa e iglesia, o mejor, choza y capilla, visitada dos o tres veces al año a todo tirar.

Al dirigirme a visitarlas, me salieron seis mastines que se me antojaron demonios dispuestos a despachar al misionero. Hice un acto de contrición a toda prisa y esperé mi descuartizamiento con

la mirada en el cielo, como esos mártires que vemos pintados en el Coliseo entre leones.

Lo que atribuí a milagro no fue más que mi ignorancia e inexperiencia.

En Alaska jamás anda suelto un perro que muerda. Los sueltos son cachorrazos mansurrones, amigos de zalamerías y de que se les pase la mano por los lomos.

Mientras me latía el corazón congojosamente y palidecía mi rostro al verme entre aquellas fieras, un buen señor me da voces diciéndome que quieren que los acaricie.

Sacando fuerzas de flaqueza empecé a manosearlos y a llamarlos "monines" y "salaos", y terminé riéndome a carcajadas. Era de ver cómo se abrazaban a mí, con las patas delanteras sobre mis hombros y la cabeza pegada a mi cara.

Al acariciar a uno, los demás sentían unos celos feroces y se mordían como tigres, disputándose el honor de ser acariciados con frases zalameras.

Los indios jamás se paran a hacer caricias de este género, pues están hartos de eso. Por eso esta vez los perros al verse acariciados, me rodearon tan estrechamente que no podía dar un paso sin pisarlos o sin tener que dar un empujón al que estaba sobre mí y tirarlo a un lado con verdadero esfuerzo.

Entré en la capilla y quedé extrañado ante su pequeñez. Siete bancos sin respaldo llegaban desde el altar hasta la puerta. En una esquina había un harmonium dorado, y en la otra un confesonario toscamente labrado.

Lo que creí era la sacristía no era sino la vivienda del misionero, a saber: unas tablas para dormir, una cocinilla con una bolsa de carbón al lado, un montón de leña y una mesuca junto a la ventana. Aquí vive el misionero un par de meses al año, lo suficiente para conservar en la práctica de la religión a aquel puñado de católicos.

Como en la capilla no había Santísimo, salí sin detenerme y volví, por entre los perros ya conocidos, al barco que estaba a punto de salir camino de Nulato.

CAPÍTULO IV

HACIA EL ESTRECHO DE BERING

1. El héroe do Nulato. — 2. Tráfico singular. — 3. El peligro del monólogo. — 4. Holy Cross. — 5. Con los esquimales. — 6. Marshall. — 7. El Yukón se alborota.

Llegamos a Nulato al amanecer.

La presencia del vapor fue saludada con una lamentación universal de perros que despertaron a la gente con sus aullidos.

El capitán me aseguró que pararíamos "lo menos dos horas", y con esto fui tranquilamente a buscar el campanario y a despertar al P. Mc Elmeel, S. J., para que pusiera la sacristía y el altar a mi disposición.

No tuve que despertarle; ya venía él en busca mía y me recibió con el apretón de manos más efusivo. Me ayudó la Misa y luego me llevó a ver la Residencia. ¡Magnífica!

El conjunto lo forman cuatro edificios que dominan sobre todo el resto de la población, por este orden: la casa del misionero con dos Padres y un Hermano; la Iglesia, muy hermosa, con coro y unos 30 bancos grandes con respaldo; la escuela, con dos aulas muy iluminadas por una cristalería envidiable, con calefacción, mapas, encerados en abundancia y pupitres para 60 muchachos; y, finalmente, la casita de las monjas, tres religiosas yanquis que enseñan en la escuela y cuidan de la limpieza de la iglesia. Todo ello está hecho con material traído de "afuera" y costeado por los bienhechores de la Misión.

Los sábados por la noche se confiesa todo el pueblo, y el domingo hay Comunión general.

Los niños saben el catecismo "de corrida y salteado", como me dijo un nene, a quien di unos dulces, y el Padre Mc Elmeel es el personaje más ilustre en cien leguas a la redonda. El visita todas las aldeas del río desde Tanana hasta Holy Cross, una distancia de 800 Km., y él ha bautizado a todos los menores de diez años.

Nunca olvidaré la charla tan amena que tuvimos. Me previno contra mil peligros, y me dio instrucciones para salir airoso en las situaciones más apuradas.

El visita las cristiandades: en trineo durante el invierno, y en gasolinera durante el verano. No hay aldea, por pequeña que sea, que no tenga su capillita con un cuartito adosado, que él llama "mis cuarteles".

Ahora está como quiere; le han mandado de ayudante un misionero joven, el P. Baud — francés —, que estuvo tres años en la guerra europea tirando granadas de mano a las trincheras alemanas y recogiendo heridos, con tan buena suerte que terminó la guerra sin un rasguño. Eso sí, los nervios se le debilitaron un poco. Aun hoy día, si oye de cerca un puertazo, da un salto que envidiaría un gamo.

Ahora hay siempre un Padre en Nulato, mientras el otro visita el distrito.

Sentados los dos a la mesa y en plan de preguntar, le pregunté por todo, en especial de qué vivían entre aquellos esquimales.

—No son esquimales —me respondió—, sino indios. Hay entre las dos razas una diferencia tan marcada como la que existe entre un árabe y un griego. En primer lugar la lengua es diferente. Las facciones también son distintas, y distintas son las características de ambos tipos. El indio es más fuerte, más embrutecido, menos constante, y tiene peor madera para sacar de él un cristiano fervoroso. El esquimal es más sentimental, más tierno de corazón y más paciente, aunque más tardo.

Los esquimales se extienden a lo largo del Estrecho de Bering y, por el Círculo Polar, llegan hasta Labrador y Groenlandia.

El indio habita el interior de Alaska, desde Holy Cross hasta el Canadá.

El mucho trato con los aventureros blancos ha dado origen a un tipo mestizoide que hereda lo peor de las dos razas, a saber: la borrachera y la holgazanería. De un borracho holgazán no se puede esperar más que miseria para el cuerpo y para el alma.

2. Por lo que se refiere a sus medios de subsistencia, hoy día el indio, y lo mismo el esquimal, come y bebe a la moderna, por así

decir. Hay una Compañía comercial, la "Comercial del Norte", que tiene un almacén en cada villorrio a lo largo del Yukón, desde Fairbanks hasta San Miguel, algo así como desde Berlín a Melilla.

Esa Compañía trae de los Estados Unidos, por mares y ríos, miles de toneladas de ropa, comida, hierro, zinc y toda clase de utensilios, drogas y golosinas. En barcazas a propósito distribuye ese cargamento por los almacenes, y en cada almacén vive un empleado blanco que tiene que pasarse los doce meses del año sentado en el mostrador sin que, a veces, en dos semanas vaya nadie a traficar.

Nótese la palabra traficar, no comprar. El indio no tiene dinero; pero va de caza con el trineo y vuelve con tres renos, dos focas, veinte liebres y media docena de zorras salvajes.

Después de una semana de fatigas y sudores, se presenta muy ufano en el almacén de pieles. El almacenista las examina una por una, y al fin se ponen de acuerdo en dos pares de botas de agua, seis camisas, una bolsa de arroz, otra de harina, otra de papas, un gorro y una sartén.

Cuando se le acaba esa provisión pone en marcha las trampas en el bosque, y vuelve con nuevas pieles que trueca por diversos artículos en el almacén.

Claro que a veces el blanco trampea; pero no crea usted que es lo más ordinario. El indio no es tan embotado como algunos se lo imaginan. Sabe perfectamente lo que valen sus pieles y no se deja engañar.

Lo peor es que de esos almacenes salen barriles de aguardiente por docenas. Y luego la mayoría de los traficantes blancos son escandinavos mezclados con anglo-sajones, luteranos todos de nacimiento, grandes bebedores, muy libres en sus costumbres y ateos hasta los huesos.

Hay excepciones, claro está; pero muy pocas. No creo que lleguen a tres los traficantes católicos del Yukón.

3. En estas pláticas estábamos, cuando llegó de decir Misa el P. Baud. Le saludé con el clásico *comment allez-vous*?, y nos enfrascamos los tres en una charla tumultuosa, más fresca y rejuvenecedora que una mañana de Mayo.

Como eran dos ya no tenían miedo a los manicomios.

Es un hecho que confirma la experiencia, que nada acelera tanto la manía y aun la locura como la soledad.

—Ya verá usted —me decían— lo que es la soledad. Si algún día se ve solo en un distrito, haga este propósito: cuando me sorprenda hablando alto, mala señal; pero si paso tan adelante, que hasta me respondo a mí mismo, entonces sin dilaciones engancharé los perros al trineo y trotaré al próximo distrito a pasar una semana con el misionero. Allí hablaremos, reiremos, discutiremos las noticias internacionales, nos entrevistaremos un poco y vuelta al ajetreo de mi desolado distrito.

Hubo un Padre en la isla de Nelson que al año y medio de soledad quebró y dio en las más extrañas manías. Los esquimales, compadecidos, le ataron en un trineo y le llevaron a la Misión de Akulurak. Cuando el Padre vio desde lejos el campanario y los niños de la escuela que correteaban por la nieve, volvió en sí, abrió unos ojazos inmensos y vuelto a los que le llevaban les dijo con toda paz:

—Soltadme, ya estoy bien.

Bastó ver la Misión para que volviera a sus cabales.

También cuentan dos viajeros extraviados en la tundra que, al llegar a un bosque, entablan conversación con los árboles y hasta les chocan los cinco.

Esto último me lo dijeron ya en el vapor, adonde habían subido para ver mi camarote. Silbó la sirena y continuó el barco su marcha río abajo.

Me quedaban aún dos días de viaje hasta Holy Cross, supuesto fin de mis correrías.

Al pasar por Kaltag, donde paró el barco una hora, visité los "cuarteles" del P. Mc Elmeel. Los de siempre: una capillita con su habitación adosada.

Al volver al camarote recibí la visita de tres madres de familia muy jóvenes, indias puras y educadas en Holy Cross. Ya se notaba. Hablaban buen inglés; decían: "Sí, Padre"; conocían a todos los misioneros por sus nombres y apellidos; sabían rezar y leían libros de Apologética. Estaban tan familiarizadas con los seis días de la Creación, como con la cuestión de Galileo o el Privilegio

Paulino. Les repartí las manzanas que me acababa de subir el despensero y nos despedirnos "hasta la vista".

De Kaltag a Holy Cross —todo un día de navegación— no descubrí ni una choza de pescadores. Pregunté la causa y me respondieron que hace cosa de veinte años cundió por aquí una peste que barrió pueblos enteros. El indio, supersticioso, dio por supuesto que este paraje estaba habitado por los demonios, y lió los bártulos camino de... ¿qué sabía él? Pero se fue lejos; lo más lejos que pudo.

Ahora todo es aquí naturaleza virgen y salvaje, envuelta en los pliegues de la más silenciosa soledad.

Hora tras hora, el barco se desliza por entre los más variados panoramas: cerros, valles, montes, planicies, soledad numerosa, paz de grutas oceánicas. Estas incultas regiones despiertan en uno los sentimientos que debió despertar la tierra a los nietos de Adán y Eva cuando se internaban en lo desconocido, bravío y deshabitado.

4. Por fin a eso del mediodía descubrimos a Holy Cross. Con el equipaje listo, clavé desde lejos la mirada en la Casa Matriz de la Misión, donde iba yo a gustar las primicias de mi vida de misionero.

A medida que el barco se acercaba, pude ir distinguiendo edificios, ventanas, niños que se divertían en la recreación, y hasta una sotana de movimientos reposados entre la chiquillería inquieta.

Con miradas vagas medí los alrededores preguntándome si era aquello lo que me había imaginado cuando en el Noviciado de Salamanca determiné dar mi nombre para la "región de los eternos hielos". ¿Dónde estaban los hielos? ¿Por qué se los llamaba eternos?

Al anclar a la orilla y en frente de los edificios, vino una legión de niños y niñas con el Padre Superior y dos Hermanos. Al saltar a tierra y dar la mano al Padre, me quedé con la sonrisa a medio terminar.

—¿Adónde va usted con el equipaje? —me preguntó, y añadió impertérrito: —Usted no se queda aquí; ha habido contraorden. Usted tiene que seguir hasta Akulurak, donde se le necesita con más urgencia.

Mientras el Padre me decía esto, los rapaces se apelotonaban a mi alrededor preguntándome a una si me quedaba con ellos.

Tuve que enterarme de la posición geográfica de Akulurak y de las rutas que debía tomar para llegar sano y salvo. El camino era fácil: un día más en el barco en que venía; luego, en Marshall, tomaría otro menor, que pertenecía a la "Comercial del Norte", y en dos días llegaría a Nánvaruk. Allí esperaría la llegada del Hermano Murphy, que visitaba a Nánvaruk dos veces al mes, y en su barco me llevaría en triunfo a Akulurak.

Estoy tan avezado a estos cambios inesperados, que éste de ahora me pareció despreciable por lo sencillo. Y como el barco paraba en Holy Cross toda la tarde, nos dirigimos en procesión a los edificios que distaban cien pasos del río.

En el centro se alza la iglesia. A la derecha está el edificio de las niñas —unas 60— con habitaciones aparte para las Ursulinas de Santa Ana que las educan. Viene luego la enfermería, con una docena de camas y un dispensario bien provisto, atendido por una Religiosa enfermera diplomada.

A la izquierda está el edificio de los niños —unos 40— y junto a él se ve la casita de los Padres, de ordinario dos Padres y tres Hermanos.

Además del edificio de las clases, hay herrería, carpintería, casa para el salmón, para sobar pieles, para guardar la ropa y las provisiones, y un establo con dos vacas de leche.

La loma, que se eleva detrás de los edificios, es roturada por un tractor, y da papas, berzas, lechugas y hierba.

En la enfermería, atacado de parálisis, estaba el Padre Post, de setenta y dos años de edad. Tenía ganas atroces de charlar y me contó con todos los pormenores la historia de Akulurak, donde estuvo de Superior no hace mucho. Es de Luxemburgo, y tiene un hermano jesuita en las misiones de las Montañas Roqueñas. Teme que sus días estén contados y pide a Dios morir en Alaska, lejos del mundanal ruido. Si mejora, espera ir a Pilgrim Springs, donde ha estado la mayor parte de su vida.

5. De Holy Cross salimos para Marshall. El primer villorrio que descubramos —me dicen— ya es de esquimales. Aquí está la línea divisoria de las dos zonas. Por eso el tipo no es muy puro, debido a los cruces que irremediablemente tiene que haber entre ambos. El tal villorrio fue Ajogamiut.

Al bajar y visitarlo, mientras descargaban la mercancía para el almacén, noté el olor a salmón ahumado y a aceite de foca, que no había notado en ningún pueblo durante toda la travesía. Es un olor tan repulsivo, que al principio vacila uno sobre continuar hacia adelante o volverse.

Grupos de gente con vestidos desaliñados y cara sucísima me rodean al ver mi cuello romano; permanecen, sin embargo, a cierta distancia por la timidez ingénita que les caracteriza. Saco del bolso un paquete de bombones, y entonces sí aventuran unos pasos en mi dirección con la mano extendida, pero siempre a cierta distancia.

Tengo que ir yo adonde ellos están y depositar unos dulces en aquellas manos sucias, con unas uñas de cernícalo lagartijero que le dejan a uno meditabundo. Apenas reciben los dulces, marchan y se agrupan lejos de mí, mirándome de reojo, mientras murmuran entre sí con unos sonidos tan extraños y guturales que parecen salidos del otro mundo.

Luego fui a ver por dentro algunas de sus chozas. El hedor que despedían me calaba hasta los huesos; pero tuve ánimo para verlos despellejar salmón seco y comerlo a dos carrillos, riéndose incivilmente al ver mis ojos de asombro.

Este asombro nacía también de ver que la choza por dentro era esto: un tablado repleto de pieles envejecidas y depiladas, que era la cama de toda la familia; una tarima insegura que hacía de todo, y pilas de salmones acecinados colgando del techo. Las mujeres, desgreñadas, pequeñas y gordinflonas. Los hombres, sin afeitar, sucios hasta lo increíble, pómulos de japonés y taciturnos como momias.

La chiquillería se divertía en un fangal donde pescados podridos, en plena descomposición, infestaban el ambiente con un olor pestilente, que a mí me provocaba náuseas.

Sus antepasados habían sido instruidos por sacerdotes rusos ortodoxos. Cuando éstos abandonaron el campo, los aldeanos volvieron a sus ancestrales supersticiones. Hoy están atendidos espiritualmente por un indígena, ordenado en el rito ortodoxo. Cuando el misionero católico pasa por allí y les habla, les respon-

den que la religión rusa es más fácil, y que ellos prefieren lo fácil a lo difícil.

Al ver aldeas como ésta, se llena uno de conmiseración y de lástima, y brotan espontáneamente acciones de gracias al cielo por haberle hecho nacer a uno en mejor cuna y en un ambiente más propicio para conocer y amar a Dios.

6. De allí salimos para Marshall, con un frío y unas nevadas como por aquí se estilan, y sin más percances arribamos al término de la ruta.

El barco debía volver camino de Nenana aquella misma tarde, pues temían que se helase el río a cualquier hora. Era un barco mercante del Gobierno, muy capaz, muy limpio y con acomodos para viajar en él con todo bienestar.

Ahora debía tomar yo el vaporcito de la "Compañía Comercial", que se estaba meciendo allí a la orilla. Visité al capitán, nos pusimos de acuerdo en dos minutos y traspasé el equipaje a su barco que, aunque es de carga, tiene acomodo para seis u ocho pasajeros en unos camarotes estrechos como jaulas,

Aquel día el termómetro subió y, lo que hubiera sido nieve, se nos vino en una llovizna persistente, que todo lo calaba. Como el vaporcito no tenía toldo, la única manera de "pararse en seco" era estar en el camarote de pie o acostado, o ir al comedor donde había dos sillas y un banco, o bajar a las máquinas que traqueteaban con un ruido infernal.

Salimos de Marshall a media tarde. Cuando anocheció, viramos hacia la orilla y allí a un árbol ataron al barco, como se ata al burro a la puerta de un mesón. Pregunté si se trataba de averías, y me respondieron que de noche no caminaban por temor a encallar en un banco le arena.

Yo decidí no acostarme a las siete, y bajé a las máquinas a charlar con los dos ayudantes del maquinista: dos esquimales de pura sangre que habían estado seis años en las escuelas del Gobierno y leían con avidez periódicos del mes pasado recién llegados allí de los Estados Unidos. Me entregaron un rollo descomunal de periódicos antediluvianos más algunas revistas de la primavera pasada.

Aquí, en Alaska, un periódico de un mes está aún calentito, como si acabara de salir de máquina. Eché a un lado los periódicos, excusándome con que ya los había visto antes de embarcar y les propuse conversar en amigable charla. Lo que yo buscaba era obtener información sobre la vida en Alaska, pero no pude sacar gran cosa.

Aunque no pasaban de veinte años, aquellos esquimales eran reposados, serios y taciturnos como viejos desengañados de la vida. Únicamente cuando yo tomé la palabra y empecé a contar historias de mis andanzas por esos mundos logré despertarles la imaginación y hacer que riesen y se interesasen. Para ellos España era algo lejano y brumoso, tan indefinible como la península de Kamchatka o la bahía de Hudson para un pastor de cabras de las montañas leonesas.

El cocinero del barco era sordomudo con una mímica teatral y una habilidad para guisar, que ya la quisieran poseer muchos blancos de su profesión. Para decirme que era católico, hizo la señal de la cruz, hizo ademán de tocar la campana e imitó varias ceremonias de la Misa, como el *Dominus vobiscum* y otras.

7. El río no estaba muy navegable. Por falta de otra palabra adecuada, llamamos río a lo que debiera llamarse *oceanete* o algo así, pues el Yukón, de 4 Km. de anchura, con un oleaje mareador y una profundidad insondable, más es un mar en pequeño que un río caudaloso.

Cuando llegamos a Mountain Village, amarramos a la orilla y nos dijo el capitán que pararíamos hasta que las olas amainasen; y no amainaron hasta después de ocho o diez horas. Las aproveché para visitar la casa e iglesia del misionero, que a la sazón estaba ausente.

Rodeado de una chiquillería pintoresca, entré en la casa y la registré toda. Estaba bien provista de madera cortada para la estufa, con un par de latas de petróleo para tres quinqués nuevecitos, dos camas en el desván y una habitación con bancos y cuadros para explicar el catecismo. La iglesia, muy mona, con harmonium y bancos pintados con nogalina. En conjunto, me pareció un nido ideal para pasar un par de meses.

Los chicos y chicas chapurreaban inglés mejor o peor, oportunidad que aproveché para tener un rato de catecismo. Me impresionó gratamente lo bien instruidos que estaban, y lo bien que sabían: cantar diversos cantos sagrados. Como al cabo de tres horas no querían irse, tuve que volver a explicar el catecismo y a contar ejemplos hasta que me cansé de hablar, que no es decir poco.

No tenía dulces en el bolso por no esperar semejante recibimiento, y se me hacía duro despedirlos así a secas.

Entré, pues, en la cocina, y, revolviendo alacenas y envoltorios, di con una caja de dulces que ni siquiera estaba abierta. La despachamos con júbilo y dejé una nota al Padre sobre la mesa, confesando humildemente que yo era el ladrón.

Al quedarme solo en casa, me vinieron a invitar a hacer una visita al hospital que distaba de allí unos cien metros. Es un edificio de madera, pero muy resistente y con habitaciones para atender a todos los enfermos del contorno. Es un hospital del Gobierno para uso exclusivo de los indígenas. Los blancos que sean en él atendidos tienen que pagar una pensión muy subida. A los indígenas se les atiende gratis.

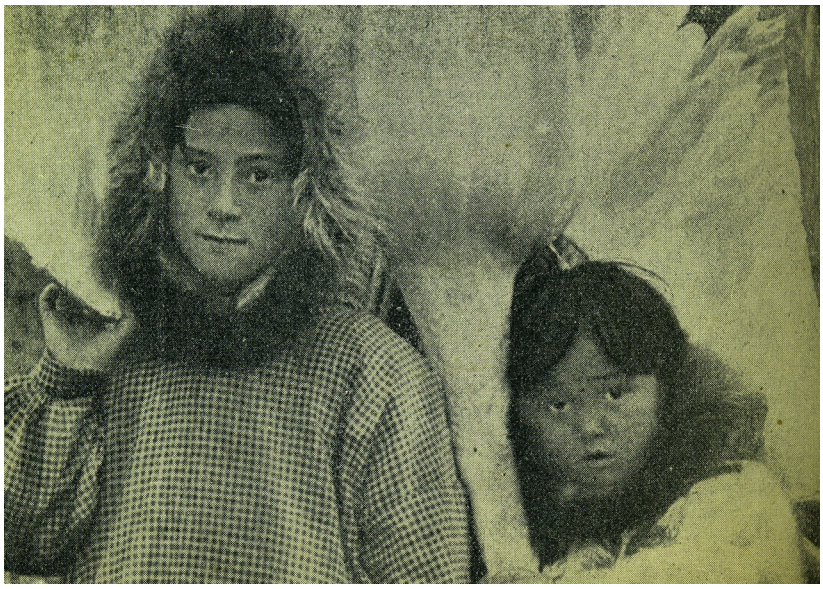
El doctor y jefe me recibió muy amablemente y en seguida nos sumergimos en una conversación, o mejor dicho en un monólogo, pues él hizo todo el gasto. Tenía verdaderas ansias de charlar con un blanco. No era católico; pero era amigo personal de las dos terceras partes de los Jesuitas que aquí misionan. La obesidad que le oprime, la achaca a la vida sedentaria que lleva. Las enfermeras se lo hacen todo. Tiene muy buena paga, y con ella se proporciona todo lo que le pide el deseo de pasarlo bien. Su cara llena y sonriente le colma a uno de optimismo, y su conversación apacible inunda la estancia de placidez.

Como casi toda la población indígena es católica, detrás del hospital hay un cementerio con una verdadera selva de cruces. Salimos del pueblo al amanecer con una brisa que entumecía, y pronto nos vimos en la mayor soledad, navegando río abajo todo el día, sin descubrir un solo poblado en el horizonte. Estamos ya en el delta de Yukón y las llanuras sin fin se suceden, cual si estuviéramos en alta mar.

El capitán se pasa el día al volante fumando puro tras puro; los mecánicos están sepultados en los antros del barco sin salir más que para comer a toda prisa; el mudo se cansa de gesticular, y yo, el único pasajero, me aburro miserablemente de tanto mirar al horizonte brumoso y de tanto dar vueltas al diminuto barco.

El traqueteo impide toda lectura. En el camarote no se cabe más que de pie o acostado. Hermosa ocasión para renovar la presencia de Dios y para "orar sin interrupción", como nos lo manda San Pablo.

Llegamos a Nánvaruk ya entrada la noche. Creí que estaría allí el H. Murphy esperando nuestro vaporcito; pero no estaba, y en Nánvaruk tuve que arreglármelas, como veremos en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO V

UNA SEMANA ENTRE ESQUIMALES

1. Los niños alaskanos. — 2. Feligreses edificantes- — 3. Una charla animada. — 4. ¿Cómo hablan los esquimales? — 5. Meditación fúnebre. — 6. Un hombre con muchos oficios. — La saludable vida esquimal.

Nánvaruk es un pueblo esquimal con unas 25 chozas madera diseminadas entre unos yerbazales encharcados, de aspecto tan mísero que un español tomaría el conjunto por una guarida provisional de gitanos vagabundos.

Llegamos allí de noche y saltamos a tierra alumbrada por un farol. Al verme un joven esquimal dio unas voces, que se me antojaron gruñidos, y en dos minutos me vi rodeado de una docena de muchachos que me saludaban con caras risueñas.

Cargaron alegres con mi equipaje, y a la luz de una linterna eléctrica me condujeron por un lodazal al dintel una casita de un piso con una campana en el tejado. Era la casa e iglesia del misionero; es decir, mi casa por el momento.

Los niños me enseñaron la capilla, la cocina, el cuartucho de la doctrina, que yo llamé "salón de conferencias", etc. Luego nos sentamos a la luz de un quinqué a cambiar impresiones. Varios de ellos habían estado en nuestra escuela de Akulurak y hablaban un inglés pasable; los demás lo chapurreaban o entendían palabras sueltas. Los acosé a preguntas hasta que me informaron de todo. Probablemente el H. Murphy no vendría en una semana o cosa así. Es decir, que tendría que arreglármelas yo solo hasta que viniese. Eso era precisamente lo que yo deseaba: verme solo una semana entre esquimales a ver cómo salía del paso. Por de pronto, repartí un paquete de almendras entre aquellos mocitos; me dijeron sus nombres, aunque no la edad, porque ninguno sabía los años que tenía, y les despedí hasta mañana.

Al verme solo de noche, en aquel rincón del fin del mundo, donde no conocía a nadie, comencé a tararear tonadas leonesas y peteneras sevillanas mientras hacía la cama, arreglaba el altar y disponía las vestiduras de color rojo, por ser día de San Wenceslao. Me encomendé a Dios y le pedí muchas cosas, hasta que un sueño restaurador de ocho horas me dejó como nuevo.

El día amaneció brumoso y frío; pero la capilla estaba calentita merced a la estufa, en la que se retorcían fuegos cuyo chisporroteo alegraba los oídos. Toqué luego la campana y me senté a teclear en el harmonium en espera de cristianos.

A los cinco minutos llegó una matrona venerable con unas pieles colosales. Al sentarse ocupó cerca de medio banco.

—Si todas son así —me dije— no tenemos sitio ni para veinte.

Luego vino otra, seguida de otras cargadas de chiquillos, el más pequeño en la espalda, sujeto con unas lazadas muy artificiosas. Después entraron chicos y chicas de todos los tamaños y, al fin, dos o tres hombres desmelenados con barbas de dos semanas y espaldotas de atleta. Traían todos un olor a aceite de foca tan penetrante que creí que me iba a dar un vahído, o por, lo menos bascas o cosas por el estilo.

Los nenes empezaron a competir en lloriqueos, gritos, sonidos inarticulados y demás en tal grado, que por un momento llegué a dudar si estábamos en la iglesia o en una feria de pitos.

Les saludé a todos y les rogué viniesen por la noche al catecismo y a rezar el Rosario. Celebré la santa Misa con una gritería increíble, y cuando salieron todos abrí puertas y ventanas, prefiriendo tiritar a respirar aquellos olores asfixiantes. Más tarde me habían de informar que la mejor manera de hacerse a ellos es henchir los pulmones despacio una media docena de veces sin interrupción.

2. Al anochecer toqué la campana y vi con gozo que vinieron todos, de suerte que apenas si cabían en la capilla. Un recién casado se arrodilló en el reclinatorio sin respeto alguno humano y dirigió el Rosario en lengua indígena. Yo estaba arrodillado entre ellos reventando de placer. Por mis oídos resbalaban aquellos sonidos monótonos indescifrables, salidos de cuerpos de

configuración extraña. En lenguaje bíblico, yo era el pastor de aquellas ovejas.

Terminado el Rosario, se sentaron todos y, como la mayoría o hablaba o entendía el inglés, comencé a explicar el catecismo en esta lengua.

Por entre los bancos se arrastraban y andaban a gatas varios nenes que gimoteaban y pataleaban, hasta que yo les cortaba en seco con miradas tremebundas y cara feroche.

Al día siguiente —domingo— se confesaron casi todos los adultos y tuve una comunión que me infundió alientos para vivir en Alaska hasta los noventa años cumplidos.

Luego, todas las mañanas antes de Misa, venían algunos a confesarse con las consiguientes comuniones diarias, que llenan de alegría a los cielos. Entre tanto yo me preguntaba:

—¿Dónde están los misioneros veteranos que domesticaron a estas gentes rústicas y les enseñaron a rezar, a confesarse, a oír Misa y a comulgar con las manos cruzadas ante el pecho? A ellos se les debe la alabanza, porque yo no hago más que venir con las manos limpias y meter la hoz donde otros araron y sembraron con lágrimas y sudores.

Para continuar a mi modo la obra de mis predecesores, me esforzaba por poner lo más claro posible el catecismo, que les explicaba todas las noches con música y ejemplos que lo amenizaban.

La mayor dificultad que encontré fue el ruido de los niños de pecho. La madre esquimal no suelta de los brazos al nene para nada. Aconsejarle que lo deje en casa sería el colmo del insulto. Se confiesa con él a la espalda y va a comulgar del mismo modo, más otros dos o tres pequeñuelos agarrados a sus faldas.

3. Como la casa tenía una cocinilla muy maja, y a veinte pasos estaba el almacén atestado de víveres, no me dio cuidado alguno el problema culinario. Me abastecí de lo necesario y decidí hacer dos comidas al día: un desayuno fuerte a las nueve y un banquetazo regio a las siete de la tarde. Durante el día, metía con frecuencia la mano en un cucurucho repleto de cacahuetes descascarillados.

Descubrí entonces que los guisos me salían más que satisfactorios y me alegré, pues, aquí en Alaska el papel de cocinero es más importante que en España, donde nunca falta un médico que le recete a uno algo contra una indigestión.

Un día, mientras guisaba, entró a visitarme el almacenista, un yanqui muy simpático. Al ver la tendalera de jícaras, platos y sartenes que había por la cocina, se compadeció de mí y quiso ahorrarme lo que él llamó "tanto trabajo", invitándome, o mejor, forzándome a ir a cenar con él. Su esposa había ido a pasar un par de meses a los Estados Unidos, y él estaba más aburrido que nunca. Mientras despachábamos chuletas de reno y pechugas de pato silvestre, él charlaba animadísimo y yo escuchaba my atento.

—Aquí, donde usted me ve —decía— yo no estoy bautizado. Tampoco lo están mis hijos y no estoy seguro si lo está mi mujer. Pero soy una persona que no niega nada a nadie. Soy amigo personal de todos los Jesuitas que han pasado por aquí y les invito a comer cuando vienen, para que vean que también los no católicos somos personas decentes.

Son pocos los almacenistas de Yukón que son católicos; creo que ninguno lo es. Yo los conozco a todos, ¿sabe usted? Le parecerá paradójico, pero aquí, en Alaska, a los tres años de permanencia, le conocen a usted hasta los gatos. Como hay tan poca gente, y los que estamos por aquí viajamos lo increíble en trineos y gasolineras, lo vemos todo, y saludamos a todos y nos enteramos de todo. Si tiene lugar un escándalo este invierno a 2.000 Km. de aquí, apenas apunta la primavera ya nos enteramos todos. Y claro, como nos llega la correspondencia de Pascuas a Reyes y no tenemos de qué hablar, matamos las horas criticando y haciendo de moscas elefantes. Jamás he visto tanto chismorreo como en Alaska.

Este año nos hemos provisto de emisora de radio con la llamada onda corta, y nos comunicamos de almacén a almacén dos veces al día. De ordinario no hablamos más que del tiempo; pero si ocurre algo, se adoba, se tergiversa, se trastrueca, y ya tenemos materia para charlar.

Y aquí es donde quiero expresarle a usted mi extrañeza ante el comportamiento de ustedes. Llevo diecisiete años cabales en Alaska; lo he andado todo y he hablado con todos, y jamás ha

llegado a mis oídos que ningún misionero se haya deslizado. A veces cuando nos juntamos unos cuantos y nos acaloramos con el aguardiente, dudamos si ustedes serán una partida de hipócritas; pero siempre concluimos que no; que se sacrifican por el indígena y viven como Dios manda. Y usted me va a decir con toda claridad qué comen y qui beben para que ninguno se haya deslizado en diecisiete años.

Siguió un diálogo muy animado que sería prolijo reproducir, y pasados dos días volvió a la cocina y me llevó del brazo a cenar de nuevo con él.

—Me aburro —me decía a cada paso—, me aburro entre estos esquimales. Si no fuera por el buen sueldo que aquí tengo, mañana mismo volvía a los Estados Unidos. Yo antes era pacífico y bonachón; pero ahora tengo los nervios a componer y me irrita el zumbido de una mosca. Por otra parte me arredra volver a los Estados Unidos, porque allí no es uno nadie; mientras aquí en tierra de ciegos un tuerto es rey. Claro que me ha encontrado usted en la peor época del año.

Hay dos épocas críticas en Alaska: antes de helarse los ríos, durante el mes de Octubre, y al liquidarse, allá en la primavera. En estas dos épocas tiene uno que estar en casa, amarrado como perro a la cadena, pues ni hay nieve para el trineo ni se puede uno aventurar por esos ríos sin exponerse a que una noche de un bajón el termómetro, que se hiele el Yukón, y quede uno aprisionado entre los bloques de hielo. Estas son los épocas de las riñas, de los chismes, de los escándalos; pero todo ello desaparece cuando en Noviembre la campiña se cubre toda de nieve, y los ríos se solidifican y podemos rodar por ellos con los trineos y visitar a los amigos y ver distintos horizontes y cambiar impresiones.

El frío no es tan terrible como a veces lo pintan turistas neurasténicos. Es, sí, terrible; pero nos forramos de pies a cabeza tan herméticamente que por allí no cuela ni un átomo de frío, a no ser en temperaturas excepcionalmente bajas que ni los mismos perros pueden aguantar. Mas, en estos casos es el colmo de la imprudencia salir al campo raso. Cuando a veces un blanco queda tendido y muerto sobre la nieve, los periódicos de Europa y América llenan columnas en su alabanza y ponen por las nubes su

bizarría y su sacrificio. Ellos dicen: ¡Qué héroe!; nosotros decimos: ¡Qué majadero! ¿Por qué salió con este tiempo y sin guía?

Es decir, que a fuerza de escarmientos y experiencias, se ha ido extendiendo por Alaska una tradición muy conservadora y muy en armonía con las necesidades locales. El que crea que sabe más que los demás y se lance por su cuenta y riesgo, sin parar mientes en los dictados de la tradición, ese tal sencillamente juega con la vida y la puede perder lo mismo en una selva enmarañada que en una llanura nevada de horizontes infinitos; porque es un hecho que el que pierde el rastro camina en círculos, hasta que ya no puede caminar más y adiós. Le digo esto para que, de pecar, peque usted de cobarde al principio. Ya verá cuánto se alegra luego de haber estado dos días detrás de un ribazo aguardando a que pase la tormenta, y el aire cese, y brille el azul del cielo para continuar sin percances.

Aquí en Alaska el tiempo no vale nada. Cualquier vaporcillo, cualquier trineo, cualquier aeroplano, cualquier cosa le hace a usted esperar una semana más de lo convenido. Aquí todos los compromisos son condicionales, como son condicionales todas las respuestas. ¿Cuándo llega el correo? Depende del tiempo que haga. ¿Cuándo salimos para los lagos a cazar patos? Cuando escampe. ¿Cuándo vuelve la barca de Jorge? Según el temporal que encuentre; etc., etc.

Tanto hablamos de sobremesa, que nos llevamos las manos a la cabeza cuando oímos al reloj dar las once. Los resplandores de mi linterna, camino de mi casa, produjeron una verdadera tormenta de aullidos, algunos demasiado desesperados para sonar a voces amigas.

4. Fue entonces, en aquellas plácidas tardes, en que me visitaban infinidad de rapaces, cuando empecé a arremeter con el estudio de la lengua esquimal. Con lápiz y papel, y media docena de rapaces alrededor de la mesa, me esforzaba por trasladar al papel sonidos contra los que se rebelaban mis oídos con una terquedad alarmante.

Al cabo de borrar y repetir, logré sacar algo en limpio: *Atamta kellit kaiñatnilñot tamatn tankijnoktok... Nunanerioa, María, loanojaenagalutn*..., o sea: "Padre nuestro que estás en los cielos ...", "Dios te salve, María, llena eres de gracia..."

Para evitar largas horas de soledad, a falta de libros, había en casa un rifle, un impermeable y unas botas de goma maciza, que cubrían toda la pierna y se abrochaban arriba en el muslo. Me adobé con ese ajuar y no pude evitar una sonrisa al verme más semejante a un sapo que a una figura humana.

Con el rifle al hombro me interné por una selva de arbustos y maleza creyendo topar a cada paso con un dinosaurio, o por lo menos con una camada de osos polares que se estarían divirtiendo mordiéndose las lanas unos a otros. A gran altura cruzaban veloces patos silvestres, pero yo los despreciaba; yo no me contentaba con menos de osos.

Cuando me cansé de chapotear y de hundirme en el musgo aguanoso, y me dolía la espina dorsal de tanto encorvarme y arrastrarme por entre las ramas entrelazadas, que obstruían el paso, decidí desandar el camino y meterme silenciosamente en casa sin que nadie notase que volvía sin haber disparado un tiro.

Una lechuza que volaba cachazudamente, como en son de desafío, me hizo cambiar de parecer. La seguí unos minutos y vino a posarse en unos maderos labrados que yacían amontonados en un claro de la selva. Disparé y la pobre cayó redonda. Al ir a tomarla, examiné los maderos y vi que se trataba de un cementerio indígena.

Allí, a la vera de un arroyo, se veían las ruinas de una aldea y a veinte pasos estaban las sepulturas, que se reducían a cajas de madera toscamente labrada, que descansaban sobre cuatro patas de palo hundidas en la maleza. Removí un tablón superior y quedó patente un esqueleto perfectamente conservado. Hice lo propio con otra sepultura y pude ver que el cráneo estaba envuelto en una espesa cabellera de la que salían dos trenzas tan bien conservadas, que con muy poco trabajo se las podía poner en condiciones de servir de peluca a más de una vieja.

5. Fui descubriendo más cajas hasta que me invadió un mar de ideas fúnebres y me senté a meditar en aquel paraje solitario con el rifle al hombro y la lechuza a los pies. A mi lado se alineaban esqueletos, entre cuyos huesos se veían aún rapeteras, pipas, espejos, tazas, platos, flechas, agujas y mil objetos caseros, supersticiosos sin duda, pertenecientes a personas que vivieron en una aldea desaparecida. Los esqueletos estaban allí, las almas,

¿dónde están? ¿Quién se acuerda hoy de los que aquí están enterrados? Si estos difuntos fueron vanidosos, soberbios, hermosos, forzudos, viciosos ¿qué les ha quedado de todo eso? En cambio, si fueron bautizados por algún misionero, y se confesaron, y recibieron la Sagrada Comunión, y rezaron y murieron en estado de gracia..., ¡cómo se lo agradecerán las almas! Si éste es el paradero común, ¿por qué hemos de preocuparnos tanto por un cuerpo que ha de yacer putrefacto en esta soledad, visitada a lo sumo por una lechuza? ¿Y qué, si este cuerpo villano fuera la causa de la condenación eterna del alma, que jamás se convertirá en esqueleto? Sumido en estos saludables pensamientos me levanté y desanduve la selva camino de casa.

A los dos días salí de nuevo con el rifle y me dirigí a un sitio que decían estaba hirviendo de conejos. Me interné por unos matorrales tan espesos que creí verme lleno de despojos en una media hora. Estos conejos —me dije— están agazapados. Lo que hay que hacer es amedrentarlos y echarlos de las guaridas, para cazarlos a mansalva, mientras corren y saltan atolondrados. Disparé, pues, un tiro al aire... y nada. Empecé a caminar silbando y removiendo ramas con el cañón... y tampoco.

Ya de vuelta me encontré con un hombre que llevaba cuatro liebres blanquísimas, tan enormes que me parecieron corderos. Chapurreando inglés me dijo que no había cosa peor que el ruido para cazar conejos.

—Vuelva Usted —me dijo—y pise como si pisara rosas. Nada de silbar ni de disparar al aire. No se cuide usted de su alrededor. Mire siempre 50 pasos adelante, y ya verá cómo se le ponen a tiro más conejos que balas lleve usted.

Le agradecí el consejo, pero dejé el cumplimiento para otro día, que nunca llegó.

6. El que llegó fue el misionero del distrito, que venía a pasar un par de meses en Nánvaruk. Es el P. Martín Lonneux, S. J., belga, aunque vino a América muy joven, cuando estudiaba latín en una escuela apostólica. Es un charlatán empedernido, que me hizo estarle escuchando desde las cuatro de la tarde hasta las diez de la noche.

De complexión recia, seco de carnes, enjuto el rostro y gran madrugador como Don Quijote, el P. Lonneux es hoy día una de las figuras más prominentes en toda la costa del Estrecho de Bering. Guisa con una limpieza y habilidad, que le trae a uno a la memoria los platos del *Cristóbal Colón*.

—Coma bien —me decía con cariño de madre— y procure echar pronto papada; que el invierno es el peor y, si le halla delgado, le balda para siempre. No hay cosa que desgaste tanto como el frío. En cambio, una vez que engorda uno bien, el frío antes conserva y alarga la vida. Por eso hemos tenido tantos misioneros que han estado aquí treinta y cinco años y más. La vida de ejercicio al aire libre, si se alimenta uno bien, es muy saludable.

Y mientras esto decía, me freía unos huevos más guapos que el mundo.

El P. Lonneux tiene a su cargo siete pueblos a lo largo del río, desde Nánvaruk hasta San Miguel, en pleno Estrecho de Bering.

Como es buen carpintero y albañil excelente, fueron tantas las mejoras que introdujo en las viviendas de los indígenas, que el Gobernador del territorio, en agradecimiento, le ayudó a adquirir un barquito que él ha mejorado hasta convertirlo en verdadero yate. En él dice la Santa Misa y transporta las provisiones y envíos de los bienhechores. Desde Junio hasta Septiembre vive en el yate, visitando constantemente los campamentos pesqueros a lo largo del río. El invierno lo pasa en el interior, catequizando nómadas y viviendo en sus chozas como uno de ellos.

Esto es fácil decirlo y aun imaginarlo; vivirlo es otra cosa.

No recibe correos más que dos veces al año: en Mayo y en el otoño. Ya está tan acostumbrado a este género de vida que los episodios más trágicos los cuenta como quien cuenta una excursión de recreo.

Estuvo tres años sin ver a ningún misionero. Al llegar a un pueblo por primera vez, tenía que acarrear madera y zinc y levantar la casa e iglesia con la ayuda de un par esquimales. Una vez terminadas, las pintaba y decoraba que daba gloria vivir en ellas.

Hablándome de sus ocupaciones me decía:

—Yo soy pintor, cocinero, carpintero, piloto, pescador, cazador, sastre, cortador de leña, viajante y también digo Misa.

Se le olvidó decir entonces que ya tiene catalogadas 7.000 palabras indígenas para un diccionario que está preparando, y que sus cristianos saben las oraciones mejor que los de los otros distritos.

Es de opinión que el porvenir de los esquimales es más bien desconsolador. El trato con los blancos les perjudica mucho. No son patatas ni miel ni pan lo que les fortalece, sino aceite de foca y salmón y carne de reno; ni son gabanes ni pellizas ni corbatas lo que les abriga, sino pieles sobadas por ellos mismos; y los pobres esquimales van cambiando lo uno por lo otro. Además, de vez en cuando vienen unas rachas de gripe que barren pueblos enteros. Es cosa que llama mucho la atención en toda la trayectoria del Yukón ver junto a los pueblos un cementerio con más cruces que casas. Veinticinco casuchas destartaladas y un tendido de cruces altas y blancas, que despiertan ideas fúnebres y macabras.

7. Para celebrar la fiesta de San Francisco de Asís, que tanto se elevaba a Dios contemplando la naturaleza, dimos un paseo en gasolinera por el mágico Yukón. Con la velocidad el aire casi cortaba la piel.

Descubrimos dos tiendas de campaña en una de las orillas y viramos en aquella dirección. Eran dos familias cristianas de la parroquia de Nánvaruk. Estaban atando pilas enormes de salmones curados al aire y disponiéndolo todo para volver a la aldea, pues el salmón había cesado de subir.

Me llamó la atención la gordura inusitada de la media docena de rapaces que se arrastraban por el suelo. Dos niños de pecho tenían unos carrillos tan rellenos que casi obstruían la boca y pugnaban por juntarse encima de las narices.

Pregunté qué comían, y me respondieron sonriéndose con toda naturalidad:

—"Lo que caiga". Es decir, peces frescos que iban coleando a la sartén, y patos silvestres que caían al suelo atravesados por una bala. Allí mismo nos regalaron un par de patos, ya desplumados y todo. De repuesto tenían unas corambres henchidas de aceite de foca.

En aquellas chozas desprovistas de ajuar moderno, vivían aquellas familias con más salud que el rey de la China —cuando la

China tenía reyes—. Ni espejos, ni dentífricos, ni duchas, ni libros, ni nada. Una red, un rifle, una docena de perros... y ahí se terminó el ajuar doméstico.

Al contemplar la robustez de estos seres primitivos, le viene a uno a las mientes lo artificial de la civilización moderna, y la inutilidad de cien caprichos, que llamamos necesidades. Necesidades que nos creamos para luego llevar una vida amarga cuando nos faltan.

A la puesta del sol, de vuelta para Nánvaruk, las aguas y los cielos parecían teñidos de colores nunca vistos ni siquiera imaginados. Por la inclinación extraña de los rayos solares, los cambiantes de luz eran casi fascinadores; y, aunque jamás he logrado hacer un verso decente, entonces me sentí poeta mudo, lleno de inspiración y escalofríos líricos, pero incapaz de trasladarlos al papel. A lo más que llegué fue a decir unas 200 veces en purísimo español:

—¡Qué bárbaroooooo!, ¡qué preciosidad! ¡Si yo fuera pintor!

Por fin llegó el H. Murphy con su barcaza. Le acompañaban dos esquimales ya crecidos, que le ayudaban a guisar y le relevaban en el volante. Ahora sí di por terminado el viaje. Cargamos las provisiones, que nos habían de sostener en pie en Akulurak todo el invierno, escuchamos seis horas al P. Lonneux que comió en la barcaza, protestando que no lo volvería a hacer porque aquello estaba sucio y mal condimentado, y salimos para Akulurak el domingo tempranito, vísperas de Nuestra Señora del Rosario.

El P. Lonneux quedaba solo. Al despedirnos le pregunté si no le costaba la soledad. Vaciló sobre responderme o no. Por fin abrió los labios para decirme:

—No se ofenda, mi caro Hermano; pero aquí en Alaska llamamos al pan pan y al vino vino. Cuando estoy solo, estoy como el pez en el agua; cuando estoy acompañado, no veo la hora de echar de casa al visitante.

Bajé los ojos ruborizado, pero él me reanimó con otro apretón de manos y con un cariñoso:

—*Hasta la vista*.

CAPÍTULO VI

ARRIBANDO A LA TIERRA DE PROMISIÓN

1. Piloto novel. — 2. ¡Akulurak! — 3. Presentación de la banda perruna. — 4. En los secretos del trineo. — 5. La primera jira apostólica.

Terminada la Misa, que dije tempranito, salimos de Nánvaruk en la barcaza de nuestra Misión de Akulurak. La llamo barcaza aunque no admite en sus entrañas arriba de 25 toneladas. Tiene en el centro un recinto con tres camastros, cocina y una maquinaria de ruido ensordecedor. En el techo sobresale un mirador, donde se sienta el piloto para manejar el volante.

Íbamos río arriba, por entre un mar de olas, ni tan a la orilla que peligrásemos en un banco de arena, ni tan por el centro que tuviéramos que luchar contra la fuerza de la corriente.

El H. Murphy leía sentado en su camastro; Guillermo manejaba el volante, Baltasar pelaba patatas y cocinaba, y yo de acá para allá esparciendo la mirada por aquellas llanuras nunca imaginadas, tiritando, silbando y meditando.

¿Por qué había de ir ocioso todo el viaje? Pedí algunas instrucciones, y en dos minutos me pusieron al tanto de cómo se acelera la marcha y demás, y me confiaron el volante que no quise soltar en varias horas. De vez en cuando subía el Hermano. Su consabida pregunta "¿qué tal?", recibía la consabida respuesta: "¡Como una seda!"; y volvía a su rincón a continuar leyendo.

Con frecuencia descubríamos grupos de esquimales sentados a la orilla, contemplando como en éxtasis la corriente majestuosa. Me extrañó aquella actitud que ya había observado repetidas veces y pregunté si había gato encerrado en aquellas miradas. "¡Vaya que le hay!", se me respondió. Estas gentes miran al río con los mismos ojos suplicantes con que una beata mira al Santo a quien hace una novena. Para ellos el río es una divinidad. El río les da salmones y focas. En el invierno, el río helado es una carretera por

la que ruedan caravanas de trineos, ya a traficar, ya a cazar, ya a viajar por viajar.

Por eso toda la población esquimal, que no está en la costa, se extiende a lo largo del Yukón y sus afluentes. No es, pues, extraño que, viviendo del río, le tengan a éste un cariño rayano en adoración. También le temen. Es el caso de que a fines de Octubre, cuando se hiela toda la superficie, muchos esquimales impacientes enganchan los perros y se lanzan con el trineo, sin aguardar a que la capa de hielo sea lo suficientemente fuerte para soportar cargas pesadas. A veces caminan una o dos leguas sin percances; pero, donde menos lo esperan, el hielo se resquebraja y la corriente se traga al incauto esquimal con perros y todo. No hay año que no se registren episodios de este jaez. Lo mejor es aguardar una semana hasta que el espesor del hielo es tal que soportaría a un tren de mercancía.

A las tres de la tarde dejamos el Yukón y tomamos una de las 17 bocas por las que desemboca en el océano. ¡Qué soledad! Horas y horas río abajo sin encontrar un alma. Con monotonía fastidiosa se sucedían un páramo, un desierto, una estepa, una planicie inculta y cien marismas cenagosas.

A la puesta del sol, cenamos arroz y conejo que mojamos con agua del río, y lo dispusimos todo para desembarcar en la Misión, que sólo distaba una hora.

2. Luces primero y ladridos después nos anunciaron la proximidad de Akulurak, a la que llegamos ya muy anochecido.

Apenas amarramos el barco a la orilla, se precipitaron en él más de 20 rapaces que me rodearon con miradas escrutadoras y frases de bienvenida. Cargaron con el equipaje y me condujeron a la casa de los Padres, murmurando entre sí frases ininteligibles, y respondiendo todos a una cuando quiera que hacía yo una pregunta vaga sobre el clima y otros tópicos por el estilo.

Entramos en la casa, donde me esperaban en ala el Padre O'Connor, Superior; el P. Lucchesi, veterano genovés de barba blanca, que ha vivido en Alaska treinta y ocho años y frisa ya en los setenta y nueve; el H. Chiaudano, piamontés, de corpulencia sorprendente, buen cocinero, con treinta y cuatro años de experien-

cia en el Yukón y setenta y siete abriles en su calva venerable, y el H. Wiccart, suizo, que acababa de llegar a Alaska.

Por fin, después de 37 días de viaje por mar, por tierra y por río, hastiado ya de paisajes nuevos y vistas extrañas, de caras desconocidas y camas de todas las hechuras; de cargar con maletas atestadas de camisas y calcetines usados..., después, digo, de 37 días de vida nómada, di gracias al cielo por haberme traído sano y salvo a esta tierra de promisión, donde me tenía deparado este nido de quietud y felicidad, y así se lo signifiqué al Padre Superior.

Este me dijo que él era responsable de mi destino a Akulurak, pues el P. Lucchesi ya no está para trineos y, aparte de la escuela, tenemos un territorio inmenso que debemos visitar con los perros durante el invierno.

Aquella noche hablamos hasta que nos dominó el sueño, empezando cien materias y no terminando ninguna, confiados en que “otro día hablaríamos de eso"; ahora noticias cortas, pero muchas.

Tenían ideas vagas de sucesos espeluznantes ocurridos recientemente en España[2] con quemas de iglesias, robos, asesinatos, etc., y deseaban tener noticias exactas; pero, al decirles yo que necesitaba varias semanas para de descender a detalles, pasaban a otra cosa.

Yo estaba entre ellos como un aparecido. Esperaban entretenerse todo el invierno oyéndome describir corridas de toros (que jamás he visto), y daban por supuesto que sabría rasguear una guitarra con primor. ¡Pobre España! El nombre de España a un extranjero le sugiere toros y guitarras.

El H. Chiaudano aseveraba que yo tenía todas las facciones del napolitano más castizo. El Padre Superior apostaba a que yo pasaría por irlandés en el mismo Dublín, y el H. Wickart sostenía que yo era un retrato del tipo alemán que predomina al Noroeste de Suiza.

El P. Lucchesi no podía pronunciar mi nombre y salió del paso apellidándome "caballero" por ser ésta la única palabra española

[2] La semana roja de Asturias; Octubre, 1934.

que recordaba. Fue aquélla una noche de imborrables recuerdos. ¡Qué charla aquélla tan animada!

Luego me llevaron a mi habitación: un cuartucho con una ventana de doble cristalería para el frío, una cama cubierta con una piel de oso negro que daba miedo acercarse, una mesa y una silla. De los tabiques de madera colgaban —y aún cuelgan— un *parki* o abrigo de piel de reno que cierra herméticamente desde la cabeza hasta las rodillas; dos gorros de piel de castor que abrigan cuello y orejas, tres pares de guantes de piel de conejo, botas altas de agua, dos pares de botas de piel de foca para la nieve, un impermeable, dos abrigos: uno de pieles y otro de paño fuerte..., y sobre una alacena un montón informe de chaquetones, jubones, medias de lana, etc., etc.

Pregunté estupefacto si todo aquello era para mí.

El Padre Superior se echó a reír y me respondió que ojalá me bastase, que si no me bastaba, le avisase inmediatamente; que, cuando en pleno invierno el termómetro desciende hasta lo inverosímil, toda la ropa es poca.

—Aquí —añadió— se siente el frío menos que en Europa o América, por la sencilla razón de que aquí estamos preparados para recibirle. Allá afuera no esperan un invierno crudo, y cuando éste llega, a tiritar todo el mundo. En cambio aquí damos por supuesto que el frío es atroz, y nos abrigamos de suerte que el frío no tiene por dónde entrarnos. Aquí el vestido es como la coraza en las guerras de la Edad Media. Ya me lo dirá cuando le halle la noche en escampado con una borrasca de nieve que ciega y entumece, y no tenga usted contra el vendaval otro abrigo que pieles y mantas...

Estas últimas palabras quedaron resonando en mis oídos mientras me acostaba, y por la noche soñé con perros y trineos perdidos en un campo de nieve, jadeando y vagando sin rumbo fijo, y yo detrás, hecho un ovillo de dudas y ansiedades.

3. A la mañana siguiente, después del desayuno, fuimos a ver los perros, que aquí en Alaska son lo que el camello para los beduinos del Sahara; lo que las mulas para un carromatero; lo que el aeroplano para un ejército invasor.

Atados con cadenas hechas para bueyes, estaban unos doce perrazos que se desperezaron y jugaban con el rabo al ver al Padre Superior, mientras me miraban a mí con un reojo inconfundible.

—Les he puesto nombres de instrumentos músicos —me dijo el Padre así que nos acercamos a ellos.

Este es *Bombo*, mi perro delantero. Tiene más inteligencia que tres cuartas partes del género humano. Además tiene una fuerza como un león. Tiene de bueno que jamás riñe, si no es cuando algún infeliz tiene la osadía de morder primero. Entonces, si no acudo listo, me lo desuella en dos segundos.

Este es *Tambor*, siberiano, holgazanico al principio, pero incansable y el que tira con más brío al fin, cuando los demás se arrastran con una cuarta de lengua afuera.

Este es *Saxofón*, viejo ya, muy mimoso y amigo de caricias, delantero algunos ratos y mucho de fiar. Viejo y todo, y con esa cara de hambre, tira que se las pela. Tiene de malo que siempre es él el que empieza las grescas, aunque sabe que lo barajan todos.

Este perro es *Diapasón*, tal vez el mejor del grupo. Fíjese en ese pechazo de toro y en esas fauces de león africano. No recuerdo haberle visto cansado jamás. Es mansote, y tiene de bueno que ladra y aúlla apenas hago alto en la caminata; de ese modo mantiene el espíritu de acometividad entre los demás.

Este es *Violoncello*. Mejor es que no se acerque mucho a él, pues tiene tres cuartas partes de lobo. Es el más ladino. El frío le vigoriza, y cuando los demás tiritan, él está en su elemento.

Así por el estilo fuimos pasando revista a *Mandolín*, *Clarinete*, *Violín*, *Sacabuche* y *Acordeón*.

Acaba de adquirir una perra mitad loba, mitad siberiana, con una piel espesa y fina como la de una zorra. Era la madre de siete cachorros primorosos de cinco meses, gordinflones, pero con un hocico de lobo que los delataba a cien leguas.

—Estos —me dijo el Padre — son para usted. Dentro de tres meses ya estarán en condiciones. Puede ponerles nombres en español, escoger el delantero, y empezar a amaestrarlos poco a poco tan pronto como venga la nieve, que será dentro de unos días a juzgar por lo adelantado de la estación. Ahora los pobres perros

están aburridos. Ya verá cómo se enloquecen cuando vean la nieve.

En los días sucesivos hice un par de visitas a los perros y los colmé de caricias, hasta que se me hicieron amigos en toda regla. *Tambor*, el siberiano, en especial, me abrazaba con las patas delanteras y me saltaba a los hombros con otras cien zalamerías que no hay por qué enumerar.

Antes de una semana cayó una nevada regular y los perros aullaban y se revolvían inquietos, ansiando salir con el trineo por esos mundos de Dios.

4. Como necesitábamos yerba para poner dentro de las botas de piel de foca y para mullir la cama de los perros; y como a 2 Km. de la Misión hay unos yerbazales inmensos con pajotas de un metro de largas, colocamos una docena de rapaces en el trineo, y entonces pude ver lo que cuesta enganchar los perros al artefacto. Así que ven el correaje, brincan y aúllan como leones hambrientos cuando olfatean carne desde la jaula. Para llevarlos desde su sitio hasta el trineo, hay que sujetarlos por el collar y levantarlos de suerte que no posen en el suelo más que las patas de atrás; de lo contrario arrastran al hombre más forzudo. Esta vez los tres primeros perros que enganchamos, rompieron la maroma y no los sujetaron hasta una distancia respetable. Allí se los amarró de nuevo, y hasta allí teníamos que llevar a los demás.

Cuando yo llegué con el mío al trineo, estaba tan rendido y fatigado como si hubiera estado cavando una hora; porque brincan y forcejean con un esfuerzo increíble. Una vez enganchados se suelta la maroma y se grita:

—*¡Musch, you, malemutes!*

Lo que sigue a este grito más es para verse que para describirse. Aquellos brutos se lanzan a una carrera veloz, como galgos tras de una liebre, sin reparar en baches, peñascos, acequias, arbustos o matorrales. Allí no hay más que galopar y más galopar. Por eso se requiere mucha maestría y experiencia para evitar que el trineo se vuelque. En pleno invierno, cuando la nieve es mucha, no hay tanto peligro; pero cuando hay poca nieve es muy difícil mantenerlo sobre los patines.

Detrás del trineo sobresalen dos manillas para las manos y abajo hay dos barrotes para los pies; que todo es menester para mantener el equilibrio. Entre los dos barrotes hay un muelle con una especie de reja que se pisa y se clava en el suelo para hacer alto donde a uno le plazca Si la nieve está muy dura, o si se va sobre el hielo, la reja no agarra y no hay manera de frenarlos.

Estos perros, si están varios días sin trabajar, se ponen bravos y viciosos, como los caballos de ataque del ejército. Hay, pues, que tenerlos siempre ocupados y en movimiento. Así se robustecen y están siempre dispuestos para las marchas más penosas.

Después de la primera excursión por yerba, en la que me hube a manera de espectador únicamente, tomé a mi cargo el tenerlos bien disciplinados. Con este fin salía todas las mañanas a recorrer unos 10 Km. sobre la nieve. Esta no era mucha, desgraciadamente, y por todas partes asomaban la cabeza terrones, peñas y zarzas. Además hay un sinnúmero de riachuelos helados, con unas orillas cortadas a tajo, que son el martirio del pobre guía. Llevaba conmigo un esquimal experto que me ponía al tanto de cien detalles y pormenores importantísimos. No hay que soltar el trineo por nada de este mundo, so pena de que la traílla desaparezca en el horizonte, y se enreden en una bajada y se agarren y se desuellen. Si viene otro trineo en dirección opuesta, hay que apartarles lo más posible, a fin de que todo acabe en aullidos y no haya que lamentar dentelladas en los ojos, patas rotas, heridas de mala catadura y aun muertes poco menos que instantáneas. Dos traíllas enfrentadas son dos ejércitos enemigos 25 segundos antes de entrar a la bayoneta. Conviene tener más de un delantero, porque éste, una vez que ha gustado las mieles de gallear y conducir, se hace tan mandón y soberbio y tan celoso de su honor, que cualquier afrenta puede costarle cara a un tercero. Así se han dado casos de perros delanteros que no lo hacían bien y tuvieron que ser depuestos. Callaron por el momento y miraron con ojos indiferentes al que les robó el puesto; pero, cuando le pillaron descuidado al alcance de sus caninos, se abalanzaron y le abrieron en canal con la rapidez del rayo.

Esta dificultad se obvia amaestrando a dos desde el principio y cambiándoles a menudo. Así no se hacen mandones más que a

medias y no miran como patrimonio exclusivo propio el honroso puesto de delantero.

Ya en plena marcha, aunque ellos insistan en tirar, conviene hacer alto cada media hora, para que se revuelquen en la nieve y descansen y no jadeen tan fatigosamente. Asimismo conviene pasarles la mano por el lomo y rascarles las orejas. Eso les gusta mucho, y en recompensa se hacen mansos y obedientes como corderos.

Si se enzarzan en una riña, nada de acercarse a ellos, pues se ciegan y muerden lo primero que pillan, que puede ser un brazo o una pierna; es mejor tomar el látigo y fustigarlos sin compasión hasta que se suelten; pero, una vez sueltos, hay que poner fin a los zurriagazos, pues cualquier tratamiento cruel puede ser causa de una huelga de brazos caídos; es decir, se vengan no tirando como debieran o tirando para atrás.

Pegar a uno delante de los demás, o acariciar sólo a uno o varios es de lo más pernicioso. Tienen el honor muy montado en el hocico, y la susceptibilidad en materia de celos llega a lo increíble.

Cuando se va sobre un río helado, si no hay mucha nieve, corre peligro que se hieran los pies con los picachos puntiagudos del hielo. Para evitarlo se les cubre los pies con saquitos a manera de guantes. Hay que llevar una buena provisión de guantes y de paciencia, pues en una sola jornada cada perro destroza por lo menos dos pares.

Queda lo más difícil, o sea acostumbrarse a conducir trineos sin echar palabrotas muy sonoras. Los esquimales en esto imitan a los carreteros de Castilla la gentil. El misionero tiene que darles ejemplo con paciencia, sin renegar ni incomodarse ni llamar con motes a los pobres perros. El célebre R. Robaut, que estuvo más de cuarenta años en Alaska, salía del paso insultando a los perros en francés o italiano. El P. Descaut los arengaba en flamenco. Los Padres americanos llaman a los perros lo que se llamarían una gitana y una verdulera que riñesen en una plaza. Yo apenas me satisfacía con frases olímpicas y reduplicativas, como *recal-zonazos*, *repamplona* y otras por el estilo; pues es al hecho que un par de palabras sonoras les acucia a maravilla.

El que no pierda la paciencia en una excursión —si lo hace por amor de Dios— merece ser canonizado a la vuelta sin más lujo de milagros y virtudes heroicas.

A veces se muerden dos, y todos los demás saltan sobre ellos para complicar la riña; o el delantero se para a humedecer una mata y los demás saltan por encima; o al revolcarse en la nieve se levantan por debajo de la maroma en el lugar que no les corresponde. En todos estos casos el resultado infalible es un enredo de arneses y correajes que le obligan a uno a atar el trineo a un arbusto y volverles a enganchar de nuevo en plena tundra con una brisa que paraliza los dedos. Si no hay arbustos, uno tiene que sujetar el trineo pisando en el freno mientras el otro arregla los arneses. Si va uno solo y no hay arbustos, se vuelca el trineo. Esa postura inusitada del artefacto los para en seco. Si se ponen bravos y pugnan por arrastrarle volcado y todo, entonces se les propina una paliza soberana con mucho ruido de voces y palabras largas hasta que tiemblan como conejos acorralados. Entonces se acerca uno a ellos sin decir palabra y se dejan traer y llevar sin resistencia de ningún género.

Después de tres semanas de marchas y contramarchas alrededor de la Misión, obtuve carta de examen —digámoslo así— y quedé capacitado para agarrarme a las manillas del trineo y lanzarme a la conquista de las almas. No deja de ser consolador el hecho de que nuestra Santa Madre Iglesia se acomoda a todas las gentes y las gana para sí usando las costumbres de los países respectivos.

5. Mi primer ensayo fue una escapadita en trineo a bautizar dos niños, que nacieron en un pueblo a 12 Km. de nuestra Misión. Con el *parki*, que me hacía sudar a 8° bajo cero, y las botas de piel de foca, que me llegaban al muslo, monté en el trineo que sujetaba el guía de casa y desaparecimos río abajo con la rapidez del rayo. Debimos llegar en unos 20 minutos. En una choza diminuta, tan pobre que ni siquiera tenía el clásico camastro de madera, había una joven con una criatura envuelta en harapos que cubría una toalla que debió ser blanca. El marido había ido hacia el bosque, y ella no tenía fuerzas para meter leña en la estufa.

Después de encender una buena fogata me puse a charlar con ella por medio del intérprete. Este era un tanto embotadico, pero salí del paso.

—Pregunte —le dije— si es niño o niña.

Cruzaron unas palabras, más indescifrables que la escritura cuneiforme, y el intérprete me miró para decirme muy serio:

—Dice que sí.

—¿En qué quedamos, es niño?

—Sí —me respondió.

Acabáramos.

El tonto fui yo, pues sabía de sobra que una pregunta con una disyuntiva es mucha filosofía para ellos. Hay que preguntar escuetamente: ¿es niño? Al oír ¿es niño o niña? se aturden y no saben por dónde andan.

—Y ¿qué nombre le ponemos?

—*Anguileabunig* —me respondieron.

—Bien está: ése es el nombre indígena. ¿Tiene pensado el nombre cristiano?

Me respondieron que no, que le pusiera como yo quisiera. Abrí el maletín, saqué los objetos y le bauticé con toda paz. Le puse por nombre David, como mi hermano con quien tanto peleé en la niñez.

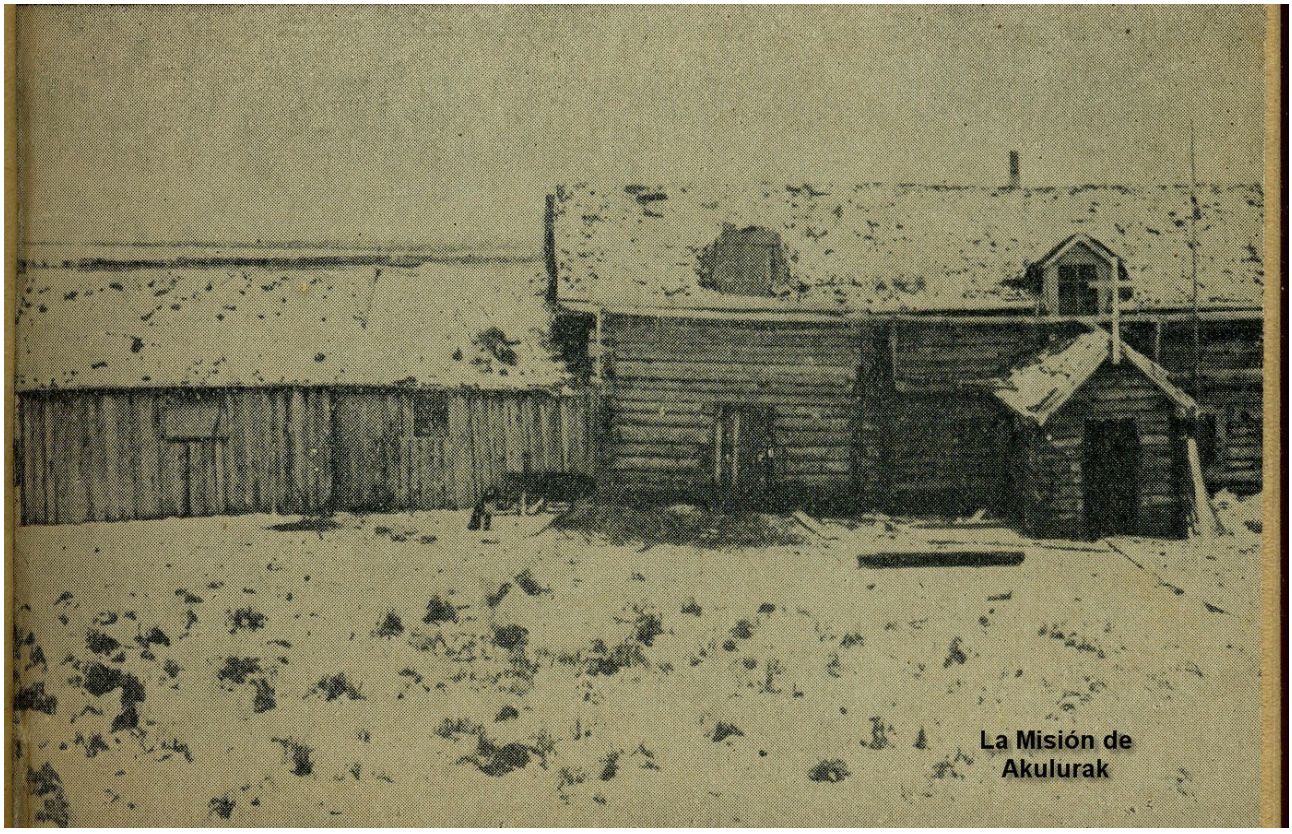
A la madre le di una lata de galletas y nos dirigimos a la choza del otro recién nacido. La madre sabía inglés. Su niña se llamaría *Erralok* ("Luna"); podía yo ponerle el nombre cristiano que juzgase más oportuno. Le puse por nombre *Angeling*, como la hermana que me lavaba las camisas en la casa paterna. Le di a la madre otra lata de galletas y salimos del pueblo camino de la Misión.

En el viaje de vuelta tomé yo las manillas y el guía se sentó en el trineo. Al bajar un ribazo el trineo se ladeó y una manilla me mandó a unos dos metros. Cuando me levanté vi al guía agarrado a un barrote, mientras el trineo volcado era arrastrado a toda marcha por aquellos brutos que olfateaban la perrera. El guía logró detenerlos. Yo llegué rengueando y diciendo para mis adentros:

—Las almas cuestan mucho. Yo he salvado a dos y no es justo que, después de salvarlas, me permita el demonio pasearme en coche sin más ni más.

El guía no entendió esto del precio de las almas. Lo que sí entendió perfectamente fue la costalada que se llevó sobre el hielo. Por eso me dijo comedidamente:

—Padre, otra vez, cuando nos salgan al paso ribazos y terraplenes, déjeme a mí las manillas.



La Misión de Akulurak

CAPÍTULO VII

EL COLEGIO DE HOLY CROSS

1. En el delta del Yukón. — 2. Domando novatos. — 3. Revista de comisario. — 4. A la caza de *tármigans*.— 5. En las largas noches de invierno. — 6. De sobremesa.

En una islita del complicado delta que forma el Yukón al desembocar en el Estrecho de Bering, se alza la escuela que los Padres Jesuitas dirigen para elevar el nivel, un tanto bajo, de los esquimales de este inmenso distrito.

Está situada a la orilla del río Akulurak sobre una loma, que domina una llanura sin fin, pantanosa en verano y endurecida en el invierno, cuando sobre el hielo y la escarcha tiende la naturaleza un tupido manto de nieve, en la que se ceban insaciables los remolinos de viento huracanado que barren la superficie y esparcen por doquier miseria, frío y desolación.

La escuela está situada en el centro geográfico de una región relativamente muy poblada de esquimales incontaminados con los blancos. Cuando la fundó el P. Treca a fines del siglo pasado no había ni una choza en cien Km. a la redonda; pero el Padre, perspicaz y hombre de experiencia, previó que este lugar llegaría a ser el punto céntrico de una circunferencia sembrada de villorrios, como de hecho lo es en la actualidad,

La escuela de hoy día tiene los siguientes edificios: en el centro se alza la mejor iglesia de Alaska, con asientos para 250 personas, órgano y calefacción. A su derecha está la escuela, o dos aulas modelo con cien pupitres, mapas, encerados, estanterías repletas de libros y demás material escolar. Sigue luego el edificio de las Ursulinas y niñas, muy amplio, con dormitorios, comedor, capilla y salón, que utilizan para labores, recreo y estudio. Detrás

está la lavandería, la panadería, y los cobertizos, donde preparan varías toneladas de salmón para el consumo del invierno. A la izquierda de la iglesia está el almacén común, los cobertizos para perros y trineos y el edificio de los Padres, en el que se albergan 30 niños creciditos, con salón espacioso para estudiar y jugar, y con una capilla muy mona para cuando la tormenta de nieve hace punto menos que imposible el acceso a la iglesia central. Todo ello es propiedad de la Misión jesuítica de Alaska bajo la responsabilidad inmediata del señor Vicario Apostólico.

Antes de decir algo en concreto sobre la calidad de estos niños y niñas, conviene decir en abstracto que los villorrios alaskanos están saturados de chiquillos que se crían sucios y harapientos en un ambiente de miseria, medio salvajes, muchos de ellos huérfanos recogidos por familiares cercanos, y amontonados en viviendas asquerosas sin ventilación ni limpieza, venero de piojos y yacimiento riquísimo de bacilos de tisis y otras enfermedades.

El misionero visita esos tugurios y vuelve con media docena de rapaces de ese género a la Misión.

2. Al llegar, se les corta el pelo al rape, y se echan al fuego aquellos mechones ensortijados, en los que bullen personajes indeseables. Al fuego van también los harapos remendados y las botas, que han estado en contacto con una piel que puede competir en sarro con la chimenea más anticuada.

Los primeros días son días de verdadera prueba. Aquellos hijos de las nieves, criados en libertad e independencia semejante a la de los renos y osos polares, no se avienen bien con tres comidas al día a determinados tiempos, toque de campana para acostarse y levantarse, el silencio y orden dentro de la escuela, etc., etc. Lloriquean a cada paso y se van a los rincones con la barbilla enterrada en el pecho y los ojos clavados en el suelo, mudos y pensativos. Entonces es cuando hay que tener a mano dos o tres veteranos, que les hablen en su lengua y no les dejen solos ni a sol ni a sombra.

Llegó aquí hace unos días una familia con un muchacho de doce años, al que habían adoptado desde pequeñín. Convinimos en que estaría en la escuela cinco años cabales. Al querer marchar los padres, el chico se abrazó a ellos y rompió a llorar frenéticamente. Le arrastré a mi cuarto y cerré la puerta. Con voz de

trueno y ojos saltones le conminé que callase, ¡¡¡ si no!!!... El chico levantó la cabeza y me miró atónito, pero el hipo iba disminuyendo. Las greñas le caían sobre los ojos y le tapaban asquerosamente las orejas. Tomé dos pedazos de pan, uno para él y otro para mí, y sentados frente a frente comimos el pan con toda paz sin decirnos palabra. Luego le puse un espejo delante del rostro. El se miró y calló. A continuación tomé un peine y la máquina, y le arreglé el pelo como mejor supe. Le puse el espejo delante otra vez y el muchacho no pudo contener una sonrisa que se apresuró a cortar, como si en ella se hubiera hecho traición a sí mismo. Con una escoba y un recogedor levanté del suelo tal cantidad de pelo, que me acordé —sin quererlo— de las crines de los caballos. Luego le vestí de arriba abajo y le di bombones. Aquel día los niños estaban de campo recogiendo fresas silvestres en la tundra, a 2 Km. de la Misión. Tomé al recién llegado conmigo y le llevé a ver a sus futuros compañeros de armas y fatigas. Volvimos todos juntos en amigable charla y con eso di por terminado el proceso de aclimatación. Walter, así se llamaba el muchacho, hablaba con todos como si tal cosa. De ordinario es tarea de una semana. Pasada ésta, se les da por asegurados.

3. Recuerdo que al día siguiente de arribar a esta Misión me llevó el Padre Superior a visitar las escuelas. En un recinto a propósito estaba una indígena veterana con una docena de recién venidos enseñándoles inglés y catecismo en su propia lengua. ¡Qué timidez tan exagerada la de aquellos rapaces! No hubo manera de sacarles una sola palabra, a pesar de que se les acosó a preguntas sencillas, como la edad, el nombre, etc. Se encogían, me miraban de reojo y de ahí no pasaban.

Luego fuimos a la escuela de los ínfimos: 30 niñas y 15 niños. Se levantaron todos y me saludaron con mucho desparpajo. Ya se conocía que llevaban cierto tiempo en la Misión. La Hermana Antonia —su maestra— quiso demostrarme que allí no se perdía el tiempo, y les sacó a todos a los encerados. Había que ver a aquellos esquimalitos sacar cuentas de multiplicar y dividir con la pericia de un dependiente de comercio. En Geografía no estaban tan fuertes. Al preguntarles dónde estaba España, ninguno supo encontrarla en el mapa. Para ellos el mundo es un misterio.

Al pasar a la escuela de los adelantados, la H. Laurentina me dijo que, antes de que yo contase diez, cualquiera de aquellos niños o niñas encontraría en el mapa a España. Hicimos la prueba, y en efecto una rapaza se fue del pupitre con el dedo índice extendido y lo posó por Barcelona. Estuve a punto de preguntarle si no sabía que Azaña había dado la autonomía a los catalanes, pero me contuve y no descendí a lo que ni yo mismo sabía con precisión.

Aquí, en esta clase, ya son bastante crecidos. Hay chicas de dieciséis y dieciocho años y algunos jovencitos que alardean de afeitarse una vez al mes.

A esta clase voy yo todas las tardes a explicar el catecismo por espacio de media hora. Cada alumno de esta clase pudiera servir de catequista a cualquier misionero y responder con expedición a las objeciones de los paganos.

Los chicos están alegres y frescotes con la raya muy bien sacada,

Las chicas son modelo de aseo y limpieza y rebosan satisfacción por todos los poros.

Naturalmente tienen una distribución bastante desahogada. Duermen de nueve a seis; comulgan casi todos diariamente; se desayunan con aceite de foca, pan y café, y luego se divierten por espacio de una hora. Sigue un rato de estudio en el que se preparan para la escuela, donde están hasta las once y media. A las doce comen carne de reno o conejo, patatas, aceite de foca y todo el pan que quieran. A la una y media se reparten diversos trabajos, como aserrar maderos y partir leña para las estufas, retejar, dar de comer a los perros, barrer, remendar botas de nieve, hacer trampas para conejos y peces, etcétera, etcétera.

Las chicas remiendan, cosen y bordan. Ellas cuecen el pan, ayudan a guisar, preparan el comedor, etc.

Los domingos y días de vacación salen afuera si hace bueno, y si no, juegan dentro de casa en el salón que tienen para esto.

De tres y media a cinco y media tienen clases, y a las seis cenan unas habas, pescado, pan y café.

4. Cuando no hay escuela, los chicos van de caza, patinan en el río helado, o pescan, o van por yerba seca que ponen dentro de las botas para tener siempre los pies calientes.

La caza de conejos resulta siempre muy pintoresca. Llevamos una media docena de escopetas y nos apostamos en celada en un sitio estratégico. Los chicos forman un ala y se internan en el bosque gritando y saltando como energúmenos y echando todos los conejos para las escopetas. Al fin se rompe el fuego y quedan allí tendidos conejos para una semana.

La Providencia viste a estos conejos de color pardo en el verano cuando no hay nieve, y de blanco en el invierno, para que no se los distinga fácilmente de la nieve, y tengan alguna oportunidad de escapar con vida. Además tienen unos pies carnosos, con mucho pelo entre las uñas para defenderse mejor de la humedad.

Esta misma providencia se observa en las *tármigans*, aves típicas del país, especie de palomas que en el verano tienen un plumaje oscuro, del color de los arbustos, y en el invierno son más blancas que la misma nieve. Son muy ricas en la cazuela, y no es difícil matarlas a tiro.

Como la caza no es siempre segura, tiene la Misión un rebaño de renos, los suficientes para matar un par de ellos cada semana sin que disminuya el número. Este rebaño se apacienta a 50 kilómetros de aquí, en unas llanuras solitarias donde nadie les molesta. Con frecuencia salen en trineo dos chicos mayores de la escuela y vuelven al día siguiente con dos renos ya desollados y todo.

También en los renos se ve la providencia que Dios tiene de su conservación. En el invierno se les cae toda la cornamenta. Expuesta al frío intenso les sería entonces un tormento. En lugar de cuernos les nace un pelo largo y espeso, que les abriga bien la cabeza.

Al despuntar la primavera les nacen todos los cuernos que tenían, más uno nuevo. Por eso es fácil averiguar la edad que tienen. Asimismo, como los cuernos están muy entrelazados, cuando luchan se enredarían y no podrían desembarazarse uno de otro. Esto lo evita un cuerno a manera de paleta, que baja por delante de la frente y sobresale de modo que los de atrás no puedan tocarse. Aun así y todo se dan casos aislados de renos que se enganchan y aparecen más tarde muertos con los cuernos entrelazados.

Por Navidad traen el rebaño a la Misión, y aquí, a las puertas de casa, matan unos 60 para la escuela y otros tantos para los esquimales de las aldeas limítrofes, que vienen con el trineo por la preciosa carga. Los matan a bala. Dos balas por las sienes... y el pobre reno cae desplomado. En seguida le cortan las dos venas yugulares y, sin aguardar a que se desangre del todo, le desuellan con una rapidez increíble. La carne se hiela y endurece como el acero, y así se conserva hasta el verano sin necesidad de refrigeradores artificiales. Es por demás curioso ver de golpe unos 3.000 renos asustadizos, que corren atolondrados al menor ladrido del perro más despreciable. En Abril, las hembras van seguidas de crías tan monas que no se cansa uno de ver el espectáculo.

5. Volviendo a los niños de nuestra escuela, conviene apuntar que todos los domingos y días festivos cantan a una la Misa de *Angelis* con diversos motetes. Le embarga a uno la impresión más agradable al oírles cantar el *Asperges*, el *Gloria*, el *Credo*, todo, todo lo mismo que en cualquiera de las grandes catedrales. No esperaba uno encontrarse con esto en Alaska.

En la iglesia las niñas llevan un *parki* del mismo color, y los chicos van también de uniforme con un chaquetón amarillento a manera de guerrera.

Los domingos por la mañana son días de ajetreo. Ya el sábado por la noche llegan varios trineos cargados de gente, que vienen a Misa del domingo. Les esperamos en casa y poco a poco van entrando matronas con todo género de chiquillos, y hombrotes muy chaparros con un niño mayorcito en los brazos.

Al principio es muy interesante verles a todos tan serios, sentados en bancos rústicos, a lo largo de la pared, envueltos en pieles con una caperuza, en la que se oculta una cara anchota con narices chatas y ojos oblicuos a la japonesa. Si la estufa está muy caliente, se bajan la caperuza y dejan al descubierto una melena de pelo negro y lustroso como el azabache, que les tapa las orejas y cae en mechones espesos sobre la frente hasta los ojos.

Riéndome hasta las orejas, paso entonces revista a los niños de pecho echándoles mil piropos y asegurando a las madres que aquéllos no son niños, sino ángeles. Ellas quedan muy orondas, pero yo quedo con escrúpulos de si llegaría o no a mentira formal tamaña exageración.

Nunca me han preguntado por mi nacionalidad. Para ellos España o Checoslovaquia o la China, todo cae bajo el mismo denominador común de *afuera*. El que no sea esquimal como ellos, viene de *afuera*, y con eso se satisfacen.

Un día me oyeron decir que Italia y Abisinia andaban a las trompadas, y en seguida esparcieron la voz de que había guerra *afuera*.

Después de cambiar impresiones suben todos a la capilla y se confiesan devotamente.

Duermen en casetas de madera próximas a la iglesia, y el domingo a las siete tenemos un promedio de 140 comuniones contando los pupilos. A las nueve tenemos Misa cantada con sermón, y a las cuatro de la tarde se reza el Rosario, seguido siempre de exposición mayor.

Cuando entonan todos en buen latín el *Oremus pro Pontifice nostro Pio* delante del Santísimo Sacramento, le vienen a uno a las mientes aquellas palabras proféticas del Señor a los Apóstoles: "Y seréis mis testigos en Jerusalén y en Samaria y hasta los últimos confines de la tierra". Realmente aquí se palpa la catolicidad de la Iglesia; aquí, a medio globo terráqueo de Roma; aquí, entre esquimales, en los últimos confines de la tierra.

Casi todas las familias que vienen de tan lejos son antiguos alumnos de Akulurak. Y ése es en último análisis el fin de esta escuela: formar familias de raigambre católica. Estos niños y estas niñas son futuros padres de familia, que saben de memoria el catecismo, conocen la religión, han aprendido a ser aseados y laboriosos, hablan inglés y se casan con el fin de criar hijos para el cielo.

Hay pueblos enteros formados por antiguos alumnos. Aquí mismo, en Akulurak, hay unas veinte familias nacidas a la sombra benéfica de la Misión, como en la Edad Media surgían poblaciones alrededor de los vetustos muros del convento. Si el día de mañana se aventurase a visitar este distrito algún pastor protestante, se tendría que volver con las manos en los bolsillos.

Hasta hace poco no había más que un quinqué y lámparas de petróleo. Ahora tenemos una batería, que carga gratis un molino de viento, y podemos alumbrarnos con luz eléctrica, un tanto tenue —

es cierto—, pero mejor que todos los quinqués. Con las baterías vino una máquina portátil de cine, con unas películas matusalénicas que representan escenas cómicas y grotescas, muy a propósito para entretener al piberío. Es curioso observarlos, con los ojos clavados en el telón, comentando a voces y risotadas lo que ven, y disfrutando más que el emperador mejor entretenido.

Son incapaces de seguir el hilo de alguna historia. Tampoco saben apreciar situaciones que recrean el entendimiento. Se ríen porque el hombre de la pantalla es o muy gordo o muy feo, o porque el caballo da una coz, o porque dos hermanitos se tiran de las orejas y la madre pone fin a la riña con una escoba. Para ellos no se ha inventado aún la psicología.

Como las películas son muy pocas, en las noches largas de invierno tienen danzas indígenas en el salón de recreo. Sentados todos en el suelo, aguardan impacientes la llegada de los danzantes, que entran con máscaras ridículas capitaneados por el mozo del tambor que es el director del programa. Unos seis danzantes se arrodillan en corro y esperan a que dé la señal el del tambor. Sigue luego una música tristona, al compás de varazos simétricos en un tambor abierto a manera de pandereta sin sonajas, y aquellos danzantes resisten de rodillas dos horas haciendo movimientos de cabeza, brazos y manos con retortijones de cuerpo, venias e inclinaciones, todos a una como movidos por un resorte. Aunque viviera cien años fuera de aquí, no olvidaría aquel *jía, jía, jía* melancólico y fúnebre como los *Misereres* de Semana Santa. Algunas contorsiones son muy graciosas y arrancan aplausos y risotadas de la concurrencia.

De vez en cuando voy al edificio de las Madres a pasar la recreación con las niñas. Las historietas son interrumpidas por sesiones de acordeón. A tres veces de tocarles una canción española, la repiten con una perfección que me deja estupefacto. Tienen una memoria asombrosa para la música. Cualquiera de estas rapazas canta una petenera andaluza con la sal del torero más majo de Triana. Como su lengua tiene unos sonidos tan ásperos y guturales, las erres y las jotas españolas son para ellas tortas y pan pintado.

También ellas danzan, pero de pie y sin máscaras, con los ojos clavados en el suelo, sin mover los pies y acompañando los

golpes de tambor con movimientos de manos y brazos. La primera vez que se ve esto, cree uno que está en el otro mundo, o que es un sueño, o que ve un cine o cosa por el estilo.

6. Para perpetuar las veneradas tradiciones de Akulurak tenemos de consiliarios a los dos últimos restos de la Italia misionera del 98, que por entonces envió a este país una nutrida expedición de Jesuitas celosos y aguerridos. Los dos son conocidos ya de nuestros lectores: el P. Lucchesi y el H. Chiaudano, de setenta y nueve y sesenta y siete años de edad, respectivamente.

Nada tan interesante como escucharles de sobremesa contar sus pasadas aventuras. Cada narración sobrepuja a la anterior en interés por los peligros insospechados que trae a cuento.

Si el Padre Superior nos dice, que en 1928 pasó 24 días de un tirón a lo largo del río Koskakwin con un guía que era una calamidad, con el termómetro a no sé cuánto bajo cero, comiendo bacalao y durmiendo en chozas que apestaban a aceite de foca; el H. Chiaudano replica que eso no es nada; que él estuvo en una ocasión dos meses en una choza, con un mestizo ruso-esquimal que no sabía inglés, y por todo alimento tenían unos pececillos que caían por la noche en una trampa, que ponían en la corriente de un arroyo pantanoso: hasta que un día pasó por el río una gasolinera y les llevó a la Misión de San Miguel. Y otra vez, en 1907, estuvo con el P. Robaut un mes en un paraje solitario, cegados por la cellisca, haciendo lumbre con ramas verdes de arbustos, que no ardían en dos horas y no hacían hervir el té en toda la mañana; tanto que el P. Robaut un día se malhumoró y dio tal puntapié a la dichosa cafétera que la envió al quinto pino abollada e inutilizada.

Todo esto lo escucha el P. Lucchesi con una sonrisa de conmiseración hasta que al fin mete baza para decir:

—¿De eso se asustan? Ustedes tenían peces y bacalao; yo me extravié en Marzo de 1904 y viví dos días solo en un tugurio destartalado, con un rapacín que llevaba para nuestra escuela. Y no teníamos qué comer. Y yo me había ido al agua hasta los hombros en una corriente de hilo quebradizo; que si no es por el perro delantero no estaría aquí ahora para contarlo. Así mojado y tiritando, sin comer, sin leña, hasta que al cabo de dos horas de búsqueda hallamos un palo del tamaño de un brazo. Y ¡lo que es verse en apuros! Hicimos del palo astillas menudísimas: uno suje-

taba la cafetera y el otro aplicaba al fondo varias astillas encendidas hasta que logramos hacer servir el café más rico que he saboreado en mis setenta y nueve años. Si no pesqué un reuma, que me hubiera dejado baldado, fue por un milagro más grande que la resurrección de Lázaro. Y dígase lo mismo de una vez que iba sobre el hielo del río, a 45° bajo cero. Tuve la mala suerte de pasar por unos manantiales termales y el hielo cedió, y el trineo quedó incrustado en bloques de hielo que se formaron en medio minuto, y tuvimos que sacar la mole rompiendo con el hacha los contornos. Y lo peor era que al pisar se pegaba la suela al hielo y corría uno peligro de quedar allí aprisionado.

Yo escucho todo esto como quien ve toros desde la barrera. A falta de hazañas que contar les digo que sus exageraciones me recuerdan las del malagueño, el gaditano y el sevillano sobre el calor de sus respectivas ciudades.

—Es tal el calor de Málaga —dijo el primero— que, cuando nieva, los copos de nieve caen abrasando.

—Pues en Cádiz —dijo el otro— el calor es tal, que las gallinas ponen los huevos fritos.

—Eso no es nada —dijo el sevillano—; en Sevilla vas por la calle y ves aquí unos pantalones, allí unos zapatos y más allá un sombrero. ¿Que pasó? Pues que mi hombre se derritió y se evaporó y la ropa quedó por el suelo.

Como se ve, en Akulurak no sufre uno mucho por parte de la soledad característica de Alaska. En esta escuela la vida es muy llevadera, aun desde el punto de vista humano. Consuela mucho el pensamiento de que en ella se forman futuros padres de familia cristianos. Si algún día tuviera que cerrarse esta escuela por falta de recursos, los ángeles llorarían tamaño crimen con lágrimas perdurables.

CAPÍTULO VIII

A TRAVES DE LA TUNDRA

1. No salgan *ab intestato*.— 2. Los lagos traidores. — 2. Llegada nuestra metrópoli. — 4. Una noche alaskana. — 5. El enganche de voluntarios. — 6. De vuelta a Akulurak.

Aún no he leído en español auténtico narración alguna de los viajes invernales en trineo por la legendaria Alaska. Las narracioncillas parciales, que ven la luz en esta o aquella revista de Misiones, son arreglos o traducciones de artículos extranjeros, escritos en una ideología para nosotros exótica y peregrina. Ojalá acertemos hoy a describir lo que la experiencia nos ha enseñado en este punto, y ojalá que estas páginas proporcionen solaz y recreo a los que las lean en un clima más benigno donde dan fragancia las rosas y trinos los ruiseñores.

Afortunadamente, la primera excursión me suministró datos más que suficientes para dar a los lectores una idea aproximada de este extraño procedimiento de visitar cristianos, aquí, en la llamada "región de los eternos hielos".

El fin primario del viaje fue éste: la chica mayor de la escuela dio en unas manías que alarmaron a las monjas y, por la paz y buen orden de la escuela, se resolvió que yo la había de llevar a casa de su cuñado Alfredo. De paso debía aprovechar el viaje para desempeñar diversos ministerios sacerdotales en dos o tres pueblos, en los que debería reclutar niños mayorcitos para nuestra escuela de Akulurak. En dos días a buena marcha se podían cubrir los 200 Km. de recorrido que me esperaban.

Dos días antes de salir repasé los arreos de los perros, visto bueno a todo esto, tuve que ordenar también mis arreos: las botas de agua, las de nieve, las de abrigo, el saco de dormir, el altar portátil, las provisiones, etc.

Luego me sometí a la costumbre de hacer testamento, pues no sería la primera ni la segunda vez que volvería uno cadáver, y conviene que el Padre Superior sepa ciertas señas epistolares. Este pensamiento macabro se dulcifica con el jolgorio que se arma en casa cuando el expedicionario rubrica en la mesa de la recreación un escrito, que dice poco más o menos: "Dejo al cocinero las botas de viaje, el rifle, el abrigo negro y el acordeón. A Fulano le dejo el *parki*, la cartera vacía, las obras de Santa Teresa y la máquina de escribir. Lo demás es mi voluntad que se distribuya equitativamente como conviene entre hermanos". Cuando el Padre Delon se mató en el aeroplano, se cumplió a la letra el testamento que dejó medio en broma, medio en veras.

Luego tuve que adobarme con las 22 libras de ropa que uno tiene que pegar a las carnes, con botas de piel de foca que se atan sobre la rodilla, y con el típico *parki* de piel de reno que cierra herméticamente desde las rodillas hasta la coronilla, dejando solo un orificio alrededor de ojos y narices que se esconden detrás de un bosque de cerdas agitadas por la brisa. Encima de los guantes ordinarios se ponen otros inmensos que llegan hasta el codo y se sujetan con un cordón detrás de la espalda cuando no se usan.

Mientras yo me engalanaba así a la moda, media hora antes de salir, el guía y los niños de la escuela empaquetaban los artículos en el trineo, a vista de los perros que brincaban como toros rejoneados y aullaban furiosamente ansiando verse libres por esos mundos y dejar le malhadada perrera. El proceso de engancharlos al trineo fue un verdadero infierno de gritos, aullidos, alboroto, forcejeo y voces de mando secas e imperiosas como las del capitán en pleno combate.

El trineo estaba amarrado a un poste y en él se arrellanó Marta entre pieles como una princesa. Sentado yo en el vehículo con las manos en los barrotes horizontales para evitar un vuelco peligroso, el guía se acomodó en las manillas, un chico soltó la maroma y los nueve perros su lanzaron con un ímpetu salvaje río abajo sobre una superficie de hielo tersa como un cristal.

El pensamiento de que vamos resbalando sobre una profundidad casi oceánica contrarresta el placer natural que causa el plácido y veloz patinar sin tumbos ni tropezones.

Dos perros, que arrufaban como fieras, terminaron por agarrarse en plena carrera, y hubo que frenar en seco, para separarlos a latigazo limpio.

Dejado el río, nos internarnos en la tundra nevada y desigual, sembrada de terraplenes, arroyos, baches, arbustos y matorrales. En los yerbazales encharcados el agua se conserva más caliente: por eso el hielo que la cubre es siempre tenue y traidor.

A las dos horas de marcha llegamos a un barrizal endurecido, muy accidentado. Los perros forcejeaban y jadeaban, pero no adelantaban gran cosa. Tuvimos, pues, que ayudarles empujando y hundiéndonos en la nieve hasta las rodillas. El guía siempre halló suelo firme. Yo pisé en falso y saqué la pierna derecha mojada hasta cerca del muslo. Tuve que mudarla inmediatamente, pues estas botas de nieve, si se mojan, se calan, y la pierna mojada se hiela en breve por más que se corra.

Al P. Robaut que estuvo más de cuarenta años en Alaska se le helaron así los dedos de los pies y se los cortó un cirujano ya engangrenados.

2. A eso del mediodía llegamos a unas llanuras formadas por lagos contiguos cubiertos de nieve, muy a propósito para acelerar la marcha, si no fuera por los peligros que encierran. Están cuajados de *peces negros*, unos peces singulares que viven hasta una semana fuera del agua; y de tejidos tan delicados que, muertos y todo, mientras se fríen, brincan en la sartén como cervatillos en un rato de recreo. Estos peces abren grandes agujeros en el hielo, y estos agujeros son los que le pueden dar a uno un mal rato. Además, es ley sin excepción, que dondequiera que abunden estos peces, el hielo no es de fiar, por hondos que sean los lagos y por baja que esté la temperatura. A los diez minutos de rodar por el primero se empezaron a oír unos crujidos como de hielo que se resquebraja que me paralizaron el corazón. Miré al guía y él me miró con la sonrisa maliciosa de Julio César, cuando al piloto, que vacilaba en una tempestad, le animó diciendo:

—No temas, que llevas al César.

Estos crujidos continuaron lago tras lago. Como vi que era más el ruido que las nueces, terminé por despreciarlos y hasta

torné las manillas para que el guía descansase tendido en el repleto trineo.

Entre dos lagos había un ribazo formado en parte por la nieve barrida de las llanuras. Al trepar por él los perros se estancaron, y al empujar para ayudarles me hundí en la nieve hasta el pecho. Lo mejor en esos casos es sonreír y decir entre dientes:

—¡Caracoles con la nievecita!

No creo haya nade tan extraño para un europeo, como viajar hora tras hora sobre lagos helados, sentado en las barras de un trineo, y dominando una llanura sin fin. Sin una vocación más fuerte que un puente romano, y sin un temperamento muy *sui generis*, esto sería insoportable. La soledad de la campiña gravita sobre el alma de modo abrumador. Se siente uno algo así como impotente. No hay abrigo, ni refugio, ni comodidad. Los perros alternan trotando y galopando. Una brisa persistente de 20° bajo cero le envuelve a uno como el agua a uno que se ahoga. El aliento cálido se pega a las cerdas de la capucha que envuelve el rostro, y cada cerda es un carámbano, formando todo el conjunto un bloque de hielo que azota el rostro e impresiona mucho la primera vez. Las cejas también son un amasijo de carámbanos diminutos. Hay que refregar continuamente con un pañuelo los pómulos y la nariz. Si se hielan, se los resucita restregándolos bien con nieve hasta que queden en carne viva o despellejados. Las ventanas de la nariz destilan sin cesar, y el pañuelo que las seca queda tieso como un vidrio apenas se saca del bolsillo media docena de veces.

Mientras se va por la llanura nevada sentado en las barras del artefacto, le vienen a uno las más variadas preguntas. ¿Qué habrá de la guerra entre Italia y Abisinia? ¿Quién será en Madrid presidente del Consejo de Ministros? ¿Habrá habido elecciones? ¡Si tuviéramos correo por Navidad... al cabo de tres meses! Asimismo la imaginación divaga desordenadamente por el pasado, y se concentra al acaso en amigos y episodios con una fijeza no soñada.

Cuando se va por la tundra hay que sujetar el trineo para que no vuelque, siempre al paso de los perros. El bamboleo del vehículo somete los músculos a un ejercicio gimnástico durísimo, y el continuo trotar produce un sudor copioso, que se corta en el acto apenas se sienta uno a descansar, causando un efecto muy desa-

gradable, Si no se corre, se hiela uno; si se corre, el sudor congelado mortifica; y esta alternativa forzosa le tiene a uno entre Pinto y Valdemoro.

Llegan momentos muy difíciles. La brisa se convierte en viento huracanado, que levanta remolinos de nieve por los que se mete uno jadeando, exhausto, cegado y entumecido, con los nervios en pésimas condiciones. Si entonces los perros ven un conejo y echan tras él en direcciones tortuosas, la paciencia del misionero sufre tal sacudida, que sólo el callar es entonces tan heroico como entregar el cuello al verdugo. Y los actos heroicos no son obstáculos que se remueven a puntapiés.

A un misionero que iba de Mountain Village a Fish Village, a nueve horas de distancia, se le alteró el vientre, le sobrevino diarrea, y tuvo que hacer alto siete veces en plena llanura con una brisa de 25° bajo cero. Prefiero pintar la verdad desnuda a cubrirla con un ropaje de leyenda; como si, por el mero hecho de ser uno misionero, Dios le abrumase a consuelos místicos que le hagan regocijarse en los sufrimientos como leemos en los mártires de antaño. Claro que Dios puede mandar un ángel a Getsemaní, pero dejará que su Hijo querido apure el cáliz hasta las heces.

En Alaska, como en el resto del mundo, el reino de los cielos padece violencia, y sólo aquéllos que se la hacen le arrebatan. El que espere en Alaska novedades y poesía, que no venga; porque se va a llevar tal chasco, que correrá peligro de echarlo todo por la borda. Asimismo son indeseables (y no caigan en la tentación de venir) los caracteres serios, los pesimistas, los mandones, los melancólicos y los endebles. Pero... reanudemos el hilo de la narración.

3. Llegamos al primer pueblo antes del oscurecer. ¡Qué pueblo! Siete chozas, y tres estaban vacías. Al bajar un altozano, caímos sobre aquellas casuchas de troncos de árboles toscamente labrados y pegados con una argamasa que no deja entrar una molécula de aire.

Puestos los perros a salvo, nos dirigimos a la casa de Alfredo y, encorvados, hasta andar casi a gatas, entramos por un portaluco con una portezuela de medio metro que daba al interior. La estufa, que allí chisporroteaba en un rincón, me ocasionó de pronto un sudor copioso que creí abrasarme. El contraste con el exterior era

demasiado brusco. Quité apresuradamente pieles, botas y correajes, y quedé delgadito como los pituquitos de la ciudad.

Una niña de dos años me tomó por el sacamantecas, y no hubo modo de aplacarla ni con caricias ni con bombones. ¡Qué gritos aquéllos tan despavoridos y qué enterrarse en las faldas de su madre, como si ya la hubiera empezado a desollar!

Para abrir el apetito comimos una empanada de queso con una taza de café, y salí con el guía a visitar la metrópoli.

En la primera casa vivía un matrimonio con cinco hijos en la más extrema miseria. El era laborioso, pero ella era la calamidad de las calamidades. Los nenes estaban sucios y harapientos, y en el camastro común, de tablas descarnadas, no había arriba de cinco libras de andrajos. Para esta familia llevaba yo un saco de ropa hecha, de esa que mandan los bienhechores del viejo mundo. Al vaciar sobre el camastro pantalones, guantes, calcetines, camisas y demás, los niños se abalanzaron sobre la presa, como cuando se echa un hueso a un grupo de perros hambrientos. Allí cada uno se puso lo que le caía bien, mientras yo predicaba en el desierto a aquella madre haragana que traía medio desnudos en Alaska a los hijos de sus entrañas.

La segunda visita fue a Carmen que vivía con dos críos en una choza fría y sucia, aunque su marido era buen cazador y excelente pescador. Había estado nueve años en nuestra escuela y hablaba inglés por los codos. Para todo tenía cien excusas y prometió todo lo prometible para en adelante.

La tercera visita fue a Roberto, que tiene dos hijos más guapos que dos soles. Para poder abrir la puerta tuve ve que echar a un lado media docena de cachorrines monísimos, y al entrar casi meto el pie en un barreño inmenso repleto de peces negros, que coleaban al aire libre como culebras.

Después de avisar al vecindario la hora y el lugar le la asamblea, volví a la choza de Alfredo donde, sentados en el suelo como los patriarcas bíblicos, nos hartamos de salmón curado y de peces negros y de pan con mantequilla, mojado todo ello con café hirviendo. En el centro del corro quedó una verdadera pirámide de esqueletos espinosos. Cuando estábamos terminando llegaron las tres familias y. acomodados todos como pudimos, después de

rezar el Rosario, les hablé y expliqué diversos puntos del catecismo que me parecieron más capitales.

Se dan por bien empleadas todas las fatigas del día, cuando por la noche se ve uno rodeado de esquimales que escuchan la plática sin pestañear: y admira uno la providencia amorosísima de Dios que no abandona espiritualmente a estos hijos desterrados en el extremo del globo.

Fui luego a una casa vacía, y allí oí las confesiones de los ocho adultos. Como habían estado en nuestra escuela hablaban un inglés pasable.

4. Quedamos en que la Misa sería muy temprano y nos dispusimos a preparar los equipos de dormir. Acordamos que el guía y yo dormiríamos en casa de Alfredo, la más capaz y mejor acondicionada. Y aquí es donde ni quisiera tener la péñola de Cervantes. Tomo el saco de dormir, un fardo grueso enrollado, de fácil transporte, que entristece al que le abre como un augurio de mala noche. El guía toma el suyo y los extendemos desde la puerta hasta el camastro de la familia. Entre mi cabeza y la pared extiende su envoltorio la recién llegada. Arriba, sobre unas tablas clavadas junto al techo, se acuesta un niño de ocho años, y el resto de la familia se acomoda en el camastrón que ocupa media choza. Así quedó todo el suelo empedrado de osamentas humanas.

Mis espaldas notan perfectamente los nudos y ranuras del tablado, aunque la dura caminata en las manillas del trineo me ha dejado tan zarandeado que no debiera parar mientes en semejantes insignificancias. Cambiando con frecuencia de postura logro dormir hasta que los ronquidos de Alfredo y el lloriqueo del pequeñín y los piojos que jugueteaban correteando desde el pecho hasta las piernas me hicieron abrir unos ojos pesados que en vano hice por volver a pegar.

—Esta es Alaska —me dije—, la genuina. Alaska sin leyendas de osos blancos, auroras boreales y mantos níveos en los que riela la Luna.

Poco después del amanecer revivió toda la choza con desperezos demasiado naturales, y arreglamos para altar una mesuca llena de grasa con adimentos de escamas y pelos de conejo. Cuando llegaron todos y llenaron el recinto, mi imaginación voló a

las catacumbas. Al cabo de veinte siglos damos a Dios la misma bienvenida que le dieron en los antros malolientes de aquellos subterráneos los cristianos perseguidos. Me consoló entonces el pensamiento de que Dios mismo escogió un establo para nacer, y con estos pensamientos salvadores pasa uno con gusto por piojos y ronquidos y cansancio a trueque de imitar a un Dios tan bueno y tan humano. No hay en el mundo gozo comparable al que se siente cuando se da la Sagrada Comunión a un grupo de esquimales en una choza perdida entre matorrales nevados.

Terminado el desayuno salimos todos a enganchar los perros, que se agitaban con verdadera ferocidad, ansiosos de emprender la marcha. Hubo los apretones de manos de rúbrica y los clásicos *piogas* ("adioses"), y colocados debidamente en el trineo el guía y yo, desaparecimos velocísimamente en la llanura desigual, por la que caminarnos sin percance hasta eso del mediodía, en que llegamos a un pueblo de nueve chozas, todas habitadas.

5. Comimos nuestras provisiones en una de ellas y empecé el reclutamiento de niños escolares. Sólo Dios sabe el purgatorio que debí ganar aquel día con tanto perder la paciencia en aquellos escondrijos pestilentes, en los que bullían chicos caprichosos que decían no a sus padres, y éstos se quedaban tan serenos.

—Anda, hijo, vete con el misionero a su escuela.

—No voy.

Aquí intervenía yo;

—¿Por qué no quieres venir?

—Porque no.

Al menor movimiento, que hacía yo, los chicos se agarraban a las patas de los camastros y pataleaban diciendo:

—No voy; yo no voy.

Las chicas, en semejantes circunstancias, se abrazaban a sus madres con la cara oculta en sus pieles y gimoteaban rabiosas:

—Yo no voy a la escuela.

En vano pinté paraísos con niñas angelicales y niños seráficos que les estaban esperando; buenas comidas, blandas camas, aulas universitarias, juegos a todas las horas y diversiones al por mayor. Ni por ésas. Allí nadie quería ir a la escuela.

Amenacé a los padres con dar parte al Gobierno de Washington, si no enviaban los hijos a la escuela; pero los padres se quedaban tan frescos. ¿Qué o quién es Washington para ellos? Si les hubiera dicho que daría parte a una merluza se hubieran quedado lo mismo. Para ellos Washington lo mismo puede ser el policía, que el mal espíritu, que una variedad de salmón o de los patos silvestres.

Recuerdo que en algunas chozas el hedor era tan repugnante, que el estómago pasó verdaderos apuros en un esfuerzo por retener el contenido.

Al fin logré reclutar a un mocito de diez años no cumplidos —Luisín—, el mayor de cinco hermanos sucios y mal vestidos que deben vivir de milagro. Los padres me lo confiaron para un período de tres años prorrogables. Este es lenguaje indígena, y quiere decir en castellano que Luisín no saldrá de la escuela hasta los diecisiete aproximadamente.

De este pueblo salimos para otro cercano: tres casas repletas de indígenas. En cada casa vivían dos o tres familias con hijos, suegras y viejos caritativamente recogidos. En la primera choza recluté a Enrique, de trece años, pero muy mocetón. En las otras dos me llevé sendos carpetazos, a pesar de que había en ellas unos muchachos y unas rapazas que caerían en nuestra escuela como agua de Mayo.

Siguiendo las indicaciones contradictorias de diversos esquimales, que topamos en el camino, acertamos al fin con unas chozas diseminadas a lo largo de un afluente del Yukón. Aquí, después de terminar la provisión de bombones, cuando ya lo tenía todo por perdido, recluté a Genoveva, una rapaza de ojos vivarachos que contrastaban con una timidez increíble.

A Luis y Genoveva los tuve que envolver en pieles que llevaba, previendo —como luego resulto— que estarían pobrísimamente vestidos. Al salir de casa para el trineo tiritaban de modo alarmante. Enrique estaba mejor equipado. Arrellanados todos en el trineo —incluso el guía— tomé las manillas, me soltaron la maroma, y los perros se lanzaron como locos por un rastro que sabían les llevaba a la ya deseada perrera.

6. Las horas se sucedían por aquellos parajes nunca vistos, y el guía y yo nos relevamos en las manillas. Cada diez minutos miro a las caras de los rapaces y les hago las consabidas preguntas en su lengua:

—¿Tenéis frío? ¿Estáis cansados? ¿Tenéis hambre?

A las tres preguntas respondían siempre afirmativamente. A medio camino hicimos alto y despachamos unas empanadas con dos termos henchidos de café hirviendo. ¡Qué ojazos abrieron al notar que el café estaba caliente!

—Estos blancos son el mismo diablo —se debieron decir.

Así repuestos, apretamos el paso, pues ya anochecía y podía levantarse una tormenta que nos obligase a dormir en escampado. Para reanimar a los nenes, que no paraban de tiritar, les metía con frecuencia en la boca pastillas de chocolate que les sabían a miel.

Por fin, al aparecer visible la estrella polar casi sobre nuestras cabezas, descubrimos allá lejos las luces de la Misión. Los perros olfatean el rastro y galopan como locos por una tundra desnivelada, que muchas nevadas no han logrado allanar.

Ya era muy de noche cuando llegamos a Akulurak. En las afueras estaba el Padre Superior, que salía a recibir al hijo pródigo. Quedó muy satisfecho de mis tres conquistas, asegurándome que no era aquel el mejor tiempo para reclutar. Es mejor allá por Marzo cuando las provisiones escasean y los padres desean echar de casa las más bocas posibles.

A Luisín se le esquiló al rape, y se le vistió de arriba abajo, con lo que debió quedar libre de huéspedes importunos. Los dos primeros días lloraban un poco y echaba de menos a su madre. Le puse bajo la custodia de un veterano muy despabilado, encargándole que me lo trajera al cuarto siempre que apretasen las añoranzas. Como en mi cuarto había dulces, las añoranzas se multiplicaban de modo exorbitante; hasta que al cabo de dos semanas, como le vi ya jugar y trastear con los demás, al entrar en mi cuarto como de costumbre, le agarré por una oreja y le dije:

—Anda, pillín; que a mí no me la pegas tú; a correr, y no vuelvas a merodear por aquí sin que yo te llame.

Esto se lo dije por medio del veterano que me servía de intérprete. A los pocos días se me volvió a poner a tiro para

decirme que le gustaba la escuela y que ya sabía contar hasta catorce.

CAPÍTULO IX

PERIPECIAS DE CUARESMA

1. Hacia Alarnak. — 2. Cuatro días de labor. — 3. Kwigut y Emanok. — 4. El trineo, la nieve y los perros. — 5. El ajedrecista, cazador de nutrias. — 6. Los propietarios de renos. — 7. Ante el Consejo de Administración. — 8. Entre las dunas de nieve: muerte de un perro. — 9. Buitrones y apostolado.

En Alaska, como en todas partes, al llegar la Cuaresma se piensa en intensificar los ministerios apostólicos. La Cuaresma es el mejor tiempo para viajar en Alaska. Entonces los ríos tienen una capa de hielo de un metro de grosor, y la tundra nevada está surcada de sendas o rastros, por los que se deslizan los trineos sin cabecear cosa notable.

Dejando a un lado el resto de los viajes que hicimos durante la Cuaresma de este año, voy a concretarme al que hice al Norte del distrito, apenas impusimos la ceniza en nuestra escuela de Akulurak.

A 3 Km. del Estrecho de Bering, en la desembocadura del Yukón, hay una aldea que llaman Alarnak, habitada por unas cincuenta personas, que se albergan en nueve casucas de madera. Nueve casas y cincuenta personas constituyen aquí una metrópoli; por eso los misioneros edificaron allí una capilla.

Un buen hombre de Alarnak se ofreció a llevarme a su aldea si le daba unas medicinas para los ojos y para el reuma. El Hermano enfermero le atendió en lo referente a las medicinas (que damos de balde a todo el que las necesite) y luego nos pusimos de acuerdo en lo referente al viaje. Sus cinco perros estaban tan raquíticos y con una pelambre tan sarnosa que le propuse enganchar delante de ellos cinco de mis cachorros.

Yo estaría en Alarnak cuatro días, al cabo de los cuales mi guía —Baltasar— se presentaría allí con nueve perros veteranos y

provisiones en el trineo para cinco días. Aprobado este plan, alineamos diez perros en el trineo y salimos para Alarnak con una brisa que mortificaba mucho la piel. Ríos, lagos, fajas de tundra..., todo pasaba veloz bajo las barras del trineo que, por ser muy pequeño, iba atestado de bultos y ropas, sobre las cuales descansábamos por turno, pues uno tiene que ir siempre detrás sujetando las manillas, guiando y azuzando a los perros. Cuando se quiere virar hacia la izquierda se grita: *¡Chi!* Si se quiere torcer a la derecha se dice: *¡Joa!* El perro delantero tiene tan bien asociadas estas voces a sus respectivas direcciones que tuerce sin vacilar, seguido gregariamente por la traílla que él preside.

Llegamos al Yukón al ponerse el sol, es decir, a las tres de la tarde. Nos quedaba una hora río arriba.

El viento persistente iba formando verdaderas dunas de nieve y, como nos era contrario, nos cegaba, de suerte que apenas podíamos abrir los ojos. Al mirar para atrás se veía toda la superficie en movimiento, pues el viento levantaba una polvareda de nieve, que lo llenaba todo de novedad y poesía. Al llegar a Alarnak até los perros a los arbustos, que rodeaban la capilla, y tomé posesión de ésta, en un anochecer frío y borrascoso, que no olvidaré jamás.

El hombre que me llevó, se fue a su casa, y yo quedé solo en aquella caseta que, por tener un altar con velas, se llama capilla. En una esquina tiene una cocinilla que calienta el recinto, y en la esquina opuesta tiene un pesebre alargado con unas mantas que le dicen a uno que aquello es la cama del misionero; mucho más cómoda sin duda que el pesebre del portal de Belén. En el centro hay unos ocho bancos y enfrente se alza un altar decentito. Esa es la capilla de Alarnak.

2. Después de guisar un par de chuletas de reno, más la consabida taza de café con pan y queso, tomé la linterna y salí a visitar a los feligreses. Varios habían estado en Akulurak y sabían inglés; pero la mayoría no hablaba más que la lengua indígena.

Hallé que había dos criaturas por bautizar y convenimos en dejar los bautizos para el día siguiente. Todos mostraron placer de verme y, al toque de un esquilón, que hace de campana, salieron de sus escondrijos y llenaron materialmente la capilla.

Un joven, que había estado seis años en nuestra escuela, hizo de intérprete y escucharon por espacio de una hora cosas buenas sobre Dios Nuestro Señor. Luego, mientras rezaban el Rosario, se venían a confesar con las manos cruzadas delante del pecho, rezando al fin el Señor mío Jesucristo con un acento tristón, salido de lo más íntimo de su ser.

Al quedarme de nuevo solo en la capilla, pedí a Dios un sinnúmero de favores para los paganos en general y para Alarnak en particular. El silencio de la noche y el aislamiento de la capilla, enclavada en un bosquecillo de arbustos, invitaban a la oración y se ensanchaba el alma al verse sola con su Dios, sin ruidos, sin prisas, sin testigos importunos que fomentasen el respeto humano. Por desgracia, el cansancio del día influye demasiado en la parte superior. El espíritu está pronto, pero la carne es flaca. Con ojos soñolientos y miembros fatigados, el espíritu camina con muletas lamentándose de "esta cárcel y estos hierros en que el alma está metida".

Bien envuelto en mantas tresdobladas dormí pacíficamente hasta el amanecer. Miré el reloj, pero estaba parado. Miré el termómetro y vi que marcaba 32° centígrados bajo cero. Evidentemente, los engranajes del reloj se habían contraído con el frío, y el reloj se paró. Al querer salir de las mantas empecé a tiritar de modo alarmante, y, mientras encendía el fuego, creí que me iba a convertir en carámbano. Las paredes de la capilla son simples tablas clavadas, por las que se cuela el frío sin obstáculos de ningún género.

Al empezar a chisporrotear la estufa, fui recobrando vigor y vida, y pude acercarme a los cristales a ver cómo dormían los perros. Cada uno había escarbado su agujero y allí estaban enroscados como anguilas. Tenían el lomo cubierto de nieve. Debajo de ellos la nieve se había derretido y congelado, y dormían sobre el pavimento de hielo duro como el acero. Gracias a la sangre lobuna, que circula por sus venas, pueden estos perros soportar tamañas asperezas.

Cuando la capilla estaba en buen orden toqué el esquilón desde la puerta. Poco a poco iban llegando los vecinos envueltos en pieles con una chiquillería que lo llenaba todo de gritos y lloriqueos. Durante la. Misa tuvimos otra instrucción, y luego se acerca-

ron todos a la sagrada Comunión con mucho fervor y compostura. Al final entonamos unos motetes, y me volvieron a dejar solo.

Por desgracia o por fortuna, no me dejaron solo mucho tiempo. Cuando tenía ya el desayuno preparado en un banco, entraron cerca de una docena de rapazas, todas menores de siete años. Sentadas todas enfrente de mí, seguían con ojos avizores todos los movimientos de la cuchara desde mi plato a la boca y viceversa. Si las miraba yo, se encogían de hombros y escondían el rostro como podían. Aunque estaban regordetas y bien vestidas, me dio una compasión inmensa de aquellas criaturas y les herví dos litros de café con azúcar y leche condensada que debía ser para mí. Lo bebieron todo, y, cuando vieron que no les hervía más, salieron a toda prisa y desaparecieron sin decir gracias o cosa por el estilo.

A los cinco minutos volvieron con todos los niños y niñas del lugar. Entraron todos sin llamar y se sentaron donde les pareció bien, sin pedir permiso para nada. Es decir, que me habían tomado por uno de los suyos, y mi casa por una de tantas; pues en Alaska se entra en casa del vecino sin llamar, se come lo que se pesca, sin pedir permiso ni decir gracias, y se sale cuando a uno le viene bien, sin decir *adiós*.

Luego me trajeron dos niñas para que las bautizase. Tenían ya nombre indígena; el nombre cristiano sería el que yo les pusiese. Sin vacilar un momento les puse los nombres de mi madre y de mi abuela, y procedí a bautizarlas con la mayor solemnidad que pude desplegar. Las aguas bautismales le anegan a uno en gozo y satisfacción.

Un bautismo, aquí, en la tundra, se me antoja a mí un refresco que Dios le tiene a uno preparado después de un viaje penoso por tormentas de nieve.

Tres meses más tarde me enteré de que la que llevó el nombre de mi madre se había muerto.

—Vaya, me dije, un alma más que rogará incesantemente por mí en el cielo hasta que a mí me llegue el turno. Un alma más que está en el cielo dando gloria positiva a Dios, porque Dios quiso escogerme a mí para que yo la bautizase.

Estos consuelos no los gustan los mundanos. Los tiene reservados Dios para sus misioneros. El que quiera hacer la prueba que se haga misionero,

Por la noche vinieron de nuevo todos a la capilla. Después de rezar el Rosario, como era viernes de Cuaresma, hicimos el Viacrucis. Después de las consideraciones acostumbradas en cada una de las estaciones, les expuse, lo más claramente que pude, el significado y alcance de la Redención. Todos escuchaban muy atentos y propusieron para adelante mirar con más frecuencia al Crucifijo. Cuando salieron me volví a quedar solo, sudando por el calor de la estufa, la aglomeración de gente y la charla de más de una hora.

Pasados así cuatro días con pláticas durante la Misa y al anochecer, se presentó en Alarnak Baltasar con nueve perros. Quiero hacer aquí una confesión humilde sin comentarios. Allá los psicólogos sabrán comentarla. Al ver los perros de Akulurak a la puerta de la capilla, me entró una alegría desusada. Hasta entonces había estado solo entre extraños; ahora, con los perros y Baltasar, me creí en el seno de la familia, y me hormigueaba por todo el cuerpo una satisfacción que se desbordaba en risas frescas y rejuvenecedoras. Guisé chuletas de reno, más habas con trocitos de salmón, café, pan con mantequilla, y serví a Baltasar como si él fuera un rey y yo su mayordomo.

3. Cargamos luego las provisiones en el trineo, alineamos catorce perros y a buen galope tomamos la senda que lleva a Kwiguk. Llegamos al ponerse el sol y entonces pude ver que el Kwiguk de hoy no es ni sombra del que fue. Hubo allí hace años una pesquera famosa, en la que embalaban miles de cajas de salmón, Afluían pescadores de todo el contorno, y, para atenderlos en lo espiritual, levantaron nuestros misioneros una iglesia muy mona.

Hoy Kwiguk es esto: tres chozas de indígenas, una de un mestizo y el almacén de la Compañía Comercial del Norte, adonde vienen a trocar sus mercancías los esquimales de los alrededores. Sin desenganchar los perros, tomé un intérprete, que me esperaba en el almacén, y salimos para Emanok, a media hora de Kwiguk.

En Emanok se alzan unas ocho casas de reciente construcción, relativamente capaces, pero de un olor a pescado podrido

que apestan. Sus habitantes han venido de diferentes puntos y están en una ignorancia lamentable. Mujeres casadas que no han hecho la primera comunión. Todos estaban bautizados. Los adultos pudieran apellidarse "cristianos paganos". Les hablé a todos sobre Dios Nuestro Señor, y luego oí siete confesiones de personas que ya habían comulgado otras veces. Les prometí decirles allí la Misa al día siguiente, y volvimos a Kwiguk.

Como siempre, la primera operación es poner a los perros a buen recaudo. La nieve estaba tan profunda junto a los arbustos, que cavé una verdadera sepultura para cada perro. Estos, después de devorar un par de salmones cada uno, se tendieron en sus hoyos, agradecidísimos, pues arriba corría un viento casi huracanado que barría la superficie.

Detrás de la iglesia hay una habitación, con estufa para cocinar y una cama como la de Alarnak. Cenamos Baltasar y yo en amigable compañía y nos acostamos sin más. Estábamos tan rendidos, que no teníamos fuerzas ni para hablar. Las tablas de la cama me supieron a muelles de cama regia, y las mantas groseras a delgadísimas holandas.

No despertamos hasta las siete. Los relojes estaban parados y el termómetro marcaba 35° centígrados bajo cero. Los cristales tenían adherida una costra de escarcha tan espesa que, para mirar por ellos, era menester agujerear la escarcha como se barrena un tablón. Salimos para Emanok.

No creo que haya sufrido en los días de mi vida lo que sufrí en los tres cuartos de hora que empleamos en llegar a Emanok. Aún no había salido el sol y teníamos que habérnoslas con un viento contrario impetuosísimo, que nos cegaba y contrarrestaba todo el esfuerzo de los perros. Más de una vez creí que nos iba a barrer para atrás.

A los diez minutos, el frío se nos metió hasta los huesos sin reparar en pieles ni ropas de ningún género, y tiritábamos al par que corríamos para no aterimos. No teníamos al descubierto más que los ojos y los pómulos. Estos estaban tan insensibles, que creí se me habían helado, y estuve a punto de empezar a despellejarlos frotándolos con nieve. El viento gemía y bramaba a la vez, y levantaba verdaderos montículos de nieve en la superficie helada del río.

Los perros luchaban con bravura, y lograron recorrer en tres cuartos de hora el trayecto que en un día sereno se hace fácilmente en veinte minutos. Entonces es cuando se aprecia el valor de los perros en Alaska.

Al llegar a Emanok, apenas entré en la casa donde iba a decir Misa, recibí tal sacudida en todo el cuerpo que tuve que agarrarme a una viga del techo para no venir a tierra. El contraste entre aquel horno y el exterior era demasiado para un organismo como el mío, desacostumbrado a estas novedades. Siguió luego un cosquilleo molesto, como si le picasen a uno con agujas en todo el cuerpo, y, cuando renació la calma y la choza estaba llena de gente, dije la Misa en una mesuca que me llegaba un poco más arriba de la rodilla.

Al elevar el cáliz olvidé que estaba en una choza, y toqué el techo. Por fortuna no cayeron telarañas ni otras suciedades, cosa que atribuí a verdadero milagro, pues el techo estaba asquerosísimo. Los que oían Misa seguían las ceremonias como quien ve por primera vez un fenómeno raro. Les prometí volver a visitarles al día siguiente y decirles otra Misa, y salimos para Kwigemeut, a cinco horas de distancia.

4. El viento había amainado un poco y empezaba a verse el disco del sol en el horizonte; un sol endeble, sin luz ni calor, que se pondría dentro de unas horas para no volver a salir hasta las diez de la mañana siguiente. De Emanok a Kwigemeut hay un atajo por selvas y matorrales que acorta mucho la distancia. Es un atajo cruzado por infinidad de sendas, a manera de encrucijadas, que ponen a prueba la pericia del guía más experto. Baltasar se enteró de todo hasta el último detalle y nos lanzamos por el atajo a buena marcha.

Muy pronto nos vimos en unos bosques cargados de nieve por los que retorcía una senda, no muy frecuentada por desgracia. Hubo rincones tan pintorescos, que estuve a punto de hacer alto y sacar una foto. Hubiérase visto en ella a los perros subiendo un cerro, hundidos en la nieve hasta los lomos, con arbustos inclinados por el peso de la nieve que los agobiaba, y al guía sujetando un trineo entornado y casi sepultado en la nieve: pero me pareció todo una farsa y opté por seguir adelante. Mientras más artística y llamativa sea la fotografía, más penalidades implican, y más jadear

y más dejarle a uno exhausto de las pocas fuerzas que quedan de reserva. Me pareció engañar al público que viese la tal foto. Muchos creerían que esto es idílico... y no lo es.

La senda estaba suficientemente dura para que el trineo rodase por ella mejor o peor. Si se salía de ella un centímetro, el trineo se hundía y los perros se paraban; al agarrar los barrotes del vehículo para ayudar a los canes, se hundía uno infaliblemente hasta la cintura.

Al forcejear para salir del atolladero, se hundía uno más y había que arrastrarse y salir a gatas. A veces los perros hacían un supremo esfuerzo, y arrastraban trineo y guías y todo lo que hubiera detrás; pero como uno está hundido, se corre mucho peligro de salir arrastrado con las piernas quebradas. Entonces se convence uno de que Dios vela sobre el misionero con una providencia muy amorosa. Llevé cien golpazos y un sinnúmero de retortijones, pero ninguno llegó a cosa mayor. El guía con toda su experiencia salió cojeando, aunque tampoco fue cosa seria.

Pero no es el trineo lo que más pone a prueba la paciencia. Como los perros en esos casos hacen bastante con arrastrar el artefacto, tiene uno que seguirlos detrás y al trote. Ahora bien, como la nieve del rastro no está endurecida, al pisar se hunde uno un poco, algo así como cuando corre uno por los arenales de los ríos. A la media hora de estos trotes las rodillas reciben tal castigo, que se enfurruñan como niños mimados y rehúsan dar un paso más. Pero está uno a medio camino y hay que seguir; y si se sienta uno en el trineo, los perros vuelven la cabeza y le miran a uno con ojos tristones como diciendo:

—Bájate de ahí, que nos revientas.

Estas miradas de los perros en campo raso dicen más que un diccionario.

Al cabo de dos horas de marcha penosa llegamos a una llanura sin objeto alguno visible en el horizonte. Creí que nos habíamos extraviado y que estábamos en el océano; pero Baltasar me aseguró que no, que se trataba de una laguna famosa por su extensión.

Cuando me vi en lo que yo creía ser alta mar, sin más seres que el cielo, los perros y la llanura, volví a preguntar si en efecto

era aquello una laguna. Ante las protestas afirmativas de Baltasar me satisfice y decidí aprovechar la ocasión para rezar con sosiego y sin preocupación alguna.

No había apenas viento o por milagro o como fuese, y el sol había desgarrado las nubes y vestido la nieve de una blancura peregrina. Los perros caminaban a buen paso. Di, pues, las manillas a Baltasar y yo me acosté en el trineo, bien envuelto en pieles y con la mirada en el firmamento. ¡Qué ratos tan hermosos y cómo paga Dios con creces las penalidades que uno se esfuerza por ofrecerle!

Los perros trotan, el trineo se desliza como los patines por los hielos del Guadarrama, las pieles abrigan el cuerpo, la conciencia está tranquila y el alma está en condiciones inmejorables para comunicarse con Dios, su Creador y Señor. No hay a mano un Sagrario, es cierto, pero cree uno ver a toda la naturaleza convertida en sagrario de la divinidad. Dios está cerca; allí junto al trineo; mejor aún: va dentro del alma, y este pensamiento suple la falta de un Sagrario donde pueda uno recrearse con el Señor a diversos tiempos durante el día.

5. Al atardecer se divisó una línea negruzca en el horizonte. A medida que caminábamos íbamos reparando en perfiles, en los perfiles de los arbustos, de entre los cuales salía una columna de humo.

—Allí está Kwigemeut —me dijo Baltasar.

Media hora más y llegábamos a la villa. ¡Pobre villa! Kwigemeut tiene una casa. A veinte pasos de la casa hay una perrera. Detrás de la perrera —clavadas a los arbustos— hay una docena de sepulturas o cajas repletas de esqueletos. Antes hubo allí una aldea muy poblada, pero la peste de 1919 diezmó la población y ésta abandonó el lugar y se desparramó lo más lejos que pudo.

Sólo un blanco, escandinavo de nación, tuvo fuerza de voluntad para quedarse. Creyó que aquellos contornos no tenían igual en punto a zorras y nutrias, y se quedó cazando y enviando pieles a los Estados Unidos. Como no le iba del todo mal, no tuvo dificultad en obtener el sí de una joven indígena con la que se casó y con la que vive feliz, a pesar de que ella es católica y él es

luterano de nacimiento. Todos los hijos han sido bautizados por el misionero católico.

A mí me recibió con un conejo asado y una taza de café humeante, cuya sola vista me llenó de vida y buen humor. Todos allí hablan inglés. Para mejorar aún la situación llegó el cartero con su esposa, él blanco y ella mestiza; ambos católicos. Pernoctaríamos allí y a la mañanita siguiente reanudaríamos la marcha.

Quedaban aún cuatro horas para cenar, y el cartero propuso jugar al ajedrez. Lleva jugando nada menos que treinta y cinco años, con un promedio de quince juegos diarios, y en la bolsa de las cartas lleva siempre un ajedrez plegable para matar las horas, cuando se ve aprisionado por el temporal en las estaciones de parada. Como ya era jugador famoso antes de que yo naciera, propuse que él jugara sin reina o por lo menos sin una torre. A todo se negó y no hubo más remedio que echar manos a la obra, saliera lo que saliese. Cuando la cena estaba sobre la mesa habíamos jugado once juegos con sólo tres a mi favor.

Terminada la cena, rezamos el Rosario y luego hablé hasta que me cansé sobre Jesucristo, la Iglesia, los Sacramentos y el cielo. Hacía dos años que no había pasado por allí misionero alguno. Los seis adultos que me escuchaban oían aquellas verdades con tal placer que me urgían a continuar, pero el cansancio me dominaba y ya habían oído lo principal.

A continuación se confesaron todos, menos el escandinavo, y luego procedimos a bautizar a un niño de dos meses, más guapo que el lucero de la mañana. Se le puso por nombre Jorge —como su abuelo allá en Noruega—. El padre afirmó que la religión católica parece muy conforme a la razón y que él ve con gusto que sus hijos y mujer recen el Rosario todas las noches; porque —son sus palabras— el rezar no puede acarrear más que bienes.

Para mí el día había terminado. Tendimos luego en el suelo nuestros sacos de dormir, y nos acostamos para no despertar hasta las siete. En una mesa, junto a la ventana, preparé lo necesario para celebrar y dije con toda paz la Misa de San Patricio, patrono de Irlanda, en la que comulgaron devotamente los asistentes. Después del desayuno enganchamos los perros al trineo y nos despedimos con muchos apretones de manos y frases muy efusivas.

Al volver a desandar el camino para Emanok me hacían fuerzas dos pensamientos: el de haber confesado a Dios en la aldea de una casa, y el tener que volver al ajetreo de hundimientos en la nieve con el consabido séquito de golpazos, cansancio y retortijones. Triunfó el primero, y triunfó de modo tan aplastante que tomé las manillas y no las dejé hasta después de mucho tiempo, cuando ya todo el cuerpo temblaba de cansancio como si tuviera cuartanas.

En Emanok reuní de nuevo en una choza a todo el vecindario y les hablé sobre Jesucristo, los Mandamientos y los Sacramentos, hasta que los niños de pecho no pudieron aguantar más y rompieron en unos lloriqueos tan rabiosos que hubo que hacer alto. Volvimos a nuestra casita de Kwiguk a dormir, y al amanecer salimos de nuevo para Emanok a decir Misa en la choza de las conferencias. Esta vez estaba sobre aviso y, al alzar el cáliz, no toqué el techo.

6. Como no podía detenerme más en aquella aldea, les prometí volver despacio lo más pronto que pudiese, y salimos para la dehesa, donde se apacientan los 3.000 renos del distrito. Iba a haber reunión de propietarios y convenía aprovechar la ocasión para hacer algún fruto espiritual. Además, yo debía representar al orfanatorio de Akulurak, que posee alrededor de 1.200.

Por llanuras de una soledad aplanadora, después de cinco horas de marcha, llegamos a las chozas de los pastores donde tendría lugar la reunión. Son dos chozas diminutas, con capacidad para unas seis personas cada una. Salieron varios esquimales a ayudarme a desenganchar, y me llevaron a una choza donde pude saludar a los que allí estaban apiñados. En la otra choza tampoco se cabía ya ¡y faltaban aún varios trineos!

A eso de las tres de la tarde llegó una fracción del rebaño: unos 1.300 renos, que vaheaban como calderas en ebullición. Acorralados en un valle sin salida, tres pastores más diestros se internaron con el rifle, y en media hora dejaron tendidos en la nieve treinta machos, que tuvimos que acarrear en trineos arrastrados a puño, pues los perros hubieran dispersado el rebaño con sus ladridos y embestidas feroces.

Todos los brazos eran allí necesarios. Aunque a mí me querían dispensar de aquel trabajo, no acepté la dispensa y tiré de la soga lo mejor que pude. Luego comenzó el desuello, y también

aquí tuve que agarrar de la pata y tirar de la piel como los demás. Una vez desollados y abiertos en canal, los colgamos de los árboles y nos retiramos a tomar la bien merecida cena.

Corría una brisa mortal, con el termómetro a 30° bajo cero. Todos estábamos cubiertos con pieles sin dejar al descubierto más que los ojos y las manos, pues es muy difícil desollar con guantes, y además el interior de los renos estaba tan caliente que mi pensamiento voló a los días de Napoleón, cuando los soldados franceses en Rusia mataban a los caballos para defenderse del frío en sus barrigas vacías.

7. Terminada la cena, nos reunimos todos en una de las chozas. Primero se ocupó el camastro y luego se ocupó el suelo de este modo: el que se sentaba junto a la pared abría las piernas y entre ellas se sentaba otro, y así sucesivamente, hasta que la choza quedó materialmente empedrada por los veintidós esquimales allí reunidos.

Yo me senté en un cajón, y desde aquella cátedra pronuncié un discurso del que casi me entró vanidad. Les recordé las obligaciones del cristiano y el premio eterno que aguarda al que las cumple. Les animé a cumplirlas por amor de Jesucristo que tanto había hecho y hace por cada uno de nosotros. Les refresqué las ideas sobre la confesión y comunión y con eso iba a terminar; pero querían que continuase y continué aconsejándoles a levantar el corazón a Dios cuando viajan por estas soledades, y les propuse jaculatorias y expresiones fervorosas que podían dirigir a Dios, Su Padre, que les quiere y les provee de todo: de renos, de focas, de liebres, de salmón, de peces negros, de *tármigans*, de patos..., de todo.

Los pobres esquimales oían esto sin pestañear y se alegraban de que, al fin y al cabo, les fuera cosa fácil entrar en el cielo. Siguieron el Rosario y las confesiones de rúbrica, y volvimos a empedrar la choza de cuerpos humanos. Ahora iba a tener lugar la reunión para la cual nos habíamos congregado viniendo de diversos puntos del distrito.

Es el caso que cada dueño tiene marca distinta para sus renos dentro del gran rebaño. ¿No sería mejor marcar a todo el rebaño con una sola marca? En adelante a cada dueño les tocarían renos en proporción a las hembras que tuviese hoy, y a las que

naciesen con el tiempo, descontando siempre a las que el dueño matase. Todo ello, es decir, los números proporcionales, se sumarían y restarían escrupulosamente en Akulurak, donde el Padre sabe sumar y restar con lápiz y papel.

Tomó la palabra Pepe Afkan, el más inteligente del grupo, y en razonamiento de diez minutos expuso su parecer en favor de una sola marca. Cuando terminó de hablar hubo silencio por espacio de un minuto y tomó la palabra otro esquimal. Mientras hablaba, muy despacio y con mucho aplomo, los demás escuchaban fumando la pipa.

Uno tras otro todos echaron su cuarto a espadas, aduciendo razones en pro y en contra. Jamás se interrumpieron uno a otro, ni hubo discusiones acaloradas, ni menos altercados.

Yo estaba entre ellos como ave en corral ajeno. Todos ellos eran esquimales de pura sangre y las dos terceras partes no sabían ni una palabra de inglés. Yo, español, no les había visto jamás, excepción hecha de los representantes de Akulurak, uno de los cuales me sirvió de intérprete.

Pero yo era el *Padre* y esto bastaba para que me tratasen con toda consideración y respeto. Recuerdo que al contemplar aquel mitin tan comedido y patriarcal pensé en los mítines de los socialistas españoles, de los que salía la gente con la cara renegrida o la cabeza rota, en medio de una tormenta de voces saturadas de vivas y mueras; y me pregunté si sería exacto decir que yo estaba aquí en Alaska entre infieles, o si no sería más exacto afirmar que, huyendo de infieles, vine a descansar aquí entre fieles. Sea como fuere, lo cierto es que a eso de las once de la noche se decidió por mayoría —casi por unanimidad— no tener más que una marca.

Mientras encendían la última pipa, yo salí y me acurruqué en el saco de dormir en un rincón de la otra choza. El cansancio era tal que, apenas toqué las pieles con la cabeza, me perdí en las sombras del otro mundo. Lo primero que vi al día siguiente fue el bigote de Simón junto a mis narices. Al echar una mirada al reloj, que marcaba las siete y media, pude observar cómo todo el suelo estaba cubierto de durmientes casi tan apretados como los ladrillos de un tabique. Tal vez alguno roncó a voz en cuello, tal vez los piojos se divirtieron conmigo, tal vez..., qué sé yo; dormí tan profundamente que no me di cuenta de nada.

Una vez levantados, salimos afuera y nos frotamos la cara con nieve. La temperatura había bajado durante la noche a 40° centígrados bajo cero. Dentro de la choza se estaba bien; afuera no se podía ni respirar.

Durante la misa el grupo de Akulurak cantó unos motetes en lengua indígena, y a mí se me ensanchó el corazón al dar la sagrada Comunión a aquellos esquimales honrados, que la recibían con los ojos bajos y las manos cruzadas ante el pecho. Dios Nuestro Señor aguarda a esas ocasiones para alentar al misionero como El sabe hacerlo. No es extraño que un misionero santo como San Francisco Javier exclamase reventando de gozo:

—Basta, Señor, basta.

8. Después del desayuno comenzó el enganche de perros. Como éstos pasaban de un centenar, es fácil imaginar el ruido que producirían al aullar todos al mismo tiempo. Baltasar y yo colocamos en el trineo dos renos desollados más la impedimenta con que se viaja en los viajes largos, más nosotros dos, es decir, un cargamento de media tonelada.

Arrancaron los perros con la velocidad acostumbrada, pero pronto tuvieron que ceder. El viento, que se estaba levantando, nos barría la senda, y teníamos que caminar a tientas por unos atolladeros de nieve que daban verdadero pavor. El viento se fue convirtiendo en huracán, que nos azotaba de costado y levantaba montículos de nieve, que luego barría para volverlos a levantar en el próximo remolino. Los perros tiraban con bravura.

A las tres horas de caminata creí que nos había llegado la última hora y empecé a recogerme interiormente y a decir al Señor lo que le diría un cristiano condenado a muerte. El trineo cabeceaba por aquellas dunas, como barco que se balancea en el oleaje de una tempestad. Baltasar estaba serio como un cadáver y yo estaba transido de frío hasta el punto de que creí imposible reaccionar. Son momentos muy angustiosos y se necesita mucha calma y mucha entereza de ánimo.

Para colmo de desdichas, *Saxófono*, el perro más viejo, se rindió y se tiró al suelo sin fuerzas para levantarse. Le quité el arnés y allí quedó el pobre más muerto que vivo, aunque, haciendo un supremo esfuerzo, se levantó y nos siguió unos kilómetros tam-

baleándose, hasta, que, falto de fuerzas, se tendió y le perdimos de vista.

Este accidente vino a empeorar la situación. ¿Qué iba a ser de nosotros si los perros fallaban? Los miré a todos con una ternura desmesurada y me alentó verlos tirar con una terquedad muy consoladora. Hice promesa de darles ración doble si me llevaban a Akulurak sano y salvo, y les prometí caricias tan inauditas que ni los primogénitos de los reyes las hubieran soñado. Tal vez ellos se enteraron de todo por telepatía, pues me pareció verlos tirar con renovado vigor. La tormenta seguía bramando. Baltasar y yo habíamos terminado las pastillas de chocolate, y mirábamos de vez en cuando a los renos como diciendo:

—Si quedamos aquí, nos hartaremos de carne; ¿quién, pues, dijo miedo?

Poco antes de ponerse el sol divisamos el campanario de Akulurak. Después de horas y más horas de soledades deprimentes, medio perdidos en los torbellinos de la borrasca, el campanario de Akulurak fue para mí una amonestación amorosa del Señor que me decía:

—Hombre de poca fe, ¿por qué temías?

Pronto los perros olfatearon la perrera e intentaron correr, pero se tuvieron que contentar con apresurar el paso. Al llegar a casa se tendieron en la nieve y no se querían levantar ni para que les quitásemos los arneses. Di orden que se les pusiese en sus respectivos sitios, y entré apresuradamente en mi cuarto a descansar antes de cambiar de ropa.

Todo estaba como yo lo había dejado. Una vez afeitado y cambiado, me senté a charlar con el Padre Superior que deseaba saber cómo me había ido. Cuando más enfrascados estábamos en la charla vimos por la ventana un bulto, que se movía allá lejos, en la nieve. Requerí los prismáticos y vi al pobre *Saxófono* que venía cayendo y levantándose.

Llegó al anochecer y se tendió a la puerta con todas las características de estar a punto de expirar. Le dí pescado que no quiso ni probar. Le di agua y al meter en ella el hocico la llenó de espuma.

—Malo —me dije.

Tomé el rifle y con manos temblorosas disparé y lo maté. Antes de morir dejó escapar tres aullidos lastimeros que me traspasaron el corazón.

Aquella noche tardé mucho en dormirme, parte por el excesivo cansancio, parte por el convencimiento de que yo era el principal criminal diplomado. Los tres aullidos del perro moribundo resonaban en mi fantasía con ecos ininterrumpidos. *Saxófono* había servido ocho años en la Misión, y en sus buenos días había sido el perro más fuerte del tiro; y yo, extranjero recién llegado, le había mandado al otro barrio con una maldita bala del tamaño de la cabeza de un espárrago a flor de tierra. El puesto de *Saxófono* lo ocuparía un cachorro juguetón. Es la ley que rige el universo: lo viejo decae y desaparece para dejar sitio a lo nuevo que lo invade todo de modo arrollador.

9. Pasados tres días en pleno descanso, hice una escapadita en trineo con el fin de visitar los buitrones y examinar el estado en que se hallaban los perros. Me acompañaba el chico mayor de la escuela. Los buitrones dormían tendidos en la corriente bajo una capa de hiele que tuvimos que desmenuzar a martillazos. En cada buitrón rebullían millares de peces negros, y volvimos para casa con un cargamento de 200 kgr. Los perros estaban en muy buenas condiciones.

Al comunicárselo así al Padre Superior, comenzó a preparar el equipo para un viaje de una semana que hizo luego al Sur del distrito, visitando villorrios y administrando los Sacramentos donde fuere menester. Menos afortunado que yo, tuvo que dormir una noche al raso en unos cerros nevados, entre los cuales se perdió al ponerse el sol. Al amanecer vio con pasmo que la aldea distaba sólo medio kilómetro. Le pregunté si había dormido bien, y me respondió que había pasado la noche en una pesadilla enervadora, paseándose cargado de sueño y despertando tan pronto como se tendía en el hoyo.

Así evangelizamos el distrito. Salta a la vista que este modo de evangelizar deja mucho que desear; pero es el mejor que hemos descubierto hasta ahora.

Con cuarenta villorrios —de tres y cuatro chozas la mayoría—, apartados unos de otros por distancias fenomenales, ¿qué otra cosa se puede hacer? Con un promedio de tres visitas anuales a

cada aldea se logra en parte que nadie muera sin el bautismo, y que los adultos mueran con los Sacramentos relativamente recientes, y con instrucciones concernientes al acto de contrición y a los principales artículos de la fe.

Sin misiones, el distrito estaría envuelto en nubes espesas de supersticiones, hechicerías, ignorancia y paganismo. Gracias a los misioneros, el distrito es oficialmente católico, y se celebra la santa Misa en todo él, y se reciben con devoción los Sacramentos; es decir, que plantamos y regamos, confiados en que Dios ha de dar el incremento.

CAPÍTULO X

EL VERANO EN LAS RIBERAS DEL YUKON

1. El deshielo. — 2. La tragedia del salmón. — 3. La pesquera de la Misión. — 4. ¡Los mosquitos de Alaska! — 5. Mis cuatro cachorros. — 6. Las endrinas y el escorbuto. — 7. El apostolado en el verano,

Aunque suena a paradoja, los veteranos de Alaska boreal convienen en que todas las calamidades de dos inviernos reunidos son más tolerables que las de un solo verano, aunque éste no dura más que tres meses. La paradoja desaparece con sólo pasar un verano en la desembocadura del Yukón.

A mediados de Mayo, los días comienzan a alargarse desmesuradamente y el sol derrite la nieve de las llanuras, dejando al descubierto la espesa capa de hielo que cubre los ríos.

Se entabla luego un combate a muerte entre los rayos solares y el desnudo hielo. Por espacio de una semana las fuerzas de los dos atletas parecen equilibrarse, pero el hielo comienza pronto a perder terreno; primero en la superficie que se llena de oquedades y agujas agudísimas, y luego en el interior, que se resquebraja con hendiduras por las que brota a borbotones la aprisionada corriente.

Entonces comienza el espectáculo esperado con impaciencia por blancos e indígenas. La corriente impetuosa quiebra y arrastra moles de hielo que, al superponerse, vuelven a quebrarse con horrísono fragor. A veces se ve venir flotando un bloque de un kilómetro cuadrado de superficie. La corriente lo arrastra y lo pone limpiamente sobre una extensa superficie de hielo, que aún no ha quebrado.

Bloques inmensos y consecutivos se van empotrando y superponiendo hasta que la capa inferior cede, y aquella montaña de hielo se quiebra y hunde con el estruendo de una descarga de

artillería pesada. La corriente se detiene asustada y se echa luego por las orillas, cubriéndolo todo de inundaciones.

Esquimales octogenarios contemplan este deshielo con el embobamiento del que ve la mar por primera vez. El arrastre del hielo dura varios días. El estruendo de los choques se hace cada vez menor, hasta que no queda más que una especie de siseo ininterrumpido, el mejor arrullo para adormecerse uno pronto después de acostado.

Los últimos hielos flotantes van seguidos de *caravanas* de barcas abarrotadas de esquimales que se dirigen a las pesqueras. Son estas pesqueras campamentos de quitaipón, situados en lugares estratégicos, y en ellos pasan los esquimales los meses de Junio y Julio. Barquitos de vela, repletos de personas, arrastran dos o tres canoas, en las que arrufan y aúllan docenas de perros que hacinaron allí a puntapiés y latigazos. Llegados a la pesquera, instalan rápidamente las tiendas de lona, amarran los perros a sendas estacas y dan comienzo a la pesca del salmón.

En esta época del año los esquimales están macilentos, poco menos que muertos de hambre. La provisión del año anterior se les terminó en Febrero. Desde entonces hasta Junio han venido trampeando con pececillos atrapados bajo el hielo y con alguna que otra foca despachada en dos asentadas. Por eso ahora se les ve diligentes y excitados.

2. El salmón en Alaska es una prueba más de la veracidad de aquellas palabras del Señor en el Evangelio: "Si Dios viste de hermosura a los lirios de los valles y alimenta gratis a los pajarillos del aire, ¿se va a olvidar de vestiros y alimentaros a vosotros que sois sus hijos? (Mt. 6, 30).

Apenas se ven libres de hielo los ríos alaskanos, millones y millones de salmones, que rebullen en las profundidades de los mares tropicales, viran a una en dirección al Norte, y aletean afanosos buscando las desembocaduras de los ríos norteños, en que fueron incubados cuatro años ha. Van a desovar. Apenas entran en el agua dulce se termina para ellos todo alimento. No hay río ni riachuelo ni arroyo que no invadan a porfía. El Yukón da cabida a millones que suben por sus aguas saturadas de lodo pegajoso.

Toca la naturaleza conspira contra estos pobres salmones. En los vados de los riachuelos les esperan osos blancos y negros, que se divierten en darles zarpazos y en tirarlos a tierra, donde mueren coleando con bravura. Los que escapan de sus garras van a caer en las de águilas voraces, que se lanzan a la superficie del agua y suben con un pescado a la cima del monte próximo.

Vienen luego las redes de los pescadores, redes variadísimas, de agujeros grandes para los grandes, y de agujeros de tamaño escalonado para que no se escape ninguno. Los que logran esquivar las redes, corren el peligro de caer en las concavidades dilatadas de las famosas "ruedas", movidas por la corriente.

Si en su marcha río arriba les obstruye el paso una cascada, los salmones saltan, colean, caen, vuelven a saltar y arrastrarse por la roca hacia arriba, hasta que al cabo de dos o tres días, delgaduchos y cansados, se ven de nuevo en la corriente mansa donde se ocultan los lazos y trampas de todo género.

3. Aquí, a 20 Km. de la desembocadura del Yukón, tiene la Misión de Akulurak una pesquera modelo. Concurren a ella varias familias de los alrededores, y la pesquera se convierte en una verdadera aldea con tiendas alineadas, capilla, canoas sin fin y docenas de perros aulladores. Dos barcazas, capitaneadas por los Hermanos Coadjutores, van y vienen de la pesquera a la Casa-Misión y viceversa, con el consabido cargamento de salmones.

A los pocos días de funcionar la pesquera me llevó un Hermano a visitarla. Subiendo por el Akulurak, desembocamos en el Yukón, que marchaba majestuoso, como un mar sin orillas. De sus aguas salían continuamente a la superficie bloques gigantescos de hielo blanquísimo.

Extrañado ante aquella aparición y desaparición de hielos en pleno verano, pregunté la causa, y me fue respondido que no había tales hielos: eran ballenas blancas que seguían a los salmones, de los que se nutren bonitamente sin más trabajo que abrir la boca.

Pasamos cerca de algunas de ellas y hasta disparamos algunas balas, pero ninguna dio señales de haber sido herida de pronóstico reservado.

Atravesando el Yukón, llegamos a la orilla opuesta, donde la corriente hacía girar a una "rueda" que llevaba colocada veinticua-

tro horas. Estas ruedas tienen unas barrigas ahuecadas en las que caen los incautos salmones, que son luego impelidos a la plataforma flotante, a manera de cajón, donde se amontonan y mueren.

¡Qué espectáculo el de aquella rueda! Tendidos en la plataforma yacían centenares de salmones. Cada dos o tres vueltas venía un salmón reluciente que, al caer en la plataforma, lo alborotaba todo con unos coletazos descomunales. A veces venían dos o tres salmones juntos.

Con garfios a propósito cargamos la barcaza mientras uno contaba a gritos para evitar equívocos. El resultado de la cuenta fue 630 salmones argentinos y 37 *reyes*, en veinticuatro horas y una sola rueda. Los salmones *reyes* llevan este nombre por ser una como raza superior. Los hay de 60 libras. Los ordinarios varían entre 15 y 35 libras. Aparte de su corpulencia llevan en la cola unas pinzas negruzcas, que los delatan a simple vista. Los salmones argentinos carecen de esas pinzas y rara vez pesan arriba de 20 libras. Los ordinarios pesan de 8 a 15 libras.

Cuando se han pescado alrededor de 2.000, la barcaza va con ellos a la Casa-Misión, donde les esperan 45 huérfanas armadas de cuchillos. Primero descabezan el salmón; luego le abren y arrojan al agua las entrañas. Las hembras llevan huevos apiñados en forma de maíz: unos 4.000 huevos anaranjados de hermosura sin igual. Cortan luego desde el cuello hasta la cola, echan al agua las espinas y hacen cortes en la carne.

Así preparado el salmón, cuelga de palos horizontales y se orea y se seca por espacio de unos días. Cuando ya está en sazón, pasa a la llamada "casa del humo", donde se ahúman y curan como en Castilla la cecina.

Cuando las "ruedas" de la Misión nos han provisto de 25.000 salmones, se las prestamos a los esquimales vecinos, que se proveen con ellas para todo el invierno. Dije mal, pues aunque tienen ocasión de proveerse para todo el año, la pereza ingénita en ellos les obliga a cesar, cuando apenas tienen salmones para comer hasta la primavera. El salmón sube por el río desde primeros de Junio hasta mediados de Agosto. A fines de Junio la subida tiene lugar en bandadas increíbles; luego van disminuyendo notablemente.

4. La poesía de la pesca desaparece ante el trabajo ímprobo que trae consigo. El sol en Junio calienta como en Sevilla, y, mientras se descuartizan "reyes", se suda con un sudor arrancado a puro bochorno, saturado de humedad. El sol sale a las dos de la madrugada, y no se pone hasta después de la diez de la noche. A las doce de la noche he podido yo rezar el Breviario sin más molestias que las de los mosquitos.

¡Ah, los mosquitos! Ellos son la causa de que los veteranos de Alaska prefieran las calamidades de dos inviernos reunidas a las de un solo verano. El mosquito de Alaska merece una elegía que no se ha escrito aún. No sólo su grandor —que es inmenso— ni su número que supera con mucho al de las estrellas de los cielos, sino su voracidad es lo que los hace temibles y repulsivos. Un jeringazo certero... y ya están hinchados de sangre...

Para defendernos de sus trompas llevamos mosquiteros que cubren cabeza, cara y cuello. Delante de mi mosquitero los he visto revolotear furiosos y espesos como las abejas a mediodía ante la entrada de la colmena. Son temibles en la llanura; tampoco le permiten a uno bañarse en los lagos; pero donde hacen imposible la vida es en el bosque o entre los arbustos. Lo sé por experiencia.

Para proveerme de leña tomé doce huérfanos creciditos, y fui con ellos a un bosque cercano a nuestra pesquera, en las riberas del Yukón. En una tienda de lona extendimos doce pieles de reno que hacían de camas, y a mí me cupo en suerte una tijera rodeada de un mosquitero. En una mesita colocamos un gramófono portátil, y en cajones desvencijados metimos desordenadamente cajas y bultos que ocultaban patatas, fideos, sal, café, arroz y leche condensada,

Al levantarnos por la mañana era tal la cantidad de mosquitos en la tienda que, al aplaudir, se aplastaban docenas... centenares... tal vez millares. Dentro de mi mosquitero había una media docena de mosquitos perezosos.

Al tocarles con el dedo salía un chorrito de sangre, que me ponía de un humor fácil de imaginar. Para no escandalizar a los nenes que se desperezaban, me acogía al castellano y me vengaba del mosquito en estos o parecidos términos:

—¡Ladronazo, caíste! ¡anticlerical, ahora me las vas a pagar!, etcétera, etc.

Luego ahumábamos la tienda hasta que no quedaba un mosquito vivo. Empezaba la santa Misa en aquella atmósfera cargada de humo que anudaba la garganta y arrancaba lágrimas; la terminábamos sin humo y con los mosquitos colándose a toda prisa por el acordonado de la entrada.

El desayuno era al aire libre entre nubes de mosquitos. Cuando luego nos adentrábamos en el bosque hacha en mano, el sudor que nos bañaba y los mosquitos que zumbaban frente a los ojos alrededor del mosquitero, le hacían a uno suspirar por aquellos días invernales en que no hay mosquitos ni se suda, porque el termómetro marca 30º bajo cero. Los chicos, en espera de descanso, me repetían hasta la saciedad en inglés y en esquimal:

—Padre, hace mucho calor.

Desafiando a los mosquitos se bañaban tres veces al día en un banco de arena del Akulurak. Al atardecer íbamos a la Pesquera a charlar con los pescadores. Sentados a la orilla del Yukón nos entreteníamos con historias y cuentos de hadas hasta las nueve o las diez. Acostarse con el sol es desagradable. Tomábamos luego dos o tres *reyes* regordetes y nos los llevábamos para el desayuno y la comida del día siguiente.

Cuando caían *reyes* de 40 libras, los chicos se disputaban el honor de levantarlas ya con una mano, ya con las dos, conforme a su edad y musculatura. Son quince días de trabajo arduo; quince días en los que se cortan al pie de 5.000 árboles raquíticos; pero quince días deseados por la variedad que traen y por la libertad que se respira en aquellos bosques sin nombre, que no pertenecen a nadie, a lo largo de la ribera del Yukón, cruzado en todas direcciones por gasolineras y balsas repletas de salmones argentinos.

5. Para mayor distracción llevé los cuatro cachorros, que los lectores no conocen ni les interesa conocerlos, pero que son las delicias de la Misión de Akulurak. Mitad lobos, mitad perros de San Bernardo, estos cachorros son la envidia de cuantos esquimales pasan por la Casa-Misión No se han visto perros como ellos en estos contornos.

Cuando el Padre Superior de Alaska nos visitó, afirmó que pertenecían a una categoría de orden superior. No son perros a secas, son "los cuatro cachorros del P. Llorente", como vulgarmente se los llama. Nacieron la víspera de Navidad.

A los pocos días les empecé a dar de comer, y desde entonces, por espacio de siete meses, no he dejado pasar un día sin darles de comer con mi propia mano. Ellos me lo pagan siguiéndome a todas partes e ignorando a todo el que no sea yo.

Se llaman: *Musso*, *Selassie*, *Nerón* y *Lady*. El mejor es *Musso*. *Nerón* lleva ese nombre por lo inquieto y pendenciero. *Selassie* siempre pierde en las riñas. *Lady* es una hembra vivaracha, más lista que el hambre. Los cuatro me esperan fielmente a la puerta de la iglesia y me siguen hasta mi cuarto, si no les cierro la puerta.

Cuando me canso de escribir o de estudiar la lengua esquimal, abro la ventana (que está a medio metro del suelo) y doy un silbido. Los cuatro vienen a carrera tendida y, con las patas delanteras en el alféizar, se ponen a mis órdenes moviendo la cola. Si me arrimo un poco, estiran los cuellos y pelean por el honor de lamerme la cara. Naturalmente no se lo permito, cosa que les deja muy amoscados.

Al volver del bosque río abajo, camino de la Casa-Misión, *Musso* saltó al agua cuando nadie le vio. Eran las doce de la noche y todos dormitábamos en la barcaza que traía 2.000 salmones. Se me ocurrió echar un vistazo a los cachorros y noté que faltaba *Musso*. Se paró en seco y se deliberó sobre el caso. El resultado fue virar y empezar a desandar lo andado, aunque gastásemos en la búsqueda toda la noche.

Por fortuna le encontramos pronto. Tiritando y mojado hasta los huesos, nos esperaba en una orilla con los ojos más humildes que se pueden imaginar. El pobre nadó lo que pudo detrás de la barca; pero evidentemente se cansó y optó por salir a tierra. Cuando le vi de nuevo con sus tres hermanos en la barca, ordené que los vigilasen por turnos, no fuera a suceder que por un descuido se nos deshiciese esta cuarteta canina sin precedentes en la historia de la Misión.

6. En el mes de Julio la tundra reverdece y produce en cantidades increíbles un fruto semejante a las endrinas, pero sin pepi-

tas. Los indígenas se pasan días enteros recogiendo este fruto y llenando latas que consumen luego en amigable compañía. Cuando están muy maduras las exprimen y hacen una bebida que los pone muy alegres y locuaces. En nuestra escuela acaparamos verdaderos toneles para el invierno.

Al principio de la escuela no sabían los misioneros la virtud que contenían estas endrinas, y no se preocupaban de ellas. Se padecía una infección general de escorbuto, que no acertaban a combatir. Ahora, con la ración de endrinas, el escorbuto ha pasado a la historia y aquí se ha olvidado hasta su nombre.

En Agosto llueve incesantemente con una llovizna muy molesta que impide todo trabajo fuera de casa. Esa llovizna se convierte en lluvia formal todo el mes de Setiembre. Entonces todo está encharcado, y aun las partes más elevadas son verdaderos lodazales.

No se puede dar un paso sin botas de agua y sin impermeable, y la lluvia estropea cualquiera recreación, que se pudiera derivar de remar río abajo a la puesta del sol. Los mosquitos y la lluvia hacen del verano la estación mas fecunda en molestias y sufrimientos.

7. Tampoco se presta el verano para atender espiritualmente a los esquimales. Viven desperdigados en las riberas de los ríos atendiendo a las redes, cortando y ahumando salmones, durmiendo a cualquier hora por no haber noche propiamente dicha, siempre en movimiento, siempre diseminados.

Con todo, no desesperamos. Con el altar portátil en la gasolinera visitamos las pesqueras más concurridas y logramos que la inmensa mayoría reciba los Sacramentos y escuche una platiquita, que los levante un poco sobre los pensamientos materiales de redes y salmones. Algunas pesqueras están muy concurridas. Naturalmente abunda en ellas la embriaguez y se juega más de lo que se debiera. Si el misionero no da un vistazo de vez en cuando, el nivel moral de esas pesqueras baja hasta lo increíble, En cambio basta con que se les visite un par de veces para que el nivel se mantenga un tanto elevado,

No olvidaré aquella tarde en que visite a los pescadores del Akorpak. Reunidos unos veinte hombres y otras tantas mujeres,

mientras rezaban el Rosario y las oraciones de la noche, yo les confesaba en una caseta sentado en una madera, con otro madero al lado para que se arrodillasen junto a él los penitentes.

En Pastolik la afluencia era tal que, después de una explicación catequética de ocho a nueve de la noche, las confesiones no se interrumpieron hasta cerca de las doce. Quedan, sin embargo, muchas familias perdidas en esta red de ríos y riachuelos, que no tienen oportunidad de ver al misionero en todo el verano.

Cuando les visitamos en sus aldeas, a la entrada del invierno, nos enteramos de que murieron Fulano y Zutano, y tenernos que bautizar criaturas de medio año. Cuando se termina la pesca del salmón, en vez de gasolinera, usamos una barca muy capaz con cubierta y en ella visitamos los contornos del distrito para seguir a los cristianos lo más cerca posible.

El silencio de estos parajes se rompe con verdaderas salvas de escopeta, cuando en pleno río cruzan sobre la barca bandadas de patos, o cuando se los ve nadar y divertirse a la orilla. Por eso no llevamos carne en la barca: se presupone que cada media hora caerán un par de patos para agobio de la cazuela.

CAPÍTULO

KING ISLAND O UNA ISLA SINGULAR

1. Los leones sin uñas. — 2. Fervor entre hielos eternos. — 3. Un cuento de hadas. — 4. Narraciones de ancianos. — 5. Descripción de los kayaks. — 6. Esquimales edificantes.

Allá en la desembocadura del Estrecho de Bering, 80 Km. de la costa alaskana, se alza una gigantesca mole roqueña, bloqueada en el invierno por los hielos polares, y duramente batida en el verano por las olas cargadas de bloques de hielo flotante. Es la Isla del Rey o King Island, como la llaman los yanquis, tan estrecha que su anchura no pasa de 2 km, y tan corta que su largura escasamente llega a cuatro. No la encontraréis en los mapas ni habrá llegado a vuestros oídos la bravura de sus habitantes; pero, sea como fuere, lo cierto es que en aquel helado y yermo berrocal habita una colonia de 200 esquimales, cuya originalidad merece párrafo aparte.

Hasta el año 1903 ningún misionero había visitado la isla, por la sencilla razón de que ignoraban su existencia; pero en el verano de aquel año tuvo noticia de ella y sus habitantes el P. Belarmino Lafortune, S. J., canadiense de nación, y cuando se disponía a hacer averiguaciones sobre el caso, le allanó el camino la Providencia de la manera siguiente.

Mientras rezaba el Breviario delante de su casita de Nome, población alaskana en la costa del Estrecho, se le presentaron tres esquimales y le pidieron sin ceremonias que se fuese con ellos a su isla, donde vivían muchos compañeros suyos que le recibirían con amor, porque ya habían oído hablar de él y de las cosas buenas que predicaba. Vio el Padre en este mensaje la voluntad de Dios, y al día siguiente se embarcó con ellos en un diminuto esquife. Por el camino le dijeron cómo durante el verano iban y venían a

Nome a vender y cambiar sus mercancías, y, mientras esquivaban con destreza el choque con los hielos flotantes, le enteraban de su vida y costumbres en la solitaria isla.

Cuando el Padre vio con los ojos lo que no sabía más que de oídas, creyó que merecía la pena establecer allí una Misión, y en dos o tres viajes que hizo a Nome reunió los elementos necesarios para soportar una larga permanencia entre aquellos isleños.

Eran estos esquimales bravos en todo extremo, criados como estaban entre peligros sin cuento, y por sus venas corría sangre de libertad e independencia, de la que gozaban a sus anchas merced a la soledad y aislamiento en que vivían en su patria chica.

Allí no había playas. El acantilado lo formaban ingentes rocas cortadas a tajo, y en la cima de una de ellas se levantaban sus casuchas fabricadas toscamente con los maderos, que caritativamente las olas les traían.

Allí vio el Padre cómo, cuando más arreciaba la tormenta, cuando las olas rebotaban con más furia en los cimientos de las rocas, mandando la espuma hasta los astros y amenazando tragarse a los indefensos isleños, éstos, sentados en los picos más elevados, se burlaban de la furia de la tempestad, enseñando los dientes a las olas y entonando en son de triunfo canciones rústicas, cuyas melodías se perdían en el bramido de la tormenta y en el ronco chocar del hielo contra las peñas. Leones sin uñas los apellidó el Padre, pues dentro de aquella cáscara se encerraba un corazón que no sabía ni de crudeza ni de salvajismo.

2. Desde que puso el Padre los pies en la isla, todos a una se le ofrecieron para ayudarle en lo que fuese menester, y con las maderas que tenían de repuesto, levantaron sobre un cimiento de piedra la casa del misionero, tan firme y recia que aún se mantiene inconmovible después de treinta y tres años de servicio. En esta morada diminuta, sentado en un tosco madero, comenzó el Padre su labor evangelizadora. Como pronto el local resultase insuficiente, se procedió a la erección de un salón más amplio que pudiese cobijar a todos los habitantes. A este salón acudían mañana y tarde los esquimales; más aún, en él pasaban la mayor parte del día, entrando y saliendo como en casa propia.

Tan bien dispuestos estaban, que muy pronto los pudo bautizar el Padre a todos, excepción hecha de "tres o cuatro que, por justas razones, no son admitidos en la Iglesia" —nos dice el mismo Padre—. El salón se hizo capilla, donde oían Misa diariamente, recibiendo con frecuencia la sagrada Comunión; y como si esto fuese poco, se les enseñó a visitar entre día el Santísimo Sacramento, como pudieran hacerlo los novicios de una Orden religiosa.

El aspecto de la isla cambió radicalmente. Aquéllos que en su paganismo tenían la infidelidad conyugal por virtud, ya eran fieles monógamos; a las supersticiones ridículas sucedieron prácticas religiosas sólidas; en vez de cantares deshonestos se entonaban himnos a la Santísima Virgen y al Sagrado Corazón, y en las tablas descarnadas de las chozas se veían estampas y placas del Corazón de Jesús, indicadoras de que Cristo Rey había tomado posesión de la isla y fijado allí su morada.

El trabajo había sido duro. Todo un invierno de esfuerzos y penalidades sin cuento se había necesitado para entronizar a Jesucristo en aquellos corazones. Al fin Dios concedió la victoria al misionero, quien con su esfuerzo perseverante trocó la isla en adorable idilio.

El amor que cobraron al Padre, rayaba en adoración, y gracias a estas simpatías pudo nuestro misionero entretener con amenidad los ocios de estas noches de veinte horas, que por aquí reinan desde fines de Octubre hasta primeros de Marzo. Los ancianos en especial se disputaban el honor de hablar al misionero contándole fabulas y cuentos de hadas, que ellos en su sencillez creían a carga cerrada.

Las largas horas, que desde la niñez habían pasado reunidos en tantos inviernos contándose cuentos, habían contribuido a desarrollar notablemente la imaginación en todo género de maravillas extrañas y acontecimientos fantásticos.

3. Una noche le contaron uno, que le llamó poderosamente la atención. Eran cinco viejos y el Padre misionero. Estaban en la cocina de éste sentados al amor de la lumbre, y una charla íntima y patriarcal llenaba la estancia de paz y bienandanza. Afuera nevaba, pero nadie se acordaba de eso.

Estando, pues, aquellos buenos esquimales en la cocina departiendo con el Padre, tomó la palabra el más viejo y comenzó así:

—Mi abuelo oyó decir a su abuelo que por un pueblo de la ribera del Yukón, donde vivía un amigo suyo que se lo contó, pasaban dos ríos que nacían en unas montañas lejanas. Los habitantes pescaban solamente en el río de la derecha y por él únicamente navegaban. El río de la izquierda era un misterio. Se conservaba por tradición que ninguno de los que habían subido por sus aguas había vuelto, y el temor de correr igual suerte ahuyentaba en los pescadores el ansia natural que tenían de descifrar el enigma. Había en el pueblo dos hermanos huérfanos, que vivían con su abuelita, de diez años el menor y de quince el mayor, y un día, sin decir nada a su abuela, empuñaron los remos y dirigieron aguas arriba la barca por el río de la izquierda, con el fin de descubrir el paradero de sus antepasados. Cuando ya llevaban remando varias horas y el pueblo se había perdido de vista, le entró miedo al pequeño y propuso volver, pero el mayor se negó a ello y, sin dejarse conmover por las lágrimas de su hermanito, remaba y remaba sin descanso, hasta que al caer de la tarde, solos y abandonados, le entró a él miedo también. Decidieron volverse. Trataron de virar en redondo, pero ¡oh caso extraño!, la barca no retrocedía; soltaron los remos; mas la barca subía sola contra la corriente. Lloraron, gritaron, chillaron; todo inútil. Cuando ya la noche había cerrado, la barca se acercó a la orilla y se paró entre unos peñascos. Entonces vieron salir de entre las rocas a un gigante encorvado por el peso de los años, barba blanca y cabeza calva, y, alumbrándoles con un candil, les dijo:

—Venid, hijos míos, y no temáis; yo estoy aquí para orientar en la noche a los que por estas soledades navegan.

Saltaron los niños a tierra y el anciano les condujo a una profunda gruta, rústicamente amueblada y débilmente iluminada. Entrado que hubieron, el anciano levantó en peso una piedra enorme y con ella, a modo de puerta, cerró la entrada.

Dicho esto, sacó un descomunal cuchillo, lo afiló delante de los niños, que miraban aquello con ojos aterrados por el relumbrar de los filos, y cuando hubo terminado dijo al más pequeño:

—Qué ojos tan encantadores tienes, nene; te los voy a comer.

Y diciendo y haciendo levantó con la izquierda al niño, y con el cuchillo, que tenía en la derecha, le hizo cuartos. Tragaba el viejo y engullía aquellos tiernos miembros lavados en sangre, sin reparar en huesos mayores o menores, y, cuando lo hubo despachado todo, se tendió en el suelo para hacer la digestión y se quedó dormido. El hermano mayor que había presenciado tamaño crimen, y que supuso que a él le cabría la misma suerte de su hermano, sintió sed de libertad y de venganza, y tomando en sus temblorosas manos el cuchillo nefasto, de un tajo le cercenó el cuello al maldito viejo. Luego trató de empujar la piedra, pero como no pudiese ni menearla, comenzó a rozar con el cuchillo uno de los resquicios, hasta que logró abrir un razonable boquete por el que salió de aquel antro tenebroso y, como aún era de noche, se sentó sobre una piedra, esperando la llegada del alba. Cuando ésta lo iluminó todo con sus arreboles, vio el niño un elevado acervo de calaveras y cerca de 200 barcas que hacían escolta a la suya. Entonces lo comprendió todo. Saltó sobre su barca —que ahora bajaba con la velocidad del rayo y pronto dio cuenta a sus paisanos de lo sucedido. Desde aquel día las barcas se pasean despreocupadas por este río sin temores ni sobresaltos.

El Padre y los demás tertulianos oían aquella relación sin pestañear, pero con la diferencia de que el Padre no creía nada y ellos lo creían todo.

—No creáis eso, hijos —les decía el Padre—; son fábulas para entretener el tiempo.

—¿Cómo, fábulas? —le respondieron alarmados—; es verdad, Padre, esto es verdad.

4. —Como también es verdad lo que me pasó a mí un verano cuando yo era un mozo –añadió otro viejo de la tertulia —. Tenía yo entonces unos treinta años y estaba en el continente cerca de Nome. Salí con una escopeta de perdigón a cazar pájaros, cuando, al volver de un cerro, me encontré con un oso blanco tan grande como mi choza ¿Qué hacer? El perdigón para un oso es la carabina de Ambrosio, y mi rifle estaba en la choza a 2 km de allí. Por otra parte, la piel me pertenecía íntegra por estar yo solo. ¿Saben ustedes cómo me las arreglé? Pues de esta manera: disparé un cartucho a la cabeza de la bestia. Ella se enfureció de suerte que me persiguió al galope con la velocidad de una liebre.

Yo corría camino de mi choza. Cuando el oso estaba ya a pocos pasos de mis espaldas, dejé caer el gorro y el oso se paró medio minuto a deshacerlo con dientes y garras. Reanudó la carrera, y cuando estaba de nuevo a punto de pillarme le tiré los guantes, que le entretuvieron otro medio minuto. Yo corría ciego. El oso echó pronto tras mí con tizones por ojos y, cuando ya le oía yo jadear a pocos metros, tiré el chaquetón con el que se entretuvo cerca de dos minutos, lo suficiente para que yo llegase a los umbrales de mi choza. Entré, tomé el rifle, salí con el dedo en el gatillo, disparé las siete balas que le hicieron siete agujeros en el cráneo, y aquella noche dormí de un tirón ocho horas sobre aquella piel lanuda que luego cambié por comida para un mes.

—Muchas balas disparaste —contestó otro de los viejos—. Hará cosa de veinte años salí yo a cazar focas. Tuve mala suerte y volvía ya para casa sin focas, y con sólo una bala en el rifle. De pronto veo un bulto blanco que se movía torpemente. Me acerco cautelosamente y descubro el oso más guapo que jamás he visto. Una bala en el rifle. ¡Si tuviera dos al menos! Pero no, nada más que una. Y ¡qué piel aquella! Pues nada —me dije—, probemos fortuna con una bala, caiga el que caiga. Me acerqué con el fusil a la cara y di una voz. El oso se alzó sobre las patas de atrás, giró muy serio con las orejas tiesas y la boca entreabierta y me descubrió. ¡Cómo me latía el corazón mientras le veía acercárseme con aquella cara de satanás! Cuando estaba ya a unos veinte pies de distancia tiré a lo alto el morral. El oso se alzó a asirlo con las zarpas delanteras. Cuando le vi en tan buena posición, disparé la bala que le atravesó el corazón. Cayó redondo sin decir ¡guau!

Así se entretenía el misionero con sus isleños, y así se entretiene hoy como hace treinta años; pues en la Isla del Rey no se ha introducido innovación alguna, excepto la llevada a cabo por la predicación del Evangelio. Están los isleños tan aferrados a sus costumbres multiseculares que no han permitido la entrada en la isla a ningún agente del Gobierno. El único blanco es el P. Lafortune y ¡ay del que ose violarles la clausura!

5. La vida de estos isleños es por demás sencilla. Bien equipados con arpones y fusiles se meten en sus kayaks o embarcaciones del país y se internan mar adentro, donde pasan días y aun semanas a merced de las olas.

La hechura de los kayaks merece describirse. De cuatro metros de largo por medio metro de ancho, el kayak no tiene más abertura que un agujero en el que sólo cabe una persona. Con cuero remojado y sin sobar cubren un armazón simplicísimo. No clavan ni una punta. Cuando el cuero se seca, se contrae, y el kayak zumba como un tambor al menor golpecito. Está, todo él herméticamente cerrado, y no pesa más a cuatro kilos. En las olas se zarandea como la cáscara de una nuez, se abolla y hasta se doblega un poco, pero nunca se rompe. A lo largo de él va una tira de piel de una cuarta de anchura. Si las olas se embravecen, se suelta un extremo de la tira que flota a uno de los costados. Las olas se esfuerzan por rasgarla, y en su esfuerzo vano se deshacen sin comprometer al kayak.

Si la bravura de las olas llega a la categoría de una galerna en toda regla, el pescador esquimal no se asusta; todavía le quedan recursos. Al desollar las morsas obtienen una piel especial, sutil y resistente, por la que no pasa ni una molécula de aire. Con esta piel hacen una especie de zambombas que llenan de aire. Atadas a la parte superior del kayak, no hay galerna que logre hundir al artefacto.

Difícilmente se encontrará en el mundo una embarcación que responda tan bien a las necesidades de una raza primitiva en pleno siglo XX. En estos kayaks, y con arpones y fusiles, dan caza a focas de todos los matices, desde la foca común hasta los formidables leones marinos cuyos machos han llegado a pesar tres toneladas.

Ya de vuelta con esta preciosa carga, se entregan a la faena de sobar pieles y esculpir figuras en los descomunales colmillos de marfil, de los que hacen cruces, cuchillos y todo género de objetos.

Cuando en Junio desaparecen los hielos, cargan las embarcaciones con toda esa mercancía y se dirigen a Nome, donde hallan anclados buques rusos y norteamericanos. Allí efectúan un intercambio comercial y vuelven a su isla con cuchillos de acero, sartenes, utensilios domésticos de toda especie, ropa, frutas secas, conservas y dulces. Entonces la isla es visitada por millares de aves marinas, que van a poner los huevos entre las rocas, de donde pasan al estómago de los isleños. La caza es tan abundante que allí no se comen más que las pechugas.

6. Por lo que atañe a la religiosidad de estos esquimales el P. Lafortune nos cuenta casos de notable edificación. Misa diaria y Rosario diario no les basta; entre día visitan repetidas veces al Señor con fervor y devoción envidiables. Las leyes generales de la Iglesia sobre el ayuno y la abstinencia les parecen demasiado ligeras. Hay quien ha ayunado quince días arreo para recibir menos indignamente la sagrada Comunión en la Misa del Gallo. Son muchos los que se imponen la penitencia de subir en ayunas hasta los picos más elevados de la rocosa isla, y allí, arrodillados, pasan largos ratos en oración, para, imitar a Jesucristo que pasó cuarenta días de ayuno en oración antes de comenzar su vida pública.

A todos se aventaja el cacique de la isla en punto a religión. Un día en Nome llegó a la casa del Padre lleno de heridas y con la cara ensangrentada.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó el Padre.

—Me salieron unos ladrones —respondió— y después de herirme me robaron cuanto llevaba.

—¿Y por qué no te defendiste?

—Padre —añadió—, yo llevaba un cuchillo y pude haberme defendido fácilmente; pero no quise matarlos y mandarlos al infierno. Además, yo estaba mejor preparado que ellos para presentarme a Dios.

El P. Lafortune pasa con ellos el invierno en la isla y viene con ellos a Nome en el verano. Tiene en Nome una iglesia muy capaz, aparte de la capilla, donde se reúnen las pocas familias de blancos católicos. Los blancos rehúsan arrodillarse junto a los esquimales desaliñados y despeinados; por eso tienen capilla aparte. En Nome se pueden ver isleños en la iglesia a cualquiera hora del día que se entre en ella.

Con estos isleños ha pasado el P. Lafortune treinta y tres de los sesenta y siete años que lleva en este mundo. Treinta y tres inviernos, uno tras otro, sin tratar más que con esquimales rústicos e ignorantes es un sacrificio admirable que envidiarán las almas amantes de Jesucristo, que no se contentan con una mediocridad y aspiran a ser mejores. Y sin embargo de tantos inviernos, de tanta soledad, el Padre no ha perdido el buen humor que siempre le ha caracterizado.

—¿Es usted de ciudad? —pregunta infaliblemente a los nuevos misioneros, que pasan por Nome camino de un distrito desconocido.

Si la respuesta es afirmativa, el Padre mueve la cabeza y exhala un "¡hum!" mitad pesadumbre, mitad temor. En cambio, si la respuesta es: "Soy del pueblo", el Padre responde con un apretón de manos y replica complacido:

—Bravo; yo soy del pueblo también; hijo de labradores canadienses. Por eso tengo callos para envejecer entre los esquimales de la Isla del Rey.

CAPÍTULO XII

LA CORRESPONDENCIA EN ALASKA

1. ¡Llegó el correo! — 2. Tres géneros epistolares. — 3. Aluvión do noticias— 4. Los zapatitos del pobre Benito. — 5. La revolución comunista de España,

Todavía no ha llegado a mis manos un artículo que siempre he echado de menos. El título de ese artículo podría ser éste: "¿A qué se debe el que todos deseemos recibir carta?" Y sin duda que el articulista tendría que enumerar, entre otras razones, estas dos: a) Todos somos propensos a la vanidad y nos halaga que los demás se interesen por nosotros. Ahora bien, una carta implica eso: que una persona se interese por nosotros y piense en nosotros y dejando a un lado quehaceres, tal vez urgentes, ha dedicado cierto espacio de tiempo a comunicarse con nosotros. b) La curiosidad, que arruinó a Adán y Eva y a todo el género humano con ellos, no se ha amortiguado en el rodar de los siglos. En cada uno de nosotros vive y vegeta una curiosidad que anhela saberlo todo y enterarse de todo. Un sobre cerrado, con nuestro nombre allí estampado, es un acicate que espolea nuestra curiosidad ingenua de una manera feroz. ¿Quién escribirá? ¿Qué querrá? ¿Qué habrá pasado? Síguese, pues, que el deseo que todos tenemos de recibir carta se basa en estas dos razones humillantes: somos vanidosos y curiosos.

Si en todas partes se desea con ansia recibir una carta, ese deseo en Alaska se centuplica. Cuando, al cabo de un mes sin correo, llega el cartero con un fajo de cartas, la curiosidad y la vanidad del misionero no conocen límites. No es raro que entre las cartas llegue algún número del *ABC* o de *El Debate*. Al cabo de tres meses, esos periódicos tienen para mí toda la emoción y frescor del momento. Después de leerlos enteros página tras página, entro a saco por la sección de anuncios y me recreo leyendo

anuncios de este jaez: "Jaulas para canarios a 3 pesetas". "Corbatas de punto extrafinas, 7 pesetas". "Vendo una tartana". "Se desea una sirvienta", etc., etc. ¡Qué armoniosamente suenan estas palabras en el silencio de Alaska!

Durante los meses de invierno se da curso a la correspondencia en trineos y aeroplano. Los barcos, que atracan en los puertos del Sur, descargan toneladas y más toneladas de correspondencia. El trineo carga sólo 400 libras y otras tantas el aeroplano. Como antes de terminar la primera remesa llegan barcos con nuevo cargamento, las cartas que cayeron debajo en la primera remesa no verán luz del sol en varios meses. Entretanto los que firmaron esas cartas se maravillan que el misionero no responda. El misionero a su vez se asombra de que Fulano y Zutano le hayan echado en olvido tan descaradamente. No es raro recibir en Junio las felicitaciones de Navidad.

Pero, en fin de cuentas, tarde o temprano las cartas llegan a su destino. ¡Llegó el correo! Sentados los dos misioneros junto a una mesa, comienzan a rasgar sobres y a leer entre dientes. Sucesivamente unas cartas van al montón de la izquierda y otras al de la derecha. De vez en cuando se tiran al cesto los pedazos de una carta, que nos ha hecho reír a más y mejor.

2. Dice así la primera carta: "Muy reverendo Padre: Aunque no le conozco, me tomo la libertad de escribirle para que al contestarme me cuente muchas cosas de Alaska. Dígame cuántos habitantes hay por allí; qué costumbres tienen; cómo viven; qué comen; si es difícil la lengua; si es fácil convertirlos, etc. Dígame también cuántas escuelas hay, cuántos distritos con iglesia o capilla, cuántos catequistas, etc. Algo sobre la mentalidad de los esquimales y su psicología de la vida me vendría como agua de Mayo. Asimismo desearía me enviara sellos del país para una colección que empecé hace una semana y en la cual ya tengo 600 sellos diferentes. Finalmente, algunos objetos de esas tierras —si no le es muy molesto— me vendrían bien; así como fotos, muchas fotos de usted y de otros para que nos proporcionen ratos de recreo a mí y a mis amistades. Alaska tiene un no sé qué de hechizo mágico que seduce y cautiva. Mientras más me diga de Alaska, mejor."

Esta carta va al montón de la izquierda con otras diez del mismo estilo que la acompañan. Quiere decir que se contestarán o no,

según ande uno de tiempo y humor. Probablemente no se contestará ninguna. Con suscribirse al Siglo de las Misiones o a otra revista misional se entera uno de todo eso, sin que el pobre misionero tenga que volver a repetirlo diez veces al mes. Tampoco tiene Alaska sellos aparte. Tiene los sellos yanquis como las Baleares y las Canarias tienen los de España.

La segunda carta dice así: "Muy reverendo Padre: Me han hablado de usted y me apresuro a ponerle dos líneas de saludo y presentación. Dichoso usted que ha sido llamado y escogido para una empresa tan de la gloria de Dios como es la conversión de los gentiles. Bien está en usted hacer ese sacrificio. A mí en cambio me incumbe sacrificarme ayudándole en lo que pueda. Y como usted andará escaso de noticias, aquí le mando las que he podido recoger en la temporada. (Siguen dos páginas de noticias sabrosísimas, por las que desfilan España, el Vaticano y los acontecimientos más salientes del extranjero.) Por este correo le envío un paquetito con unas libras de chocolate. Le vendrá bien para cuando viaje en trineo. Nada de gracias. Lo que sí le pido es que me encomiende muy de veras a Dios en sus oraciones. Las 25 pesetas que le adjunto son para que diga una Misa pidiendo a Dios por un hijo mío, a quien han extraviado malas lecturas y compañías malsanas. Quiera el Señor acordarse de él y traérmelo al buen redil."

Esta carta va al montón de la derecha con una raya roja sobre el sobre. La raya significa que hay que contestarla inmediatamente, que hay que incluir en el sobre fotografías de la Misión y que hay que inscribir el nombre en la lista de bienhechores, por los cuales se elevan al cielo preces todos los días durante la santa Misa. Van también al montón de la derecha las cartas de los amigos que suelen venir pletóricas de noticias y a las que se procura contestar lo antes posible.

La tercera carta dice así: "¡Bravo por los misioneros de Alaska! ¡Quisiera besar el polvo, o mejor, la nieve de sus huellas: en tanta veneración los tengo! Me parece ver sus sienes circundadas por aureolas irisadas de gloria que envidiarán los ángeles. Pida a Dios por mí, pues estoy seguro de que el cielo tiene que doblegarse forzosamente ante quien por amor de su Hacedor lo ha dejado todo, y ha dicho adiós a sus padres y parientes, a sus amigos y a todo lo querido y conocido y se ha sepultado para siempre

en la lejana Alaska, en un mar de bruma y nieves perpetuas, expuesto a la ferocidad de los osos polares, a la inclemencia de los vendavales árticos, a la soledad más espantosa y a los rigores todos de la naturaleza desatada. Loor a tales adalides. Héroes de leyenda, yo os saludo." Esta carta, después de leída y comentada al por mayor, se hace añicos y se tira a la papelera.

Hoy día los aparatos de radio se van generalizando entre los blancos de Alaska y se propagan rápidamente las noticias que radian a diario desde los Estados Unidos.

3. En la primavera de 1915 llegó a Akulurak el Superior de la Misión. Los dos Padres de esta Residencia le preguntaron en seguida si había boticas de "afuera". El Padre Superior respondió que milagrosamente le había llegado una carta con alguna que otra noticieja. Los alemanes habían invadido Bélgica y marchaban con paso firme camino de París. Tal vez a estas horas ya estarían de vuelta. Europa era un matadero desde Siberia hasta Londres, desde Berlín hasta los Dardanelos. También había fallecido el Papa y le había sucedido un tal Benedicto XV. Asimismo nuestro Padre General se había ido al cielo y ocupaba su puesto un Padre polaco de nombre difícil de pronunciar. En Méjico Pancho Villa hacía de las suyas, y así otras noticiejas por el estilo.

Uno de los Padres de Akulurak (el P. Treca) era de Amiens.

—Si los alemanes llegaron a las murallas de París pasando por Bélgica, quiere decir —pensó el Padre— que mi pueblo cayó en las garras de las águilas germanas. ¡Amiens en poder de los alemanes! ¿Qué suerte les habrá cabido a los míos? ¿Habrá caído París? ¿Habrá terminado la guerra con una cesión considerable de terreno francés al emperador Guillermo? ¿Estará Amiens en el territorio cedido? ¿Cuándo, ¡ay!, cuándo me llegarán noticias?

Llegada la noche, el Padre intentó en vano dormir. Los alemanes estaban batiendo los fuertes de París, y él era francés..., imposible dormir. Al día siguiente dijo al Padre Superior que nunca había pasado una noche tan mala como aquélla. Ni el frío ni la nieve ni los piojos de los esquimales le habían molestado tanto en los veintiséis años, que llevaba en Alaska, como aquellas malhadadas noticias. Cuando no sabía lo que pasaba en el mundo, reinaba en su alma una paz octaviana. El oleaje de noticias del mundo le mareaba y desequilibraba.

4. Algo parecido me está pasando a mí mientras escribo estas líneas.

Un día hermoso de verano pasó por aquí un esquimal con nuevas de que a Clara le había nacido un niño haría cosa de dos meses. Javier y Clara, antiguos alumnos de Akulurak, son tal vez el matrimonio más cristiano en todo el distrito. Ya tenían cuatro niñas y deseaban con ansia tener un niño. Les había dicho yo en broma que el próximo lo seria, y Javier, muy credulón, replicó alborozado:

—Lo será; lo dice el Padre.

Javier y Clara están ahora en la pesquera a 60 Km. de aquí. En una gasolinera espaciosa con toldo y cuatro camastros me dirigí a la pesquera, río Yukón arriba. Por el camino fui pensando en el nombre que se había de poner al chiquitín. Después de muchos nombres que "formé borré y quité, añadí, deshice y torné a hacer en mi memoria e imaginación", al fin le vine a llamar Benito como mi abuelo, como Mussolini, como Juárez, el mejicano a quien Dios tenga en gloría. Conmigo llevaba un saco de ropas que presupuse necesitarían. Sin más percances que la caza de una garza norteña que se divertía con sus hermanas en la arena de la orilla, llegamos a la pesquera al ponerse el sol. Salté a tierra con el saco y el equipo para el bautismo y entré en la tienda con la cara más alegre del mundo.

¡Ay, qué mundo éste más miserable! Javier y Clara estaban llorando. De un golpe lo comprendí todo. "Benito había muerto" el día anterior, y no hacía ni seis horas que lo habían enterrado. Por supuesto, le habían bautizado como les enseñamos lo hagan en semejantes casos. Además Clara estaba en la cama, escupiendo sangre cada dos minutos, con todas las facciones esqueléticas en el rostro y esperando con toda resignación el fatal desenlace que se avecinaba a pasos de gigante. Apenas pronuncié la, palabra "extremaunción", Clara abrió unos ojos grandes para decirme:

—Sí, Padre, ahora mismo, por favor.

Había ido a bautizar al hijo y di en cambio la Extremaunción a la madre. Luego abrí la bolsa y empecé a sacar batas, calcetines, camisetas y otras prendas, que arrebataban y se repartían entre sí las niñas inocentes juguetonas. ¡Qué saben las pobres de tuberculosis ni de muertes ni de orfandades! De vez en cuando salían

moñas, que se disputaban entre gritos de placer. Cada vez que salían ropitas diminutas para "Benito" se renovaban las lágrimas. Allá en el fondo de la bolsa vi más prendas para el nene y unos zapatitos enanos muy monos, pero contagiado ya o a medio contagiar por el llanto ahogado de la tienda, hice como que no vi más, y arrebujando la bolsa la tiré a un rincón. Después de consolarles lo mejor que pude, salí a visitar las demás tiendas y a confesar a los adultos.

Al amanecer del día siguiente dije la Misa en la tienda de Clara y repartí más de una docena de comuniones. Después del desayuno salí para otra pesquera que distaba 30 Km. El pensamiento del estado triste en que quedaba la tienda de Javier me puso en la garganta un nudo, que no pude soltar en todo el día. Pedí a Dios muy de veras por el bienestar de aquella atribulada familia y con eso recobré la serenidad alterada.

En la próxima pesquera había unas seis familias que me recibieron con sumo gozo, aprovechando mi llegada para confesar y comulgar.

5. Ya camino de Akulurak hicimos alto en un puesto donde la "Compañía Comercial Norteña" trafica con los indígenas. El blanco, que estaba al frente, me invitó a tomar una taza de té y me preguntó si la revolución española era un motín militar o algo grave. Por toda respuesta le miré asombrado como preguntándole: ¿Pero hay revolución en España? Replicó que desde hacía cerca de un mes la radio venía dando las noticias más funestas sobre la situación de España. Miles de fascistas eran hacinados en barcos y arrojados vivos al mar. Se habían quemado todas las iglesias de la nación y se había pasado por las armas a todos los sacerdotes. A los ricos también se los fusilaba al por mayor...

Todo lo escuché con la taza de té en la mano, a medio camino entre la mesa y los labios, que mordía y remordía sin notarlo. Quise echar a broma, y le dije sonriendo que no me tomara el pelo con tanto descaro; pero él insistió en lo mismo, añadiendo que, si quería cerciorarme, me quedase allí hasta las nueve de la noche en que llegarían las noticias de costumbre. Así lo hice. A las nueve empezaron a radiar desde California mil noticias sin importancia hasta que le llegó el turno a España. Aunque la pronunciación de los nombres españoles era pésima y los acentos se equivocaban

invariablemente, entendí con toda claridad el estado de la situación. En *Ovidio* (Oviedo) la guarnición fascista iba a ser aniquilada de un momento a otro. El *álcazar* (alcázar) de Toledo iba a ser volado al día siguiente y toda la guarnición sería catapultada a los astros. *Asana* (Azaña) y Largo Caballero estaban optimistas. Franco, después de fracasar en *Talavera de Reina* (Talavera de la Reina) había vuelto a Marruecos a reclutar moros. Mola quería tomar a Irún, pero le estaba saliendo la criada respondona. La situación en la república independiente de Cataluña era buena y no se registraban incidentes. Mussolini e Hitler ayudaban a Franco. Rusia y Francia ayudaban a los rojos, que eran dueños de Madrid y de la mayor parte de España.

De aquí el locutor pasó a relatar no sé qué disturbios chino-japoneses. Yo quedé como quien desembarca en otro mundo legendario y ve visiones. Pero ¿había fascistas en España? ¿Quién será Mola? y Franco ¿será el aviador al servicio de los rojos? Entonces ¿cómo le ayudaban Mussolini e Hitler? ¿Será el general Francisco Franco que tan bien se portó en Marruecos? ¿Quién ayuda a quién? ¿Quién lucha contra quién? ¡Todas las iglesias quemadas! ¡Matanza general de sacerdotes, religiosos, y pensadores católicos! ¿Habrán fusilado a Pemán, Gil Robles, Maeztu, Velasco, Pradera, y a tantos otros próceres del pensamiento católico? ¿Qué culpa tienen las pobres religiosas? Pero ¿en qué tiempo vivimos? Y ¿no se levantará un ejército de voluntarios para exterminar de una vez a todo el elemento comunista?

Todas estas dudas y preguntas se agolpaban y me confundían y creí que iba a perder el juicio. Queda por descontado que no pude pegar los ojos aquella noche. Envuelto en unas mantas toscas y acostado en un camastro adosado a las paredes de un vaporcito, que balanceaban las olas del Yukón, en vez de dormir, pensaba y divagaba y soñaba y amanecí con algo que no era propiamente fiebre, pero que se le parecía bastante.

Escribo esto en Agosto de 1936. Para Noviembre tendremos correo con noticias, pues el correo de Setiembre versará sobre asuntos anteriores a la ruptura de la guerra civil, y en Octubre no hay correo por ser el mes en que se hielan los ríos y la tundra toda. La paz y silencio de Alaska se esfuerzan en vano por hacerme olvidar que en España truenan los cañones y siembran ruinas heca-

tómbincas los aeroplanos. No tengo más remedio que rumiar y digerir las noticias truncadas y pavorosas de la radio y esperar..., esperar..., esperar..., ¡qué penoso es tener que esperar así! El único lenitivo es el Sagrario, adonde acudo con frecuencia para implorar el triunfo completo de los que defienden la religión y la patria, y el aceleramiento del reinado del Sagrado Corazón de Jesús en toda España.

CAPÍTULO XIII

LA VIDA DIARIA DEL MISIONERO

Desde Setiembre hasta Mayo la vida en Akulurak apenas ofrece variantes dignas de ser anotadas. Escogemos al azar el mes de Noviembre. Mi Diario de este mes, trasladado de las notas de la cartera, dice como sigue:

Día 1. — Fiesta de Todos los Santos. Comunión general en la Misa rezada de las siete. Misa cantada con sermón a las nueve y cuarto. Los lagos están todos helados con un grosor que permite patinar a los rapaces de la escuela hasta el mediodía. El río no se ha helado a pesar de los 15° bajo cero que hemos venido sufriendo toda la semana. Por la tarde los niños patinan hasta el oscurecer en que la campana nos llama al Rosario con bendición solemne. En el recreo de la noche divierto a las niñas con el acordeón y con cuentos de Calleja exagerados hasta el colmo de lo inverosímil.

Día 2. — Ofrezco una de las tres misas por los muertos en la guerra civil española, sospechando que tal vez salga beneficiado algún amigo, o tal vez algún pariente, o acaso, ¿por qué no? algún hermano mío a las órdenes de Mola o Francisco Franco. Después del desayuno engancho los perros y llevo cinco buitrones que coloco bajo el hielo en arroyos que ponen en comunicación a diversos lagos. Como apenas ha nevado, el trineo se bambolea por la tundra con sacudidas que lo zarandean a uno penosamente. Por la tarde tengo media hora de catecismo con los mayorcitos.

Día 3. — Juan y Sofía vienen a contraer matrimonio. Como le preguntase a Juan por qué se casaba con Sofía, me respondió muy serio:

—Por que no tengo quien me cosa la ropa ni las botas de piel de foca.

Ese es el oficio de la esposa, coser y criar hijos. Que sea joven o vieja, fea o hermosa, aseada o desaliñada, eso no le

importa al marido esquimal. —Catecismo con los pequeños. Por la tarde nieva a ratos y sube la temperatura.

Día 4. -- Un viento norte hace que la temperatura baje considerablemente.

Después del desayuno salgo en trineo a visitar los buitrones. Rompo el hielo con el hacha y tengo la suerte de llenar una bolsa de peces negros. Como los huérfanos de la escuela son 98, la bolsa de peces no da más que para una cena. La nieve de ayer allanó la tundra lo suficiente para que el trineo ruede sin mayores trompicones. Hay varios niños en cama con gripe. Un vaso de aceite de ricino los mejora en veinticuatro horas. Al día siguiente van a la escuela. Beben el ricino como los borrachos el aguardiente. Si por casualidad al beber cae en el suelo una gota, la limpian con el dedo y se lo chupan con placer.

Día 5. — Por fin se heló el río. Lo que antes era un remolino de oleajes, ahora semeja una carretera pavimentada por ingenieros primorosos en el arte. Los pebetes quieren bajar a patinar en el río, pero se les amenaza con dejar sin merienda al que ose tocar el hielo, por no ser éste lo suficientemente grueso. Llegan noticias de que empiezan a cazar zorras y nutrias y de que la tundra está surcada de rastros de estos codiciados animales. Catecismo por la mañana con los pequeños. Creen que con sólo medio pecado mortal se puede ir a comulgar sin necesidad de confesarse. Para ellos el pecado — loado sea Dios —es algo vago e ininteligible, o también algo concreto que existe en ciertas partes y que puede ser dividido en Mitades o distribuido en gajos como una naranja. Hoy, jueves, es día de procura. A la puerta de mi pieza se forma una fila respetable de muchachos. Unos quieren pantalones, otros sacos, otro perdió el gorro de invierno, a otro le desaparecieron los guantes, éste no tiene medias y al de más allá se le rompió el cinto y se le caen los pantalones. Es muy consolador vestir al desnudo, y cada vez que repito la operación me parece que cumplo con el oficio de misionero. Sin embargo, la ropa que tengo aquí almacenada no es mía; me la envían gratis varias señoras de San Francisco de California, amigas de la Misión de Alaska. El día del Juicio entrarán a partes iguales conmigo en la recompensa.

Día 6. — Primer viernes de mes. De las aldeas vecinas llegan familias a recibir los Sacramentos. Parece que el río es ya transita-

ble. Me hablan de niños recién nacidos, de viejos que murieron en las pesqueras este verano, de Fulano y Zutano que escupen sangre, etc.

Día 7. — Hoy ha salido el Padre Superior con el guía y nueve perros a visitar la parte Sur de la cristiandad y no volverá hasta pasadas dos semanas. Quedo solo con los 97 huérfanos y huérfanas y las cinco Madres que les atienden. Sigo al Padre Superior con mi trineo pequeño y cinco cachorros por espacio de una hora y vuelvo a Akulurak bastante rendido, pues los cachorros necesitan de mi ayuda con demasiada frecuencia. Por la tarde tenemos letanías cantadas y siguen luego dos horas de confesonario.

Por la noche comienza a brillar el arco de la Aurora Boreal con brillo excepcional. El arco se ensancha y despide haces de luz blanca que surcan el cielo hasta la estrella polar. El ala derecha del arco sale de los límites ordinarios y emprende una carrera veloz dejando tras sí un penacho de luz semejante al humo iluminado de una locomotora en plena marcha. Los viejos dicen que no han visto una Aurora como ésta en los últimos veinticinco años. Yo la miro boquiabierto hundido en la nieve hasta que el tiritar y rechinar de los dientes me dicen que "basta por hoy". Me acuesto pensando en las novedades con que tropezará el alma cuando se vea por primera vez en el cielo, sin el contrapeso de nieves ni de rechinar de dientes.

Día 8. Domingo. A las siete en punto reparto unas 130 comuniones y a las nueve y cuarto empiezo la Misa cantada con sermón. Los niños y niñas cantan un gregoriano precioso no esperado en Alaska. Los domingos no tengo clase de esquimal. Noto que la llegada del domingo me alegra, porque ese día *no hay escuela* para mí. Pienso en los días infantiles y me pregunto si soy una excepción o si más bien nunca muere en nosotros una niñez egoísta, irreflexiva y regalona. Por la tarde voy de caza con un par de criaturas y volvemos con un conejo blanco, caliente y regordete. Después de la merienda tenemos Rosario con bendición solemne y explicación de un capítulo del catecismo. Los niños tienen una memoria envidiable, pero no entienden el significado de las palabras puestas allí por teólogos de profesión. Hay que aclararlas con ejemplos caseros y entonces sonríen y dan señales de entender.

Día 9. — Una parienta lejana de José viene a pedirle para que vaya a vivir en su casa. José es un huérfano de quince años que lleva aquí más de cinco. La parienta es una indígena de unos cincuenta años. Tiene un marido holgazán y los dos resolvieron sacar de aquí a José para que les parta leña, les vigile los lazos del bosque y les cuide los perros. Entre tanto ellos pueden estar sentados en el suelo de la choza todo el santo día mascando tabaco y riéndose de su buena suerte. Al responder negativamente a la señora, ésta se descose y habla sin orden ni concierto por espacio de media hora. Por fin pide ver a Pepe. Viene éste y se entabla entre los dos un diálogo muy animado. Pepe se deja convencer y quiere marchar con su tía a la desembocadura del Yukón. Intervengo con el ultimátum: Pepe no puede ir. Precisamente ahora está aprendiendo a escribir y a rezar y a ser persona decente. Le hemos estado limpiando y aseando y queremos terminar la obra. Irá dentro de dos años.

La tía se resigna, pero Pepe lloriquea. Quiere ir. Quiere ir a comer pescado podrido, a dormir en un suelo por el que pululan piojos negruzcos, a trabajar con ropas harapientas y con una pelambre que le cubriría ojos, oídos y cuello; pero quiere ir porque allí es libre, allí no hay campanas ni filas ni distribución fija ni escuela ni cortapisas de ningún género. A Pepe le he dado yo mil muestras de predilección por ser el que mejor se portaba. Tiene un jubón especial, un saco más vistoso que el de los demás y así sucesivamente. Vino en harapos, y ahora es un muchacho decente. Y cuando uno creía que lo sabría apreciar, sale por peteneras y llora porque se le retiene en esta "cárcel".

Los niños de las aldeas están hechos una lástima mientras que nuestros huérfanos visten como príncipes y comen como reyes y tienen en el rostro unos colores envidiables. No importa; para ellos la cuestión es hacer lo que se les antoje aunque ello les cueste venir a parar en tisis galopante. En vez de enfadarme me compadezco de mí mismo. Dios Nuestro Señor nos ha dado cuanto tenemos. Exige por ello ciertas restricciones, y salimos por peteneras como Pepe. Preferimos hacer nuestra voluntad a la Suya.

Si se les preguntase a los treinta y cinco rapaces de aquí, si preferían irse a quedarse, treinta responderían que querrían irse al instante. Ninguno tiene casa ni padres; pero tienen algún pariente

lejano que les daría un rincón de la choza y ese rincón es para ellos un pedazo de cielo. Esta irreflexión la comparo yo a la del niño en mantillas que se enfurruña porque su madre no le deja tomar en los dedos la llama del candil.

Día 10. — Cae una nevada fenomenal. Al abrir la puerta por la mañana me sorprende un muro de nieve, que se formó por la noche delante de la puerta. Todo es silencio y soledad. Los rapaces van a la escuela a las nueve y quedo con mis apuntes de esquimal, áridos como los páramos en verano. De vez en cuando me sorprendo cabeceando sobre el libro. A las once tengo media hora de catecismo en la escuela de los ínfimos.

Después de comer llega en trineo el famoso ajedrecista O'Connor, cartero del Yukón, que se aburre como yo y quiere matar el tiempo dándome la gran paliza al ajedrez. Debe llegar muy cansado, pues con todas sus habilidades no logra ventaja alguna y terminamos la tarde empatados. Cena conmigo y duerme en casa. No trae correo; pero cree que lo traerá en este mismo mes. Al anochecer tengo media hora de catecismo con los mayorcitos y comienzo a instruir a los cuatro que harán la primera comunión para la Inmaculada. Nieva todo el día y la campaña blanquea lo increíble.

Día 11. — O'Connor debió dormir bien, pues me ha dado una batida sin precedente. Nueve juegos; gané dos y uno terminó en tablas. O'Connor se ríe como un niño a pesar de sus sesenta años y se frota las manos que es un primor. Esa risita me asienta a mí... ¡como una flor!, y propongo en mi interior no dar jamás muestras de contento, cuando tenga la suerte de salir ganancioso en algún juego con cualquiera, parte por mortificación, parte por educación y urbanidad. Voy notando que el ajedrez no es ningún deporte. Es una especie de rompecabezas del que sale uno con la cabeza caliente y los pies fríos. Jugado de sobremesa retarda la digestión. Por muy amigo que sea el contrincante, el que pierde cobra una especie de ojeriza al ganancioso. El juego es una batalla campal. Se vacan trincheras, se fortifican cerros, se despachan escuadrones de caballería ligera, se ataca a la bayoneta y, cuando ya está uno a punto de dar jaque mate, tal vez un soldadejo traidor viene por detrás y da en tierra con todo el castillo de naipes.

Hoy, en vez de catecismo, tuvimos conferencia en la capilla de las Hijas de María, unas veinticinco chicas mayorcitas, que rezan el Oficio Parvo y quieren saber la diferencia entre mortificación externa e interna, entre vida interior y presencia de Dios, entre el Obispo y el Arzobispo y entre otras particularidades por el estilo.

Día 12. — Una pobre mujer esquimal viene a quejarse de que su marido no viene nunca, aunque prometió venir hace más de una semana. Se aburre en esta aldea y quisiera ir a la suya que dista de aquí unas dos leguas; pero no tiene trineo. En cambio tiene dos críos, uno en brazos y el otro agarrado a las faldas.

Los perros de la Misión los tiene el Padre Superior a cien Km. de aquí. Tengo, empero, cinco cachorros juguetones que podrían llevarnos si les da por tirar para adelante en vez de para los lados o para atrás. Probamos fortuna y en menos de una hora llevé a la señora a su casa. No sabe cómo agradecérmelo y me dice tarta-mudeando:

—Aunque quisiera pagárselo, no podría, porque no tengo nada; pero este invierno le haré unos guantes de piel de liebre, si los quiere.

De vuelta los cachorros galopan que es un primor. El aire fresco y el ejercicio muscular me ponen de muy buen humor y por la campiña nevada me sorprendí cantando a todo pulmón el *Adiós, Granada*, *Granada mía*. *Ya no volveré a verte más en la vida*. Como se me había olvidado la letra, me las arreglo como puedo para cantar y componer el verso al mismo tiempo. A veces los ripios eran tan infames, que terminé por reírme a mandíbula batiente. Cualquiera que me hubiera visto reír así me hubiera tenido por *si es o no es* chiflado, por lo menos.

Por el camino descubro rastros de conejos por todas partes. Después de comer me acosté a dormir una siesta de media hora y no desperté hasta cerca de las tres. El silencio de tumba, que me envolvía, debió ser el responsable. Me levanto perezoso y caigo en las garras de los apuntes de la lengua esquimal. "Después de pronunciar una docena de veces la palabra *aguineltúrestskut* cierro los apuntes y voy a explicar catecismo.

Por la noche leo hasta que se enfría la estufa. Al despedirme del Señor en la Capilla me embarga un bienestar inexplicable. Da gusto orar en las Misiones.

Día 13. — Empleo la mañana en leer las obras de Santa Teresa de Jesús, pues a las dos de la tarde tengo que echar una plática a las cinco Madres Ursulinas y es menester decirles algo que valga la pena. La Madre Superiora lleva en Akulurak treinta y dos años cabales, oyendo una plática todos los meses. Si no se dicen cosas interesantes, o no se explican con novedad las verdades de suyo trilladas, no hay por qué extrañarse si la Madre aprueba lo que oye con cabeceos demasiado significativos.

Estas lecturas serias le levantan a uno sobre el nivel bajo en que se cae al poco de rozarse con los indígenas, que apenas entienden los diez Mandamientos. Después de la plática doy un paseo acompañado de cuatro cachorros, que corren delante de mí mordiéndose y ladrando a los pájaros que vuelan sobre nosotros.

Entro en un bosquezuelo y, sentado sobre un tronco, escucho el silencio más absoluto que se puede dar en el punto más solitario del globo. Los cachorros siguen a los pájaros allá lejos y yo me quedo ensimismado, con la respiración contenida, esperando oír el más leve ruido. Pasan dos o tres minutos sin rumor perceptible, y luego oigo como a cien pasos lo que pudo ser la caída de una ramita o el salto de un conejo. Sigue de nuevo un vacío perfecto. El tímpano, en vez de descansar, se inquieta, y al poco rato el silencio es rumoroso y un zumbido persistente le quiere dar a uno la impresión de que hay vida alrededor y la tierra se mueve y no está uno en la tumba. Es el silencio de la pampa alaskana o de la tundra, como la llamaron los rusos, por lo parecido que tiene con las estepas siberianas.

Estas son las soledades peligrosas para la imaginación, que divaga demasiado y origina manías y acaba en locura inocua.

Al volver para casa y ver salir de la escuela a la rapacería bulliciosa me invadió algo placentero, tal vez por aquello de que el hombre es por esencia un ser sociable. Sin embargo son saludables para el alma ratos de soledad como la descrita. Allí, en aquella paz profunda y reposo absoluto, se borran las ideas, desaparecen las preocupaciones, se ve uno aislado en el fin del mundo, y el corazón se levanta a Dios con una tendencia como innata. Quisiera

uno que aquel estado de alma se prolongase varios centenares de años.

Día 14. — Hoy es sábado y los sábados no hay escuela. Después del desayuno llamo a los niños y les propongo ir a cazar conejos. Saltan de gozo y algunos más pequeños se me quieren subir a los hombros en medio de un alboroto indescriptible. Entre todos pasamos de treinta y llevamos cinco escopetas. La rapacería forma un ala a través del bosque y ahuyenta a los conejos, que corren despavoridos hacia las escopetas que les esperan en celada en puntos estratégicos. A las doce nos reunimos y comemos salmón curado al humo con pan y unas libras de chocolate. Reanudamos la cacería y al atardecer volvimos rendidos y desilusionados. Tanto trabajo y sólo dieciséis conejos. El año anterior hubo días en que se llenó materialmente un trineo.

Por la noche llegaron varios trineos de las aldeas cercanas. Se nos llena la casa de caras conocidas y entretengo a las señoras imitando sonidos guturales esquimales horribilísimos. Ellas, sentadas en el suelo y cargadas de chiquillos, se ríen y se retuercen y gritan y se parten de risa. Se necesitaría ser adivino para averiguar quién es allí el payaso. Luego, creyendo que yo no las entiendo, dicen entre dientes:

—¡Qué Padre tan singular!

Cuando noto que están materialmente agotadas de tanto reírse, me cuadro y digo con entereza:

—*Niután, kitáki mayoágoluchi*; o sea, "vaya, vaya, conque ahora a confesarnos ¿eh?".

Y todas se levantan y suben a la capilla, atropellándose en las puertas, como las ovejas cuando salen del aprisco.

Se termina el día con letanías cantadas en la capilla, y yo me retiro pensando en el sermón que debo predicar en la Misa cantada del día siguiente.

Día 15. A las siete en punto doy la sagrada Comunión en la iglesia que rebosa de esquimales. No es que haya muchos, sino que, con los abrigos de pieles, ocupan probablemente el doble. Luego salen a desayunar. A las nueve comienza la Misa cantada con sermón. El lloriqueo de la chiquillería fue tal que hubo quien no me oyó el *Prefacio*, aunque lo canté a voz en cuello. Llamé a las

madres para ver de atinar con un medio de acallar tantos gritos, y propusimos varios. El primero fue retorcer el pescuezo al que osase llorar sin tener razón para hacerlo. El segundo fue no amamantarlos durante las veinticuatro horas que preceden a la Misa ni dejarles dormir desde el viernes por la mañana. El tercero fue tender unas mantas en el suelo de una habitación y dejarlos allí acostados bajo la inspección de una mozuela. El cuarto fue prohibir ir a Misa a la que tuviera un nene en los brazos. Los cuatro medios los propuse yo y los cuatro medios llevaron carpetazo. Se indignaron, me llamaron cruel y sin entrañas, y para callarlas tuve que repartir bombones y tocar unas piezas al acordeón.

Varios esquimales traen objetos de marfil que quieren cambiar por café, azúcar, té o harina. Otros traen liebres enormes, que cambian con el Hermano cocinero por diversos artículos.

Una matrona, con tres chiquillos agarrados a las faldas, me regala una esterilla muy mona, hecha de yerbas especiales que producen las riberas del Yukón. Los tres rapaces con una expresión de felicidad. Lo de *regalar* llevaba segunda intención. Hago como que no me hago cargo y se va con sus ropitas tan satisfecha. Así es la vida.

Día 16. — Hoy nos llega una noticia fatal. Akulurak se preciaba de haber educado a Antonio. En los ocho años que estuvo aquí aprendió a ser hombre cabal. Hablaba buen inglés, era un cristiano modelo y sostenía con su trabajo a varios desvalidos que vivían en su casa con su mujer y dos hijos. Creyendo que el hielo del lago Nanvaranak era ya grueso y resistente, se lanzó en trineo con siete perros por la superficie tersa del lago. El hielo se quebró y perros y trineo bajaron a los abismos. Por lo visto él nadó por el hielo quebradizo hasta que se le agotaron las fuerzas y bajó al fondo para no volver a subir. Una semana más tarde, cuando ya el hielo había engrosado, se le buscó y se le sacó con garfios atados al extremo de pértigas larguísimas. Doy la noticia antes de empezar la Misa y a todos se les escapó un aaayyy! lastimero.

Con esta noticia llegó la de la muerte de Clara, de la cual queda hecha mención en estos apuntes. Adivino cómo quedan las respectivas familias de los finados y se me parte el alma de dolor. Habrá que visitar pronto aquella aldea para levantar los ánimos caídos y hacer algún bien.

Aquí en casa todo es normalidad. Los chicos sierran maderos, traen agua del río, se divierten, van a la escuela y cada vez que entro en el salón insisten en que ya hay seis parejas que quieren boxear. Se traen guantes y tenemos una sesión de boxeo. Empiezan dos de ocho años que casi no pueden con los guantes. A su alrededor la turba grita y vocifera y hay risadas y se oyen las interjecciones más curiosas. Cada pareja tiene derecho a tres asaltos de medio minuto cada uno. Siguen parejas más robustas, hasta que al fin se enfrentan dos de dieciséis años. Pepazos pierde y sale del salón malhumorado. Al irnos a acostar descubro que las latas del agua están abolladas y algunas completamente estropeadas. Resultó que Papazos, en venganza, las golpeó con una tranca hasta que se creyó vengado del agravio de haber perdido.

—¿Por qué insistías tanto en que querías boxear? —le pregunto. No responde. Se le impone un castigo moderado y todo vuelve a los cauces ordinarios.

Día 17. — Hoy el termómetro bajó a 40° bajo cero. Todo el mundo se queda en casa y las chimeneas despiden humo como locomotoras.

Me avisan que María Anunciación se ha agravado y le voy a visitar. Es una chica de dieciocho años que vive aquí en Akulurak desde que tenía nueve. Está tísica como todos sus antepasados; pálida, casi blanca, con los ojos de azabache y cabellos muy espesos. Está sentada en la cama y habla con dificultad. Nos dejan solos y le hablo del cielo con unas comparaciones que la hacen reír y toser al mismo tiempo. Quiere morirse. Mañana es miércoles y está segura de que San José la lleva mañana mismo. Se lo ha pedido así al Santo bendito. Promete pedir por mí cuando se vea delante de Dios mañana por la tarde, y tanto candor y tanta ingenuidad me anudan la garganta y me edifican y me traen deseos de morirme yo también.

Día 18. — Al ir a decir Misa visité a la enferma. Está muy agotada y quiere recibir la sagrada Comunión. Comulga y cierra los ojos. A media mañana me avisan que está empeorando notablemente. Voy y le administro los últimos Sacramentos con todas las preces del Ritual para los moribundos. Luego la animo con jaculatorias. La respiración se hace cada vez más penosa, hasta que deja de respirar. Está muerta.

Yo quedo como petrificado.

Anunciación era al morir tan virgen como el día que nació. Todo el cúmulo de sufrimientos que le acarreó la enfermedad la purificó, de suerte que pensé subiría al cielo con poco o ningún purgatorio. Luego de amortajada la volví a ver y pude contemplar a mi sabor la sonrisa más placentera que puede verse en un cadáver. Parece que el cuerpo virginal participaba de la bienandanza del alma. Ayer platicábamos del cielo. Hoy está ella en el cielo, mientras que yo continúo en este mundo lleno de nieves, hielos y miserias.

Sentado a la mesa de mi cuarto doy rienda suelta a un llanto que se me había remansado y que me deja en un estado de alma muy apacible en medio del pesar. El deseo de ver a Jesucristo me tiene como embebido todo el día, y la mera posibilidad de poder perderle por mi culpa me horroriza y me humilla y aumenta en mí el amor a tan buen Señor.

En la escuela todos están alegres como de ordinario. La muerte para ellos no significa nada. Pregunto en general cuántos quieren morirse hoy mismo y veo con asombro que todos levantan el dedo y dicen:

—¡Yo!

Según el P. Lucchesi son demasiado obtusos para hacerse cargo del significado de la muerte. Son nómadas por naturaleza; les gusta viajar y cambiar de vivienda, y para ellos la muerte es una ocasión admirable de viajar a la eternidad donde, sin duda, le esperan a uno sorpresas a granel.

Día 19. — Por la mañana se abre la sepultura, no con azadas sino con hachas. La tierra está helada y al golpearla con el hacha da virutas como la madera.

Por la tarde tenemos el entierro. Un viento helado hace penosísima la subida al cementerio que sólo dista 50 metros. Hay cerca de un metro de nieve. Algunas cruces tienen los brazos hundidos en la nieve que todo lo llena. Formamos en procesión, los hombres y niños delante, seguidos de las niñas, y al llegar rodeamos la sepultura.

Terminadas las preces se vuelven todos en desorden, tiritando a pesar de las pieles. Yo quedo con dos mocetes, y al meter la caja

nos llevamos un chasco: la zanja era pequeña. Sacamos la caja y hacemos funcionar las hachas de nuevo. Tentamos otra vez, y tuvimos que volver a sacarla; la zanja era aún pequeña. Vuelta a las hachas y vuelta a meter la caja y vuelta a sacarla. Tanto manosear el ataúd me llenó de un temor reverencial. El viento, al ras de la nieve, seco, casi macabro. Mientras la cubrían yo meditaba sobre la muerte. A mi izquierda estaban dos cruces que hablaban de dos misioneros, irlandés el uno y canadiense el otro. Nadie en el mundo tiene noticia de este cementerio al aire libre, sin tapias, ni sebes, ni alambrados, cubierto de nieve en el invierno y de yerba en el verano. Hermoso sitio para descansar hasta la alborada del Juicio final.

Día 20. — *Llega correo*. — Llegan cartas de España. Por primera vez tengo noticias de la guerra civil. El temor y la esperanza se suceden como las olas de un mar borrascoso que quisieran ahogarme. ¡Ay, comunismo de mi alma! Fusilamientos, incendios, matanzas hecatómbicas, desolación. No acierto a rezar. Me parece que sueño. Salgo a la puerta y diez cachorros mimosones se me suben a los muslos en busca de cosquilleos y caricias. Me reí con una tristeza profundísima y subí de nuevo a la capilla. Quiero llorar, pero no puedo. Pienso en una España mejorada el ciento por uno, y este pensamiento me alivia. Francia ayuda a los rojos. Los nacionalistas vascos también ayudan a los rojos. No lo acabo de comprender y termino la visita ofreciendo a Dios mi vida por el triunfo del Reinado del Sagrado Corazón en la España de Isabel la Católica, de Santa Teresa, de San Ignacio. Un hermano mío está en el frente de Huesca, otro está en el de Asturias. Les envidio; luchan por Dios y, si mueren, mueren como cruzados. ¡Qué estará pasando en España!

Por la tarde volví a leer las cartas. Franco y Mola lo van llevando de calle y me parece oír las charlas radiadas de Queipo de Llano. Me hago creer a mí mismo que el comunismo "no pasará", y con eso y con ofrecer de nuevo mi vida a Dios por España me tranquilizo y termino el día en paz. Nos llega un aparato de radio que nos apresuramos a instalar.

Llegan de Madrid cartas que yo había escrito. Las devolvieron censuradas y con el rótulo de "Ausente sin dejar dirección". Me pregunto si el destinatario se ausentó o le "ausentaron", y casi me

hace gracia este juego macabro de palabras. Ya no llegan ni *El Debate* ni *ABC*. A éstos ciertamente los ausentaron. Sin saberlo de cierto, no me cabe la más mínima duda de ello.

Día 21. — Sube considerablemente la temperatura. Cae una nieve blanducha, que poco a poco se convierte en llovizna. El viento sur favorece la marea y las orillas del río helado dan salida a una sábana de agua que no se hiela sobre las capas de hielo. Este temporal es el más temido de los caminantes. En casa se está bien y se consume poca leña.

Hoy no hay escuela por ser sábado. Reúno a los chicos y les propongo una novedad. Van a votar. Van a escribir cuatro nombres en un papel, los nombres de los que mejor se porten. A los agraciados les daré un premio. A los votados les doy un traje nuevo, que los demás admiran con ojos de envidia. Van a portarse bien todos en adelante.

Por la tarde van a visitar los lazos del bosque. Unos vuelven con liebres, otros con conejos, otros con nutrias y uno trae una zorra. Las nutrias valen 10 dólares; las zorras valen 14 si son rojas, 16 si son blancas y 30 si son cruzadas. La zorra de hoy es roja. La tomo en las manos y la examino detenidamente. ¡Qué preciosidad de piel! ¡Con qué vestido tan primoroso las adorna el Creador! Me dan ganas de guardar aquí la piel y evitar que vaya a abrigar el cuello afeitado de una señorita parisién, que no tiene idea del frío que pasa en la tundra el pobre cazador de zorras.

Día 22. — Llega el Padre Superior de su jira misionera. Viene rendido, pero muy satisfecho del fruto espiritual que cosechó: bautismos, matrimonios, últimos Sacramentos, instrucciones, etc., etc. Los perros llegan delgados como anguilas, medio reventados, sin ganas de zalamerías ni de ladrar a los trineos que pasan por el río.

Me cuenta el Padre que ayer se caló hasta los huesos y que tardó más de seis horas en secarse junto a una estufa que estaba al rojo. El trineo se hundía en la nieve blanda y el trabajo de los perros era ímprobo. Sentados a una mesa departimos hasta el anochecer comentando escenas, familias y personas y planeando la próxima excursión que pesará sobre mis espaldas.

Día 23. — Llega en trineo el P. Fox, que nos viene hacer una visita. Tiene el aspecto de un solitario de lo Tebaida. Estuvo de joven en Burgos por espacio de cuatro años y aún recuerda el español que tartamudea por no haberlo vuelto a usar en los últimos diez años.

Ahora tiene un distrito vastísimo en las costas del Estrecho de Bering y se sirve en sus ministerios de Hermanas indígenas que viven tres o cuatro meses en cada villorrio hasta que todos saben las oraciones, la doctrina y los himnos sagrados. El las fundó, él las instruyó, él las sigue visitando e instruyendo, él las mantiene, él es todo para ellas. Gracias a este artificio ha ganado para la Iglesia regiones inexploradas, almas antes paganas arraigadas en las supersticiones multiseculares que sólo otro esquimal puede desarraigar, por hablar una lengua tan extremadamente inaccesible que no hay blanco que la haya logrado dominar.

Hablamos todo el día y cambiamos impresiones sobre los diversos métodos de apostolado. Nos cuenta las calumnias que le han levantado y yo me estremezco de pavor. En cambio él sigue impertérrito. Ha dormido al raso noches incontables y va prevenido para dormir así otras tantas. Este verano nos traerá seis tinajas de aceite de foca, a cambio de las cuales llevará unos 1.600 salmones para los perros..., y para él, que a veces tiene que contentarse con la comida de los canes.

Día 24. — Salgo en trineo a visitar una aldea lejana, en la que jamás ha dormido ningún misionero. Tomo a Farruco para que me sirva de intérprete, y con nueve perros atravesamos lagos, tunda, más lagos, el Yukón, finalmente llegarnos a nuestro destino. Siete familias con la consabida chiquillería. Atados los perros a los arbustos de un bosquecillo, en el que está enclavada la aldea, y provistos de cena con un salmón y una lata de agua, entramos a reconocer las casas donde se nos recibe con ojos de pasmo y de incertidumbre. Creen que soy el policía y piensan en cárceles, tal vez en torturas. Al proferir yo en alta voz: *Agayulejtungunga* ("soy el Padre") todos se serenan y hasta inician una sonrisa.

Corre la voz de que vino el Padre y toda la aldea irrumpe en la casa donde me hallaba. Ya es de noche, y, después de cenar frugalmente, les doy una instrucción sobre Dios y su amorosa Providencia, con todos nosotros.

Tienen ideas vaguísimas de religión, adquiridas a retazos en conversaciones con antiguos alumnos de Akulurak mezcladas con supersticiones absurdas de raigambre multisecular, y las dos terceras partes no han recibido nunca la sagrada Comunión, aunque todos están bautizados.

No me conocen de vista, pero saben por tradición que los Padres son gente de bien y esto nos une con un vínculo apretado corno si fuéramos amigos de muchos años. Como ya es de noche, rezo en alta voz con el intérprete las oraciones de la noche, y nos retiramos a dormir. La choza es de unos 5 mts. de larga por 4 mts. de ancha y 2 mts. de alta. Yo extiendo en el suelo los sacos de dormir y a media noche abrí los ojos para escuchar los ronquidos más desesperantes, parecidísimos al sonido rítmico de una sierra.

Día 25. A las ocho se llena la choza. Los hombres se sientan contra la pared y las mujeres ocupan en bello desorden todo el piso.

Mientras me revisto para decir Misa, les explico el significado real y figurado de las vestiduras, que ellos miran con ojos embobados. Durante la Misa rezan el Rosario los dos o tres que saben rezarlo.

Sigue un desayuno de café y salmón y la aldea se despuebla. Los hombres van en trineo a visitar los lazos y los buitrones. Las mujeres cocinan, remiendan y limpian la casa y yo doy un paseo solo por un riachuelo que culebrea por un bosque colmado de nieve. Hace sol y los arbustos de las orillas me defienden contra una brisa fría que menea las ramas.

Me siento feliz en aquella paz celestial que convida a abismarse en Dios; una paz de alma y cuerpo, que le envuelve a uno y engendra deseos de ver a Dios, de hacer bien, de ser bueno.

Un conejo blanquísimo cruza veloz el rastro del riachuelo. A falta de personas le miro como a un hermano y me vienen a la memoria los pensamientos de San Fran cisco de Asís para con los animales, hijos de Dios como nosotros. Puesto en este ambiente, creo que no hubiera disparado al conejo, aunque hubiera tenido escopeta y él se hubiera estado quieto.

A las dos de la tarde, reúno a toda la aldea y les doy una instrucción sobre Jesucristo, que terminó con dos o tres cantos

sagrados. Doy de comer a los perros, visito las chozas, cenamos salmón y conejo, y a las siete se nos llena de nuevo la choza para oír una instrucción sobre 5 los Sacramentos. Al cabo de hora y media nos cansamos yo de hablar y ellos de escuchar, y entonamos varios cánticos, que ellos han oído y que siguen canturreando entre dientes, arrastrados por el acordeón que manoseo con placer. Me invade un sentimiento de bienestar inmenso al verme en la choza atestada de esquimales auténticos que gustan de oír el acordeón.

Aquella noche no dormí en la choza. Preferí dormir en el celebérrimo *kasin*, donde se bañan en sudor arrancado por un fuego abrasador, donde danzan, donde charlan; una verdadera "casa del pueblo". No tiene ventanas. Está cubierto de tierra con un orificio en la parte superior y un agujero al borde del suelo, por el que se cuela uno como conejo por madriguera. Tres mozalbetes, que no roncan, se ofrecen a dormir conmigo. Tendidos en el suelo y arrebujados en sendos sacos de dormir escucharnos un cuento narrado en estilo pesado con el fin de adormecer a los presentes. Yo me quedé dormido antes de que terminara.

Día 26. — Una breve instrucción sobre la Misa, que luego celebré en la referida choza. Desayuno y el consabido paseo. Una instrucción por la tarde sobre la Eucaristía y varios cantos.

De una aldea próxima llega un trineo con una niña que no está bautizada. Le ponemos por nombre Sofía.

Por la noche les explico la parábola del hijo pródigo que escuchan con cuellos alargados y ojos ensimismados, sin moverse, sin pestañear, casi sin respirar. Luego chapurrean con el intérprete y le dicen que han gozado inmensamente al oír que el padre recibió al hijo con tanta benignidad. Se temían que le iba a encerrar en la perrera, donde le mataría de hambre y a reprensiones. Por desgracia no comprenden bien la segunda parte. Dios es para ellos demasiado vago, y no se explican cómo pueda interesarse tanto por nuestra conducta buena o mala.

Hay que andar con mucho tiento al hablarles del infierno, pues a más de un misionero le han respondido que el infierno es el sitio ideal para ellos. Allí hay fuego en abundancia y pueden calentarse a su sabor sin tener que ir al bosque a cortar leña cuando arrecia el vendaval.

No hay por qué extrañarse de estas salidas. Recuérdese que han nacido y vivido en un ambiente desprovisto de ideas cristianas, imbuidos por sus abuelos en prácticas y costumbres materialistas, supersticiosas, para nosotros incomprensibles.

Vuelvo a dormir en el *kasin* con el mismo grupo y con el mismo cuento.

Día 27. — Todo como el día anterior. Por la tarde engancho los perros y voy a dar un paseo. Galopando por un rastro muy trillado vine a parar donde menos lo esperaba: en la vivienda del ajedrecista O'Connor. Casi no se acordó de saludarme. Apenas traspuse el umbral sacó el ajedrez y me obligó a sentarme. En vano interpuse mi cansancio, mis prisas, mil excusas: todo en vano. Había que jugar, y jugamos tres horas justas al cabo de las cuales habíamos jugado cuatro juegos, que O'Connor perdió uno tras otro. Me mira sorprendido sin acabar de entender. Yo le digo que es un milagro y se esfuerza por sonreírse, aunque no lo consigue. Me amenaza con darme la gran paliza, cuando nos volvamos a topar, y yo salgo camino de la aldea donde me esperan para otra instrucción sobre la Santísima Virgen.

Por la noche llegan de otras aldeas y tenemos una sesión solemne. Hecho un escrutinio riguroso, admito a la sagrada Comunión a los que ya la habían recibido. Los demás tendrán que tener paciencia hasta el invierno próximo cuando vuelvan a recibir otro baño de religión. Es tanto lo que hay que desbastar, que tres días no significan nada. Vuelvo a dormir en el *kasin* con el mismo grupo y el mismo cuento.

Día 28. Nueve personas reciben la sagrada Comunión. Después del desayuno, Farruco y yo nos adobamos como conviene a viajeros y nos disponemos a partir. Hay las despedidas de rúbrica, los ladridos ensordecedores, los encargos de que vuelva a visitarlos pronto, etc., etc., y salimos con la velocidad del rayo, camino de Akulurak.

Un poco desviada del camino había una choza donde me habían dicho que había un niño recién nacido. Al entrar en ella veo a un hombre y a una mujer sentados en pieles de reno muy serios y sosegados.

—¿Dónde está el recién nacido? —Está aquí.

—¿Dónde?

—Vendrá dentro de un rato. Siéntese.

Lo comprendo todo, y sin poder evitar una sonrisa maligna, salgo de la choza y me entretengo con los perros en espera de acontecimientos. Antes de media hora me llaman. Ya está allí el recién nacido. Le bautizo y le llamé Millán Astray. No les gusta el nombre, pero les explico lo valiente que será si sale al verdadero Millán Astray, y con eso se contentan y repiten el nombre cien veces como para no olvidarlo. Ya en el trineo me digo a mí mismo:

—¡Hagamos patria, qué caramba, hagamos patria!

El camino es la desolación de las desolaciones. A ratos tomamos una pastilla de chocolate crudo, y alternamos a las manillas que cansan más de lo que uno quisiera.

Al entrar en casa me anuncian que funciona la radio; que Oviedo fue libertada; que Toledo y el Alcázar están en poder de Franco; que los rojos se defienden en las calles del propio Madrid; que parece que Franco va a ser pronto el amo absoluto de España. Yo me río como un niño con zapatos nuevos; echo un ¡viva España! que me lo debieron oír desde Sevilla, y me convenzo una vez más de que la vida merece la pena de vivirse.

Día 29. — Mañana, si Dios quiere, celebraremos las bodas de oro de la Madre Lorenza, que cumplirá cincuenta años de vida religiosa en la Orden de las Ursulinas. Me preguntan —a propósito de cañones— por mi cumpleaños, y les digo que ya pasó, que fue el 18 del corriente; que no quise decir nada para evitar molestias. Se indignan todos y el Hermano cocinero confecciona a toda prisa un mazapán extrafino con un 30 encima. Esa es mi edad. En la comida hay bromas y chistes.

Resulta que el Hermano cocinero ya llevaba varios años en Alaska cuando yo nací. Y luego yo meto baza en las conversaciones y discuto con él sobre virtudes y defectos de los esquimales. Esto es un pecado imperdonable. El P. Lucchesi no está aquí. Ya llevaba nueve años cuando yo nací. El Hermano Murphy vino a Akulurak cuando yo tenía cuatro años. Me enseñó a jugar al ajedrez y cuando le doy jaque mate exclama:

—¡Cría cuervos, y te sacarán los ojos!

Las viejas antediluvianas, que vienen con sus cuitas, se restregaron los ojos como para asegurarse de que en efecto yo soy "el Padre" y no un joven vestido de sotana. Piensan que podían ser mis bisabuelas y esto las trae a mal traer. ¿Cómo es que mi madre me dejó venir? Porque sin duda yo tendré madre como los demás y no me llevarían las nubes. Pase que un Padre de barba venerable venga por acá; pero un jovencito tierno e inexperto... ¡Imposible!

Me vengo de todo esto alegando que a los diez años ya era yo pájaro de cuenta; que a los quince ya pensaba en hacerme cabecilla de revolucionarios; que a los veinte tenía toda la malicia que han tenido, tienen y tendrán todos los esquimales juntos, y con éstas y otras sandeces por el estilo me espanto las moscas lo mejor que puedo, hasta que vengan sobre mí los dorados días en que la cara se me arrugue y la calvicie se redondee y el cuerpo se encorve y vengan a mí como a un oráculo todos los viejos y viejas de las riberas del Yukón.

Día 30. — Festividad de San Andrés. Hoy celebramos las bodas de oro de la Madre Lorenza. Celebro con toda solemnidad la Misa a las nueve y predico un sermón de circunstancias.

De las aldeas vecinas llegan trineos cargados de antiguos alumnos que vienen a agasajar a la Madre. Traen objetos fabricados por ellos: cuchillos de marfil, botas de piel de reno, bolsas de piel de pato, moñas vestidas de pieles diminutas lujosísimas, cestas de yerbas norteñas resistentes como rafia; guantes de alce, y así por el estilo. Se exhibe todo en la mesa del salón de las Madres y la Madre Lorenza se conmueve toda.

Después de cenar asistimos a la representación de un programa típico del país, con un contenido de dramas, zarzuelas, óperas y todas las obras escénicas imaginables.

El suelo del vasto salón está ocupado por esquimales sentados patriarcalmente en hileras bien formadas. Preside la Madre Lorenza con el Padre Superior a un lado y mi persona al otro. Yo tengo que abandonar el asiento al principio de cada una de las representaciones para explicar con mímica el significado de lo que van a presenciar. El auditorio se ríe estrepitosamente. Están contagiados y cualquier mamarrachada les hace desternillarse.

Luego me llega a mí la vez. Yo tengo que salir al escenario en el último acto vestido de P. Treca, con bigote y barba postizos, hechos de pelos de reno blancos como la nieve. Cuando al fin de cinco minutos de algazara se restableció el orden, apenas comencé a hablar en esquimal imitando a un viejo de todos conocido, el auditorio se desbordó y creí que el techo se nos venía encima. Un mero atusarme los bigotes era ocasión de nuevas explosiones. Esta sencillez primitiva me ganó el corazón. En España me hubieran despedido a patatazos; aquí se rieron hasta que les sobrevino dolor de quijada. Las mujeres especialmente chillaban de modo alarmante. No esperaban que un blanco, y sobre todo un Padre, se rebajase hasta el punto de hacer el ridículo para darles a ellos el gran rato. El colmo vino al fin cuando los encargados de correr la cortina no lo hicieron y lo hice yo desde el escenario. La Madre Lorenza lloraba de satisfacción. Allí estaban los nietos de los primeros rapaces que ella adoctrinó cuando arribó a la Misión en 1905. Desde entonces ha sido Superiora vitalicia, y uso esta palabra porque lleva trazas de serlo hasta que se muera. Ella recibe a las recién llegadas, que vienen sucias y harapientas; ella las limpia y las viste, ella las inicia en la vida ordinaria, las corrige con suavidad, las enseña a coser y remendar, las educa en el sentido pleno de la palabra.

No hay cosa que tanto me atemorice, como el que me atrape la Madre Lorenza cuando tengo que visitar el convento. De pie los dos, junto a la puerta no vacila en hablarme por espacio de dos horas contándome escenas y episodios que ocurrieron hace veinte años. Allí me entero de quién fue el abuelo de Pepín, de cómo se las arregló para quitar el hábito de fumar a la tía de Jorge, de la respuesta tan aguda que le dio una vez la abuela de Luisito cuando se divertían remando río arriba, de la diferencia entre estos niños y los de las Montañas Roqueñas, donde trabajó hace treinta y cinco años, y de otros asuntos tan importantes como éstos, o tal vez un poco menos. Durante las dos horas de monólogo yo me apoyo sucesivamente sobre uno de los pies como las cigüeñas.

Si al día siguiente tengo que volver a ver cómo van las niñas que se preparan para la sagrada Comunión y tengo la desgracia de volver a ser atrapado junto a la puerta, quedo por el mero hecho condenado a aguantar dos horas más de un monólogo sobre la

madre de Juan, o el padre de Paco, o los Amókans, o qué sé yo. De ahí que me esté especializando en juegos malabares, gracias a los cuales me escurro como anguila y desaparezco por la puerta trasera antes de que la Madre Lorenza me atrape en la puerta común de casa.

La Madre nació en Irlanda, pero vino de joven a los Estados Unidos, donde profesó en un convento de Ursulinas. Es una Madre muy reverenda, bondadosa en extremo, encorvadica por los setenta y seis años que pesan sobre su cabeza; y sería santa canonizada, si no me entretuviese tantas horas de pie junto a la puerta contándome escenas del pasado. Por desgracia, siendo monja, creo que no puede remediarlo.

El P. Segundo Llorente S.J.
con un amigo fiel

CAPÍTULO XIV

CORRERÍAS NAVIDEÑAS

1. Un proyecto temible. — 2. Marcha fúnebre. — 3. Sustituyendo al Padre Sifton. — 4. Una *Mikiliñok Asijtok*. — 5. En pleno huracán. — 6. Viejas creencias esquimales.

Se acercaban las Navidades. A 80 Km. de Akulurak estaba el P. Sifton, veterano misionero del Yukón, el único blanco que domina la lengua del país con relativa facilidad.

Trineos de aquella región, que por aquí pasaban, nos informaban que el P. Sifton se estaba suicidando a puros ayunos y penitencias; que le iba fallando la memoria hasta el punto de no acordarse por la tarde si había desayunado; que preguntaba varias veces al día si era jueves o viernes, y nunca sabía a cuántos estábamos; que iba envejeciendo visiblemente, y así por el estilo.

El P. Sifton lleva muchos años solo en el distrito.

Aprovechando la oportunidad que se me ofrecía de llevar un huérfano tuberculoso al hospital territorial de Mountain Village, donde reside el Padre, me pareció prudente relevarle una temporada, dándole así ocasión para venir a Akulurak a pasar las Navidades y vivir vida de comunidad hasta que se mejorase aquella salud estropeada.

Celebrada con pompa la fiesta de la Inmaculada, alineamos once perros y pusimos dos barrotes de madera flexible debajo de las planchas de hierro del trineo. Las planchas de hierro son buenas para el hielo y para deslizarse sobre un rastro apisonado; pero cuando la nieve está blanda, se deslizan mejor los barrotes de madera, y por entonces habían caído unas nevadas copiosísimas. Sobre la impedimenta, que llenaba el trineo, se sentó Dick, el enfermo.

Mientras Baltasar —el guía— se disponía para arrancar, yo fui a la capilla a pedir al cielo que nos fuera propicio. Evidentemente el diablo también visitó al Señor para pedirle permiso —como lo hizo antaño con Job y los Apóstoles— para tentarme y zarandearme y no dejarme un hueso sano.

A los veinte minutos de arrancar, se nos hicieron añicos los barrotes de madera —cosa inusitada— y a la media hora se nos partió el freno por la mitad, cosa poco menos que inaudita. Como ningún trineo nos había precedido por aquellos parajes, tuvimos que abrir rastro, como aquí se dice, hundiéndonos en la nieve lo increíble.

A mediodía llegamos a una aldea con cuatro familias, que nos recibieron con una taza de té hirviendo, conforme a la etiqueta de la región. También nos dieron una bolsa de peces negros que los perros devoraron con verdadera fruición. No se crea que los peces coleaban. Parecían glebas cenicientas informes e indefinibles. Los peces helados adquieren la forma del recipiente. Si llenan una bolsa, hay que rasgarla y desmenuzar con el hacha aquella columna helada. No son muy nutritivos, pero sirven de refresco y son la clásica merienda cuando se hace alto a mitad del camino.

Vino pronto el Yukón, que se presentó a nuestros ojos como un mar sin orillas. Allá en el fondo se divisaba una línea negra. Era la orilla opuesta, entre cuyos arbustos reposa en silencio la aldea donde pensábamos pernoctar. Los perros jadeaban y tiraban, como podían, con un cansancio demasiado evidente. La línea negra parecía huir de nosotros. Llegamos al fin cuando ya había anochecido y, en la capillita que allí tenemos, se reunieron todos los aldeanos para rezar el Rosario, oír el sermón de rúbrica y confesarse.

Repartido que hube caramelos a niños y grandes, nos acostamos pensando en la caminata que nos esperaba al día siguiente, por tratarse de un trayecto temido por los veteranos más avezados en estas lides.

2. A las siete de la mañana ya habíamos terminado la Misa y el desayuno, y media hora más tarde, alumbrados por las estrellas, entre las que descollaba el lucero matutino, salimos para Mountain Village.

Y ahora es cuando el diablo empezó a frotarse las manos. Sobre la masa sólida de hielo, que cubre la superficie toda del Yukón, se sobreponen masas sucesivas más sutiles, capas delgadas a manera de estratos, que se forman cada vez que la marea del Estrecho de Bering abre boquetes en las orillas, y hace que se esparza por la superficie del río una manta de agua, que se solifica en pocas horas. Estas capas de hielo empezaron a ceder y los perros y el trineo se hundían hasta la capa gruesa inferior, moliendo hielo con las patas y abriendo una verdadera acequia con suelo y paredes de hielo puntiagudo que entorpecía el paso de modo irritante. Los perros se dieron por vencidos y, con miradas hacia atrás, nos indicaban claramente que así no se podía seguir. En vano los azuzábamos; al querer ayudarlos, empujando el artefacto, nos hundíamos y quebrábamos bajo nuestras plantas capas de hielo que cortaban la piel de las botas. Varias veces me hundí hasta la rodilla con retortijones tan malignos que no me quebré una pierna por pura misericordia de Dios, que dio permiso al diablo para molestarme, pero no para mutilarme.

A la media hora de abrir canales en el río por este estilo, hicimos alto y celebramos consejo de guerra, acalorándonos en la discusión de si sería preferible volver atrás o continuar. Se decidió seguir adelante. Pasado el hielo quebradizo, entramos en unas llanuras de nieve blanda, tan profunda, que los perros comenzaron a dar muestras de impotencia absoluta. Y eran once; todos jóvenes y bravos en extremo. Baltasar y yo nos turnábamos a las manillas, caminando el uno mientras el otro guiaba. En el trineo se sentaba Dick pálido y silencioso como una estatua, incapaz de dar un paso. Había tenido una hemorragia de sangre los días pasados.

A las tres horas de forcejeo, de hundimientos, de trotar, de empujar y de sudar, creí que ya no podía más, y pregunté a Baltasar cuántas horas nos quedaban para llegar y si era así todo el camino.

El hizo como que no me oyó. No le dejé salir con la suya y repetí:

—¿Cuántas horas nos quedan?

Baltasar levantó la cabeza y dijo muy serio:

—¡Seis!

Quedaban, pues, seis horas como las tres que habíamos cubierto. Quise reírme, pero no pude. Luego quise tomar el rifle y matar a todos los perros con guías y todo, pero tampoco pude por habérsenos olvidado el rifle en la capilla pasada. Saqué del bolso unas pastillas de chocolate y descansamos un cuarto de hora, que los perros aprovecharon para revolcarse sobre la nieve. Ofrecí luego en castellano todos aquellos padecimientos y los que veía en perspectiva, por el triunfo del Reinado del Sagrado Corazón de Jesús en España y en el mundo entero, y reanudamos la marcha, marcha fúnebre con trineo por ataúd, perros por caballos, y cuerpos extenuados por cadáveres putrefactos. Dos horas más tarde nos hallábamos en una selva de bloques de hielo que obstruían el paso, tan juntos, que no había manera de zigzaguear y escabullirse por entre ellos. Era necesario saltar por encima con un cabeceamiento del trineo, que nos molía los huesos.

Baltasar me llamó la atención, para decirme que en dirección contraria venía un trineo, y añadió que parecía el del cartero. Realmente no cabía duda de que aquello era un trineo. Pobre hombre, ¡cómo se bamboleaba, con qué dificultad salvaban los perros aquellos obstáculos de hielo, qué lentamente caminaba!: lo mismo que nos pasaba a nosotros. Al poco rato no vimos a nadie.

No había tal trineo; era que nuestra imaginación estaba más que medianamente calenturienta, y veíamos visiones y soñábamos despiertos. Este episodio me dio mal cariz. Quise tararear y pensar en algún chiste, pero no estaba el horno para bollos.

A las dos de la tarde llegamos a una casa abandonada, puesta allí para descanso de los caminantes asendereados como nosotros. En un rincón había una estufilla, y por el suelo se veían colas de salmón, restos de la comida de algún transeúnte. El silencio y la soledad eran abrumadores. Sacamos nuevas pastillas de chocolate, que nos aumentaron la sed penosamente.

No se crea que la sed se quite con nieve. No se quita. Además, la nieve está tan fría y quebradiza que, al meterla en la boca, causa en las encías un dolor apreciable, que impide repetir la operación. No hay más remedio que continuar y aguantar la sed. Por fortuna llegamos a un bache de hielo blanducho. Hicimos un hoyito con la navaja, y así pudimos satisfacer nuestras ansias de agua fresca y cristalina.

A las tres de la tarde, empezó a anochecer. Yo andaba o trotaba junto al trineo mecánicamente, sin saber casi lo que hacía. Cuando quise tomar las manillas tuve que dejarlas a los cinco minutos por puro cansancio. Si me sentaba en el trineo, los perros se paraban; era, pues, menester reanudar la caminata, o parar a hacer noche en escampado. A las cuatro, oscureció por completo y a duras penas distinguíamos a los perros delanteros. A las cuatro y media, yo me preguntaba por qué ley de excepción estábamos vivos, y renové el ofrecimiento que había hecho al Señor de tantas penalidades. A las cinco, al doblar un recodo, se nos presentó a dos kilómetros la aldea deseada, llena de luces y de ladridos de perros que ya nos olfateaban.

No sé lo que harían mis dos compañeros de martirio; yo miré de hito en hito aquella aparición, que dio al traste con mi virilidad masculina y me arrancó dos lágrimas que se congelaron en las mejillas. Sin darme cuenta, quedé embebido en la meditación de la sorpresa tan grata, que se llevará el alma justa, cuando después de una vida de martirio vea por primera vez la luz de la gloria...

3. Al embestir el ribazo, sobre el cual se alza la aldea, distinguí confusamente la casa e iglesia del misionero y vi con fruición que la casa estaba iluminada.

—¿Qué flautas viene usted a tocar aquí? —me preguntó sonriendo el Padre apenas traspuse el umbral.

—Vengo —le respondí— a distraerle con peteneras andaluzas.

—Con la música a otra parte —replicó—; de los músicos los menos.

—Usted es el que tiene que ir con la música a otra parte.

—Tengamos la fiesta en paz. ¿Qué le trae por aquí?

—Traigo órdenes terminantes de sustituirle a usted una temporada hasta que le salgan en Akulurak dos mofletes como dos naranjas. Entonces tomará usted el trineo y se presentará aquí sin más ceremonias, y yo me volveré en el mismo trineo. Le esperan en Akulurak para las Navidades.

—¿Cuándo son las Navidades?

—Pues ya se nos están echando encima.

—¿A cuánto estamos hoy?

—Hoy estamos a 10 de Diciembre de 1936.

—¡Qué atrocidad, cómo se pasan los años! Y ¿qué voy a hacer en Akulurak?

—Pues predicar en esquimal a los 200 adultos, que allí se reúnen los días de Navidad, y descansar un poco; y comer una comida decente de vez en cuando. ¿Ha comido hoy? ¡Tiene usted una cara de fantasma...!

—No se meta en camisa de once varas. Yo como lo que quiero y cuando quiero. Aquí el amo soy yo. Bueno, ¿y cuándo voy a Akulurak?

—Pasado mañana al amanecer.

—¿Qué tal está el camino?

—Pues… el camino... podía estar peor; mucho peor.

—Si, ¿eh? Bueno, pues iré. Pero conste que voy por propia voluntad. No me venga usted aquí con "ordenos y mandos", que antes de que naciera usted, ya era yo Superior de toda la Misión. ¿Qué edad tiene usted? ¿Veinte?

—En España no hablan de la edad más que los cocheros,

—Bueno, pues iré a Akulurak y usted me sustituye. ¿Qué más?

Quiso luego ponerme al tanto de los negocios del distrito, pero le interrumpí para decirle que, aunque yo estaba vivo y hablaba, era por milagro, que lo que necesitaba con urgencia eran unas sopas y una cama. Guisamos a toda prisa lo primero que topamos. Su cama estaba en un rincón de la cocina. Encima de ésta hay un cuartucho con unas tablas, que se convierten en cama con sólo poner sobre ellas una piel de reno y unas mantas. Si uno anda con cuidado se pueden evitar fácilmente chichones en la cabeza contra el techo, que es el tejado.

Apenas me envolví en las mantas, me pareció oír al Padre que me preguntaba desde abajo a qué hora pensaba decir la Misa:

—Por la tarde le respondí; y ya no volví a oír más ruido, hasta que un golpe como de cacerola que vino al suelo me despertó de mi letargo.

—¿Qué hora es? —pregunté desde el desván.

—Todavía no es por la tarde —respondió el Padre—; siga durmiendo que no son más que las diez y media…

Al día siguiente, muy de mañana, salió el P. Sifton para Akulurak y yo me quedé solo. Después de girar varias veces en redondo mirando ya al techo, ya las paredes, mientras abría cajones y latas y lo huroneaba todo, cantando entre dientes, entró una viejecita con un pescado muy bien lavado, sin cabeza, sin entrañas y sin escamas. Le pregunté cuánto quería por él, pero ella me lo ofreció gratis, disparando esquimal como una ametralladora. Tenía una red debajo del hielo, y todos los días caían unos cuantos. Me traería uno siempre que yo gustase, especialmente los viernes. Le di una taza de café con leche, que sorbió sin parar ni respirar. Luego le di dos rosquillas de una lata que me mandaron unas monjas. La viejecita las tomó y se quedó vacilando entre irse o decirme algo.

—¿Qué pasa? —la pregunté.

Y ella me respondió muy humilde.

—¡Si me pudiera dar tres! Tengo tres nietecitos, y si no llevo más que dos rosquillas se va a armar la de San Quintín.

Al amanecer del día siguiente vino una enfermera del hospital a decirme que un enfermo estaba a punto de expirar. Le habían traído la víspera en aeroplano y, aunque era católico, no había puesto los pies en la iglesia en los últimos veinte años. Esto me lo dijo la enfermera por el camino.

El enfermo tenía pulmonía doble y duraría unas horas. A solas con él, y después de una introducción de circunstancias, se confesó cortando las palabras en monosílabos, y le di la absolución. Luego le administré la Extremaunción, usando la fórmula abreviada para dar lugar al médico que tenía prisa. La boca del enfermo era una fuente de espuma —lo que impidió darle la sagrada Comunión — y en breve se presentó el estertor de la agonía que se fue recrudeciendo hasta que el enfermo dejó de respirar. No tenía allí parientes ni amigos.

Una vez amortajado en su propia ropa, le bajamos al sótano y le tendimos sobre unas bolsas de carbón: el único sitio disponible. Al día siguiente le metieron en una caja sin adornos, y cargaron con él cuatro esquimales robustos camino del cementerio, que está

en la cumbre de un cerro para evitar temores cuando el río sale de madre. Había entonces mucha nieve y soplaba una brisa muy molesta. Detrás de la caja iba yo. Los resbalones y los hundimientos en la nieve, cerro arriba, nos obligaron a parar innumerables veces. Ya delante de la sepultura recé las preces del Ritual y se procedió al entierro. Allí quedó el pobre Harry entre unos arbustos esperando la resurrección final.

Mientras bajábamos del cerro, meditaba yo en la misericordia infinita de Dios, que deja las 99 ovejas en el aprisco y se afana por encontrar la extraviada. La pulmonía doble, que humanamente era una desgracia, fue sin duda la ocasión de que Dios se valió para que Harry viniese a parar a los pies de un sacerdote, que le ayudó a preparar el viaje para la eternidad.

4. Por entonces empezamos a prepararnos para las Navidades, que se acercaban a pasos de gigante. Todas las tardes se reunían en la casa del misionero cantores y cantoras, que dirigía una antigua alumna de Akulurak, maestra en el arte de teclear el armonio. Se ensayaron himnos en latín, en inglés y en esquimal, alternando la música con historietas, mientras en la estufa se retorcía el fuego que calentaba la estancia y la llenaba de bienestar.

La víspera de Navidad decoraron las jóvenes la iglesia con verdadero primor. De los contornos llegaron trineos sin número, que me hicieron gastar la tarde en el confesonario con grande consuelo de mi alma. Nadie se acostó la Nochebuena. En un saloncito, pegado a la cocina, había una mesa portátil de billar, siempre ocupada, más mesas y bancos con juegos de ajedrez, damas, barajas y dominós. Todos fumaban a la vez. Cuando entré a decirles que ya eran cerca de las doce, el humo era tan espeso, que tuve que ir por entre las mesas a tientas, o a palpón —como dicen en mi pueblo.

La iglesia se llenó desde el altar hasta la puerta. El termómetro marcaba 32° bajo cero, pero en la iglesia se estaba bien, tal vez demasiado caliente. Enfrente del portalito de Belén había un grupo de matronas envueltas en pieles, con niños en los brazos, extasiadas ante el espectáculo de un Niño-Dios tan pobre, que ni siquiera tenía pieles para abrigarse en una noche tan fría, mientras sus hijitos se escondían en sus *parkis* diminutos, rellenos de piel de liebre. Tampoco veían la estufa en el portalito, ni el trineo, ni los

arneses de los perros, ni las raquetas para caminar sobre la nieve. ¡Qué pobre era aquel Niño! Probablemente detrás del Portal tendría San José una caseta bien repuesta, predominando sin duda el salmón curado y el aceite de foca. Al terminar la segunda Misa todos desfilaron ante el Niño, pero no le besaron el pie, porque los esquimales no saben lo que es besar. Todos mostraban lo mucho que le querían, mirándole con ojos muy abiertos y diciendo en voz baja en su lengua:

—*Una Mikiliñok Asijtok* (¡Qué Niño tan mono!).

La tercera Misa fue a las ocho, para los que no pudieron ir a la Misa del Gallo.

Desde el desayuno mi casa parecía una colmena: familias que venían a saludarme; niños que se arrastraban por el suelo y lo tiraban todo; viejas sentadas en el suelo, que charlaban como fonógrafos; chicos y mozos, que jugaban al billar y diversos juegos sedentarios, llenando la casa de humor de sonidos esquimales disparados entre risotadas a coro, cuando algún infeliz tenía la desgracia de perder tres veces arreo. Al atardecer noté que me dolían los pómulos de tanto prodigar sonrisas a todos, y temí que la cabeza no pudiese resistir tanta tirantez y estallase de un momento a otro. Todo se arregló con un paseíto por el río, desafiando una brisa que restituyó a su prístimo estado pómulos y cabeza.

Por la noche se volvió a llenar la iglesia para el Rosario y la bendición con el Santísimo. Todos quedaron muy satisfechos y se despidieron hasta Pascua. Yo tenía que visitar el distrito del P. Sifton y quise aprovechar la salida de los trineos para irme en uno de ellos. Muchos salieron aquella misma noche. Yo saldría a la mañanita siguiente con Andrés. Por la noche puse la casa en orden y, al ir a dar las buenas noches a Jesús, en el sagrario, como le pidiese me favoreciese en las pruebas que me esperaban por aquellos parajes desconocidos, me sentí tan esforzado y palpé tan de cerca la buena voluntad con que El estaba dispuesto a protegerme (algo así como la gallina protege a los polluelos bajo las alas), que de puro gozo empecé a desatinar y a preguntar a las paredes por qué no se hacían misioneros todos los hombres.

5. Al día siguiente salí en el trineo de Andrés camino de Pilot Station, a unas siete horas de distancia. Aquí no se cuentan las distancias por kilómetros, sino por las horas que se emplea en llegar a

una velocidad media. El rastro estaba espléndido y caminábamos a un trote seguido, que auguraba un viaje de los buenos.

Al principio no corría más que una brisa casi imperceptible. Al poco rato la brisa se convirtió en viento que levantaba remolinos de nieve y nos cegaba los ojos, y a las dos horas de haber salido nos las tuvimos que ver con el peor huracán en los últimos veinte años, según testimonio de los viejos. Recuerdo que, en algunos sitios, al llegar a manchas de hielo terso sin pizca de nieve, nos barría el vendaval con perros y trineo, y daba con nosotros en el primer ribazo de nieve que topábamos en nuestro patinar forzado. Mi única preocupación en semejantes casos era prepararme de antemano para caer en una postura lo más digna posible, en vez de caer atropelladamente y a la larga sin arte ninguno. La paciencia de Andrés me edificó, de suerte que me pareció un crimen quejarme, siendo él el neófito y yo el misionero. Por eso, cada vez que rodábamos por el hielo camino del próximo ribazo y dábamos un par de volteretas o se nos venía el trineo encima con un golpecito que nos hacía salir rengueando, yo le miraba riéndome hasta las orejas o le preguntaba inocentemente si el golpe había llegado a cosa mayor. A las dos de la tarde me pareció que llegaba el fin del mundo, y que la Tierra iba a chocar contra la Luna a una velocidad de mil millones de kilómetros por hora. Los remolinos de nieve convertían el día en noche: nos era físicamente imposible abrir los ojos, que, medio cerrados y todo, se pusieron sanguinolentos; el huracán rugía pavorosamente, como león que olfatea la presa; a ratos nos veíamos forzados a caminar para atrás, y, ante aquel cúmulo de aflicciones, creí que tendríamos que hacer alto y guarecernos al abrigo de algún montículo, en espera de acontecimientos.

Cuando ya me daba por perdido, me pareció oír ladridos de perros a la orilla izquierda del río. Pregunté a Andrés si él oía algo (no fuera que yo soñase despierto), y me respondió que eran los perros de Jorge Petersen, que vivía allí a la vera. Le convencí de que lo mejor era hacer alto y saludar a Jorge y ponernos bajo techado antes de que nos llevase el viento por los espacios interplanetarios. Aquellos ladridos fueron providenciales.

Jorge era un católico con nueve hijos y una flota de holgazanes, que él alimentaba caritativamente a trueque de trabajillos que le hacían, como partir leña, acarrear agua, remendar redes, visitar

los lazos y demás. Me recibió con una taza de té y pan tostado con mantequilla, y me rogó pernoctase allí y les confesase y les dijera Misa al día siguiente. Cuando se reunieron todos, hallé que había catorce adultos dispuestos a recibir los Sacramentos. Entretanto la furia del viento no cesaba.

Más tarde habíamos de oír cómo en esta aldea y en la de más allá volaron tejados y casas y canoas, que reposaban en las orillas del Yukón. En una carta de Akululak leí, que los edificios se balanceaban tan angustiosamente que los huérfanos acudieron en masa a la iglesia, donde rezaron tres rosarios, hasta que cesó el balanceo.

En la casa de Jorge se estaba bien. Después de confesarlos a todos quedamos él y yo enfrascados en una charla animadísima. Jorge es un mestizo, hijo de sueco y esquimal; por eso habla el inglés y el esquimal con exquisita corrección. Su abuelo era marino sueco. En un viaje al puerto de Nome (Alaska), el capitán sospechó que muchos marinos querían quedarse en Nome a probar fortuna y prohibió en absoluto bajar a tierra. Al levar anclas, cuando ya estaba a 3 Km. de la costa, los centinelas que vigilaban en el barco revólver en mano, se retiraron sin sospechar que pudiera alguno intentar cubrir a nado aquella distancia. El abuelo de Jorge se dejó caer al agua sin ser visto y nadó con valentía los 3 Km. Andando los años adquirió una fortuna y terminó pacíficamente sus días, siendo capitán de un barco mercante que traficaba entre Alaska y California. Jorge me cuenta su vida y milagros con verdadera fruición.

6. Lo interesante fue la relación que me hizo de las creencias de los viejos esquimales, aquéllos que se habían escapado a la influencia de los misioneros, tanto rusos corno católicos. Creían en la vida de ultratumba. Los buenos, los amigos del trabajo, los generosos, los que no se embriagaban cosa mayor, los que evitaban el robo y el homicidio, los veraces ..., todos éstos al morir pasarían sin dificultad alguna el anchuroso río que separa esta vida mortal de la eterna; mientras que los malos, es decir, los embusteros, los ladrones, los homicidas y los borrachos empedernidos serían anegados en las ondas turbulentas de aquella corriente que los arrastraría a un lugar pavoroso, donde se verían constreñidos a trabajar sin descanso, incapaces siempre de saciar el hambre canina que los

devoraría. Los buenos, después de arribar a las playas eternas, tendrían caza, pesca, tabaco, azúcar, todo cuanto quisiesen en la abundancia que quisiesen y con un trabajo casi nulo.

De aquí, Jorge pasó a contarme cómo no se había perdido jamás en los viajes innumerables, que había hecho por los cuatro puntos cardinales de Alaska Boreal. Cuando se va por la pampa nevada, hay que dar los pasos iguales, evitando la tendencia innata que tenemos a dar un paso más largo que otro, si queremos caminar en línea recta y no en círculos. Cuando se va por una espesura de arbustos, hay que mirar siempre adelante y fijar la vista en un árbol que está enfrente, y no a uno de los lados. Si hay tormenta con remolinos de nieve, entonces hay que mirar a las pisadas y ver si van derechas o torcidas. De noche, si hay estrellas, se puede uno guiar por ellas; si no las hay, es preferible hacer alto, so pena de un extravío irremediable.

Cuando ya nos íbamos a acostar, llegó un trineo. El buen hombre no se detuvo más que a tomar una taza de té. Había oído que su hija había empeorado, y quería seguir media hora más para verla antes de expirar. La enferma llevaba dos años en cama, tísica rematada, siempre agonizante y siempre muriendo. Antes de salir, le dije al padre que por la mañana llevaría yo el Viático a la enferma; que se preparase para confesarse. Con esto nos acostamos en paz, y yo dormí el sueño del justo en un suelo muy bien entarimado, con dos pieles de reno por colchón.

Al amanecer dije Misa, en la que comulgaron todos, y reservé una forma consagrada para la enferma. Salimos Andrés y yo, después del desayuno, por un rastro magnífico. El viento había barrido la nieve y todo el río era un espejo de hielo.

Dentro de mis pieles iba Jesús Sacramentado, que se dignaba dejarse llevar en un trineo toscamente fabricado, tirado por perros famélicos y regañones.

Hay que evitar que la frecuencia con que esto tiene lugar, le haga a uno acostumbrarse a un ejercicio tan divino, como llevar en el trineo a Jesucristo vivo, a ese Señor que, como Dios, lo creó todo y lo conserva todo, y, como Hombre, nos redimió y cambió la faz del mundo y es la esperanza de toda alma buena. Es natural que el misionero tenga algún conocimiento de Jesucristo. Por eso,

cuando yo le llevo en el trineo, no envidio a San Juan, el discípulo amado, que mereció reclinar la cabeza en el pecho del Señor.

CAPÍTULO XV

SUBIENDO POR EL YUKON

1. En Pitka Point. — 2. Sudando sobre la nieve. — 3. Una noche de miedo. — 4. Hacia Takchak. — 5. Año Nuevo de 1937. — 6. Las noches en el *kasin*. — 7. La danza esquimal.

Llegamos a Pitka Point cuando aún era muy de mañana. Pitka es una aldea diminuta, cuyos habitantes no se han convertido todavía al catolicismo por hallar más fácil practicar el culto ortodoxo, que predicaron allí hace cien años, los misioneros de los Zares.

Hay, con todo, en Pitka una familia católica: Guillermo, Engracia y una hijita de seis años. Engracia era la enferma.

Al llegar a Pitka, cuando me dirigía con los ojos bajos a la casa de Engracia, me salió un hombre al paso, y dijo en voz tan baja que apenas le pude oír:

—*Tokóljok!*

Esta palabra me dejó desconcertado. Engracia había fallecido. Había fallecido a media noche. ¡Lástima de unas horas!

Cuando el padre llegó con la noticia de que el misionero vendría con la sagrada Comunión por la mañana, Engracia se reanimó y empezó a preguntar cada cinco minutos:

—¿Viene ya? Mirad a ver si viene.

Y luego:

—Ladran los perros; a lo mejor es él que viene; salid a ver si es él.

A las doce de la noche le vino una hemorragia con esputos tan gruesos que, sin poderlos arrojar, la ahogaron en pleno conocimiento.

Este suceso me trastornó al principio, por hacerme creer que Dios no estaba satisfecho a causa de mis faltas y pecados, y que me castigaba por ellos llamando para Sí aquella alma antes de que yo llegase.

La difunta acababa de ser amortajada en sus propias pieles y yacía en la cama con el crucifijo en las manos pálidas y esqueléticas. ¡Qué decaimiento el que entonces me tomó! Allá en los rincones me pareció ver con la imaginación legiones de demonios que se reían de mí, frotándose las manos y profiriendo chistes blasfemos. Me consoló el pensamiento de que la enferma había deseado con ansia mi llegada para reconciliarse con Dios, y, si lo deseó, la intención basta.

Andrés era pariente de Guillermo y se ofreció a fabricar el ataúd, lo que le llevaría casi todo el día. Yo tuve que ayudar a cavar la sepultura con hachas y barras, por estar el suelo helado y duro como el cemento. Al anochecer tuvimos el entierro con todas las ceremonias del Ritual. La noticia fue corriendo en alas del viento y aquella noche vinieron de no sé dónde amigos y conocidos, que no sospechaban estuviese allí el misionero. Hecho un estudio detenido de cada uno de ellos, encontré que nueve eran católicos y habían recibido los Sacramentos varias veces en la vida. Todos se confesaron y a la mañana siguiente oyeron Misa y comulgaron. Entonces me pregunté, si habría sido providencial la muerte de Engracia, y sí no se debería a ella el que aquellos buenos esquimales saliesen de sus escondrijos y viniesen a parar en los brazos de Dios que los recibía por su misionero.

Hay en Pitka Point un mercader blanco, que me recibió con suma cordialidad, poniendo a mi disposición cuanto él tuviese y yo necesitase, hasta el punto de querer obligarme a dormir en su cama, alegando que a él no le importaba dormir en el suelo. En vista de que no lo pudo conseguir, empezó a sacar pieles y mantas hasta que tuve que intervenir con mano fuerte para convencerle que tres pieles bastaban y sobraban.

Aquella noche, antes de acostarme, fui de nuevo a visitar a Guillermo. Estaba sentado en la cama, con la cabeza entre las manos. En el suelo estaban su padre y su madre, todos en silencio, muy tristes, pero sin llorar. Comencé a consolarlos lo mejor que supe y, bajando del cielo a la tierra, les empecé a contar casos y

cosas de España, del mar, de Norteamérica, de la Habana, y describí por menudo los naranjales, los caballos, los trenes, los lirios, las riñas de los chicos, las de las verduleras, las corridas de toros y la manera de hacer vino, sidra, harina y otras lindezas por el estilo. Todas estas descripciones desfilaron ante ellos como una película de cine, y se admiraron y se sonrieron y terminaron por reírse como niños. Guillermo me dio las gracias por haberle hecho pasar deliciosamente la noche que pensó iba a ser la más terrible de su vida. Sería una locura intentar divertir a un blanco la noche que le enterraron la mujer. Los esquimales no son blancos, ni opinan como los blancos.

2. Después del desayuno, salí con Andrés camino de Pilot Station, donde tenemos casa e iglesia. La distancia inmensa, que separa a estas dos aldeas siguiendo río arriba, se acorta considerablemente tirando por un atajo que atraviesa lagos, selvas, arroyos, pampa y cuanto forma la periferia de la tierra en aquella región. Desgraciadamente la tormenta pasada había volcado verdaderos montículos de nieve sobre el rastro, que clareaba entre los árboles. Nos hundíamos hasta los pechos y teníamos que parar con excesiva frecuencia para secarnos el sudor y descansar un poco.

Allí comprendí la exactitud de las palabras del anciano Padre Lucchesi. Este Padre me contó que varias veces, en sus viajes innumerables por la tundra, se vio tan molido y maltratado, tan exhausto y falto de fuerzas que le vinieron deseos de sentarse en la nieve y llorar y patear como un niño enfurruñado y decir con los puños cerrados:

—¡Señor, no puedo más; yo me muero; quiero morirme aquí mismo; sácame ya de este valle de lágrimas!

Pero nunca pasó de deseos; porque dentro del corazón va fija la imagen de Jesucristo muerto en la cruz, y ante tales pruebas de amor, el misionero se avergüenza de lo poco que hace, y anhela hacer por Cristo todo lo que el organismo dé de sí. Ahora bien, es un hecho que las reservas del cuerpo son insospechadas. Lo que falta con frecuencia es decisión y fortaleza de ánimo. Andrés y yo salimos a flote animándonos mutuamente y ofreciendo aquellos trabajos por nuestros pecados y por la salvación de las almas.

A las tres de la tarde llegamos a unas vistas panorámicas tan bellas, que a mí se me antojaron vasos de refresco que Dios me tenía allí preparados para el espíritu cansado y apocado. Esparcidos en bellísimo desorden se erguían unos abetos esbeltísimos con las ramas doblegadas por el peso de la nieve que sustentaban, en medio de un silencio de cementerio. La selva era cruzada por un arroyo profundísimo. Al caminar por él, los abetos de las márgenes semejaban centinelas gigantes vestidos de gala, que vigilaban aquellos pasos medio verdaderos, medio legendarios, y, mientras más caminábamos por el arroyo, más se ensanchaba el espíritu y más se regocijaba el organismo todo con un gozo que parecía redundar hasta los huesos.

3. Por aquellos atajos encantados llegamos al Yukón, y al anochecer estábamos en Pilot Station. Esta aldea fue una de las principales del Yukón hace veinte años; pero ha venido disminuyendo tan vertiginosamente que no queda de su pasado más que una aglomeración de casas semiarruinadas, en las que no habita nadie. Muchos emigraron, muchos vivían entonces en los campamentos de invierno y muchos más murieron, como lo atestiguan las cruces sin número que se alzan en el cementerio allí a la vista.

En la actualidad, no hay más que dos familias. Andrés se alojó en la choza de su primo, y yo me dirigí con el bagaje a cuestas camino de la iglesia, que se alza en un terraplén entre dos arroyos con dos montañas por orillas. Pasé el puente de madera de un arroyo y caminé a tientas una distancia que se me hizo larguísima.

Al abrir la puerta resonaron los senos de la casa con una resonancia parecida a la que se oyó dentro del caballo de Troya, cuando el asta se clavó y quedó temblorosa en uno de los lados. La casa y la iglesia están unidas formando una sola armazón; por eso me encontré con puertas y escaleras, que me desorientaban y excitaban mi curiosidad. Cansado, muerto de frío, solo en aquellas oscuridades..., ¡qué ratos tan angustiosos!

Salí a la puerta, y vi en las faldas del monte el cementerio sembrado de cruces. La aldea estaba allá lejos a lo largo del río.

Entré de nuevo, y con una linterna registré la casa de arriba abajo, abriendo baúles y puertas, destapando botes y cacerolas, y enterándome de todo. Por primera vez en muchos años me entró miedo. Quise reírme y echarlo a guasa, pero ¡no! Yo tenía miedo.

Detrás de la cocina hay un portalón para la leña. El viento encajonado en el valle silbaba y hacía ruido en las planchas de zinc de aquel cobertizo, y aquellos golpes rítmicos semejaban puntapiés que dieran a la puerta ladrones invisibles.

Encendí lumbre y cené unas sardinas. Luego me encomendé a Dios y me acosté recordando que en aquella iglesia —cuya puerta estaba a dos pasos de la cama— habían dormido todos y cada uno de los cadáveres que ahora reposan en el cementerio, por ser aquí costumbre llevar los muertos a la iglesia la noche antes de ser enterrados. Si se hubiera muerto un esquimal aquel día, ¿hubiera tenido yo valentía para dormir con él pared por medio en aquella casona solitaria, con aquel silbar del viento en noche tan tenebrosa? Temiendo que el miedo me dominara por completo, me levanté, agarré una silla que topé a oscuras y, blandiéndola en ademán quijotesco, increpé en alta voz y en castellano a todos los endriagos y malandrines terrestres, marinos y de los aires amenazándoles con ejecutar cruelísima venganza en el primero que osara trasponer aquellos umbrales. Con esto me di por satisfecho, y me acosté despacio, y no desperté hasta las siete del día siguiente.

4. Los cuatro adultos del lugar vinieron a Misa y recibieron los Sacramentos. Aquel mismo día alquilé un trineo por una bolsa de harina y fui a visitar a los cazadores, que acampaban al otro lado del río, en mitad de la selva. Todos los miembros de aquellas cinco familias me rodearon en la casa más capaz, clavando en mí unos ojos saltones, como si yo fuera un aparecido. Con chapurrear un poco el esquimal y repartir dulces y chocolates se desvanecieron los temores y nos hicimos amigos. Cenamos sentados en el suelo en un corrillo patriarcal y, después de la instrucción de rúbrica, se confesaron todos menos una vieja octogenaria, que era ruso-ortodoxa y no entendía de Sacramentos. Luego me enseñaron las pieles de zorra y nutria, y nos acostamos en el suelo que era plano y bien entarimado. Comulgaron con mucha devoción en la Misa, que dije sobre una mesa que me llegaba a la rodilla, y nos despedimos hasta cuando Dios quisiera.

Yo volví a Pilot Station. Esta vez me familiaricé mejor con la casona solitaria y dormí con una paz beatífica. Más tarde me había de enterar, que en aquella iglesia comulgaban unas 80 personas todos los domingos; que en Pascua daba cabida a 130, y que resi-

dieron allí un Padre y un Hermano por espacio de siete años. ¡Qué cambios en tan poco tiempo!

Aquella mañana —la última de 1936 pasó por allí un trineo con once perros camino de Marshall, a 95 Km. de distancia. En el camino de Marshall está Takchak, adonde pensaba dirigirme lo antes posible. Aquel buen esquimal me tomó en su trineo y salimos camino de Takchak ya avanzada la mañana.

El viento sur trajo nieve, que se convirtió en una llovizna persistente, mezclada a ratos con copos de nieve que parecían gotas enormes. Era un espectáculo, que movía a compasión, vernos chapotear por aquellos charcos, que se formaban sobre el hielo, hundiéndonos a veces hasta el vientre, mojada la ropa, cegados los ojos por la cellisca y la llovizna que oscurecían el día, de suerte que nos era imposible distinguir los objetos a 10 metros de distancia. A eso del anochecer cuando ya lo había dado yo todo por perdido, oímos ladridos de perros a la mano izquierda. Pregunté al buen hombre y me respondió, que por allí había unas casetas de cazadores.

—Pues a ellas —le dije sin vacilar un momento. Y, en efecto, pronto descubrimos cinco chozas, tres de las cuales echaban humo por la chimenea.

Entré en una de ellas, y lo primero que oí fueron unos gritos atroces de dos nenes que se agarraban a las faldas de su madre.

—Soy el misionero —dije a la buena señora. Ella por toda respuesta levantó las manos al cielo y luego comenzó a dar gracias a Dios. Uno de los nenes no estaba aún bautizado, aunque tenía casi completo todo el sistema dentario. Todos los días pedía a Dios que mandase pronto al misionero para bautizar aquel niño, y ahora veía oídas sus plegarias; por eso se alegraba de mi llegada.

Lo primero que hicimos fue secarnos junto al fuego; y, una vez secos de arriba abajo, después de cambiar impresiones, procedí a bautizar al pequeño Kanikchak, a quien puse por nombre Luis.

Se reunieron en conjunto cuatro adultos y cinco niños. Los adultos se confesaron, pero se quedaron sin instrucción por falta de intérprete. Es fácil sostener una conversación, en la que hacen ellos el gasto; en cambio usar palabras y giros apropiados, para

instruir convenientemente en materias de religión es tan difícil —sobre todo a los principios— que es preferible no intentarlo.

En una caja de repuestos acerté a llevar unas naranjas, que me había regalado el maestro de Mountain Village. Saqué un par de ellas y observé cómo se agrandaban aquellos ojos, que jamás habían visto una naranja. Les ofrecí primero las mondaduras para ver qué caras de vinagre ponían al chuparlas, y luego fui pasando gajos, que deglutían con gestos muy graciosos.

Como ya era muy de noche, cada mochuelo se retiró a su olivo, y nosotros nos acostamos en el suelo, con el cual se llega uno a familiarizar en el sentido pleno de la palabra.

5. Amaneció el día de Año Nuevo. Mientras los pocos feligreses tomaban posiciones en el suelo o sentados en lo primero que topaban, yo me puse a fabricar el altar, procurando al mismo tiempo la suma decencia con el máximum de comodidad. Después de tentar acá y allá, logré levantar un altar, o mejor una tabla nudosa, atravesada sobre dos latas de gasolina vacías. Como la tabla no asentaba, hubo que remediarlo con trapos de relleno en una de las esquinas. Encima de mi cabeza colgaban pieles de zorra, cuyas colas peludas me desordenaban el cabello, cuando me enderezaba por descuido. Un gato, de los poquísimos que se ven en Alaska, curioseaba alrededor con el rabo tieso y los ojos ávidos de novedades. Al vestirme para decir Misa, las vestiduras sembraron verdadero pánico en los cuatro rapacines agazapados en un rincón, y hubo lloros y gritos, que degeneraron en un hipo interminable. Así celebré la Misa en la mañana de Año Nuevo —año de 1937—. Recuerdo que al dar la Comunión a una matrona, el niño, que tenía en los brazos, supuso que se trataba de un caramelo y extendió el brazo y casi me agarró la Sagrada Forma.

—¡Lástima de instantánea! —dije, pensando en las fotos de Misiones.

Por fin salimos para Takchak. Como la temperatura había bajado durante la noche, el rastro estaba helado y pudimos caminar a buen paso por selvas y lagos, sin percance alguno.

A media tarde arribamos a la aldea, que nos recibió con un ladrido general de perros muy típico del país. Corrió la voz de que había llegado el misionero y, antes de llegar a la capillita que allí

tenemos, me vi rodeado de un grupo considerable de hombres y mujeres con la correspondiente chiquillería. Al quitarme las pieles se quedaron como pasmados. ¿Quién era yo? Creían que era el P. Sifton. Tuve que empezar a chapurrear esquimal y a dar explicaciones. Con esto se aquietaron y me siguieron en procesión hasta la casa.

Es una Residencia modestísima, ya que se reduce a una habitación de 4 mts. de larga por 3 de ancha, que comunica con la capilla, donde se pueden sentar cómodamente unas 50 personas. No hay segundo piso. La habitación hace de cocina, de dormitorio, de sala de recibo, de todo.

Pensaba estar allí una semana, pero pronto cambié de parecer. Aquellos esquimales de pura cepa, incontaminados con los mercaderes blancos (que son, por lo general, una partida de borrachos), aquellos esquimales —digo— me impresionaron tan gratamente que decidí estar con ellos hasta que se me terminasen las provisiones.

Todas las mañanas se llenaba la capilla y comulgaban a diario con verdadero fervor. Algunos eran tan escrupulosos que se confesaban tres veces por semana. Durante la Misa rezaban o cantaban himnos apropiados, en esquimal, con muy buena música y sin desentonar.

Después del desayuno, me llenaban la habitación desde la puerta hasta el camastro de madera. Unos jugaban al dominó, otros a las damas, otros se entretenían en desenredar diversos géneros de rompecabezas, otros miraban los perfiles de centenares de fotografías en dos estereoscopios de segunda mano, y así por el estilo; entrando y saliendo cuando les parecía, bebiendo agua cada diez minutos, escupiendo sin cesar en dos tachos, que puse en sitios estratégicos, riéndose y charlando en esquimal a una velocidad de aeroplano.

A mediodía yo cocinaba una comidilla de patatas con arroz y pescado y la despachaba con toda tranquilidad en un rincón sin que nadie se diese por enterado.

Cuando me afeitaba, comentaban la enormidad de espuma que salía de tan poco jabón y seguían el zig-zag de la navaja barbera, maravillándose de que cortase tan al rape sin herir la piel. Si

quería verlos reír con todas las ganas, no tenía más que dejar el bigote para el fin. Al ver el labio superior con una montaña de espuma, sacaban chistes al bigote nevado y todos se reían.

Les dije una vez en bromas que, por aquel circo, cobraría en adelante un par de reales, y aquella misma tarde uno me trajo seis costillas de reno, otro un plato de salmón salado, otro dos peces del tamaño de una trucha, otro el corazón de un reno y otro una lengua. Tuve que echarles el alto, no fuera que me fuesen a llenar la casa de comestibles, especialmente necesitándolos ellos.

Por la tarde teníamos un rato de catecismo, y por la noche se volvía a llenar la capilla.

Había varias familias ruso-ortodoxas, pero asistían con la misma frecuencia que los católicos. Hace veinte años toda la aldea era ortodoxa: ahora las dos terceras partes se han pasado al catolicismo, y los restantes vendrán muy pronto, pues se están cuarteando visiblemente.

Por la noche, después de rezar el Rosario y cantar varios himnos, les explicaba yo el Evangelio, paseándome desde el altar hasta la puerta con mucha gravedad; y era encantador ver aquellos esquimales con el cuello estirado, como para no perder palabra, estáticos como momias, un poco arrugada la frente, como si se esforzasen por acabar de entender doctrina tan original.

Así estuve con ellos 27 días, casi todo el mes de Enero, tal vez el mes más feliz de toda mi vida.

6. Con frecuencia salía a dar un paseo por el río y me internaba en la espesura de la orilla opuesta, donde me sentaba a meditar en medio de un silencio que no se puede explicar. Allí se borran los recuerdos y queda la idea borrosa de que existen hombres en el mundo, y de que existe el idioma español, y de que uno es misionero. Aunque viva cien años no olvidaré aquel árbol tronchado, donde tantas veces me senté pensativo, mientras con la punta del pie hacía figuras en la nieve quebradiza. Otras veces tomaba una vara, y en algún lago de nieve muy nivelada escribía palabras y nombres españoles que al día siguiente aparecían pisoteados por zorras, liebres y tármigans.

Los hombres se reunían todas las noches en el *kasin* a danzar y divertirse, tornando parte activa en todo, mientras las mujeres tenían que contentarse con mirar o danzar en silencio,

Como no cesaban de invitarme, acepté una noche y me arrastré por el agujero de entrada, cuando menos lo esperaban. El *kasin* es un cuadrángulo subterráneo, con paredes de madera, cerrado por todas partes, excepto en el techo, donde hay un agujero cubierto con una piel, para dar salida al humo y ventilar la estancia. Alrededor de las paredes hay unos salientes de madera, que sirven de asientos. En el centro hay un hoyo, donde encienden fuego para bañarse. El calor del recinto es tal, que al quitarse la ropa según me decían corre por todo el cuerpo un sudor copiosísimo, que limpia el organismo mejor que cualquier baño de jabón oloroso en agua de rosas. Este baño lo tomaban infaliblemente todas las tardes, sólo los hombres, sin que esté permitida la entrada a los niños o a las mujeres.

Por la noche se reúne toda la aldea para las danzas de costumbre. La noche que yo les sorprendí, estaban los hombres sentados alrededor del hoyo central, todos fumando, incluso los tres que batían sendos tambores descomunales y los dos que danzaban con plumas en las manos. El hoyo céntrico es el recipiente forzoso de colillas, salivazos, productos nasales y cuanto estorbe a los presentes. En los salientes laterales estaban los rapaces que pasaban de boca en boca una colilla, que ya no daba más de sí, pero que nunca acababa de extinguirse. Cada uno tenía derecho a su chupada, y era a la vez gracioso y asqueroso verles relamerse los labios después de la chupada. Debajo de los salientes, y acurrucadas en montones informes estaban las mujeres y las chicas con niños pequeños en los brazos. Yo me senté junto a los rapaces en una esquina para ver bien los toros desde la talanquera.

7. Primero comenzaba el cantor con una tonada tristona, que todos escuchaban en silencio, hasta que, al llegar a ciertas palabras, empezaban los del tambor a dar varazos, suaves al principio, ascendiendo luego gradualmente hasta que, al llegar a otras palabras convenidas, se levantan dos danzantes y, puestos enfrente de otros dos, que estaban sentados, daban principio a las contorsiones más originales, extendiendo los brazos, enderezándose y

retorciéndose con ritmo singular, que a ellos les hacía reír y a mí me dejaba perplejo sin saber qué pensar. Como noté que me miraban furtivamente, para ver si me daba placer aquello, puse los músculos faciales en postura de risa beatífica, que sostuve dos horas y media hasta las 12,25 de la noche. Estaba asistiendo a ceremonias, que probablemente, tuvieron origen allá en los días de Noé, y me cobijaba un techo, negro por el sarro, que fabricaron hombres perdidos en las olas del pasado. La tonada tristona del principio iba tomando caracteres de canción marcial, hasta que llegaba al punto álgido, en que todos vociferaban al compás de los tambores con ritmo frenético, al galope, con voces de trueno, creciendo, creciendo, con varazos descomunales en los tambores, que me contagiaban y me hacían a mí seguir el compás con movimientos del cuerpo sin casi notarlo, o mejor, sin poderlo impedir; y cuando todo el recinto vibraba electrizado, se terminaba en seco. Al silencio de unos segundos seguían gestos y palabras de cansancio, como arremangarse, limpiarse el sudor, tenderse en el suelo con respiraciones prolongadas a manera de bufidos y preguntarse si bastaría o arremeterían con otro tango.

Nadie crea que se trata de ceremonias supersticiosas. Estas danzas peregrinas suplen en Alaska nuestros deportes: el fútbol, la pelota, los bolos, los toros, las luchas grecorromanas y cien otros pasatiempos, que aquí no pueden ejercitarse por lo extremado del clima.

Tanto me gustó la fiesta aquella noche, que volví la noche siguiente. De ordinario empiezan a las nueve y no terminan hasta la una o las dos de la madrugada. Luego duermen hasta que se hartan, y por la tarde cortan leña o visitan los lazos del bosque.

Durante mi estancia en Takchak, convinimos en terminar la función antes de la media noche; no fuera que la sed les apretase demasiado y bebiesen y no pudieran ir a comulgar,

Antes de acostarme visitaba al Señor en la capilla y le daba las buenas noches. Con la conciencia de que yo era el único misionero católico en cien leguas a la redonda, y de que sobre mí gravitaba el bienestar espiritual de aquellos esquimales semiabandonados, al postrarme de noche ante el Sagrario sentía la presencia de Jesucristo blanda y amorosa, como si el Señor me animase a seguir plantando y regando, dejándole a El dar el incremento. Allí

siente el alma deseos de ser mejor, y se confirma uno más en el pensamiento de que ha sido pura merced de Dios escogerle a uno para las Misiones, mientras que otros, que las piden, no las consiguen, a pesar de estar mejor dotados en todos los sentidos. Allí quiere uno vivir cien años misionando, sin más paga que poder postrarse todas las noches ante el Sagrario para decirle a Jesús que es muy bueno y que las penalidades del misionero son gotas de agua comparadas con el océano de padecimientos, que por nosotros se impuso El acá en la tierra. No creo haya en el mundo placer comparable al que comunica Dios en la soledad al misionero católico.

CAPÍTULO XVI

POR TIERRA Y AIRE

1. El ciento por uno. — 2. Los blancos de Alaska. 3. Entrevista inesperada. — 4. En tiempo de hambre no hay pan duro. –5. El Zaqueo de Chucártolik. — 6. Regreso a Mountain Village. — 7. El bautizo de aire. — 8 Bethel. — 9. Mi segunda vuelo. — 10. El hijo pródigo.

Mi estancia en Takchak se acercaba a su fin.

Antes de salir recibí en el regazo materno de la Iglesia a una familia ruso-ortodoxa mejor dispuesta que las demás.

Estuve en Takchak hasta que se me terminaron los víveres, lo que ocurrió de una manera muy original. Ya no me quedaba nada. Rebuscando y hurgando por los cajones, reuní un pedazo de pan, dos patatas, un puñado de arroz y un pedazo de salmón en sal. Lo herví todo al atardecer y lo puse en el hornillo para que no se enfriase.

Una hora antes de cenarlo, llegó una pobre vieja macilenta, quejándose de que su hijo no venía del bosque, y de que se moría de hambre. Apenas terminó de decirlo, me pareció ver al Señor, que desde el cielo me miraba y me preguntaba si era yo hombre que practicaba lo que predicaba. Lo entendí todo en una fracción de segundo, y, abriendo el hornillo, presenté el plato a la vieja mientras le preguntaba por qué no había venido antes, pues el plato estaba esperando por ella desde media tarde y ya se iba enfriando. La buena vieja se entregó en cuerpo y alma a tan deliciosa tarea, y me entregó el plato lamido lo mismo que lo dejan los perros y los gatos debajo de las mesas de la cocina.

Diez minutos más tarde, estaba yo llorando: una niña rusa entró sin llamar, dejó sobre la mesa un conejo desollado y lavado y salió asustada como si yo fuera un duende.

—Señor —le dije a Jesucristo—, me doy por vencido; a Ti no se te puede vencer en generosidad.

Y cuando aún no había terminado de decir esto, llega un hombre con seis conejos, dispuesto a cambiarlos por un poco de petróleo, del que yo estaba bien provisto. Aquella noche no pude terminar tanta cena, ni la pude terminar en el desayuno, ni la hubiera podido terminar en tres días.

Después del desayuno puse todo el equipaje en un trineo con nueve perros y me dirigí a Marshall, donde también tenemos una capillita con su cocinilla y su camastro inconfundible.

En Marshall hay una escuela del Gobierno, que lleva funcionando más de veinte años con el resultado consolador de que todos hablan un inglés muy pasable. Aquí no necesité intérprete.

Preparé ocho niños para la sagrada Comunión y pude explicar directamente la doctrina cristiana todas las noches, después de rezar el Rosario.

Marshall es algo así como la corte en estas llanuras del bajo Yukón. En él residen el juez, el policía del distrito, el comisario de la caza y pesca, el carcelero con su cárcel en toda regia, el cartero, dos mercaderes con sus almacenes bien repuestos, varios jefes de minas y otros empleados, todos blancos, ninguno católico y casi todos o ateos o muy cerca de serlo; con sus ideas sobre Dios y el alma que espantan.

Sin embargo, por el bien de los neófitos, hay que evitar discordias y tolerar y convivir en amor y compañía, sin pretender siquiera convertir al más despabilado.

2. El blanco que vive en Alaska, viene a hacer dinero y vivir a sus anchas, sin que tolere jamás discutir sobre la probabilidad de la existencia de una religión fundada por Jesucristo mismo, en cuya divinidad no cree.

Es decir, que el blanco en Alaska y el misionero hablan un idioma distinto, o mejor aún, el mismo idioma sugiere significados distintos cuando se le emplea para dilucidar cuestiones espirituales, y sólo significa lo mismo cuando se le emplea en trivialidades como la abundancia de zorras, el espesor del hielo, la resistencia de los perros siberianos, en contraposición a la de los cruzados, el trabajo que supone la depuración de una onza de oro, etc., etc.

Todas las revistas yanquis vienen a parar a Marshall. En casa de los blancos se ven montones de revistas variadísimas, atiborradas de artículos los más avanzados en cuestiones políticas, religiosas, sociales, destacándose las que versan sobre la novela, psicología sexual y filosofía materialista de la vida.

En aquellas noches interminables, en que el viento huracanado del Norte hiela ríos y mares e impide la salida de casa a todo hombre razonable, el blanco se sienta junto a la estufa con los pies sobre la mesa, el puro en la boca y el quinqué detrás del hombro derecho, y lee, lee hasta que los ojos se le enrojecen, o el sueño le domina, o se le enfrían los pies, o se le calienta demasiado la cabeza. Artículo tras artículo, libro tras libro, todo entra sin orden ni selección en aquella cabeza, dispuesta como tabla cepillada a recibir cualquiera impresión, cualquier pincelada, cualquier borrón.

Luego, con humos de un Salomón en ciernes, discute pedantemente sobre lo acertado de la eutanasia, los males del fascismo, los bienes inherentes al comunismo, el altruismo de la masonería, los derechos de los animales y la testarudez del catolicismo.

En presencia de personajes de este jaez, siente uno la impotencia deprimente de quien quisiera caminar o dar un paso al menos, pero se ve tullido e impedido. Es aquella impotencia del Profeta que quiso curar a Babilonia, pero la tuvo que dejar por imposible, porque Babilonia no quiso tomar la medicina; lo cual no es de extrañar, pues el mismo Jesucristo dejó por imposibles a muchos judíos, cuyos puestos en el seno de Abraham, los habían de ocupar bárbaros venidos de Oriente y Occidente.

Mientras los blancos leían y fumaban puros y despachaban copas de licor, los esquimales venían a Misa y comulgaban y rezaban el Rosario y escuchaban la explicación del Evangelio, para que se cumpliese una vez más aquello de que "los pobres son evangelizados".

Sin embargo, todos y cada uno de los blancos se disputaban el honor de invitarme a cenar con ellos, compitiendo en agasajos al misionero, cuya doctrina les duele, pero cuya amistad estiman por el gran prestigio que se han granjeado en las riberas del Yukón los misioneros católicos celosos y abnegados.

La noche que cayó Málaga en poder de Franco, vinieron a decírmelo alborozados. Tenían las ideas más confusas sobre el régimen español, hasta el punto de creer que se trataba de expulsar de España al rey Alfonso XIII.

3. Con aquella buena gente estuve cerca de tres semanas, al fin de las cuales tuve una entrevista inesperada con el Superior general de la Misión, que acertó a aterrizar allí a pasar la noche. Ni él sabía que yo estaba allí, ni yo supe que iba a venir, ni supo él que iban a aterrizar en Marshall. Nos entrevistamos después de cenar. El aeroplano reanudaría el vuelo a la mañana siguiente; era, pues, menester cambiar impresiones lo antes posible y, dejando a un lado cuestiones secundarias, venir pronto al grano. A las once de la noche estábamos aún enfrascados en un diálogo animadísimo. A las tres de la madrugada yo empecé a cabecear, pero él seguía impertérrito. A las cinco cabeceábamos los dos tan descaradamente, que acordamos reclinar la cabeza sobre el respaldo de la silla y dormir hasta las seis, como lo hicimos.

En aquella plática, sin precedente en la historia de la Misión, después de contarme sus correrías por el alto Yukón, donde los indios le condenaron a muerte dos veces, se explayó describiéndome los planes para el porvenir, las dotes de este misionero y el de más allá y otros asuntos que sería prolijo enumerar. De los atentados de los indios salió ileso porque se presentó de improviso en la choza en que estaban maquinando el asesinato y los desafió uno por uno, o todos juntos, mientras los miraba con ojos de relámpago destructor. Luego sacó el revólver y delante de ellos hizo gala de su puntería metiendo todas las balas por donde entró la primera; de lo cual coligieron los indios que si el Padre le daba un día por disparar, no quedaba uno vivo para contarlo; y con eso le tomaron una especie de temor sobrenatural, allanándose a sus exigencias.

Pero lo peor de la entrevista fue que me encomendó una embajada sumamente difícil. Yo debía volver pronto a Mountain Village y esperar allí un aeroplano que me llevaría a Bethel, en las riberas del Kuskokwim, al Sur-oeste de Alaska. Desde Bethel visitaría Akiak, al Norte, luego podía volverme en aeroplano sentado junto a la ventanilla como un rey.

No me valieron excusas, ni temores, ni ruegos, ni nada; no había más remedio que tomar el dichoso aeroplano y visitar aquellos reductos y administrar los Sacramentos a aquellas ovejas que vagan errantes sin pastor.

—Hoy día el aeroplano —me dijo el Padre— es como la bicicleta. No hay peligro de ningún género. Si cae y se mata, se va usted al cielo derecho como una paloma.

—¿Quién dijo miedo? —Y éste fue el ultimátum.

4. Aquella misma mañana salió el Padre Superior en aeroplano y yo tome un trineo, camino de Chukártolik, en plena tundra, pues aquella aldea debía ser visitada antes de dar comienzo a la aventura del aeroplano.

Con once perros no muy buenos y un guía excelente, salimos tempranito a campo traviesa camino de Chukártolik. Nunca he visto llanuras como aquéllas, ni creo que se den en toda la península con tantos lagos, tantos matorrales, tantas planicies continuadas y tanta aridez, sin descubrir un ser viviente en nuestro caminar hora tras hora por aquel desierto, que le recuerda a uno la soledad de alta mar.

Para aligerar la carga envié dos cajones de comestibles en dos trineos, que habían salido la víspera para Chukártolik, y lo hice con tan mal acuerdo, que me olvidé de mi trineo y no tomé conmigo la más mínima provisión.

A las dos de la tarde estábamos medio muertos, parte por la abundancia de nieve, que nos obligaba a ir en raquetas con el cansancio consiguiente, parte por no haber comido nada desde el desayuno.

Aquel sucederse los lagos sin interrupción y aquel estrellarse la vista de continuo contra un horizonte ilimitado, en el que no se descubría vivienda alguna, trituraban los nervios fatigados y sembraban semillas de tristeza, desaliento, pesar y otras aflicciones similares.

Al atardecer caímos de repente sobre una choza de cazadores, con hileras de perros atados en una estaca contigua. Entramos, pero no encontramos a nadie. Evidentemente los cazadores habían ido a visitar los lazos. La choza estaba fría, pero en una esquina vimos un montón enorme de pescados curados al sol para

los perros y unas bolsas de pan fresco, aplastado a manera de torta, sin pizca de molledo. Como estábamos en necesidad, que yo califiqué de extrema, y como estábamos en Alaska, donde lo que uno posee les pertenece a todos, aun que aquel pescado era para los perros y no para los hombres, y aunque el pan había sido amasado el año anterior..., caímos sobre aquel cebo como buitres voraces y embaulamos pan y pescado, hasta que nos miramos complacidos y nos reímos y nos dimos por satisfechos. Luego, por si acaso alguno de los cazadores sabía leer, dejé un papel escrito a lápiz haciendo constar quién había sido el ladrón, y dándoles las más sinceras gracias con promesas muy firmes de que les tendría presentes en el santo sacrificio de la Misa. Con esto salimos de mala gana resignados a reanudar la marcha.

Junto a la puerta distinguí una perra con cachorrillos recién nacidos. Los fui a contar y vi con pena que estaban todos muertos, por haber nacido la noche anterior en la nieve con un viento norte, que los heló apenas nacieron. No había manera de convencer a la pobre madre de que estaban muertos. Guiada por el instinto ciego los lamía y acariciaba sin cesar, hasta que se los tiramos encima del tejado sin que ella lo viera. Al arrancar nosotros nos siguió cerca de una legua aullando y reclamando a sus pequeñuelos con unos ayes que a mí me traspasaban el corazón.

5. Llegamos por fin a la aldea cuando ya anochecía y empecé a tomar posiciones para estar allí una semana. El guía volvió al día siguiente para su casa y yo quedé otra vez solo entre desconocidos, perdido en un desierto de nieve imposible de describir.

La aldea tiene siete casas y unas diez familias.

Al otro lado del río está el almacén de un mercader blanco que me obligó a alojarme en su casa y a comer a su mesa tres veces al día, sin que tolerase oír hablar de paga ni cosa que lo valiera. El tal mercader no tiene religión, y, aunque cree en Dios, está convencido de que la otra vida es cosa insegura y poco de fiar, mientras que ésta, en que vivimos, es muy real, llena de goces y penas, sujeta a muchas mudanzas, y en la cual se puede pasarlo muy bien si uno lo procura con todas las veras. Por eso él pesa alrededor de cien kilos, aunque es más bajo de estatura que el Zaqueo de Palestina. Durante el invierno trafica con los indígenas del desierto, que le llenan el almacén de pieles, y durante el verano se da la gran vida

por el Yukón, donde abundan los blancos y las botellas de licor. Siente una compasión inmensa por los infelices misioneros, que pudieran pasarlo bien y se afanan por salvar almas cuya naturaleza es para él algo vago e ininteligible; pero los admira, porque son consecuentes con sus creencias y gusta de su trato, que es candoroso y sin doblez.

La aldea estaba en un estado moral lamentabilísimo. A los dos días de explicarles el Evangelio, todos quisieron hacerse católicos, pero no los pude recibir. Los más habían cambiado de mujeres, siendo imposible desenredar aquella madeja que hubiera vuelto loco al más consumado moralista; porque además de ser imposible averiguar cuál era la verdadera mujer, se requiere la licencia firmada del juez, so pena de incurrir en felonía con dos semanas de cárcel. Y aunque el juez y yo somos amigos personales y me dio amplios poderes para hacer y deshacer en este particular, sin embargo preferí dejarlos en buena fe, en vez de trastornar familias cuya instrucción religiosa no montaba un maravedí.

En aldeas apartadas como ésta, paganas hasta la médula, ve uno con claridad meridiana el cúmulo de imperfecciones propias, como por ejemplo: la impotencia absoluta, el desaliento, mil impaciencias siempre a punto de brotar y la pregunta horrible de si merece la pena tanto fatigarse para obtener resultados tan efímeros.

Después de un escrutinio escrupuloso, admití a la sagrada Comunión cinco personas, que ya la habían recibido y vivían como Dios manda. Se me cayó el alma a los pies al ver que un antiguo alumno de Holy Cross tenía fama de ladrón; que un antiguo huérfano de mi querido Akulurak se había pasado a los ruso-ortodoxos, etc.

Como me quejase de semejante proceder se disculpaban mencionando nombres de antiguos alumnos y alumnas de nuestras escuelas que vivían de mala manera, etc., etc. Es decir, que estos niños y niñas que ahora en Akulurak y Holy Cross comulgan a diario, y aprenden de memoria el catecismo, y gastan en comida y vestidos 10.000 pesos anuales, mañana, cuando se vean solos en aldeas que el misionero no puede visitar con frecuencia, echarán por la borda lo que aprendieron y volverán a las costumbres de sus antepasados, ridículas por lo paganas.

Hay que tener paciencia a imitación de Dios, que la tiene tan grande con todos nosotros, y procurar hacer el mayor bien posible, aunque no se vea al ojo fruto alguno que consuele y aliente.

A 25 Km. de la aldea había una familia católica con un niño recién nacido. Como el único trineo era el del Gordo con sólo cuatro perros sarnosos, no tuve más remedio que alquilarle por cuatro duros y rogarle me llevara a la casa del niño. Siendo él gordinflón y yo no muy delgado que digamos y los perros sólo cuatro y malos..., tuvimos que trotar junto al trineo todo el camino, que nos llevó tres horas. Al llegar me informó la buena señora que su marido había ido a buscarme con siete perros y pensaba llevarme a Mountain Village. ¡Cuánto contratiempo! Bauticé al niño y volvimos trotando otras tres horas por una nieve no muy dura, que cedía y nos molió hasta el tuétano.

Al llegar a Chukártolik encontré al padre del niño que me esperaba. Pusimos todo el bagaje en su trineo y volví a pisar el mismo rastro por tercera vez en el mismo día. Digo mal, esta vez era ya de noche y muy avanzada.

Los perros eran magníficos y galopaban que daba gusto, mientras yo descansaba tendido en el trineo con la vista en el cielo estrellado. La paz de aquella noche durará en mi memoria mientras viva. Nunca vi tantas estrellas, ni lució jamás la Luna con luz tan esplendente. Electrizado por aquella atmósfera saturada de poesía, mandé parar los perros y, puesto de pie en el trineo, dejé que me llenase aquel silencio de tumba, y me bañase la Luna llena, mientras los ojos se espaciaban por la Vía Láctea, que parecía bullir y dar señales de vida. Hubiera querido levantar allí un tabernáculo como San Pedro en el Tabor.

Cuando llegamos al subterráneo en que vivía el guía, ya eran las once. Cenamos un conejo, que había matado un niño de diez años con una bala, y nos acostamos en el suelo como de costumbre. Era un suelo de tierra desnivelada y húmeda, cubierta de yerbajos secos para defenderse de la humedad.

Por la mañana inspeccioné la aldea que constaba de tres chozas vacías, más un tugurio, en el que vivía una anciana cuyas hemorragias de sangre la estaban acabando, más la choza en que yo dormí con una familia de siete pequeñuelos. Se confesaron los únicos tres adultos y empezamos la Misa, que me costó trabajo

terminar por tener que decirla encorvado con el consiguiente dolor de riñones y piernas.

Aquella familia vivía en la soledad más absoluta, y daba gracias al cielo por ello; pues, mientras menos bulto, más claridad, es decir, mientras menos cazadores más caza y con menos trabajo.

6. A media mañana salirnos para Mountain Village con siete perros excelentes, que galopaban como locos sobre los rastros frescos de zorras y nutrias que se cruzaban y entrecruzaban, como si hubieran merodeado por aquella selva en rebaños enteros. Bandadas de tármigans blanquísimas, que levantaban el vuelo cada diez minutos, azuzaban también a los excitados perros que olfateaban carne fresca y corrían en vano por alcanzarlas.

Cuando entré en la Residencia de Mountain Village me invadieron de golpe las añoranzas de las Navidades pasadas, máxime cuando entré en la iglesia y la vi decorada aún con las flores artificiales y colgaduras que instalamos para la Misa del Gallo.

¡Qué fría estaba la casa! Por algunas ventanas se había introducido la nieve, que tuve que quitar con el hacha y la escoba, y el agua de dos calderos se convirtió en dos bloques tan macizos que al intentar quebrarlos estropeé los recipientes por una inexperiencia, pues debía haberles dejado al fuego hasta que ellos por sí solos se deshelasen.

La casa fue un enjambre de personas que en diez minutos la invadieron para acosarme a preguntas sobre mis impresiones en las aldeas visitadas. El médico del hospital se había olvidado de que yo no fumo y me trajo dos cajas de cigarros puros; cuando descubrió el error en que estaba, me dejó los puros para ganar amigos y me llevó a cenar con él un pavo que acababa de recibir por correo.

Entre bocado y bocado me explicaba sus opiniones sobre la infalibilidad del Papa, la existencia del infierno, la divinidad de Jesucristo y otros temas que a los protestantes les gusta discutir con los católicos, no porque deseen averiguar la verdad, sino para matar el tiempo, o para tentar el pulso del contrincante, o para echárselas de eruditos. Nunca responden derecho. Cuando se ven acorralados en lo de la Inquisición, saltan a la vida privada de

Alejandro VI, para saltar luego al culto que tributamos a las imágenes o a la presencia real del Cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía. Al cabo de una hora se da por terminada la plática y cada uno queda más aferrado a lo que opinaba antes de empezarla.

Por eso el santo Cura de Ars nunca discutía con nadie, ni siquiera en el confesonario.

7. A los dos días de estancia en Mountain Village, llegó un aeroplano cuyo zumbido ronco desde las nubes me paralizó el corazón. Aquel aeroplano iba a salir al día siguiente para Bethel, y yo tenía órdenes de ir en él, aunque ello me costara el pescuezo.

Cuando aterrizó, me entrevisté con el piloto, que se mostró atentísimo y me dio la buena nueva de que, pues tenía que ir de todos modos aunque yo no fuera, me llevaría a medio precio; y, como observó lo nervioso de mi proceder, reventó a carcajadas y luego aseveró que todos los pasajeros tiemblan como hojas de árboles al ir a viajar por primera vez; pero luego cuando llegan a su destino protestan que jamás han disfrutado tanto como en aquel viaje aéreo. A mí me pasaría lo mismo. Además debía de tener en cuenta que a él le importaba tanto como a mí no caer; que él estaba casado y con hijos, a quienes —con perdón— quería más que a mí. Esto era por la tarde, y a la mañana siguiente levantaríamos el vuelo.

Durante la noche soñé varias veces que iba por las nubes y me caía muy despacio con temores horribles de descoyuntarme los huesos; pero, al tocar el suelo, despertaba con un salto que ponía en desorden las mantas de la cama.

Durante la santa Misa ofrecí mi vida por la salvación de las almas y me embargó una confianza inexplicable,

Cuando subí al aeroplano, me mandó el piloto que me atase con aquel correaje, que colgaba del respaldo del asiento. Cuando abroché la última hebilla, se me antojó que me llevaban al matadero y empecé a pensar en serio que podía matarme dentro de unos minutos. La niebla se había espesado considerablemente, pero el piloto no se arredró.

La hélice comenzó a trazar círculos cada vez más rápidos en medio de un ruido infernal que salía de las entrañas del artefacto y,

después de arrastrarnos por el hielo del río cerca de un kilómetro, nos fuimos remontando, remontando por nubarrones de niebla hasta que atravesamos la zona brumosa y salimos a un claro con cielo azul y sol resplandeciente. Estábamos a 1.500 metros de altura.

Las preguntas que más me angustiaban eran éstas:

—¿Qué hago yo si al piloto le da un accidente mortal? Y aunque no pasara de un patatús, ¿qué haría yo? ¿Si se acaba la gasolina? ¿Si se prende fuego el motor?

Luego me convencí de que podía caer y estrellarme y empecé a ponerme en tal estado de alma que no me hallase la muerte desprevenido, renovando la presencia de Dios y orando con más fervor que cuando atravesé el Atlántico en el Cristóbal Colón. Hoy habría que decir: "Si quieres aprender a orar, súbete a volar".

A la media hora de estar en el aire, como el aeroplano se mantenía inmóvil al parecer, y todo era paz y sosiego y bienandanza, eché de mí todo temor y me puse a contemplar la tierra desde la ventanilla.

La niebla se iba desvaneciendo y pude ver con toda claridad el suelo cubierto de nieve. Allá enfrente se veían unas sierras blancas, como si las hubieran dado de cal, y a nuestro alrededor se extendía una llanura inconmensurable, manchada de matorrales, cruzada por ríos tortuosos que semejaban carreteras pavimentadas, llenas de lagos con todas las figuras geométricas y algunas otras más; en una palabra, íbamos sobre la tundra, la inconfundible tundra alaskana, que no tiene fin y parece complacerse en torturar al pobre viandante haciéndole los viajes en trineo lentos y execrables. Ahora salvaba yo innumerables kilómetros por aquella tundra sin caminos, tocándola sólo con la sombra del aparato, que corría velocísima por altos y bajos y cortaba en dos mitades selvas enmarañadas, con arbustos que desde arriba parecían matas de tomillo. ¡Qué bien se iba en el aeroplano!

A la hora de volar placenteramente vi que habíamos salvado 120 km, y me empezó a dar pena el pensamiento de que pronto llegaríamos y tendría que bajarme a caminar de nuevo paso a paso arrastrándome por la nieve como de costumbre; por eso quise vengarme de las rabietas que me había hecho pasar la nieve

haciéndole burla con una lengua despectiva que saqué siempre que miraba por la ventanilla con las narices pegadas al cristal.

8. Por fin llegamos a Bethel, cuyas casas diminutas se alineaban a lo largo de las márgenes del famoso Kuskokwim, el río mayor de Alaska después del majestuoso Yukón.

Allí tuve que empezar de nuevo con la rutina consabida de saludar caras nuevas, y dar cien explicaciones, y hacer cien preguntas, y ver más caras nuevas y notar que es uno el centro de todas las miradas y el tema de todas las conversaciones.

Debido a lo céntrico y estratégico de su posición. Bethel es considerada la urbe del Suroeste, con cuatro almacenes, una población indígena considerable y una flota de aventureros blancos —escandinavos casi todo— que crecen y se multiplican explotando minas, pescando salmón en el verano, atrapando zorras en el invierno y siempre con la botella de aguardiente en un bolso y una novela en el otro. Son de estatura gigantesca, rubios, ojos azules, pechos de atleta, y derechos como postes de telégrafo. Al chocar los cinco aprietan, como si intentaran estrujar la mano del infeliz que cayó en sus garras. No tienen la malicia del blanco del Mediterráneo —valga la verdad— y son luteranos de corazón porque sus antepasados lo fueron; pero a mí me trataron todos con tal deferencia, y me hablaban siempre tan respetuosos, que tuve que deponer cien prejuicios y confesar que eran excelentes personas. Por carecer de instrucción religiosa se extralimitan siempre que tienen a mano bebidas alcohólicas, y no les queda de cristianismo más que aquel principio general de la ley natural que nos manda obrar el bien y evitar el mal, sin más lujos de oración y recepción de Sacramentos.

En Bethel, como en las otras aldeas alaskanas donde residen blancos, la conversación ordinaria es chismorrear desde la salida hasta la puesta del sol, para continuar chismorreando el resto de la noche, hasta que un sueño placentero pone fin por unas horas a tan original ejercicio.

Se conocen unos a otros mejor que cada uno se conoce a sí mismo, y conocen —al menos de oídas— a todos los adultos de 50 leguas a la redonda, a lo cual hay que añadir que conocieron a los padres de los que ahora viven, y tal vez a los abuelos. Por eso refuerzan sus argumentos con proposiciones como ésta:

—A ese pájaro le viene de casta. Su padre estuvo en cárcel dos veces por esto y lo de más allá, y su abuelo —según dicen— no se tenía de borracho.

En Bethel hallé unos veinte católicos, antiguos alumnos casi todos de nuestra escuela de Holy Cross, abandonados por falta de Residencia y de misionero que les visite con regularidad. Cuando todos tuvieron oportunidad de recibir los Sacramentos y asistir a varias instrucciones o pláticas, di por terminada mi estancia por dos razones:

La primera, para que no aprendiesen demasiado y se hiciesen por ello más culpables delante de Dios; es decir, para que las caídas a que están expuestos no les condenen del todo, pues caerán y no tienen a mano ningún sacerdote que les levante y les aliente a no caer de nuevo.

La segunda, por tener que pagar cuatro dólares diarios en la venta en que me hospedé, ya que ninguno me invitó a hospedarme gratis en su casa.

Los veinte católicos son mestizos, hijos de blanco e india, educados en Holy Cross, pero sin sentido común para hacerse cargo de que, si a ellos los mantuvo la Misión diez años, no sería mucho pedir que una vez al año mantuviesen ellos al misionero una semana. Casi todos pudieran hacerlo, pues tienen dinero para comprar aguardiente por cántaros.

En la venta conmigo estaba un aviador que iba a remontar el vuelo hacia el Este a cosa de 500 km.

A 35 Km. estaba Akiak, adonde llegamos en once minutos justos. Akiak es un centro minero con una población blanca muy nutrida. Hay media docena de familias francocanadienses y el resto casi exclusivamente está formado por escandinavos, especialmente noruegos. La población esquimal de Akiak, lo mismo que la de Bethel, está a cargo de los moravos, que tienen iglesia y escuela y les enseñan a ser buenos lo mejor que pueden. Los canadienses de Akiak están casados con indias y son católicos porque su madre los mandó bautizar allá en el Canadá, pero en la actualidad han perdido la noción de Misa, Confesión, Comunión y Sacramentos en general. Son bonachones y se ríen con unas carcajadas muy fran-

cas, como si no hubiera cielo ni infierno ni debiéramos preocuparnos de esas cosas.

Me hospedé con un matrimonio noruego sin hijos, que me recibió como si yo fuera su hijo verdadero. Los dos eran protestantes no por convicción, sino por haber nacido de padres luteranos.

No creo haber topado en toda mi vida con un matrimonio tan a la pata la llana, tan francote, y al mismo tiempo tan bien unido. Con no estar yo allí más de cuatro días, me cobraron un amor verdaderamente paternal y estaban visiblemente emocionados cuando nos despedimos.

Todos los prejuicios, que tenían contra la Iglesia católica y contra los sacerdotes en general, se desvanecieron el primer día de haber traspuesto yo aquellos umbrales.

La casa estaba limpísima y en orden admirable, y dígase lo mismo de las comidas, que semejaban banquetes regios por lo abundante, escogido y bien presentado de los manjares.

Los dos me escuchaban sin parpadear y sólo metían baza en la conversación para loar las instituciones católicas, de que yo hablaba y de las cuales ellos no tenían ni idea. Hubo chistes muy reídos y anécdotas muy comentadas.

Al fin me confesaron ingenuamente que no creían que los sacerdotes fueran así. Por lo visto se los habían imaginado agrios, amargos e indigestos.

En Akiak no admití a la sagrada Comunión más que a cinco personas.

Por la noche venían unos cuantos niños a visitarme y yo les contaba historietas.

Corrió la voz de que yo era un cuentista de pro, y una mañana me visitó el señor maestro para poner a mi disposición la escuela toda la tarde; pues la chiquillería se le había sublevado y le había amenazado con huelga de brazos caídos, si no lograba llevarme a la escuela a que les contase algunos cuentos. Acepté la invitación con la condición de que me dejara solo con los rapaces. Cuando me vi entre ellos solo y empecé a pasearme por entre los bancos, les cautivé primero la atención con cuatro muecas y otros tantos gestos inesperados, y luego comencé a echar un cuento de Calleja tras otro, hasta que se hartaron a reír. Eran rapaces de ocho a

doce años, blancos todos y mestizos que hablaban un inglés demasiado bueno para ser quienes eran.

9. Al cuarto día de mi estancia en Akiak, llegó un aeroplano que iba recogiendo enfermos para el hospital de Mauntain Village. El piloto era católico y me tomó en su aparato exactamente por la mitad del precio oficial. Era un aeroplano gigantesco, con acomodo para cerca de una docena de pasajeros.

Todo resultó admirable, menos los sustos que me dio el buen aviador. Como ya lleva volando más de diez años, y no hay día que no rasgue los aires en distancias mayores o menores, ha adquirido tal confianza en sí mismo que arranca del suelo como un cohete y de un tirón se planta a 3.000 metros de altura, donde enciende un cigarro tras otro, sin que le arredren los cabeceos, balanceos y ladeamientos continuos del artefacto, mientras él hace el cigarro y lo enciende. Asimismo se vuelve cada cinco minutos a bromear con los pasajeros, dejando el motor a la buena de Dios, y se ríe burlescamente cuando alguno le recuerda lo de "zapatero a tus zapatos".

De aldea en aldea gastamos tres o cuatro horas en el aire a una altura fantástica, hasta que recogimos los seis enfermos que estaban en la lista.

Mientras volábamos, me venían repetidas veces a las mientes los vuelos de los trimotores de Franco sobre Madrid, que tal vez a aquella misma hora estaban dejando caer bombas sobre la Castellana. A nosotros no nos acecha ningún anarquista con un cañón antiaéreo delante de las narices; lo único que nos inquietaba era la distancia inmensa que teníamos que cubrir por unos desiertos inhabitados e inhabitables, donde pereceríamos seguramente de hambre y frío, si nos llegase a acaecer algún contratiempo del que saliéramos ilesos, pero con el aeroplano estropeado.

Con tanto desviarnos del camino en nuestra búsqueda de enfermos, aterrizamos en Marshall, donde nos detuvimos lo indispensable para saludar a los amigos.

Desde Marshall hasta Mountain Village sufrí más emociones que en todos los vuelos anteriores, por volar sobre el rastro que tan pacientemente había andado y desandado en trineos ajenos. Volamos sobre Takchak, donde había estado el mes de Enero; sobre el campamento de cazadores, donde me guarecí el último

día del año; sobre la casona de Pilot Station, donde me invadieron aquellos miedos nocturnos; sobre el villorrio de Pitka Point, donde yace enterrada la pobre mujer que murió unas horas antes de llegar yo en el trineo; sobre el cortijo de mister Petersen, que tan buen recibimiento me hizo la noche de la tormenta, y, en fin, sobre pampas y valles de un metro de nieve, donde tanto me había fatigado ayudando a los perros cuando no podían con la carga. El rastro trillado, que semeja un camino de un metro de anchura, se pierde a veces de vista desde el aeroplano para reaparecer a intervalos semejando una línea trazada por una bicicleta. Aquella distancia, que el trineo apenas cubre en dos días de marchas forzadas, la cubrió nuestro aeroplano en 29 minutos, que esta vez ciertamente se me pasaron *volando*.

Estamos de nuevo en Mountain Village charlando con el médico del hospital territorial.

Por aquellos días nos llegó correo y recibí carta del P. Sifton, que se aburre en Akulurak y me ruega le diga cuándo estoy de vuelta para que él me releve, o mejor, para que él pueda volver de nuevo a su parroquia y yo a la mía.

Una mañana muy fría, mientras yo leía en la cocina dos números del *Faro de Vigo*, se presentó el P. Sifton mejoradísimo, y por todo saludo me llamó granuja, pues le había quemado casi toda la leña.

Le había llevado Baltasar con los perros de la Misión. Apenas los vi a la puerta se me agolpó un mundo de ideas y añoranzas imposibles de describir. Al verme, se me vinieron en masa, pugnando por trepar a los hombros y dando tales muestras de alegría que no les faltaba más Que hablar.

10. Al día siguiente muy de mañana salimos Baltasar y yo para Akulurak. Íbamos desandando aquel viaje inolvidable de nueve horas, del que salimos medio reventados. Ahora las circunstancias habían variado, y el resultado iba a ser diferente. Las heladas de tres meses de invierno habían endurecido el rastro, de suerte que se rodaba por él como por hielo terso, sin obstáculos de ningún género. Los perros tomaron un trote, que pronto se convirtió en el galope más duradero que he visto. Cuando llegamos a la caseta de medio camino, nos detuvimos a comer con toda paz, seguros de que nos sobraba tiempo.

Al poco de arrancar topamos un trineo, que venía en dirección contraria. Los perros estaban tan frescos y descansados que tiraron con furia salvaje hacia sus congéneres y tuvimos una riña que pudo terminar de mala manera. Apelotonados y con ojos sanguinolentos, dieciocho perros se enredaron en un encuentro a la bayoneta, que resultaría interesante en una película de cine. Cuando, a fuerza de voces y latigazos, logramos separarlos, vimos con sorpresa que ninguno cojeaba gran cosa, lo cual nos pareció un verdadero milagro, pues de ordinario salen con las patas rotas como si las hubiera atravesado una bala.

Después de visitar dos aldeas, en las que dije Misa para que los aldeanos recibieran los Sacramentos, salimos por el rastro que nos llevaba directamente a mi querida Akulurak, de la que había salido hacía 97 días para probar por experiencia lo que es vivir solo entre los esquimales de Alaska Boreal. Desde unas cuestas lejanas divisé el campanario y noté que el corazón me empezaba a latir un poco de prisa. Llegamos mientras las comunidades comían y entramos en casa de repente a la hora más inesperada. Me recibieron como el padre recibió al hijo pródigo del Evangelio.

La palangana de mi cuarto estaba boca abajo. Al tomarla para lavarme, vi con gozo que debajo se ocultaba un mazapán con decoraciones alusivas a temas de circunstancias. Toda la tarde se fue en visitar a las Madres Ursulinas, a las niñas, a los niños, a los aldeanos y —valga la verdad— a ocho cachorros preciosos, que habían nacido durante mi ausencia y que quedaron por el mero hecho bajo mi jurisdicción. Algunos rapaces y rapazas mayores habían echado a volar y habían sido sustituidos por chiquitines que me tenían miedo y no querían acercarse.

Pasadas las emociones del momento y contadas cien anécdotas, con otras tantas historias, volvimos a la vida común. Estaba cerca la Semana Santa y tenía que preparar un triduo para los alumnos y las Siete Palabras para la gente que viene con antelación a celebrar las fiestas de Pascua.

CAPÍTULO XVII

RASGOS DEL CARÁCTER ESQUIMAL

1. Su lengua. — 2. La fiesta de los esquimales. — 3. ¿Se bañan los esquimales? — 4. Los esquimales y sus hijos. — 5. El comunismo de los esquimales. — 6. Los esquimales y sus difuntos. — 7. Los esquimales y el frío. — 8. ¿Son afectuosos los esquimales?

El célebre P. Yetté, S. J., que misionó en el interior de Alaska veintisiete años cabales, empleó gran parte de ese tiempo en recoger material para escribir una Historia de Alaska y sus Misiones. Nadie tan capacitado como él para esta empresa, ya que conoció a fondo el carácter de los indígenas y poseyó su lengua con el primor que supone el diccionario de 1.700 páginas, que dejó inédito.

Pues bien, cuando este Padre ojeó por última vez aquel rimero de papeles y cuadernos con tanto trabajo escritos y ordenados, se desalentó y desistió de darlos a la imprenta.

—Alaska —dijo con donaire— es un manicomio sin guardas ni cerrojos, y yo ya no tengo humor para relatar gracias ni sandeces.

La frase hizo época, cundió como el fuego por un cañaveral y se repite hasta la saciedad hoy como ayer, en el Sur lo mismo que en el Norte.

La mezcolanza de blancos e indígenas en este país sin limites, lejos del mundo civilizado, con un 80 % de borrachos, un frío insospechado, una soledad corrosiva y una libertad de tribus nómadas; con el continuo regañar y desesperarse de los blancos y la indolencia irritante de los naturales; con seres de naturaleza madrastra... toda esta abigarrada mezcolanza de hombres y cosas dio origen a un tipo que el P. Yetté se le antojó loco de atar.

Y como estas renombradas Misiones se desarrollan en torno a ese tipo y participan a veces de algunas de sus características, tampoco se resolvió a escribir su historia.

Presupuso que el mundo esperaba oír bellas narraciones de campiñas nevadas, cacerías heroicas, expediciones pesqueras, soles de media noche, auroras boreales, vida patriarcal, costumbres primitivas, idilios de conversiones, heroísmos sin precedentes, etcétera, etc., y como él iba a revelar hechos y dichos que eran el extremo opuesto de esos idilios, prefirió dejar al mundo adormecido en sus ensueños de rosa y poesía.

A mi juicio el P. Yetté cometió un error. El mundo. "que es viejo y chochea", hubiera preferido esas gracias y sandeces a las relaciones idílicas de hielos eternos y auroras boreales. ¿Tenemos acaso un libro que se pueda comparar con el *Quijote*?

A falta de volúmenes, fruto de añosas observaciones, recordemos aquí varias características de la idiosincrasia esquimal muy conspicuas a poco de verlos y tratarlos.

Por ignorar el ruso, el japonés, el vasco y otras lenguas, que reclaman para sí el honor de ser las más difíciles del globo, no puedo establecer comparación entre ellas y el *innuit*, o lengua de los esquimales. Lo que sí puedo aseverar es que el *innuit* presenta al blanco barreras punto menos que infranqueables. Nadie crea que es una lengua bárbara. El *innuit* puede competir con el griego clásico en riqueza de expresiones, y su tinglado gramatical se llevaría ciertamente la palma por lo perfecto y complicado. De su riqueza baste decir lo siguiente:

a) La declinación tiene *once casos*, a saber: nominativo, transitivo e intransitivo, genitivo, dativo, acusativo definido e indefinido, vocativo, ablativo triple o *a quo*, *in quo*, *cum quo*; mediativo y asimilativo.

b) Cuatro números: singular, dual, plural y multitudinario.

e) Cada nombre es susceptible de tres significados, a saber: pasado, presente y pretérito. Así, por ejemplo, perro puede expresar la idea de *el que fue mi perro*, el que *ahora* es mi perro, o el que *será* mi perro. La terminación del nombre en esas diferentes significaciones es completamente diversa.

d) Los pronombres posesivos no existen aparte, sino en forma de sufijos que, al declinarse con el nombre, dan lugar a 1.808 inflexiones. Los nombres pronominales suben más arriba y no se contentan con menos de 1.800 inflexiones.

e) El verbo es una selva de combinaciones, en la que se pierde el entendimiento mejor dotado. Sirva un ejemplo:

Ayejtoa	Yo voy.
Ayaguiujtoa	A mí me gustaría ir.
Ayekatajtoa	Voy a ir.
Ayajágali	Yo voy delante.
Ayejtokima	Yo voy solo.
Ayejtogalajtoa	Voy con mucha frecuencia.
Ayagauakajlangitoa	Voy raras veces.

Pero no es la riqueza de la lengua lo más temible. Al blanco que quiera aprender el *innuit*, le salen al paso las dificultades siguientes:

1) Ciertos sonidos inimitables y de uso cotidiano. Cuando al cabo de diez años de aprendizaje se lanza el misionero a predicar en *innuit*, los esquimales se dan con el codo y se ríen. La palabra *nitljoaechschi* no estuvo bien pronunciada, y se ríen. Cuando se les oye hablar por primera vez se pone uno de mal humor.

2) El ruso, el chino y el japonés tienen literatura. Se puede leer en esas lenguas el periódico después del desayuno y acrecentar así el vocabulario ya adquirido. En *innuit* no hay más literatura que las oraciones de la mañana y de la noche, copiadas a velografía o mimeógrafo, con una ortografía ideada para expresar aproximadamente lo que nuestros alfabetos no pueden ni de lejos expresar.

Fuera de esas oraciones: el *Credo*, el *Señor mío Jesucristo*, el *Padrenuestro* y demás, nadie ha visto en letras de molde palabra alguna esquimal.

3) La mentalidad de los esquimales es totalmente distinta de la nuestra, y esto se pone de manifiesto al volver de cada esquina. Si a un esquimal se le pregunta:

—¿No te has muerto, eh? —responde infaliblemente:

—Sí, señor—es decir: —Sí, es cierto que no me he muerto.

A la frase de saludo:

—¿Qué tal te va? —responde:

—*Changatenritoa*, o sea: —Nada malo me ha sobrevenido.

No tienen vocablo para decir nadie. Si se les pregunta:

—¿Quién está aquí enfermo? —responden:

—Quien no está enfermo —es decir: — Nadie está aquí enfermo.

Tampoco aventuran jamás una conjetura. Si en el curso de la conversación se le escapa a uno, por ejemplo, esta pregunta:

—¿Lloverá hoy? —el esquimal responde inmediatamente:

—*Nomekika*, o sea, "no sé". A cualquier pregunta:

—¿Cuántos peces habrá en la red?, ¿llegaremos a comer?, ¿se romperá la soga?... —el esquimal responde sin vacilar:

—*Nomekika*.

Esta palabra me ha martilleado a mí el oído tan oportuna e importunamente que, a no ser por descuido, jamás hago preguntas de ese jaez.

Un misionero me dijo que *nomekika* abraza todo el escalafón de significados comprendidos entre "no sé" y "soy muy perezoso para responder", pasando por el clásico "a ti qué te importa". O saben la respuesta, o no la saben. Si no la saben, echan un "no sé" rotundo, sin más lujos de "acaso", "tal vez", "me parece que sí" y otros semejantes.

4) Ningún esquimal ha logrado aprender la gramática inglesa. Los más aventajados llegan a entender y darse a entender con más o menos desparpajo, y de ahí no pasan. El resultado para nosotros es desastroso. Cuando se pone uno a aprender el *innuit* con un indígena que sabe así el inglés, se pierde miserablemente el tiempo:

—¿Cómo decís en *innuit*: él trabajaría?

—*Chaleukovik*.

—¡Qué raro! Así se dice también: "si él trabaja".

—¿Cuál es la regla general para la formación de los imperfectos de subjuntivo?

Aquí el pobre esquimal abre unos ojos tamaños y ni sabe lo que es regia, ni lo que son imperfectos ni subjuntivos.

El único modo de aprender el *innuit* es hacer lo que hizo el P. Robaut, el único misionero que lo llegó a dominar. Este Padre estuvo en Alaska más de cuarenta años, de los cuales pasó treinta en las márgenes del Koskakwim rodeado de esquimales, asistiendo a sus danzas, comiendo con ellos y haciéndose uno de tantos. Luego escribió unos apuntes que son la mejor ayuda para el misionero; aunque por estar manuscritos y llenos de correcciones y tachaduras se hace muy difícil su manejo.

Finalmente los esquimales nunca se llaman entre sí por sus nombres. Las dos terceras partes no saben ni cómo se llaman. Es tal la repugnancia que tienen a pronunciar sus propios nombres, que muchas veces le responden a uno con el malhadado *nomekika*. Pues entonces ¿cómo se entienden en la conversación? Facilísimo: usan las palabras *usok*, *iksok*, *hachok*, y otras que significan respectivamente: "oiga usted", "el de enfrente", "el de abajo".

Si diez esquimales departen amigablemente y uno quiere dirigirse a Pedro, que está a su derecha, no dice: "Oye, Pedro", sino: "el de mi derecha".

La esposa no tiene nombre, es la madre de este chico, o la que está allí a la puerta, o la que vive en mi casa.

Para todo se dice *usok*, "oiga usted". Y ese *usok* es el nombre de todo esquimal que viene a este mundo. Tienen nombres indígenas, claro está. Se llaman *zorro, muerte, luna, ojazos*…; pero rarísima vez los usan.

Cuando viene un niño a nuestra escuela y le pregunto cómo se llama, se acerca a otro niño y le dice al oído su nombre para que éste me lo diga a mí. Pase que otro pronuncie mi nombre; pero ¿pronunciar yo el mío? ¡Jamás!

El último niño que vino, se llama *Tinguemealj*, que en español se traduciría por *ave fea* o *pajarraco*.

Estas costumbres peregrinas van desapareciendo, principalmente alrededor de los centros de Misión, donde todos están

bautizados y donde se oyen con frecuencia los nombres de Ignacio, Javier, Luis, Rita, Inés y Teresa.

Hablo aquí de los esquimales y excluyo por completo a los indios del interior, cuya lengua ignoro y cuyas costumbres no me son familiares.

2. Cuando un español se ingiere en los asuntos del vecino recibe invariablemente ésta o parecida respuesta:

—¡No te metas en lo que no te importa!

He aquí una respuesta que jamás se ha oído en Alaska. La razón es obvia: jamás un esquimal se mete en lo que no le importa. Todo lo hace cuando y como se le antoja, sin que a nadie se le ocurra preguntar el *por qué*.

Cambia de vivienda cuando le place y asienta su nueva residencia, donde le viene bien, sin poner estacas ni mojones en la nueva propiedad. La puerta está siempre abierta y todos los que pasan por allí son libres para entrar o no; pero, si entran, no preguntan por nada; hablan, fuman, beben y salen sin más.

A veces llegan al extremo en esto. ¿Se quema una casa? Que se queme; ninguno la apagará, si no lo hace el dueño. ¿Se rompe la soga y la barca es arrastrada por la corriente? Cincuenta esquimales la contemplarán ir aguas abajo boquiabiertos, sin que se les ocurra detenerla. A ellos ¿qué les importa?

Un misionero tuvo la candidez de preguntar a un pescador por qué no se ponía los guantes, pues el termómetro estaba bajo cero. El esquimal por toda respuesta le miró asombrado. Insistió el misionero, y el esquimal le contestó extrañadísimo:

—Porque no.

En una ocasión iban tres esquimales en trineo por el hielo del Estrecho de Bering, a 60 Km. de la costa. Acaeció que aquella mañana empezó el llamado "rompimiento del hielo" o simplemente deshielo, y el tal trineo era arrastrado mar adentro en un bloque inconmensurable.

Cualquier blanco se hubiera vuelto histérico. ¿Nuestros esquimales? ¡Ca! Requirieron los cuchillos y desollaron los perros. Luego modificaron la hechura del vehículo, que forraron con las pieles aún calientes, convirtiéndolo así en canoa. Las paletillas

diminutas de los perros hicieron de remos y, arrastrando la barquilla al borde del bloque flotante, se echaron al agua sorteando bloques con toda calma, hasta que arribaron a la costa sanos y salvos, fumando su eterna y maloliente pipa.

Si en sus idas y venidas por la tundra nevada, les sorprende la noche sin descubrir poblado alguno en el horizonte, tampoco se alteran. Atan los perros alrededor del trineo y cavan una sepultura en la nieve. Se meten en ella, bien arrollados en sus pieles de reno y, mientras una brisa helada barre la faz de la tierra, ellos duermen acurrucados en el hoyo, roncando con una placidez envidiable.

Tal vez la noche es serena y brillan las estrellas con fulgor inusitado, o la Luna convierte en luz meridiana las tinieblas nocturnas, o el arco irisado de la aurora boreal despide por el firmamento llamaradas en forma de haces de luz arrebolada. Todo esto, que a un poeta del Mediterráneo le volvería loco, a nuestro esquimal no le interrumpe el sueño placentero en la sepultura de nieve. Al amanecer engancha los perros y trota, camino de la próxima aldea.

3. Hay que distinguir: las mujeres no se bañan; ni los niños hasta los catorce años; pero los adultos se bañan en el crudo invierno con más frecuencia que la mayoría de los blancos en pleno verano tropical. He visto aldeas de tres casas con una casa de baño que vale más que las tres casas juntas.

En aldeas grandes —digamos de siete casas— la casa de baño es digna de verse. La ordinaria de la tundra alaskana viene a ser esto: con maderos y tablas hacen un cuadrángulo de 4 metros de base por 2 de altura. Las paredes se cubren por fuera con varias toneladas de tierra, que dan al todo un aspecto de cerro natural.

De claraboya hace una membrana traslúcida de tripas de foca, cuidadosamente cosidas y pegadas. En el interior hay bancos pegados a las paredes, y el piso está entarimado. En el centro hay un hoyo de más de un metro, y en ese hoyo encienden una fogata que hace sudar el kilo a los que están dentro.

Para sudar mejor cierran la puerta, echan más madera en el fuego, se desnudan, y allí, en cuclillas junto al fuego, sudan copiosamente por todo el cuerpo. Como no tienen toalla, salen como

están, se revuelcan en la nieve y vuelven dentro ya secos y listos para vestirse y marchar para casa.

Recuerdo que una noche tuvimos que retrasar el Rosario cerca de media hora porque algunos perezosos no acababan de vestirse nunca. Cuando llegaron, tenían el pelo como si hubieran estado buceando en competencia. A este proceso sudorífero se le llama aquí bañarse.

De ordinario se bañan después de ponerse el sol y prolongan el baño lo increíble. Nadie crea que el tal baño es origen de escenas menos pudibundas. Acostumbrados a él desde los catorce años, lo toman como una de tantas distribuciones del día sin otros afectos de torpeza o de malicia.

En ciertas solemnidades admiten en la casa de baño a las mujeres, pero entonces nadie se baña; sólo se danza. Los hombres se arrodillan alrededor del fuego con máscaras grotescas, y detrás de cada uno está de pie la mujer u otra matrona.

Al compás de golpes rítmicos de un panderetero, que entona cantos lúgubres, los danzantes, como si los moviera un resorte eléctrico, hacen a una los movimientos más variados en medio de un silencio de cementerio.

Los hombres, como están enmascarados, no sé adónde mirarán; las mujeres tienen siempre los ojos clavados en el suelo con una modestia de monjas recoletas, que debieran envidiar las bailarinas europeas. El contraste entre estas danzas y los bailes de los blancos se presta a serias reflexiones sobre lo que vulgarmente se tiene por *adelanto* y por *atraso*.

4. Mientras en las naciones ultracultas el clero y la gente sensata dan voces en el vacío contra la plaga del maltusianismo, aquí, en la retrasada Alaska, quisiéramos que los padres y madres de familia no pasaran la raya en el extremo opuesto. La prolificencia de estas gentes es admirable.

Cuando el joven llega a la edad de veinte años, más o menos, echa una mirada por las aldeas limítrofes hasta que posa sus ojos en la que cree le conviene como esposa, pero sin decirle a ella nada sobre el particular.

Vuelto a su casa, consulta el caso con su padre y, si éste responde afirmativamente, van los dos a pedir la mano al padre de

la novia. Si éste responde también afirmativamente, la llaman y le dicen sin más.

—A ver si para la semana que viene tienes bien lavada la ropa, que te vas a casar con este mozo.

Ella responde infaliblemente:

—*Iiiiiii*, que quiere decir: "¡Magnífico!".

A ella, ¿qué más le da uno que otro?

Luego, en un día determinado, se reúnen las dos familias con la intención implícita de celebrar el banquete de boda, y, sin ceremonias, que patenticen un consentimiento explícito, comen y beben y danzan, y la boda está hecha. Pasan los nuevos esposos a vivir en choza aparte, y cada año les nace un hijo con una regularidad matemática.

En casos de esterilidad gravita sobre aquella choza una consternación aplastante. Se sale del paso yendo a la choza vecina y adoptando dos o tres chiquitines harapientos, que emplean doce horas del día en dormir y las otras doce en lloriquear.

Una madre que no tiene más que dos hijos me pregunta dónde se podría hacer con más, sobre todo con algunas niñas, pues ya iba envejeciendo y no tenía esperanzas de que le naciesen más. Los recién adoptados adquieren todos los derechos de hijos legítimos en el punto y hora en que ponen los pies en la nueva casa.

Las hijas son siempre bienvenidas; pero los hijos reciben un culto poco menos que idolátrico. El padre de un niño de once años, que yo llevé en trineo a nuestra escuela, me dijo con una seriedad fúnebre momentos antes de partir:

—Padre, haga el favor de vigilar para que nadie me le riña. Si me entero de que alguno riñe a este hijo mío, engancho los perros y le traigo de la escuela.

Mi respuesta fue:

—No se moleste; si alguno mira a este angelito con ojos torvos yo mismo engancho mis perros y se lo traigo, aunque nieve montañas aquel día.

A esto replicó:

—Bueno, si es así, puede llevarlo.

Como un relámpago pasó por mi fantasía la escena en que mi padre me puso en manos de un *dómine* con estas textuales palabras:

—La letra con sangre entra. Si lo matas, dame la piel y me doy por pagado.

Tenía yo entonces once años no cumplidos.

Una viuda con siete hijos encuentra aquí marido en menos de un mes. Lo curioso es cuando se casan viudo y viuda, cada uno con su ya numerosa prole. Es que aquí se da por supuesto que el fin de la familia es tener hijos y el oficio del hombre mantenerles pescando, cazando y traficando.

De ordinario, como las condiciones higiénicas dejan mucho que desear, la mortandad infantil es de un porcentaje muy subido. Y aquí es donde el misionero se luce bautizando y mandando angelitos al cielo.

Pero, aunque mueren muchos, quedan todavía muchos, y éstos se crían tan gordinflones que parecen hinchados hasta querer reventar. Hay una selección natural que le hace a uno pensar en la famosa "supervivencia del más fuerte". Esta gordura inusitada se debe al aceite de foca que, por lo visto, tiene calorías suficientes para derretir los hielos del Yukón.

Digo por lo visto, porque los blancos no resistimos el hedor que despide dicho aceite, y nos faltan arrestos para acostumbrarnos a él, después de vomitarlo como unas veinte veces.

El esquimal que no engorde con aceite de foca está condenado a muerte; algo así como los que contraen la tuberculosis en las alturas andinas de Colombia.

Cuando esos niños rechonchos se hacen grandecitos, los padres les dejan salir siempre con la suya; por eso crecen con unos mimos y una independencia que encienden la ira del misionero más cachazudo.

El otro día en la bendición solemne con el Santísimo, un chicuelo se arrimó a la estufa, tomó la paleta del carbón y empezó a dar paletazos en la estufa con un estruendo ensordecedor. Detrás de él cincuenta hombres y mujeres soportaban aquella descarga de artillería sin moverse ni pestañear.

La tendencia natural del misionero era de agarrar la criatura y tirarla por la ventana, o por lo menos de increpar a aquellos hombres impasibles; pero, si eso hiciera, estaba arruinado. El esquimal no sabe lo que es airarse y le ofende sobremanera el enojo de los blancos. El Padre, al terminar el *Tantum ergo*, se volvió y dijo melosamente:

—Pedro, toma a ese chico y arrodíllalo junto a ti. ¿Por qué se dirigió a Pedro? Por dirigirse a alguno en particular. Si hubiera dicho: "Tomen ese niño", ninguno se hubiera movido; ninguno hubiera tenido la osadía de levantarse y privar al muchacho de tan inocente recreación.

Cuando están en la choza el padre no manda, sólo invita:

—Pepe, ¿te gustaría echar este pescado a los perros?

Y Pepe responde:

—No.

El padre busca los guantes, se cala el gorro de piel de conejo, toma el pescado y sale a dar de comer a los perros. Entretanto Pepe está tendido boca arriba, en un rincón, mascando un tabaco de a real la libra.

5. Si Lenin y Stalin se creen los inventores del comunismo, se engañan de medio a medio. Desde tiempos remotísimos, perdidos acaso en las brumas de la prehistoria, los esquimales vienen practicando con felices resultados un comunismo tan perfecto, que daría qué pensar a los asendereados políticos de nuestros días. Naturalmente a sus ventajas van adheridas tantas desventajas que casi me arrepiento de haber escrito las palabras felices resultados.

Es el caso que, en Alaska, lo que cada uno posee no le pertenece así como así. Puede venir a mi casa uno que carezca de lo que yo posea, y entonces ya no tengo derecho a poseerlo por completo. Concretemos eso.

Como los únicos medios de subsistencia para el esquimal son la caza y la pesca, no hay río en Alaska que no bañe aldeas y más aldeas en su carrera, camino del Estrecho de Bering. Estas aldeas son diminutas, 3 y 4 casas cada una.

Una aldea con 12 casas, es aquí una urbe, y en el mapa aparece con letras tan gordas como las de Madrid en nuestros

mapas. La razón de esta pequeñez es obvia: así todos tienen caza y pesca en abundancia.

Sucede, sin embargo, que con frecuencia ciertos ríos y ciertas áreas de la tundra no dan abasto para la población allí enclavada. Entonces, sin respeto a leyes de términos municipales, cruzan en trineos ríos y tundras mejor abastecidos.

En estas correrías, el esquimal no lleva absolutamente nada para su manutención. Tiene derecho a ser mantenido en la primera casa que tope. Al llegar a una aldea entra en cualquiera de las casas y dice por todo saludo:

—Tengo hambre. Mis nueve perros tampoco han comido desde ayer.

El padre de familias arranca del techo un manojo de salmones amojonados y se los da sin preguntar siquiera quién es, de dónde viene o adónde va. ¿Qué le importa a él todo esto?

El recién llegado visita luego las demás chozas entrando siempre sin llamar, y , donde ve que hay sitio para dormir estirado, allí extiende sus pieles, sin que se le pase por las mientes pedir permiso para pernoctar en su compañía.

Por la mañana desayuna con todos y continúa su viaje cuando le place sin decir *adiós*. No existe en la lengua esquimal la palabra dame, y mucho menos la frase: *haga usted el favor*... En su lugar se repiten hasta la saciedad estas otras: *No tengo; no he comido; me hace falta un par de botas*, etc.

De esta manera viajan y cruzan llanuras como toda Castilla, sin más ajuar que los perros y el trineo.

Los vecinos en la aldea también viven en completo comunismo. Cuando uno llega del campo con seis conejos y otras tantas aves norteñas, se reúnen todos en su casa y lo despachan en una sola cena. Al día siguiente llegará Zutano con un saco de peces y tendrán también en su casa un banquete regio.

Si atrapan un par de zorras y el traficante blanco les da 25 duros por las pieles, compran comida y bebida por valor de 25 duros y se dan el gran hartazgo y la gran borrachera en dos o tres días seguidos. Nada de mío ni tuyo; nada de guardar algo para mañana. Lo que un vecino consigue, pertenece a la comunidad, que lo despacha de una sentada.

Cuando en mis visitas a estas aldeas. abro las conservas que me da el Hermano cocinero, tengo que vaciarlo todo en un plato grande y distribuirlo equitativamente entre los circunstantes; algunos de los cuales son forasteros, que ni se sabe quiénes son, ni de dónde vienen, ni cuánto tiempo van a estar. Jamás se le ha ocurrido a nadie decir:

—Padre, cómalo usted.

Eso sí, si lo mío no basta, allí está el salmón de la choza listo para el consumo inmediato; y, si yo no llevase nada, me darían lo que tuviesen sin que se les ocurriera replicar:

—Este Padrecito ¿por qué no trae él algo?

Dígase lo mismo de la leña, aquí artículo de primera necesidad. Cuando a uno se le acaba, va al montón del vecino y carga libremente.

Esto puede parecer idílico, pero tiene un contrapeso que le quita toda la poesía. Este comunismo multisecular es, sin duda, el responsable de la holgazanería innata, que caracteriza a esta gente en general. Con la esperanza de que mi vecino cazará y pescará, yo me quedo en casa aguardando a que él llegue para cenar lo que traiga.

Como todos se echan la misma cuenta, es fácil adivinar la cantidad de comestibles que habrá en las chozas. Viven al día, y su nutrición es una serie ininterrumpida de hambres y harturas. La primera vez que visité una aldea, tuve la ingenuidad de preguntar a qué hora comían. No me entendieron. Me expliqué y recibí esta respuesta:

—Nosotros comemos cuando tenemos qué comer. Al atardecer llegará el Tuerto de visitar los lazos del bosque. Hace tres días trajo cinco conejos.

Si fueran previsores, podrían vivir como reyes. En el verano podrían pescar un par de toneladas de salmón cada uno, y guardarlo, y comerlo despacio en el invierno; o vender una tonelada a los traficantes y proveerse de comestibles en el almacén de la "Compañía Comercial Norteña".

Podrían trabajar dos semanas seguidas y reunir un montón ingente de leña que durase todo el invierno; pero no, éstas son mu-

chas filosofías para los esquimales, que prefieren un comunismo patriarcal, mitad hartura, mitad hambre canina.

Pero donde el comunismo llega al zenit es en la política. Aquí no hay política. No hay provincias, ni municipios, ni gobernadores, ni alcaldes. En otras regiones bárbaras del continente —aún en las más bárbaras— hubo y hay caciques, como lo atestiguan las Montañas Roqueñas y las tribus de Hispanoamérica. Aquí no hay tribus, ni caciques, ni los habrá jamás. Alaska pertenece por igual a todos y a cada uno de los que en ella tienen la gloria de nacer, y ninguno tiene derecho a imponer su voluntad a nadie.

El Gobierno yanqui ha dividido la Península en cuatro territorios judiciales poco menos que imaginarios y en cada uno ha colocado un policía, con un aeroplano a su disposición y con plenos poderes para multar y encarcelar borrachos y criminales.

En las ciudades mineras del Sur, habitadas casi exclusivamente por blancos, hay alcaldes y policías, como en cualquiera ciudad norteamericana; pero los esquimales genuinos del Yukón ignoran la existencia de dichas ciudades, que para ellos son como si estuviesen en Australia o en la Patagonia.

Con esto se harán cargo los lectores de la dificultad que tiene que vencer el misionero, cuando quiere predicar sobre Cristo *Rey*, sobre los *Reyes* Magos, sobre la autoridad legítimamente constituida y sobre otros temas similares. Los que sientan ansias de libertad que vengan a vivir entre esquimales.

6. Cuando en las aulas de Filosofía se debate la cuestión de la inmortalidad del alma, después de esgrimir media docena de argumentos que se quiebran de sutiles, se desciende al terreno de la realidad y se aduce como prueba el consentimiento de todos los pueblos y razas a través de los siglos.

De la raza esquimal puedo decir yo en el siglo XX, que cree en la inmortalidad del alma, aunque a su modo, como era de esperar. El muerto no está muerto, bien lo saben los esquimales; por eso se precaven contra eventualidades funestas. Tan pronto como el enfermo da señales de agonizar, queda planteado en la choza este problema:

—¿Le sacamos a él afuera, o sacamos los objetos?

Si se saca al enfermo, los objetos y el ajuar todo de la choza pueden ser usados libremente en adelante; pero si el enfermo muere adentro, todo lo que le rodeó debe ser quemado o destruido. Razón: cuanto rodea al moribundo es posesión suya.

Tal vez lo necesite en la vida de ultratumba, y entonces ¡ay de quien se lo haya apropiado! Vendrá el espíritu a media noche; revoloteará unos minutos sobre el atrevido ladrón; éste quedará dañado en alguna víscera vital y, al cabo de un año más o menos, morirá.

En cambio, si muere al aire libre, todo el ajuar queda disponible sin alarmas ni temores. Se exceptúan los objetos que el difunto usó frecuentemente como propiedad exclusivamente personal, como los perros, el trineo, la escopeta, la ropa y los lazos de caza y pesca. Siete o nueve perros magníficos serán fusilados en dos minutos, para que el difunto los use libremente en su vida errante por los espacios.

Estas creencias, al esfumarse con el bautismo, dejan siempre algo de escoria en las conciencias neófitas. Tres días tardé en convencer a un cristiano de que no le molestaría para nada el espíritu del muerto, si tomaba un trineo que dejó y que se estaba pudriendo ya entre la maleza, expuesto a las lluvias y nieves. Entonces me expliqué la existencia de escopetas oxidadas, botas enmohecidas y otros objetos estropeados que había visto en distintos parajes.

Si un esquimal, con hambre de tres días de camino por la tundra, llega a una casa, en la que ha muerto alguno recientemente, lo primero que pregunta es si aquellos salmones, que cuelgan del techo, estaban allí cuando el infeliz murió. En el caso de una respuesta afirmativa, el esquimal sale sin más y se va a otra casa. Tal vez el difunto necesita los salmones.

Hoy día, después de cincuenta años de evangelización, van desapareciendo todas estas patrañas, que son sustituidas por la recta creencia en la verdadera inmortalidad. Queda, sí, un miedo atroz a los muertos, y perduran ciertas costumbres típicas, desprovistas de significado alguno religioso.

Llegó un día a nuestra casa un trineo avisando que Gregorio estaba grave. Como la aldea sólo distaba 25 km, y la noticia llegó al anochecer, decidimos aguardar al amanecer del día siguiente.

Tomé el Santísimo Sacramento y nos lanzamos el guía y yo por la campiña nevada, arrastrados por once perrazos que nos llevaron a la choza de Gregorio en poco más de una hora. Al entrar encontré el recinto atestado de gente seria y taciturna. Estaban todos en cuclillas formando una media luna.

—¿Dónde está el enfermo? —pregunté en alta voz.

—Ahí está muerto —me respondieron apuntando a un hombre del centro puesto en cuclillas.

Le clavé la mirada y, en efecto, estaba muerto, pero ¿quién lo iba a sospechar al verle en la misma postura que los demás?

En idénticas circunstancias a un misionero se le ocurrió saludarlos a todos con un apretón de manos y empezó a chocar los cinco por un extremo del semicírculo. Al llegar al centro el esquimal no extendía la mano.

—Despierte —le dijo el misionero golpeándole la frente suavemente.

Y todos a una replicaron: —Está muerto.

A la izquierda de Gregorio estaba su esposa, a la derecha su hija mayor. Seguían los parientes por orden de cercanía y, al fin, apretados como sardinas, estaban los conocidos. Después de administrarle la Extremaunción condicionalmente y con la fórmula abreviada, tuvimos un sermón de circunstancias inspirado en la escena allí, presente. Creí que tenía que volverme con el Santísimo Sacramento, pero los caminos del Señor sólo los sabe EL

Me dijeron que a media hora de trineo había una enferma. La encontramos tendida en un rincón de su choza, arrugada y consumida por no menos de ochenta y cinco años. Se confesó, recibió el Viático y la Extremaunción, y de allí a tres días expiró.

Yo no llevaba el Santísimo Sacramento para ella, sino para Gregorio; pero éste murió para dejárselo a la que ni siquiera lo había pedido. Como una flecha cruzaron por mi mente las palabras de Dios a Isaías:

"Me encontraron los que no me buscaban; me manifesté a los que no preguntaban por mí" (Isaías, 65, 1).

Al muerto no le meten en una sepultura. Hacen una caja tosca donde le meten, y la llevan al campo, lejos de la aldea. Al llegar a algún matorral, la depositan entre la maleza. Luego el más viejo da una palmada y todos lloran como plañideras, hasta que suena otra palmada que corta en seco las lágrimas. En mis excursiones me he encontrado con cajas podridas al aire libre.

Al examinarlas he visto en ellas esqueletos perfectos, que podían exhibirse sin retoques en los Museos biológicos. Los dejan el descubierto para que los tenues rayos del sol de Junio ayuden a la descomposición.

Los enterrados en sepulturas hondas se conservan incorruptos hasta el día del Juicio, debido al frío intenso que hiela y penetra la corteza terrestre hasta una profundidad respetable.

Pudimos ver el estado perfecto en que se conservaba el cadáver de un sacerdote ruso, que llevaba sepultado aquí más de treinta años.

Los microbios no escapan a la sentencia de muerte que reciben, cuando el cadáver descansa dentro de este suelo formado por glaciares superpuestos.

7. ¿Es tan fiero el frío de Alaska como lo pintan? He aquí una pregunta a la que no se puede responder con un monosílabo. Que el frío es proverbial no lo negamos; pero se exagera no poco en este particular. Me habían hecho a mí creer que los esquimales fabricaban casas con ladrillos de hielo, y hasta se exhibían fotografías de esas chozas singulares. Tal vez los esquimales de Groenlandia o los de Spitzberg las fabriquen así; cosa que no puedo creer.

En Alaska no hay tales. Lo que sí hay son chozas cavadas en el suelo con una techumbre chabacana, recubierta de tierra. Arriba, en el centro, hay un orificio para la luz, que se cuela a través de una membrana de tripas de foca. La entrada es un agujero por el que tiene uno que entrar a gatas.

Durante el invierno la choza toda está cubierta de nieve y escarcha, y a eso es a lo que han llamado muchos *casas de hielo*.

Adentro se suda tinta, pues no hay ventilación alguna y la estufa arde día y noche consumiendo leña mojada en aceite de foca.

La temperatura media en el invierno es de 25° centígrados bajo cero. A veces nos visitan temperaturas de 35 y 40° bajo cero, pero duran sólo un par de días, y entonces por lo regular no hace viento. Este es el factor principal: 30° bajo cero con calma son preferibles a 0º con viento.

Bien envueltos en pieles deseamos frío para no asarnos, y, mientras más, mejor; pero temblamos al levantarse el viento que nos llega después de venir barriendo superficies nevadas y se mete por las pieles y ciega y entumece y lleva a todas partes miseria y desolación. Dios Nuestro Señor es tan bueno que rara vez permite viento cuando el termómetro marca 25° bajo cero.

Los esquimales de sangre espesa y curtidos a este ambiente se soplan las uñas y tiritan indefensos, cuando les agarra el viento en despoblado; pero es rarísima la muerte de un indígena ocasionada por el frío. Los he visto en mangas de camisa y despechugados cuando a mí no se me veían más que los ojos.

Continuamente nos están trayendo a casa para el bautismo criaturas de un día, envueltas en unas ropillas despreciables. Van y vienen cuando la temperatura es de 20° bajo cero y no pasa nada. La criatura recién nacida respira ese aire helado sin toser ni lloriquear.

Una madre española haría extremos de dolor si le arrancasen el recién nacido en igualdad de circunstancias. Aquí el frío se da por supuesto y se procede como si no existiese. A veces les cuesta caro tanto descuido.

Ocurre de vez en cuando que la gente en la capilla tose y se suena con sonidos tan estrepitosos y enronquecidos, que no se oye bien el sermón. Al catarro no le dan importancia, aunque saben que catarros mal curados echan la semilla de una tisis que luego nutre el ambiente irrespirable de una choza maloliente sin pizca de ventilación.

La ventana de mi cuarto tiene cristalería doble, puesta de arte que no la puedo abrir ni cerrar. Para ventilar la habitación quito dos corchos, que taponan sendos agujeros, por los que se introduce el

aire con el ímpetu del agua por un orificio que se abriese en la parte baja del muro de un pantano rebosante.

Los cristales exteriores están cubiertos de una costra de escarcha tan espesa, que me impide ver los objetos del exterior. En la iglesia, a pesar de las dos estufas enrojecidas, el Sagrario está tan frío que no se puede tocar el copón sin un estremecimiento que paraliza la mano.

Para dar la Comunión se le envuelve con un paño de lana que defiende la mano contra el frío del metal. Por aquello de que los extremos se tocan, el metal así enfriado da en la piel la sensación de un tizonazo.

—¡Qué frío está el Señor en los sagrarios de Alaska! —digo al dar la comunión todos los días.

8. Para los latinos, educados al calor del cielo azul del Mediterráneo, el habitante de las brumas polares resulta ser problemático. ¡A qué divergencias llevan las distintas razas dentro de la misma especie! Nos resulta difícil de entender cómo el esquimal puede al mismo tiempo idolatrar a su hijo y mostrar por él la más fría indiferencia.

Y sin embargo ésta es la realidad. El hijo en casa es el rey del hogar, sin que haya padre ni madre que se atrevan a contradecirle o a mandarle con imperio.

Si a ese hijo así mimado le adopta una familia, los verdaderos padres se han con él de modo que nadie puede sospechar ya en ellos la relación de paternidad y filiación. En primer lugar nadie muestra repugnancia a que dos o tres de sus hijos sean adoptados por otras familias que tengan menos.

Al venir por él a casa los que le adoptan, el hijo se echa encima las pieles, se cala el gorro y los guantes y sale con ellos sin decir palabra. Los padres le siguen con los ojos también sin decir palabra. No hay beso ni abrazos ni lloriqueos; ni siquiera se despiden con el consabido *adiós*. He presenciado docenas de encuentros y otras tantas despedidas sin haberles visto jamás abrazarse ni besarse.

Una madre tiene al niño en el regazo y le contempla la carita de ángel media hora sin llamarle *riquín*, sin hacerle fiestas, sin besarle. Esto lo he observado con particular atención.

Cuando a los enfermos les aplico el Crucifijo a los labios, no saben qué hacer. En una imitación torpe de lo que yo hago, juntan los labios y los aplican al Crucifijo sin poder producir el ruido característico del beso.

Llegué una vez con el guía a una aldea y nos hospedamos en la casa más capaz. Estuvimos un día y una noche; volvimos a la Misión, pasaron días, y hasta hace una semana no me enteré de que mi guía y la madre de familia de aquella casa eran hermanos. Si no se hubieran visto jamás, no se hubieran tratado con más esquivez e indiferencia. Recuerdo que al entrar se miraron y se sonrieron sin decir palabra. Y eso fue todo. Ya no se volvió a cruzar entre ellos la más mínima expansión. Ni siquiera se hablaban.

Sucede que a veces pasan por Akulurak padres que tienen los hijos aquí, en la escuela. No los han visto desde hace medio año, y sin embargo pasan de largo sin detenerse a visitarlos. Presuponen que les irá bien, y con esta suposición quedan tranquilos.

Cuando vienen de lejos, a las festividades de Pascua y Navidad, entran en el salón de recreo de los chicos y se sientan en un banco mirando a la chiquillería. Ven corretear a su hijo y al minuto apartan de él la vista ya satisfechos, sin llamarle. Si el hijo al acaso descubre a su padre, va hacia él y los dos cruzan una sonrisa. Los más afectuosos se sientan junto a su padre, pero sin hablarse una palabra.

No hay manera de hacerles escribir cartas. Sencillamente no saben qué decir. Cuando llamo a un chico a mi cuarto y le ruego que me dicte una carta para su padre, a quien voy a visitar dentro de dos días, el nene de trece años me mira con ojos tamaños y exclama:

—Dígale que me va bien.

Un día, al llegar el Padre Superior de una expedición de dos semanas, reunió a la rapacería para contarles episodios del viaje. De repente preguntó por Pedro.

—Aquí está —respondieron varios.

Y el Padre le dijo a bocajarro:

—Se murió tu madre.

Pedro —de doce años— se quedó tan fresco, como si le hubieran dicho que el viernes había nevado más que el sábado. Sin poder creer lo que veía, le llamé luego aparte para darle unos dulces y consolarle. Al ver los dulces dibujaron sus labios unas sonrisas tan placenteras, que me contenté con decirle que rezara por ella. El, sin retóricas, me respondió:

—Bueno.

Dicen que la raza latina tiene más Santos que la sajona, porque los latinos tenemos más corazón y sabemos llorar y compadecemos. Si es así, no creo que las generaciones venideras tendrán que encomendarse a muchos Santos esquimales.

CAPÍTULO XVIII

REFLEXIONES Y CONCLUSIÓN

Cada año que termina, vemos con orgullo que nuestros estantes se han enriquecido con libros nuevos de Misiones: libros variadísimos, floración espontánea del campo católico misionero; libros originales o traducidos, que recrean nuestros ocios llevándonos como en vuelo aéreo por las junglas indostánicas, por las cordilleras andinas, por los desiertos africanos, por las islas del Pacífico y por las provincias chinas infectadas de bandidos.

Dos cosas he echado de menos en la literatura misional española. La primera es un libro o folleto sobre Alaska. La segunda es un libro escrito por un misionero que nos cuente, no las actividades de otro, sino las propias, y que descienda a detalles que interesen a los que en Europa abrigan la esperanza de ser algún día misioneros.

Es un poco desconcertante recibir cartas de jóvenes de veinte años que anhelan venir a salvar millones y millones de esquimales por la sencilla razón de que ignoran que la población total de Alaska no llega a 60.000 almas, aun contando los aventureros y mineros blancos, que componen cerca de las dos terceras partes.

Asimismo los aspirantes a Misiones desean saber qué come el misionero, dónde duerme, cómo viaje, qué le suele acontecer en los viajes, cómo reacciona en ocasiones difíciles, cómo instruye a los indígenas, cómo responden éstos a las instrucciones, etc., etc. Y esto prefieren oírselo al misionero mismo, no a otro que habla de oídas o en tercera persona, o tal vez que ni siquiera ha puesto los pies en una Misión propiamente dicha.

No hay nada tan bello como acariciar un ideal magnífico. La prosa deprimente de la vida se estrella y se esfuma contra los muros inexpugnables de ese castillo, que levantamos en el aire al principio, pero que se nos acerca más y más, hasta que un día venturoso nos vemos en posesión de él pacífica y completamente.

Cada uno es lo que quiere ser. Los santos lo fueron, porque quisieron, y los cabecillas revolucionarios arrastran las multitudes porque quieren arrastrarlas. El que quiera pertenecer al rebaño y llevar una vida quieta y sosegada lo logrará invariablemente. A mi parecer esto no tiene vuelta de hoja. Ahora bien, entre los ideales más sublimes, que un pecho generoso puede abrigar, y entre los quereres, a que un alma noble puede aspirar, es uno el querer ser misionero de infieles, continuador de la obra de Jesucristo acá en la tierra.

Al afortunado, a quien le quepa en suerte ser escogido por uno de *los Doce*, le espera una vida de cruz a la cual le sujetan tres clavos a cual más fuertes, y son ésos:

Primero: la lengua. Aquella memoria feliz de la adolescencia se ha atrofiado por el uso del raciocinio en los días maduros, y cuesta muchos sudores y esfuerzos retener palabras como *tekteljóunga, ajanajkágolok, talluyajtoveágameut* y otras dos mil por el estilo.

En los viajes, por la calle, en las casas y sobre todo en la iglesia, se encuentra el misionero cara a cara con las almas, en las que tanto soñó, pero aquellas almas allí presentes se encuentran a cien leguas de él; no se entienden; ni siquiera les puede hablar.

El uso forzoso del intérprete es un mero salir del paso. Quiere uno hablarles directamente, hablarles palabras suaves y de aliento, hablarles de Jesucristo y su obra… pero no puede. Hay que estudiar muchas horas, muchos días y tal vez muchos años, y quiera Dios que, al cabo de ellos, no se le rían los oyentes y haga el ridículo y se desaliente. No hay que forjarse ilusiones; si los sonidos son extraños o flaquea la construcción gramatical, los indígenas se ríen con el descaro más ingenuo, y la dignidad del misionero sufre un menoscabo irremediable.

Segundo: el desencanto. No se viene a ser Javieres legendarios en busca de reinos, que se ganarán infaliblemente para la Cruz con sólo caminar de ciudad en ciudad con el Crucifijo en alto, ni espere nadie que se le canse el brazo de bautizar como al Apóstol de las Indias.

El misionero del siglo XX tiene que contentarse tal vez con enseñar griego o latín a chicos indígenas, amigos de recreo y vaca-

ciones, o con escribir artículos de apologética en una revista del país, o con visitar un distrito vastísimo, cuyas distancias le roban en viajes una tercera parte del tiempo. Al cabo de un año de fatigas sin cuento no se han bautizado arriba de treinta o cincuenta o tal vez ciento.

Luego la instrucción de los adultos deja mucho que desear. Naturalmente los hay buenos y los hay malos. Hay quienes no van a Misa el único domingo del año que acierta a pasar por allí el misionero, con señales evidentes de que no tienen fe en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Hombres y mujeres, que se educaron gratis en nuestras escuelas, viven luego de mala manera y se enfadan cuando el misionero les recuerda las obligaciones del buen cristiano, o tal vez se pasan a una secta protestante de manga ancha, cuyo pastor mercenario los recibe con una sonrisa hasta las orejas.

A un mes de trabajo ímprobo sucede otro de inactividad completa dentro de cuatro paredes, que se las sabe uno más que de memoria. En semejantes circunstancias el demonio del desaliento le aguarda a uno en celada para lanzarse al asalto en un momento propicio.

Tercero: la disipación. En las Misiones, como en cualquier otro lugar, se impone el *alerta*. Ni el decir adiós a los padres y hermanos, ni el renunciar voluntariamente a la Patria y a los amigos, ni el surcar mares ignotos en busca de almas, son bastante para sostener espiritualmente al misionero, si éste descuida los ejercicios espirituales de costumbre. A dos días que abandone la oración y la presencia de Dios, se encuentra tibio y vacío de pensamientos y motivos espirituales, lo mismo que le acaece al religioso en la comunidad más observante.

Dios no quiere que el misionero se envanezca creyendo que ha hecho mucho por El yendo a las Misiones; al contrario, quiere que se convenza de que la vocación misionera es una gracia especialísima, un como regalo inmerecido, que Dios hace al misionero y por el cual exige pruebas de amor y fidelidad, que tal vez no le hubiera exigido si no le hubiera escogido para misionero.

Ahora bien, cuando duerme uno en casa ajena y aprietan mil negocios de importancia, es muy difícil hacer una hora de oración. Cuando se padecen mil incomodidades en el viaje, se corre el peli-

gro de impacientarse y ganar purgatorio en vez de cielo. Una Misa, dicha en el rincón de una choza sucia, puede ser terminada con mil quejas interiores nacidas de la incomodidad con que se dijo y del cansancio del cuerpo, que en vano procuró descansar la noche anterior en un suelo duro y desnivelado. En todos estos casos, Dios quiere que el misionero haga la meditación, que no se impaciente, que no se queje interiormente y que gane cielo.

Pero esto requiere esfuerzo, y todo esfuerzo es costoso. El esforzarse es un acto personal y no un don, que le llueve a uno el día que pone los pies en la Misión. Sin un esfuerzo suave, pero continuo, la vida espiritual del misionero queda hecha jirones en tantos viajes tan a propósito para la disipación del espíritu.

Pero estos tres clavos que sujetan al misionero en la cruz se pueden convertir en clavos dulces, como llama la Iglesia a los clavos del Señor. Basta para ello que el misionero quiera ser fiel, que renueve la presencia de Dios y espiritualice las obras, que haga a Jesucristo el centro de sus aspiraciones, y entonces Dios le saldrá al paso para endulzarle las hieles de la vida, para darle a ratos consuelos, en los que jamás había soñado y para servirse de él como de instrumento apto en la conversión de los infieles.

Al misionero le incumbe plantar y regar; la cosecha la recoge Dios. Feliz el misionero que, con el sudor de su frente, tiene a Dios ocupado en llenar de grano purísimo las paneras del reino de los cielos.

A. M. D. G.